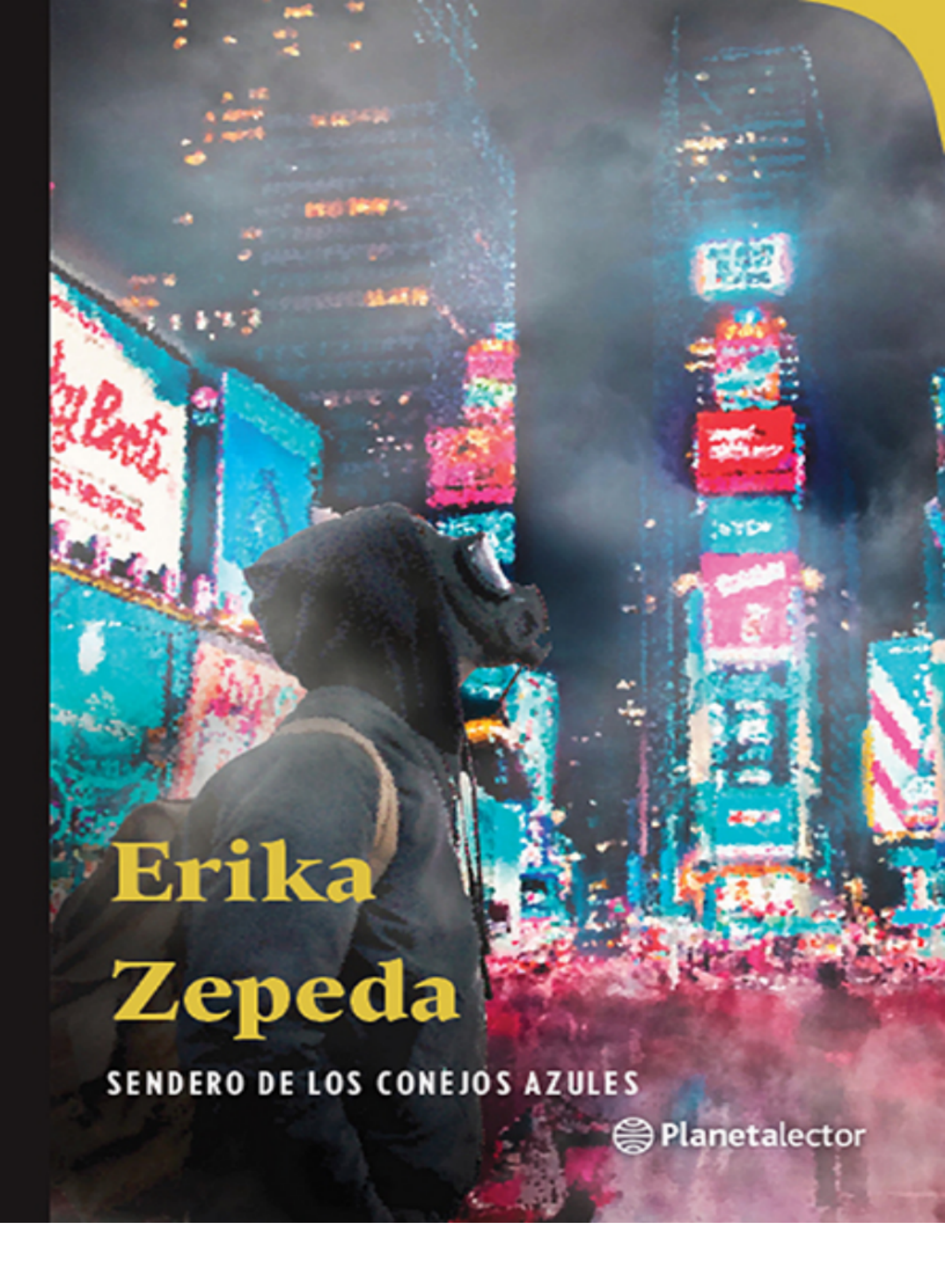

Erika
Zepeda
SENDERO DE LOS CONEJOS AZULES
Planetalector

Erika Zepeda

SENDERO DE LOS CONEJOS AZULES



ÍNDICE

En otros tiempos habría visto las estrellas, pensó.
Hace años. Pero ahora sólo está el polvo y nadie ve nunca una estrella, al menos desde la Tierra. Quizás allá donde voy se vean las estrellas...

¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?
Philip K. Dick

1

Aullaban. Corrían, tropezando con los botes de basura o con algún vagabundo muerto. Entre gruñidos y respiraciones cortadas anunciaban a todos en la ciudad que iban de cacería y que, aún a la distancia, podían oler la carne fresca que los esperaba al otro lado de los anuncios holográficos. En las calles explotaban los neones y los altavoces nunca se detenían; el azul, en todo su esplendor, iluminaba intermitentemente las esquinas.

Para entonces ya estaban rodeados. Dos muchachos escribían sobre la pared del edificio con la mayor rapidez que sus entumecidas manos permitían. Las palabras casi habían cubierto la fachada elegida y se sumaban a los miles de mensajes que cubrían la ciudad.

ASQUEROSOS PERROS
¡VAYAN A MORIRSE A OTRA PARTE!

Aquél era un mar de grafitis, de algo parecido a los kanjis, de símbolos rastafari y de iniciales de enamorados suicidas que irremediablemente se odiaron y que ahora se volvían a mezclar con una nueva capa de pintura.

—Hora de queda programada para las 0:00 horas.

—¿Estás seguro de que no es peligroso estar aquí?

—Si no fuera peligroso no habría diversión.

Andrés no miró a su compañero en ningún momento; seguía escribiendo con atención, tratando de aguantar el escalofrío que desde hacía horas le recorría la espalda.

—¿Sigues buscando? —dijo Frank sin dejar de mirar las líneas azules sobre la pared.

—¿Qué dices?

—Los conejos, los conejos azules, ¿sigues buscándolos?

—Están por todas partes, ¿no lo has notado?

Andrés se detuvo, estaba seguro de que alguien los vigilaba desde las ventanas rotas de alguno de los edificios.

—No, no he visto uno solo.

—¿Qué dijo Otto que escribiéramos?

—Algo así como "Asquerosos perros. Salgan de nuestro territorio".

Frank soltó una risilla que no sonaba natural. Casi como si la hubiera practicado frente al espejo antes de salir de casa.

—Es cierto lo que todos dicen.

—¿Qué dicen todos?

—Ya lo sabes. Que eres un cobarde, que Andrés es un cobarde.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Te creo, no te enojes hombre. "Andrés, el valiente", te dice todo mundo.

El chiste era malo, pero Andrés sintió un poco menos de miedo. Pero cuando el primer aullido rebotó de pared en pared, los dos dejaron de escribir y se olvidaron del trabajo.

—¿Serán ellos?

—Hora de queda programada para las 0:00 horas.

—¿Los has visto alguna vez? Dicen que se disfrazan de animales.

Una nube rosa, la más tóxica de todas, se deslizó por la calle obligándolos a cubrirse con sus mascarillas. Los aullidos se dispersaron a su alrededor y parecían caer desde las azoteas o salir de las cloacas.

—Tranquilo, cobarde. No te muevas.

Andrés miró a Frank con odio, y apretó los dientes para no gritar. Obedeció y no se movió; era hora de prestar atención y

escapar a la primera oportunidad.

—¡Ahí vienen, ahí vienen!

—Puede que no sean ellos.

—¿Qué dices?, ¿crees que hay tantos desquiciados en esta ciudad?

La nube había llegado y los rodeó. El reflector a media calle había quedado oculto.

—Tranquilo, cobarde, tranquilo.

Andrés dio los primeros pasos de huida, lento, casi al ritmo de la nube que los envolvía. Mientras que Frank no dejaba de hablar, tal vez encontraba algo de tranquilidad en su propia voz.

—¿Dónde?, ¿dónde estás? Espera, espera, ¿dónde estás, cobarde?, ¿Andrés?

La voz de Frank era diferente. Ahora sonaba como un chillido lleno de terror que se quedaba atrás cada que Andrés daba otro paso.

—¡No te vayas, no me dejes!

Más aullidos. Más gruñidos. Ellos llegaron finalmente hasta Frank, quien chilló como un animal atrapado cuando comenzaron a devorarlo.

"¿Ahora quién es el cobarde?", se repetía Andrés mientras corría calle abajo, dejando atrás los aullidos sobre un chico revolcándose en el asfalto.

—Hora de queda programada para las 0:00 horas.

Tenía tanto miedo. Miedo de los perros, de sus garras, de sus dientes. Ellos empezaron a comerse a Frank, aunque él seguía vivo y gritó mucho rato. Sólo corrí como un loco. No recuerdo el camino de regreso, ni tampoco cómo salí de ese barrio que parece laberinto. ¿Cómo pude dar con la puerta correcta?, ¿cómo la distinguí entre las millones de puertas en esta ciudad? Pero logré llegar, deseando, necesitando la conexión. Di el salto como nunca lo había dado. Toqué el ruido y mis dedos se mezclaron con la lluvia de colores y risas que caían en cascada. Aquellos ya no eran mis brazos, lo sabía, pero me dejé llevar por el sonido y la sensación de calor. Sólo ahí dentro me sentí seguro. Ahí dentro, en el no espacio, es mi verdadera casa.

Despertó de golpe.

El dolor programado lo sacó del letargo. El cableado

conectado a su pierna seguía soltando las descargas eléctricas; y lo alejaba cada vez más de las profundidades del no espacio.

—Hora programada por el usuario —dictó el despertador del dolor adherido al cableado del Galileo.

Todos en la ciudad debían tener un despertador. Hacía años que era obligatorio. Sobre todo desde que un porcentaje alarmante de ciudadanos se habían quedado flotando en el Galileo, sin importarles que sus cuerpos reales empezaran a pudrirse.

—Hora programada por el usuario... —el despertador volvió a soltar una nueva descarga eléctrica sobre la pierna de su usuario designado. Andrés alcanzó el apagador de todo el sistema— ¡Gracias por utilizar los servicios de su compañía favorita: Galileo, el universo a su alcance!

Andrés llevaba tanto tiempo desconectado de la luz de ese mundo, que apenas podía distinguir los nichos de fibra de plástico que colgaban desde el techo de su habitación. Odiaba el regreso a la conciencia, odiaba volver a contener los pensamientos interminables: “Rojo, rojo, ¿qué pasó ayer? Mi cuerpo, mi cuerpo es este, rojo, rojo, actividad designada”.

Giró sobre sí para ver la holopantalla donde había colgado el “conteo hacia la libertad”, el mismo que el banco enviaba ocasionalmente con las deudas que quedaban por pagar. Sabía que faltaba poco para liquidar todo y escapar. Ya no tendría que contar las horas que siempre pasaban tan lentas en su pequeña habitación. Pronto tendría el derecho a pedir su traslado, caminar por el puente hacia el sur y vivir en el siguiente módulo de migración. Estaría lejos de ese agujero sin ventanas que compartía con Lu y con otros desconocidos. Ya no tendría que volver a ver a la atrincherada al fondo del pasillo.

—¿Y ahora qué tramas?, ¿no te puedes quedar quieto un momento?

Esa mañana la mujer del teclado inició el cotidiano gritoneo más temprano de lo habitual. Eso fastidiaba a Andrés y convertía su regreso a la consciencia en algo aún más duro.

—¡Asqueroso!, ¿a qué sales a la calle?, ¿qué no saben que nunca terminarán? Sólo traerás suciedad, asqueroso. Sólo traerás la enfermedad.

“¿Qué programas?, ¿sistemas de refrigeración inexistentes?”, pensaba Andrés mientras se vestía y trataba de

concentrarse en los pendientes del día. En el pasillo, como una sombra, la pequeña Lu pasaba en silencio tratando de no llamar la atención.

Este soy yo. Este es Andrés. Este es mi cuerpo y estas son mis manos. Pero mis manos y mi cuerpo fuera del no espacio, no las programadas y diseñadas para hacerme dormir. Este soy yo y estos son mis ojos. Este es mi cuerpo y este soy yo. Rojo, rojo, rojo, rojo. Concéntrate, Andrés. Concéntrate en tu trabajo del día de hoy. No te enredes en otras cosas. No te detengas otra vez. Ya sé en qué estás pensando. Estás pensando en salir a buscar, ¿verdad? Estás pensando en el conejo azul que estará fuera esperando. Tienes miedo de salir y encontrarte con otro conejo más; están por todas partes a donde mires. ¿Será una señal?, ¿un mensaje para ti? ¡Eres muy ingenuo, Andrés! Claramente esos conejos los está dibujando Otto. Claro, quiere asustarte y demostrarles a los demás que eres un cobarde. Concéntrate, Andrés. Concéntrate y deja de pensar en tonterías.

No podía salir todavía, debía esperar el mensaje del Banco del Sur. Finalmente ese día recibiría el nuevo corte de créditos. Todo lo que le faltaba por pagar. Y quién sabe, tal vez pronto estaría pensando en un pasaje a una ciudad del exterior, una ciudad diferente que no estuviera llena de refugiados.

La conexión llegó. El intercomunicador parpadeó y el holograma fue proyectado en medio de la habitación. Los representantes del Banco del Sur le entregaron el conteo de sus gastos y entradas y el resumen de su deuda acumulada desde su nacimiento. Y ahí estaba la deuda de sus 17 años de vida: ropa, uso del Galileo, nuevos dermatrodos, transportación del subterráneo. Su vida entera sumada y restada en números. El comunicado terminó con los créditos finales, un poco más de lo que Andrés había calculado. Además se sumaba una próxima intervención en el pulmón que ya estaba contaminado. Al final una sencilla y aterradora cifra parpadeando: 800 créditos.

—No es nada, no es nada. Sólo unos turnos más de trabajo.

Era tarde. Ahora debía entregarse a la rutina, iniciar el turno del día y aguantar el dolor del costado que en ese instante atacaba de nuevo. Aunque no se asustó, era cosa de todos los días: el pulmón siempre punzando, los brazos cosquilleantes, los

ascos.

—Hoy hay cosas que hacer, no hay tiempo para enfermarse.

—¡Gracias por utilizar los servicios de Banco del Sur!

El holograma se esfumó y Andrés se prometió en silencio trabajar un poco más. "Estoy cerca, estoy tan cerca del mínimo de créditos para solicitar una revisión y poder migrar a… ¿A dónde se migra? Claro al sur, se migra al sur, ¿pero qué hay exactamente en el sur?".

—¡Son los más contaminados, son los más contaminados!

La mujer del fondo del pasillo regresaba a los gritos y Andrés lo interpretó como la señal para huir del departamento.

—¡Llevan las toxinas en la asquerosidad de sus manos!

—¡Cállate! Algunos sí hacemos cosas productivas…

Andrés no estaba tan seguro de lo que había dicho, pero no podía quedarse callado más tiempo. *La Señora*, como le decía Lu, llevaba años trabajando para pagar su deuda pero con su actividad a larga distancia era muy difícil lograrlo.

—Pobre, vieja loca —trató de reír mientras se imaginaba viviendo sin ninguna deuda acumulada.

—¡Asqueroso!, ¿a qué sales a la calle?, ¿qué no sabes que nunca terminarás? Sólo traerás suciedad, asqueroso. Sólo traerás la enfermedad.

Era mejor retomar la rutina de la mañana: guardar el Galileo en el fondo de cubículo con un par de viejos candados, preparar la mochila con lámpara y el dosímetro para poder salir a la calle.

—¿Andrés, estás ahí? —los susurros de Lu al otro lado del departamento también eran parte de la rutina. La voz corría por el filtro de ventilación y se colaba en su habitación cerrada herméticamente—: Andrés, ya sé que despertaste, oí tus gritos.

—Sí, aquí estoy, Lu. ¿Qué pasó? Ya me tengo que ir.

—Andrés, quédate un rato nada más.

—No puedo, Lu. Tengo actividad designada.

—Anda, anda. Quédate un rato más.

—Te digo que no puedo, pero cuéntame mientras me preparo.

—La verdad, la verdad es que tengo mucho miedo.

—¿De qué, Lu? ¿De qué tienes miedo?

—De ella. De *La Señora* del fondo del pasillo.

—Es inofensiva. Ni siquiera se puede mover. ¿Hace cuánto

que no sale de ahí?

En el resto de las habitaciones, las puertas herméticas se abrían y los despertadores del dolor funcionaban. Todos tendrían labores para ese día y abandonaban el departamento.

—Hora programada por el usuario.

—No es cierto. Ella anda por ahí en la noche, sale al pasillo y nos mira dormir.

—Lu, ¿has estado soñando?, ¿otra vez te dormiste sin el Galileo?

—No, no, nunca más. Nunca más sin el Galileo. Eso fue un error de una vez.

Andrés seguía vistiéndose. Pantalón y abrigo, exactamente el mismo color de todos los días, sin olvidar las botas diseñadas para protegerlo de las radiaciones, al menos eso decían los fabricantes.

—*La Señora* anda por los pasillos cuando sabe que estamos dormidos. Estoy segura. Yo me hago la dormida y la he visto. Ella se ha dado cuenta, pero sigue mirándonos y arrastrándose.

—¿Qué no ves que no puede levantarse de la cama? Menos va a salir de su cuarto. Ya te lo he dicho otras veces, ¿cómo puede hacer eso?

—Yo no sé cómo le hace, pero se sale de su cuarto y anda por toda la casa.

Antes de salir, Andrés miró su colección de objetos encontrados en el trabajo: una tacita rota, una pieza de ajedrez, una pantalla vieja de tv. Cerró el candado y deseó en silencio encontrar todo a su regreso.

—Lu, ¿platicamos al rato? Tengo turno.

Andrés ya no esperó la respuesta, giró la puertecilla de la ventilación y salió corriendo rumbo a la calle.

Otra vez me quedé encerrada. Ya salieron todos y nadie se ha quedado a platicar un rato conmigo. ¿Quién va a querer perder su tiempo con una niña? Ni siquiera Andrés. Tenía tanta prisa que no me dejó contarle nada. Antes platicábamos todo el tiempo; yo le decía cómo me sentía y él me contaba cómo es allá afuera. Hoy quería platicar otra vez, decirle cómo me he sentido desde hace tiempo. Sí, ya sé. Ya sé que Andrés no tiene la obligación de escucharme. Ya sé que tampoco es mi hermano, aunque casi todos en el departamento digan que nos parecemos mucho.

Ojalá fuera mi hermano de verdad, ojalá tuviera la obligación de escucharme. Me defendería por las noches, cuando tengo más miedo que nunca. Cuando la Señora al fondo del pasillo se escapa de su cuarto y anda por todo el departamento y nos mira dormir. Él tendría que salvarme, y sacarme de aquí. Tendríamos que hacer un plan juntos, o algo así. Yo creo que eso hacen los hermanos por sus hermanas. Eso creo, pero no estoy segura.

Andrés caminaba por los pasillos iluminados de manera intermitente. Luz-oscuridad-luz-oscuridad. Frente a él las mismas paredes pintadas de cada mañana, llenas de mensajes superpuestos entre las capas de pintura que se caían como las hojas de los árboles y las manchas de óxido que cada vez crecían más.

—El barrio en el que se encuentra en este momento presenta el segundo nivel de contaminación...

"No veo ningún conejo. Ningunas orejas puntiagudas. Borré todas las que estaban en este piso".

—Es necesario que lleve consigo siempre máscara filtradora y dosímetro.

Los altavoces nunca callaban e infestaban todos los rincones de la ciudad, incluso los pasillos de su propio edificio.

—...se estipula por ley que todos los ciudadanos deben contar con estos elementos.

Andrés trataba de ignorar la fría voz de los altavoces y se concentró en los dibujos. Lo asustaba la posibilidad de encontrar nuevamente el conejo, pero no podía dejar de mirar.

—¡El filtro! Olvidé el filtro.

—Si la autoridad lo descubre sin estos elementos, puede ser llevado en custodia.

Derecha-izquierda-derecha-izquierda.

—¡Concéntrate, Andrés!

La luz intermitente no lo confundió: vuelta a la derecha al toparse con el tubo de gas que siempre temblaba, vuelta a la izquierda en la gotera que nadie en el edificio arreglaría.

—Los niveles de contaminación pueden modificarse en cualquier momento. Este nivel permite salir de casa y recorrer zonas abiertas.

Entró en el elevador, que no era otra cosa que un montón de metales ensartados entre sí. Accionó el botón y lentamente bajó mientras las tuercas temblaron sobre su cabeza. El aparato se detuvo en un nivel intermedio, donde sólo era posible

distinguir pasillos oscuros y llenos de voces. Después, las cadenas que sostenían el cubo crujieron y se reinició el movimiento.

—¡Concéntrate, concéntrate! Ignora a los conejos azules…

Pero antes de llegar a la planta baja el elevador dejó de funcionar, y Andrés tuvo que forzar la puerta para saltar directamente a la calle desierta. Afuera sólo había un hombre tratando de barrer un trozo de banqueta; pero su trabajo parecía infinito, pues el viento arrastraba más bolsas de plástico y latas con restos de comida.

—Y de un barrio a otro pueden cambiar.

Los glifos luminosos que, como cada mañana se encendían y apagaban, lo distrajeron un instante. Pero luego se dio cuenta de que alguien, muy cerca y escondido en un rincón, parecía acecharlo. Andrés recordó los aullidos de la noche anterior, y casi pudo sentir las primeras gotas de sudor que se escapaban de sus manos enguantadas. Debió correr sin mirar hacia atrás. Pero luego pensó en los conejos azules y en la posibilidad de descubrir el misterio.

—Rojo, rojo, rojo, rojo —dijo en voz alta para darse valor y romper con el silencio.

Se encontró con un muchacho encorvado entretenido en destrozar un altavoz. Sus manos raspadas y ensangrentadas temblaban mientras sacaba los cables del aparato; pero no parecía importarle, no parecía preocuparse por nada en el mundo.

—¿Otto, eres tú?, ¿qué estás haciendo?

—Lo que ves. Dejo un mensaje. Estoy cansado de las instrucciones; todas me las sé de memoria.

—No sé por qué te preocupas en seguir con eso. De todas formas mañana instalarán dos altavoces más.

Andrés dudó, pensando en hacer esa pregunta que desde hacía días lo perseguía. “¿Has sido tú, verdad?, ¿estás jugando con mi mente pintando esos conejos por todas partes?”.

—Ya sé a qué vienes en realidad.

—¿A qué cosa, asqueroso?

—Quieres saber qué pasó ayer con Frank. Otto, yo quería ir a contarte pero no sé qué pasó, no sé qué me pasó.

—Claro, claro. Alguien fue a contarme. Esas cosas siempre se saben rápido.

—Pero no te he contado yo...

—Dime, asqueroso, dime lo que pasó.

—Ellos llegaron calle abajo, no hicieron ruido. No nos dimos cuenta hasta que los tuvimos sobre nosotros.

—¡Les he dicho que siempre estén atentos cuando anden por las calles!

—Sabes que regresarán, ¿verdad?

—Tengo algo listo para ellos, algo para recordar a Frank.

Las gotas de humedad se deslizaban desde las tuberías que colgaban sobre sus cabezas, Andrés cerró los últimos botones del abrigo, pero aun así el frío se colaba por las aberturas.

—Los de control no nos dejaron pasar. A los muchachos y a mí. Hoy iremos otra vez a investigar.

—Todo mundo sabe que fueron ellos.

—¡Ya sé, ya sé! Esos malditos refugiados.

Otto había dejado a un lado el altavoz destrozado, y ahora se recargaba de costado al edificio. Doblado, a punto de vomitar o aguantando el llanto.

—Pero no entiendo algo, asqueroso.

Y ahí estaba otra vez el Otto de siempre. Con los ojos brillantes de la pura curiosidad.

—¿Cómo pudiste escapar, Andrés?

“Concéntrate, concéntrate. ¿Qué haces aquí en lugar de trabajar?”, se repetía Andrés sin ánimos de decirlo en voz alta.

—No lo sé.

—¿Vas a decir esa palabrita de los *creyentes*?

—¿Qué palabrita?

—Que fue un *milagro*.

Andrés cerró los ojos deseando desaparecer de ese momento y de todos los momentos, pero los altavoces calle abajo continuaban dando indicaciones y no lo dejaron escapar.

—Ya me tengo que ir. Tengo turno a las diez de la mañana.

—¿Te escapas otra vez? ¿No irás con nosotros por Frank?

—No puedo, tengo turno. Ya te dije.

—Claro, es hora de asistir al refugio de la juventud. Ese es un lugar de condenados, muerte segura para todas las edades.

—¿Te crees poeta o qué?

—¡Ya déjame! No me dejas trabajar y lo que hago es mucho más importante que tu turno de las diez de la mañana.

Andrés retomó su camino, tratando de concentrarse en

avanzar con normalidad mientras Otto lo observaba. Miró el cemento reventado de la calle, miró sus rodillas y finalmente sus propias botas, las cuales lo protegían muy poco del frío constante de la ciudad. "Rojo, rojo. Ahí van mis dedos que se congelan lentamente".

Parpadeo.

Perdido en el entramado de andamios industriales que funcionaban como estación, Andrés esperaba el tren. Debía estar atento. Si se equivocaba acabaría en un barrio lejano sin posibilidad de llegar a tiempo para su turno. "Pon atención, pon atención y no pienses en tonterías", trataba de convencerse pero los anuncios y dibujos en las columnas y en los techos lo distraían. Esperaba, con la mirada perdida en las vías del tren y escuchando las órdenes de los altavoces:

—¡Atención, atención! Deje la actividad que esté realizando y prepárese para el momento civil del día...

Andrés cerró los ojos, quería perderse las luces y el ruido, quería olvidarse de los trenes especiales para limpiadores. Extrañaba de manera enloquecida la suavidad del no estado del ciberespacio, extrañaba no pensar ni hacer nada, extrañaba no existir.

—El día en que empezamos a contar —era la voz de un hombre cuyo rostro aparecía en la serie de las holopantallas distribuidas en toda la estación—. El día en que empezamos de cero...

Quietos, mirando las pantallas, todos en la estación empezaron a cantar el himno a la ciudad. Las luces parpadearon al fondo de los túneles, anunciando que los trenes también se habían detenido. En la orilla de la plataforma, una joven de cabello púrpura parecía algo encandilada por la luz-oscuridad. Cuando la canción terminó, todos los que esperaban volvieron a la normalidad: las miradas perdidas, las caras con asco.

—En otras noticias, se localizaron nuevos grupos sectarios. El hallazgo corrió a cargo del grupo especial de Servicios de la Paz y Bienestar. Este grupo secreto divulgaba la supuesta verdad sobre la creación...

La gente se movió: unos abordaban los trenes, otros salieron corriendo a la calle rumbo a su actividad designada. En el andén vecino sólo quedó una persona a quien mirar. La chica

de cabello púrpura que ahora daba la espalda. Andrés intentó adivinar cómo sería la vida de esa chica: sus actividades designadas, las deudas interminables, el veneno en la sangre.

—En entrevista para los medios, el jefe de Servicios de la Paz y Bienestar dijo: Es inaudito, que a estas alturas de la historia humana existan individuos con estas creencias tan peligrosas. ¿No se dan cuenta que ponen en riesgo su propia salud y la del resto de los ciudadanos?

"¿Qué está esperando?, ¿por qué no se fue en el último tren?". La chica seguía ahí, acomodando de vez en cuando su máscara filtradora y mirando el reloj que marcaba infinitamente los segundos y minutos.

—Está comprobado científicamente que ninguna creación…

Andrés seguía mirando a la chica, tal vez por aburrimiento, tal vez para entretener la espera. "No es tan bonita, pero hay algo en ella que me agrada. ¿Y si me acerco y le pregunto su nombre? ¡Hola!, ¿cómo te llamas?…Sí, claro, el perdedor de Andrés que no tiene novia".

—En todos los módulos educativos, se insiste en que cualquier explicación fuera de la científica es una total aberración…

Los trenes pasaban, unos se detenían y llevaban o traían personas, otros seguían su camino cargados de obreros, recolectores o programadores. Les llamaban trenes por oficio.

—Piense en su actividad designada, ¿la ha realizado satisfactoriamente?

La chica de cabello púrpura y brazos delgados giró sobre sus talones y se encontró con la mirada de Andrés. Fue un instante. Sólo una ráfaga. Luego, el tren que esperaba llegó a toda velocidad y ella se esfumó entre las puertas.

—No olvide que la prioridad siempre es su actividad designada.

En las holopantallas seguían apareciendo los rostros pálidos y que no correspondían con las órdenes del altavoz. Andrés no se movió, ni siquiera cuando su tren se detuvo ante él. No podía dejar de mirar el lugar donde había estado la chica hacía unos instantes, justo en una columna. Pero ya no pensaba en ella, el recuerdo del cabello púrpura se había esfumado de su mente. Ahora había descubierto algo, entre los metros y metros de colores en líneas y figuras que llenaban toda la estación estaban las puntiagudas orejas azules que había buscado toda la mañana. Sus piernas temblaron.

—¿Ya ha realizado su actividad designada?

Andrés sacudió la cabeza para despertar del encanto del

conejo azul, luego tomó su mochila y corrió a la puerta del tren que lo llevaría hasta su cita para limpiar.

Él me miró. Sí, estoy segura de que el chico al otro lado del andén pudo verme. Los trenes iban y venían; y él estaba ahí, esperando desde hacía no sé cuánto tiempo y era como si tuviera mucho miedo o algo le doliera. Tenía la espalda doblada y las manos apretadas. Tal vez los dientes rechinando, tal vez el veneno en la boca. Fue como mirarme en un espejo. No sé por qué me sentí así. Al ver sus ojos casi cerrados sentí que me miraba a mí misma. Como si fuera un espejo ambulante, o algo por el estilo. Por eso no aguanté mucho esa mirada y en cuanto pude abordé el primer tren que pasó. Tren equivocado. Terminé en un barrio desconocido, muy lejos del reflejo aterrador. No me importó; con tal de escapar eso no importó. Prefiero perderme que mirarme en un espejo.

Giró en esa esquina y se topó con una lluvia de hologramas proyectados en el cielo. Tuvo que detenerse. Aquel era uno de esos momentos en los que casi podía sentir el veneno avanzando por sus venas. Nada de qué preocuparse; todo mundo en la ciudad lo había vivido y las viejas lo llamaban el "malestar del veneno". La enfermedad del siglo, decían. Él, y toda su generación podía reconocer el dolor característico de la acumulación de metales en su sangre. Muchos acudían a la Calle Roja, donde existían servicios de limpieza de venas a bajo costo, pero no pasaba mucho tiempo hasta que el cuerpo recibía veneno renovado y más fuerte que el anterior.

—Rojo, rojo, rojo.

Era tiempo de llegar a su turno como limpiador. Pero por un momento no supo exactamente dónde estaba. Dedujo que se hallaba en alguna esquina muy cerca del edificio de limpiadores. Llegaría tarde a su turno y los pies le pesaban.

"Es una coincidencia. Esos conejos son pura coincidencia", pensaba.

Cerró los ojos, ahora con más fuerza y tratando de olvidar el encuentro del conejo en el subterráneo. Miraba a un lado y a otro, buscando entre las paredes y postes de luces fundidas. No había más conejos de orejas puntiagudas.

—Recomendaciones básicas anticontaminantes: 1. Permanecer el mayor

tiempo en casa.

Los hologramas proyectados en el cielo anunciaban con grandes letras que se apagaban y prendían:

¿Qué Desea En Este Momento?
¿Desea Sumergirse En El Cálido No Espacio?
Banco Del Sur Vende Los Mejores Departamentos
Del Barrio Central.

2

Diez Barrios no era un buen lugar para tener 17 años.

Tampoco era un buen lugar para tener 12, ni 30, ni 40, ni ser un viejo. La ciudad de Diez Barrios no era un buen lugar para vivir y punto. Aun así llevaban generaciones apiñándose en las antiguas casas que un día fueron parte de una ciudad con nombre, y que había sido frontera de un país que ahora ya no existía. No quedaba mucho de ese pasado, apenas algunas menciones vagas en los módulos de educación que impartían los de Servicios Informativos. Y era en Diez Barrios donde vivía un chico llamado Andrés, quien llevaba años esperando el tiempo de la felicidad, quien esperaba dejar pronto los trabajos de limpiador y pagar sus deudas. Desde hacía tiempo había saltado a convertirse en un ciudadano productivo y pagador de sus créditos; pero faltaba un poco más para caminar por el puente sur y desaparecer.

—¡Atención, atención…!

Ese chico caminaba por la calle y lo rodeaban el usual enjambre de ideogramas que anunciaban negocios de toda clase. Calle abajo, algunas figuras humanas avanzaban en su dirección y Andrés decidió detenerse un instante para dejarlos pasar. Hacía días que no se topaba con ningún conejo azul, pero la idea lo perseguía y lo obligaba a mirar en cada esquina de la ciudad.

—Avanza, Andrés... ¡Concéntrate! Deja de pensar en ese conejo subterráneo.

Desde esa esquina podía ver el cielo en todo su esplendor, con su característico color gris. Cerró los ojos, escuchando el ruido que provenía de las nubes que era tan parecido a los televisores descompuestos que a veces vendían en la Calle Roja y que lo hacían pensar en tiempos perdidos.

"No puedo, no quiero avanzar".

Sólo necesitaba dar las órdenes a sus piernas para continuar. Un paso, dos pasos, tres pasos y entrar al altísimo edificio atestado de bodegas y oficinas. Un paso, dos pasos, tres pasos y tomar su traje protector de cuerpo completo. Un paso, dos pasos, tres pasos y unirse al siguiente grupo de limpieza. El sólo hecho de pensar en el proceso le causaba dolor en el estómago.

"¿Por qué seguir con todo?".

—¿De verdad entrarás ahí? —era Otto, quien de vez en cuando lo esperaba en la puerta del trabajo.

—¿Qué quieres? Tengo actividad designada.

—¿Otra vez? La última vez que nos vimos dijiste lo mismo.

—Ya sabes que ese trabajo no se termina nunca.

—¡Vamos, asqueroso!, vamos primero a una misión.

—Odio que me digas así.

—Perdón, perdón. Es la costumbre, siempre te he dicho así. ¡Vamos, tenemos que vender un poco de sangre para comprar lo que hace falta!

—¿Falta para qué?

—¿Estás alucinando otra vez? Hoy les daremos un golpe a los perros, ¿o ya se te olvidó cómo dejaron a Frank?

—No sé, yo no fui con ustedes a levantar el cuerpo, ¿te acuerdas?

—Te perdiste los pedazos de piel que encontramos en la esquina, esa que ustedes pintaban. Nos dijeron que el resto no lo recuperaron los de control de la ciudad.

Andrés recordó los gritos de Frank al ser devorado, y deseó con toda sus fuerzas estar en el Galileo en ese momento.

—Les daremos donde más les duele. Sabemos dónde se reúnen, ¿quieres ir?

—No puedo, ya te dije.

—Está bien, está bien. Por lo menos acompáñame a vender

sangre para comprar el material.

—Pero nada más para que dejes de molestar. Vendo y me regreso a la actividad.

Otto giró en la esquina y tomó la delantera. Andrés lo siguió sin dejar de pensar en cómo había terminado el cuerpo de Frank.

BARRIO LIBRE DE VENENO
ADECUADO PARA LA VIDA

Azul-neón-azul-neón. Al dar la vuelta en esa esquina, los colores de publicidad se volvieron todos rojos. Aquel lugar era la Calle Roja: llena de hologramas de ese color reflejados en las paredes de los edificios y en los rostros de los compradores. Otto caminaba junto a Andrés, vigilándolo. Parecía más un escolta que un amigo. Los pasos de los dos se mezclaban y sonaban igual a una vieja caminata militar.

—Hoy está más repugnante de lo normal, ¿no crees? —escupió un poco antes de terminar su frase.

—Es igual, Otto. Todo está igual.

—No, no es igual. Cada vez peor, más y más asqueroso. ¿No lo sientes?, ¿no lo hueles?

—No puedo, ni tú tampoco. Se supone que ninguno de los dos tenemos sentido del olfato. ¿O a ti te lo dejaron?

—Es broma, ¿todo te lo tomas con tanta seriedad, asqueroso?

Equipos criogénicos de barata a la izquierda, servicios de biocompatibilidad a la derecha. Todo a la venta, todo a la mano de manera inmediata.

—Pero es como si lo sintiera en las manos, como si la porquería estuviera por todos lados... ¡y nadie la ve!, ¡nadie la siente!

—¡Hola, queridos amigos!

Algo parecido al silencio los envolvió. Un silencio repleto de gritos y voces y música sintética, en medio de la constante burbuja de frío que caía del cielo.

—Este es el show de Dany y Tany. ¡Bienvenidos!

—Hoy destruí mi Galileo.

—¡¿Qué has dicho, Otto?!

—No podrán creerlo, queridos espectadores, hay grandes noticias sobre el gran festejo...

—Lo aplasté a patadas. Deberías de ver lo que quedó del pobre aparato.

—¿El Galileo?

Andrés recordó el altavoz destrozado frente a su departamento y se preguntó cuántos aparatos destruiría Otto antes de ser detenido.

—Lo sigues pagando, ¿no?

—No importa. De todas formas no tengo ninguna actividad para poder pagar. Aunque hace mucho que no veo los reportes.

Llegaron a la esquina donde siempre se separaban. Cada uno prefería ir a vender sangre en tiendas distintas.

—Otto, ¿vas con el comprador de siempre?

—Sí, ¿y tú con el japonés?

—Nos vemos en un rato.

Otto se alejó de su compañero para perderse entre dos compradores que peleaban por alguna nueva máscara filtradora.

—¿Buscas hormonas, amigo?, ¡tenemos las de mejor calidad!

—¡Dany, Dany! Canta para nosotros, por favor.

Andrés seguía su camino, escurriéndose entre la multitud de vendedores de cabello o córneas nuevas. A él no le interesaba modificar algo así. Giró por la escalerilla repleta de aparatos descontinuados y subterfugios viejos.

—Atención: ¡Nuevo cliente entrando! —dijo la mujer detrás del mostrador lleno de polvo, y cuando movió las manos Andrés pudo ver sus dedos insertados quirúrgicamente. Todos de diferentes tamaños y color de piel, otra de las modas pasajeras en la Calle Roja—. ¿Vendes o compras?

—Vendo —dijo Andrés mostrando su brazo delgado.

—Puerta izquierda. ¡Cliente entrando a puerta izquierda!

Andrés obedeció a la mujer y atravesó el pasillo apenas iluminado por la luz que se filtraba a través de la ventana: neón-rojo-obscuridad-neón-rojo.

—Entra muchacho, entra y siéntate —masculló un hombre apodado en el barrio como *El japonés*, mientras Andrés miraba sus manos trabajar con rapidez.

Minutos después, la sangre llena de veneno se deslizaba por

tubos que subían y bajaban hasta llegar a un estrecho contenedor de vidrio. Andrés se sintió adormilado y se dejó llevar por el silencio de la pequeña habitación de paredes negruzcas.

—No es tan sangre buena. Aun así resulta aceptable —continuaba el hombrecillo—Eres joven, muy joven; eso le gusta a mis clientes aunque tengas veneno.

Andrés se limitaba a mirar su sangre envenenada girar por tubos intrincados. “Ese habla mejor español que yo y se quiere pasar por refugiado. Tal vez quiere hacerse el interesante”.

—Sí, es aceptable... aceptable...

Andrés escuchaba fragmentos de las palabras del hombre, mientras los billetes ya se apilaban sobre una mesita sucia, repleta de jeringas y frascos con manchas de moho.

La sangre de este chico no es tan mala, no, no lo es. Aunque pronto será inservible. Sangre envenenada. A estas alturas ya casi lo puedo adivinar viéndolos a la cara, y este chico pronto llevará sangre mala. Aunque todavía es buena, buena para mí y para mis clientes. No como la de aquella niña que vendía su sangre cada semana. La última vez que acepté comprar lo que salió de su brazo ya no era sangre, tenía un color verde que brillaba en la oscuridad. Le grité que no volviera, que aquello era veneno y que se fuera a morir lejos, en la calle que más le gustara. Ella ya no volvió. Claro que no volvería nunca, el veneno de su sangre era tanto que debió morirse ese mismo día. Sangre mala por todas partes.

Con los billetes en el bolsillo y un leve mareo persiguiéndolo, Andrés regresó al río de gente que recorría el intrincado barrio de túneles y callejones.

—¿Necesitas implantes de garras? Podemos insertar verdaderas, no sintéticas —la vendedora lucía desesperada: jalaba del brazo de Andrés y no parecía muy dispuesta a soltarlo.

El muchacho delgado se liberó de la vendedora para perderse entre los edificios repletos de símbolos y figuras hechas para llamar la atención de los compradores: dorados-rojizos, naranjas-rojizos, grises-rojizos, infrarrojos para los modificados.

—El último resultado de toxicidad en el primer barrio es nulo. Mientras que en el número 9 es...

Andrés miraba atento los anuncios publicitarios que

rebotaban en el cielo gris, temiendo toparse con otro conejo oculto y, al mismo tiempo, deseando descubrirlo. Esas orejas puntiagudas eran un misterio, pero tal vez también eran las respuestas que había buscado. “¿No será esta la puerta que busco?, ¿no estaré huyendo de las respuestas?”.

—¿Qué buscas, asqueroso?, ¿quieres invertir tus ganancias? — Otto, como siempre, salió de la nada.

—Sólo te esperaba. En eso quedamos, ¿no?

—Ok, ok. Tranquilo. Mira, yo ya vendí algo de la mía. No entiendo cómo pueden querer algo tan podrido como mi sangre.

—Le sacan el veneno y la venden, Otto.

—Aun así, la mugre se queda. Aunque tengo que reconocer que pagan bien, y esto es mucho mejor que trabajar como limpiador… Ahora, a comprar lo que necesitamos.

Y sin pensarlo, Otto metió los billetes manchados en el bolsillo de Andrés.

—¿También soy tu mandadero?

—Algo tienes que hacer, ¿no? Y si no te gusta, puedes buscarte nuevos amigos.

Andrés no estaba tan seguro de que Otto y los demás fueran sus amigos. Pero no quiso pelear.

—¡Cálmate, asqueroso! Además, sólo tienes que pasar por el paquete en el lugar de siempre. Ellos ya nos están esperando.

“Rojo, rojo, rojo. Estas son mis manos, estos son mis ojos”. Avanzaron por esa misma calle, tratando de no prestar atención al ejército de vendedores que esperaban en las esquinas hasta atrapar clientes. Otto navegaba entre la gente, intentando no tocar a nadie. Se detenía, daba saltos y movía sus brazos hacia delante y atrás, casi como un viejo bailarín. Andrés lo miraba unos pasos atrás y se reía de los movimientos de su compañero.

“No lo lograrás. Siempre hay alguien por ahí a punto de tocarte”.

—Se calcula que la vida podrá mantenerse en este barrio hasta en los próximos…

Un panel de plástico rosado y transparente era la entrada del lugar que buscaban. El inicio de un nuevo pasillo lleno de establecimientos de los menos concurridos, pero que en palabras de Otto, “tenían a la venta las cosas más interesantes”.

—¡Muchachos, muchachos! Escuchen: ¡tenemos las mejores limpiezas de corazón en la zona! ¡Síganme y les daremos

una sesión de limpieza gratis!

—345 años...

Antes de entrar, Andrés miró hacia el cielo gris, pero sólo alcanzó a ver el desfiladero de los rascacielos que parecían siempre infinitos en esta ciudad y la telaraña de tubos y puentes que cubrían casi todo.

—Muchacho, muchacho ¿deseas conocer los niveles de mutágenos que llevas en la sangre?

—¡Quítate!, ¡me estás tocando, sucio!

El vendedor no se rindió, seguía jaloneando el abrigo de Otto mientras balbuceaba:

—¿Sabías que los datos oficiales que les entregan a todos los ciudadanos siempre están equivocados?

—¡Sucio!, ¿me estás tocando? ¿Eres un refugiado, verdad?

—¡Por favor!

—Ya te había visto la cara, eres un refugiado que le quita el trabajo a los de aquí.

—Por favor, por favor. Sólo compre un poco, sólo compre un poco.

—Además, ¿me tocaste? —soltó Otto a plena voz en la calle. Y con tanto odio, que el viejo dio un gritillo de miedo para luego salir corriendo.

—¡Cálmate, Otto! Es sólo un viejo.

—¡El viejo me tocó! —Siguió gritando Otto, mientras trataba de contener las ganas de vomitar— Andrés, entra de una vez antes de que mate a uno de estos sucios refugiados.

—Espérame aquí —alcanzó a decir Andrés mientras se perdía entre los transeúntes.

—En el barrio 5 se planea la próxima reapertura para las siguientes 48 horas, se tendrán disponibles 200 departamentos nuevos...

El panel de plástico rosa inició el movimiento y el chico entró para perderse en un nuevo laberinto de negocios más exóticos. Vendedores de ojos humanos modificados y listos para ser insertarlos ahí mismo. Reordenadores del sistema nervioso e instaladores de fibras ópticas en seres vivos.

—Los ciudadanos seleccionados serán avisados directamente — aun en esos pasadizos, la voz fría de los altavoces permanecía.

Llegó hasta uno de los puestos que ofrecían una gran colección de aparatos. Todos de funcionamiento desconocido para Andrés. Algunos con cables de puntas peladas y recipientes

de tuercas enormes. El vendedor apenas si lo miró. No hubo charla de convencimiento para que comprara alguno de los productos; Andrés simplemente alargó los billetes sobre el mostrador y el hombre le entregó el paquete que decía “Otto”.

Ese sucio refugiado me tocó. ¿Cree que podrá ir por la vida haciendo eso? Eso, tocando a los demás sin sufrir las consecuencias. Sin saber que reparte su propia mugre. No sé de dónde venga, no sé qué aprendió en ese lugar, pero aquí las cosas no son así. ¿No se da cuenta?, ¿que no ha visto la diferencia entre él y yo?, ¿que no sabe que yo nací aquí mismo, en Diez Barrios?

Sucio, sucio refugiado de manos costrosas. Temblé de puro odio cuándo nos vimos a los ojos. ¡Qué locura! Sus ojos y los míos estaban al mismo nivel. Yo grité pero nadie vino en mi ayuda. Seguro los de control estarían de vagos por ahí, en lugar de hacer su trabajo. Alguien debería estar haciendo su trabajo. Él es igual a todos los demás con los que me he topado. Todos esos refugiados están llenos de toxinas y de hambre, y traen hambre arrastrando desde quién sabe cuánto tiempo. No me importa su hambre, yo sólo tengo la mía.

La ciudad tembló.

Un acre olor a explosión que nadie podía percibir se elevaba por los aires, y un grupo de muchachos se dispersaba en las calles para no levantar sospechas. En el subterráneo se detuvieron los trenes y los altavoces callaron; los ciudadanos se sintieron aterrados y perdidos sin las instrucciones de la voz fría. Risas y festejos de varios chicos acompañaron el sonido que se perdía en los muros de los edificios cercanos; mientras que al otro lado de la ciudad Andrés trataba de ponerse unas botas y saboreaba el momento de sumergirse para olvidar todo aquello. Pero aquella última conversación que tuvo con Otto seguía resonando en su cabeza:

“¿No vas con nosotros, asqueroso?”, le había preguntado Otto después de recibir el paquete que había entregado el vendedor silencioso del pasillo color de rosa.

“Tengo turno. Seguramente sabes que muchos en la ciudad pagamos nuestros créditos”.

“Sí claro, tu famoso turno. Había olvidado lo cumplido que eres. El buen amigo Andrés siempre sigue las reglas”.

“Sólo trato de hacerlo bien, déjame en paz”.

“Claro, claro. Te dejo en paz. Pero recuerda que nosotros sí nos acordamos de lo que le hicieron a Frank”.

“Tengo turno, ya te dije. Además, yo también me acuerdo de Frank”.

“Sí, claro”.

“También piensa que esto lo haríamos por ti. Claro, si tú hubieras sido el devorado”.

—¡Atención, atención!

Los altavoces habían regresado a su funcionamiento normal. La voz fría volvió a romper el silencio e instruir a los ciudadanos después de la explosión.

El trabajo de Otto estaba hecho, y Andrés imaginaba la cara alegre de su amigo corriendo por las calles.

—¡Aviso de último momento, aviso de último momento!

Afuera del centro de limpiadores, los gritos y el caos habían tomado las calles. Ni siquiera los altavoces podían controlar a las multitudes que habían salido de sus casas. Pero, para Andrés eso no importaba; se concentraba en ponerse el traje de limpiador con el mayor cuidado e iniciar finalmente su turno.

—Ha sido reportada una falla eléctrica en el barrio. Es indispensable que todos los ciudadanos permanezcan dentro de sus casas.

El turno de limpiadores se reunió y todos juntos, vestidos y equipados, bajaron al subterráneo. Las luces de neón del tren especial no dejaban de parpadear. “Turno 10 AM. Cuadrilla de limpiadores”, anunciaba. Aunque la noche y el día sonaban a invenciones desde que el invierno se había instalado permanentemente en el mundo, algunos continuaban con la costumbre de fijar las actividades por horarios. “Cosa de viejos”, se explicaba Andrés al pensar en algo tan inútil como dividir el tiempo en días y noches que no se distinguían entre sí. Con el calendario era igual, todavía algunos hablaban de cosas inexplicables como “fines de semana”, “años” y “días de fiesta”; pero para la mayoría de los ciudadanos los meses y las semanas eran idénticos, sólo un amasijo de días en donde siempre había actividades designadas y nunca se contemplaba un descanso.

—¡Atención, ciudadanos!

“¿Cuándo tomarás las riendas, asqueroso?”, de nuevo esa

voz de Otto que seguía metiéndose en los pensamientos de Andrés.

—Se informa a todos los ciudadanos que ya está bajo control el error técnico que lo inició. Un corto circuito que generó...

Las luces neón se colaban por las ventanas al pasar por las estaciones. Andrés cerró los ojos rogando que aquello terminara pronto; esperando que al siguiente instante se encontrara en su propia habitación, a punto de dar el salto al no espacio y muy lejos de cualquier zona para limpiar.

"Estoy tomando el control. Pago mis deudas y yo...".

"Asqueroso, asqueroso. ¡Hablo del verdadero control, no esas cosas de la actividad designada!".

—¡Hemos llegado, salgan todos del vagón! —el coordinador de limpiadores se ubicó junto a la puerta y tomaba nota de los asistentes— Hoy tenemos suficientes limpiadores para una zona completa, perfecto, perfecto.

"Pero algo tendrás que hacer. ¿O ya no quieres ser nuestro amigo?".

"Sí quiero, yo soy parte del grupo. Pero ahora tengo turno, no puedo de verdad".

"Entonces, tendrás que ir a marcar el lugar, asqueroso".

"Yo lo marco Otto, después de limpiar".

El coordinador de limpiadores volvió a gritar con todas sus fuerzas, y sacó a Andrés de sus recuerdos:

—Sobre nosotros hay un edificio nuevo. Bueno, esta mañana lo transportaron en tren y lo ubicaron aquí. Los del banco quieren nuevas viviendas lo más rápido posible. Ya saben, muchos refugiados tocan la Puerta Norte. Todos tienen que ingresar en pareja, puede que encontremos algunas trampas. Nadie se queda sólo. ¿Me escucharon?

El grupo de limpiadores rodeó al coordinador, tratando de ignorar las instrucciones de siempre: "denunciar refugiados ocultos", "defenderse de ellos en caso de ser necesario", "limpiar todo lo que encuentren a su paso". Andrés miraba al grupo desde un rincón, escondido tras la figura de una chica de cabello azul pálido y, por un instante, recordó a la del cabello púrpura en el subterráneo y eso lo llevó inevitablemente a pensar otra vez en los conejos azules.

—¿Alguna duda? No quiero ningún accidentado como en el turno pasado.

Nadie respondió, tampoco nadie preguntó por el accidente del turno anterior.

—Está bien, está bien. Todos a trabajar.

—¡Sí señor!

—¡Tú, la de cabello azul, yo te acompaño!

—¡Sí, señor!

No puedo dejar de mirar a la chica de cabello azul. No puedo, no puedo. Es una verdadera belleza, es una belleza que brota en el lodazal. ¿Será una princesa disfrazada como en esos cuentos que dejó grabados la abuela antes de morir? No creo, claro que no puede ser una princesa. Eso ya no existe, aunque no estoy seguro de que existieran alguna vez. Quizá la vieja sólo inventaba los cuentos para dejar pasar el tiempo mientras se le pudría el cerebro. Eso no debe importarme. Ella, la de cabello azul, es preciosa. Aunque hay muchas otras que son preciosas. Hoy daré un paseo con la de cabello azul. Sólo seremos ella y yo. ¡Es hermosa! Caminaré junto a ella, y me quitaré los guantes para tratar de tocarla. Tocarla de verdad, sin usar guantes ni traje protector. Ojalá pudiera olerla, poder oler su piel y su cabello y su aliento. Es una lástima, pero sólo podré imaginarme su olor. No puedo dejar de mirar a la chica de cabello azul.

El turno había terminado, y Andrés vagaba por la ciudad.

"¿A dónde voy, al departamento para dormir otra vez y despertar de nuevo a esto?".

—La zona en que se encuentra presenta nivel de toxicidad uno. Las indicaciones son: además de que puede caminar por lugares abiertos, puede tocar a otras personas y objetos.

—¡Asqueroso! Debiste acompañarnos —Otto parecía extraño, escondido en la oscuridad bajo una lámpara descompuesta, como temiendo que la luz abriera más sus heridas.

—Escuché la explosión desde el centro. ¿Estás bien?

—¡Atención, atención...!

—¿Dónde fue? Iré a marcar el lugar.

—Los encontramos en la esquina 34, muy cerca de aquí. Reconocerás el sitio en cuanto estés ahí. ¡Fue increíble, increíble! Deberías verlos, se disfrazan y hacen ruidos de animales.

—Son unos desquiciados.

—Sí, pero no sé. Era como si estuvieran rabiosos. Fue difícil atraparlos cuando salieron corriendo después de la explosión.

—¿Y qué pasó, Otto?

—No sé, fue una locura. Todos gritaban y el humo no me dejaba ver bien. Creo que eran más pequeños de lo que creía. Ahora no estoy tan seguro de que fueran los mismos.

"Eran niños, eran sus hijos y tú les echaste una bomba", quiso decir Andrés, pero el altavoz lo calló.

—Último reporte de refugiados entrando por la Puerta Norte.

—¿Todos salieron vivos? Quiero decir, los nuestros.

—¡Claro que sí! ¿Acaso crees que somos unos imbéciles? Fueron ellos los que tuvieron bajas.

—Se espera la incorporación de 5 mil nuevos ciudadanos...

—Malditos refugiados, estamos llenos y dejan pasar más —Otto se detuvo para escupir sobre un charco de agua— ¡Asqueroso! Debiste ver sus caras de sorpresa.

—¿Cuántos escaparon?

—No lo sé. Pero los que escaparon, ya no están completos.

ZONA CONTAMINADA ZONA CONTAMINADA
ZONA CONTAMINADA ZONA CONTAMINADA
USO DE MASCARILLA OBLIGATORIAMENTE

Andrés no quiso perder tiempo a la hora de marcar el lugar de la pelea. El suelo sucio delataba el punto exacto y los de control habían dejado los restos de la puerta destrozada por la explosión. En la calle, alguien, tal vez un vecino, había echado agua sobre las manchas de sangre pero sólo había convertido aquello en un lodazal rojizo.

—¿Qué hiciste Otto? Los perros irán tras de ti. Irán tras de nosotros.

—Todos deberán reportarse en el centro de migración.

"Repudio a los perros. Salgan de nuestra ciudad", escribía Andrés, tratando de controlar el frío que ya había entumecido sus manos.

—Ahora sabrán que también es nuestra esquina.

Y sobre la humedad del suelo dibujó cuerpos con líneas blancas como lo hacían los viejos policías que investigaban

crímenes; eso lo vio un día en las holopantallas. Luego agregó un par de palabras: "ASESINADOS RABIOSOS".

—¡Qué nadie dude de lo que pasó aquí; que todos sepan que aquí no entran los perros! —pero Andrés no sabía si eran esas sus palabras o sólo se repetía lo que tanto le había dicho Otto.

Parpadeo.

—Oye, oye.

"Estas son mis manos, estos son mis ojos que cuando se cierran me esconden momentos que ya han pasado. Rojo, rojo, rojo. Estas son mis manos, estos son mis ojos".

—Oye, Andrés.

La voz ya no provenía de sus pensamientos. Era Lu quien de vez en cuando salía de la reclusión. La niña de pie frente a su cama, abría y cerraba los labios. Pero Andrés no entendía lo que decía.

—¿Qué pasa?

Andrés escuchó su propia voz y no la reconoció. Se asustó un poco al pensar que alguien más hablaba por él, pero trató de actuar con naturalidad, Lu se asustaba fácilmente.

—Quiero saber algo.

"Estos son mis pies, estas son mis piernas". Sin querer se puso a contemplar su colección de objetos raros que había sacado de su escondite: un cartel de una playa soleada, una serie de focos navideños, una lata de refresco todavía sin destapar, una tacita rota, una pieza de ajedrez, una pantalla vieja de TV.

—¿Qué pasó, Lu?

—¿Andrés, estás bien? No juegues. Quiero preguntarte algo...

—Pregunta, Lu. ¡Anda, que me quiero sumergir otra vez!

—Andrés, ¿cuánta deuda tienes?

—No mucha, eso creo.

"Estas son mis manos que se mueven a mi antojo. Estos son mis brazos".

—Hoy me dieron mi conteo

Lu se detuvo en esa palabra, como esperando una reacción de Andrés.

—Quiero salir a trabajar.

—Lu, todavía no tienes ni 13.

—No me importa. Quiero salir y trabajar. Dime, ¿cómo son las zonas de limpieza?

—Igual.

—¿Igual a qué?

—Están llenas de mugre, igual que todo lo demás.

Andrés miraba a su alrededor pero sin dejar de repetirse: “Este soy yo, este soy yo”.

—¿Qué pasa si no reúno suficiente créditos?

—No preguntes esas cosas. Todavía no tienes la edad límite.

Lu salió corriendo de la habitación y el sonido de sus pasos se ahogaron entre el intermitente teclado de la mujer gorda del fondo del pasillo y su sistema de respiración. Mientras que Andrés no deseaba otra cosa más que dejarse llevar por la ensoñación, y con el último esfuerzo prendió el Galileo para cerrar los ojos.

3

La dolorosa salida, dejar la oscuridad y el hogar abruptamente, el sufrimiento de ser expulsado del placer. Andrés cayó en una espiral que parecía sin fin, hasta que abrió los ojos y despertó en su diminuta habitación de paredes agrietadas.

—¡Gracias por utilizar Galileo, el universo a su alcance!

El sonido del teclado lejano, al otro lado de las paredes del departamento y en medio de la oscuridad, le dio la bienvenida al mundo a donde pertenecía. “Es *la Señora*, es la *Señora* trabajando. ¿Cómo sigue usando sus dedos y ojos? ¿Nadie le avisó que se puede dar el salto con el pensamiento?”. Nunca lo entendió, pero la mujer del fondo del pasillo era de las pocas programadoras que todavía usaba un viejo teclado. Todo lo hacía a la manera antigua, no se conectaba por la vía neuronal, sólo tecleaba como una anciana temerosa a dar el siguiente paso.

¡Cómo recuerdo a mamá! Todos los días la recuerdo al rezar o al teclear frente a la computadora. Ella decía cosas extrañas, tal vez ya estaba enferma y ninguna de las dos lo notó. Ella contaba sobre un anciano que se la pasaba sentado en un trono sobre las nubes, y que escuchaba a los seres humanos. Dios, decía que se llamaba. Dios, los escuchaba y los protegía. Ella me contó todo eso mientras caminamos

tantos días por el desierto frío rumbo a la primera ciudad del sur. Ella también me repitió viejos rezos que alguien más le enseñó. Hoy ya no recuerdo mucho. Pero ella decía que al pronunciar las palabras él te escuchaba. Todo este tiempo sin ella he tratado de recordar esas palabras, pero creo que las perdí para siempre. Las perdí en el camino. Sólo recuerdo algunas frases, frases que mezclo y que juntas no tienen ningún sentido. Tal vez por eso mis rezos no funcionan, tal vez sólo funcionarán si se dicen en un orden exacto. Tal vez por eso sigo en esta ciudad.

Andrés llevaba en la mente el horario de trabajo: "9:00 horas presentarse en el centro de limpiadores de la zona".

—¡Concéntrate, concéntrate!

Quedaban pocas cuadras para llegar y Andrés miró a un costado entre las paredes repletas de grafiti, como siempre temiendo encontrarse un conejo entre los dibujos de dinosaurios atacados por asteroides y caras de payasos llorando.

¡ALTO! ¡ALTO! ¡ALTO! ¡ALTO! ¡ALTO!
¡ALTO! ¡ALTO! ¡ALTO! ¡ALTO!
ZONA CONTAMINADA ZONA CONTAMINADA
ZONACONTAMINADA

Miró un poco más, y para su tranquilidad no encontró ningún conejo. Aquella esquina era el inicio del barrio vecino al suyo; uno completamente contaminado y según los reportes oficiales, supuestamente abandonado. El lugar había quedado así desde el día que algo reventó dentro de una casa, y sólo algunos alcanzaron a escapar. Aunque eso no les sirvió de mucho, la mayoría ya llevaba arrastrando trozos de su propia piel. Andrés era muy pequeño cuando eso pasó, y desde entonces la zona no se abría para hacer nuevos lugares habitables.

Siempre que pasaba por ese lugar algo lo detenía. Tal vez el presentimiento de ver una sombra o encontrar un signo de vida dentro de las pocas casas que se alcanzaban a distinguir desde esa esquina. Pero nunca vio nada, sólo la oscuridad.

"¡Vamos Andrés, avanza!, vas tarde a tu turno".

Ellos me dijeron que no sirvo para nada. Ellos, los de las oficinas centrales de limpiadores, dijeron que hoy es mi último día de trabajo. "Señorita, señorita: Ya no nos sirve como limpiadora, busque otro trabajo". ¡Y vaya que tienen razón!, ya no puedo más, ya no puedo con el dolor en los ojos y en mi cara. ¿Qué ha entrado en mí que me está quemando por dentro? ¿En qué lugar me infecté de este veneno? Sólo quiero que termine el día, sólo quiero irme a casa y poder dormir para siempre. No, ya no puedo más. Ellos me dijeron que una persona enferma no puede seguir; ellos me dijeron que era muy costoso esperar mi recaída en cualquier área de limpieza. Que no pueden aceptar limpiadores como yo. Que ya no sirvo para nada. ¿Qué haré después? ¿A qué actividad podré aspirar? Tengo frío, mucho frío.

—¡Llegas tarde, te esperábamos hace una hora! —gritó la mujer alta y de manos finas que esa mañana coordinaba al grupo de limpiadores.

Andrés no respondió, se limitó a marcar su horario y a cambiarse de ropa. Luego tomó sin mucha atención la mochila llena de palas desplegables y linternas. Estaba listo para iniciar la jornada.

—¡Rápido, rápido, rápido! —siguió gritando la mujer, sin poder ocultar la humillación que la causaba tener que coordinar a chiquillos de la zona para trabajos de limpieza: uno de los más bajos de todo el escalafón. Pero tenía deudas, créditos infinitos: cambio de riñón, renovación de sangre, Galileo nuevo cada año y ese maldito plomo que se negaba a salir de su sangre.

—¡Cálmese, señora!, estamos listos –le contestó uno de los limpiadores desde el otro lado de la máscara filtradora.

—Perdemos tiempo valiosísimo. Claro, ¡qué van a saber ustedes del valor del tiempo! Si son unos mocosos que sólo quieren divertirse y sumergirse.

—Entenderemos cuando estemos tan viejos como usted.

La coordinadora no supo qué contestar. En el fondo, aquel muchacho tenía algo de razón. Ella estaba muriendo (igual que media ciudad). Su reloj interno marcaba muy poco tiempo.

—¡Rápido, rápido! —gritó de nuevo la coordinadora.

Andrés, llevando su traje completo, se unió al grupo de muchachos cubiertos de pies a cabeza. Subieron al tren especial que los llevaría al punto de limpieza: siguiente y única parada. Se trataba de tres nuevas casas montadas recientemente en Diez

Barrios, puestas unas sobre otras y esperando al siguiente turno de limpiadores.

—Un gran futuro te espera en nuestras nuevas instalaciones como limpiador. Ésta es tu mejor opción para un futuro brillante.

La oscuridad era lo único que existía en medio del traqueteo del transporte de limpiadores. Aunque de vez en cuando, un halo de luz de entre los millones de hologramas reflectados en las calles se colaba en las delgadas paredes de metal. Pero irremediablemente el cubo regresaba a la penumbra, dejándolos en silencio y con tiempo para pensar.

—¡Rápido, rápido, rápido! —gritó la coordinadora al abrir las escotillas en la estación más cercana a la zona de limpieza.

El grupo de muchachos descendió del transporte. Todos llevaban el rostro cubierto con las mascarillas filtradoras. Ojos negros y azules, ojos castaños y verdes, era el sueño democrático de los antiguos que se había hecho realidad; todos iguales bajo las gruesas máscaras filtradoras.

—Recuerda, está en tus manos realizar una gran carrera...

Una de las chicas, la de manos larguísimas y acento extraño, miró al chico flaco y con cara pálida que estaba frente a ella. "Te están mirando, Andrés. Esa chica de ahí te mira y tú escuchando las estupideces de la vieja. Con razón no tienes novia".

—Estas son las zonas que tenemos que limpiar, el resto lo hará el siguiente turno...

Cuando las instrucciones terminaron, todos se dejaron llevar por la ola de movimiento y salieron a la próxima zona de limpieza llena de venenos y muerte.

Parpadeo.

Andrés limpiaba una zona sencilla: la casa más pequeña que habían traído cargando por kilómetros. "Quién sabe cuánto tiempo había estado abandonada, quién sabe si alguien había sido feliz aquí, quién sabe cuántos se habrán muerto aquí". Todas esas preguntas le venían a la mente mientras miraba las viejas fotografías de familias felices colgadas en las paredes de la sala. Una mujer con una corona de flores y un velo que cubría casi toda su cara, dos niños vestidos de manera idéntica, un perro en brazos de un anciano. Andrés casi podía escuchar el: "¡Miren a la cámara!".

— ¡Tienen una hora para terminar!

Como sea, esa casa llena de recuerdos debía volver a habitarse. La iban a convertir en departamentos donde se apiñarían más refugiados. Tomó las fotografías y las echó al contenedor de basura que acabaría en la hoguera.

"Seguro no se imaginaron que así terminarían...".

Mientras pensaba otra vez en el misterio de los conejos que tanto lo atormentaba, se entretuvo frente a una vieja cómoda de madera. Estaba en la misma esquina donde alguien la había puesto hace décadas con amoroso cuidado. "Seguro es Otto, y tú te la pasas persiguiendo sus jueguitos...", se repetía para explicarse la repentina desaparición de los conejos.

—Favor de permanecer en sus casas.

Después vendrían las hordas de obreros de construcción para levantar gruesos muros de concreto por todos lados. Ya no habría ventanas y las habitaciones pequeñas se multiplicarán.

— Veamos qué objeto interesante han dejado para mí. ¿Qué regalo de sus vidas abandonaron? —dijo en voz alta al acercarse a un mueble de madera desvencijado.

—Equipo de descontaminación secundario, se les comunica que el siguiente grupo ingresará en tres horas.

Primer cajón: una rata muerta que parecía hecha de carbón. Segundo cajón: vacío. Pausa. "¿Qué estoy pensando? No voy a encontrar nada aquí". Tercer cajón: Hojas de una revista vieja que al tocarlas se hicieron polvo.

—Es necesario desalojar el edificio norte de la calle ocho.

Cuarto cajón: monedas inservibles. "Dinero sin valor, pero que me servirá para mi colección". Se guardó en los bolsillos un par de metales redondeados con caras de héroes olvidados.

—Este edificio debe ser registrado por el primer equipo limpiador.

Andrés siguió recorriendo la habitación, contemplando las sillas de madera carcomidas y las lámparas con girasoles pintados. "¡Qué maniáticos, qué gente tan rara!", pensaba de los habitantes de esa casa y no pudo encontrar algo en común con ellos. El tapiz de las paredes se había despegado y los rollos cortados se doblaban por todas partes. Andrés no dejaba de sonreír al imaginar lo ridículos y cursis que serían los habitantes de ese lugar: parecían seres de otro mundo, uno tan lejano que le resultaba imposible reconstruirlos con su imaginación.

—¡Eran como marcianos! ¿Quién querría tener hoy un

espejo con flores y pájaros?

Los pocos trozos de espejo quebrado reflejaban una imagen retorcida: la de un muchacho muy delgado que entrecerraba los ojos al mirar su propia imagen.

—Espejito, espejito, es hora de ir a la basura.

—Equipo de descontaminación, se les comunica...

Quitó el espejo y dejó la pared desnuda. Pero antes de dirigirse hacia el bote de basura, lo descubrió. Ahí estaba, casi como esperándolo, un aterrador conejo azul dibujado en el trozo de pared que había ocupado el espejo. Lucía tan quieto e inocente, mirándolo de reojo. Andrés tembló al ver las orejas puntiagudas. Sabía que lo había estado esperando, que había salido de su guarida sólo para encontrarse con él. Cerró los ojos conteniendo el mareo que ya lo atacaba, pero se encontró con la imagen mental del conejo y ya no pudo permanecer de pie.

—¿Cuál turno estuvo antes que nosotros? —gritó en la habitación vacía.

—¿Qué dijiste? —alguien, otro limpiador, respondió desde una habitación lejana.

Desde el suelo, Andrés miró de nuevo el conejo rechoncho. Esta vez no sólo era la imagen, sino que estaba acompañada de una frase: Chat #17. Un dolor intenso inundó como una ola el lóbulo frontal del chico y al cerrar los ojos lo único que pudo ver fue un intenso color rojo.

— Rojo, rojo, rojo, rojo... —susurraba mientras controlaba las ganas de vomitar.

Esos conejos gordos me persiguen. A donde quiera que vaya siempre están ellos. Son como fantasmas con orejas puntiagudas y ojos saltones. Es una locura, lo sé. Debería estar concentrado en lo mío. Debería estar sumando créditos y no entretenido en un estúpido juego del tesoro en busca de conejos azules. Es eso, un estúpido juego del tesoro que me hace perder el tiempo. Me pregunto quién está jugando así conmigo. Quién quiere volverme loco. Cuando lo averigüe lo atraparé y usaré mis propias manos para retorcerle el cuello. Además mataré a todos esos conejos, uno por uno. Los haré pagar por el tiempo que me hacen perder. Los mataré, los mataré. Lo prometo.

La puerta chirrió cuando entró al Chat #17, un establecimiento lleno de grasa y consolas construidas la década pasada, pero que aun podían conectar a las hordas de usuarios al ciberespacio.

TIEMPO INDEFINIDO

Marcó la pantalla del encargado, quien se hallaba encorvado en su silla. Sin decir nada, le señaló el lugar designado con la cabeza y soltó un gruñido ahogado. Andrés utilizó lo último del efectivo que le quedaba con la venta de sangre en la Calle Roja, (ni pensar en usar el sistema de créditos: no quería más deudas por pagar durante años).

Sabía que en casa podía entrar al no-espacio. Allá tenía una consola más actual: un flamante Galileo de antepenúltima generación, con dermatrodos modificados y una aplicación extra que conducía cómodamente hacia el *Salto*. Pero el conejo azul lo llamaba por este camino, y por alguna razón que ni él mismo entendía, decidió seguir las instrucciones e ir al Chat #17.

Caminó por el estrecho pasillo de aquel decadente negocio, con el espacio exacto para no tocar a las docenas de personas alineadas frente a sus respectivas consolas. Todos mugrientos y enfermos; perdidos en submundos imposibles, lugares que los alejaban de su trozo de porquería.

—Rojo, rojo, rojo...

La consola asignada lo esperaba. Sentado frente a los cables y conectado a todo lo necesario, sólo restaba iniciar con el pensamiento que lo enlazaría de manera automática. Dudó unos instantes. Se preguntó porqué estaba haciendo aquello. Pero luego dio el salto mental y bruscamente ingresó al no espacio, dio unos cuantos golpeteos y luego fue como deslizarse en una piscina de oscuridad que lo envolvió en un cálido abrazo.

—¡Bienvenido a Galileo, el universo a su alcance!

Nadó lentamente entre las olas negruzcas y cálidas. Se olvidó de su nombre y de donde provenía, giró sobre su estómago y miró el cielo del mismo color del plasma donde nadaba. Pasaron horas o días completos.

—Usuario no identificado, usuario no identificado.

“Este no es mi cuerpo, este no es color rojo ni azul”. Salió de la zona de inicio y ahora caminaba por un pasillo lleno de puertas. Decenas, cientos, tal vez miles o millones de opciones. Pero sólo buscaba una, la que brillaba de un color azul eléctrico y que era difícil de ignorar. “¿Andrés, Andrés?, ¿estás seguro de querer entrar?, ¿estás seguro de querer iniciar?”, se repetía mientras avanzaba.

De nuevo dudó. Estaba a tiempo de dar media vuelta y olvidarse del asunto para siempre. Pero el enigma lo atraía y estaba seguro de que no podría descansar hasta descubrir el misterio. Abrió la puerta y se descubrió caminando por la orilla de una playa. Su Galileo nunca le había mostrado un lugar así y le sorprendió conocer las construcciones virtuales que se hacían fuera del sistema oficial.

—Este no es mi cuerpo, este no es mi cuerpo...

Era fácil perderse en ese lugar, quedarse para siempre frente a las olas y olvidar que en realidad estaba en una sucia galería de consolas ilegales. El cielo era de un azul intenso, tanto que Andrés se detenía a cada paso para seguir mirando. Más allá de la playa dio con un desierto que no parecía tener fin, las dunas se sucedían de manera infinita.

—Esto es tan extraño como la casa que limpié. ¿Así habrá sido el mundo antes de la guerra y del invierno? ¿Esto sería real en algún momento?

Subió por una colina mientras se cubría el rostro. El sol brillaba tanto que lastimaba sus ojos virtuales. “¿Así se sentirá caminar sobre arena?”. Al otro lado de la colina se topó con un edificio.

—¿Esto es un lugar de creencias es un... es un?

—Es un templo, muchacho. No tengas miedo de decirlo en voz alta —una mujer caminaba junto a él. Llevaba la cabeza cubierta con un velo que volaba con el viento.

—¿Es un templo? ¿Un templo con creyentes?

—Antes había muchos de estos... hace mucho tiempo, claro. Mira, ya llegamos. Este es nuestro templo; aquí somos libres para contar y creer lo que queramos...

La mujer señalaba la entrada. La puerta blanca tenía la marca del conejo azul aunque ahora sin neones ni tonos chillones, sólo un azul aterciopelado.

—¿Has visto el cielo? —dijo la mujer señalando el techo.

Los dos entraron al templo y Andrés miró hacía el punto que señalaba la mujer. Se encontró con que el edificio no tenía techo.

—¿Has visto el cielo? —repitió la mujer mientras avanzaba.

—Sí, sí he visto el cielo. Es de un color extraño, no es gris.

Dentro del templo había más gente: un nutrido grupo de hombres y mujeres, de ancianos y jóvenes que rodearon a la mujer del velo. Todos la miraban y parecía que llevaban horas esperando. Andrés sólo podía pensar en una cosa: “¿Por qué me persiguen?, ¿qué quieren conmigo?”.

—¿Has visto el cielo? No este cielo, el que está del otro lado de la máquina.

Todos tenían líneas verdes y naranjas pintadas en el rostro. Figuras encorvadas, figuras de viejos los rodeaban a él y a la mujer. Un grupo de niños correteaban felices alrededor del círculo de personas y cantaban cancioncillas desconocidas.

—Ahí no hay estrellas, ¿lo has notado? Hace mucho que no se pueden ver. Ni la Luna, ni el Sol; ese mismo que brilla ahora.

Andrés no comprendía a la mujer. “Claro que las estrellas no se podían ver. La capa de polvo no permitía distinguir más allá del treintavo piso de cualquier edificio”.

—¿Quiénes son ustedes?, ¿qué hacen aquí?

—¿Tienes miedo? Siéntate —le dijo un viejecito tomándolo de la mano—. Escuchemos a la señora.

—Entren al círculo a escuchar.

—Entramos jubilosos.

La mujer se sentó en medio del círculo que la gente había formado. Parecía estar cómoda y lucía orgullosa.

—Escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida —comenzó a decir la mujer.

—Escucha, escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida —respondieron a coro los presentes.

—El canto de la Madre es viejo, tanto que sólo ella podría recordarlo. Su canto se pierde en el abismo de los años y está mucho más allá de la memoria de nuestra especie. Pero su voz nos canta desde la oscuridad, y de tiempo en tiempo su palabra ha llegado hasta nosotros.

—Escucha, escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida.

—Atravesando los ríos de sangre, de su propia sangre.

Atravesando las entrañas desgarradas, sus propias entrañas. Madre surgió a la vida. Abrió los ojos y se encontró a sí misma flotando en la nada. Conoció sus ojos y su mente, conoció su vientre y sus brazos. Madre tocó su vientre y lo descubrió vacío y lo repudió. Ahí supo que estaba completamente sola en el infinito de la oscuridad y se sintió profundamente triste.

¿Dónde estoy? Aquí, aquí estoy en este templo blanco y entre esta gente de cara verde. No, no. En realidad estoy muy lejos. En realidad no sé dónde estoy. Dónde está mi yo de verdad, mi cuerpo y mi sangre y mis huesos. En algún lugar está mi cuerpo, en algún lugar está sudando y cubriendo amorosamente cánceres entre sus entrañas. En algún lugar, fuera del Galileo, lejos. Ese cuerpo debe estar respirando y tiene hambre y necesita defecar. En algún lugar, lejos de estos cielos, parpadean mis ojos y la sangre comunica la vida de un extremo a otro. Muy lejos, bajo techos de vidrios y aluminio. En algún lugar, lejos de esta imitación de vida y de esta imitación de respiración.

El salto, el dolor.

Lo primero que Andrés vio al despertar del no-espacio fue un bicho gordo caminando en el techo de Chat #17. No se incorporó de inmediato, se quedó escuchando la voz lejana de algún microprocesador dando un anuncio.

— ¡Atención, atención!

—¿De dónde salió ese animal?

La salida había sido abrupta. Un estruendo en la realidad fuera de la consola fue lo que lo sacó definitivamente de la placidez del no espacio. El Chat # 17 había prendido sus alarmas y bocinas de emergencia. La habitación entraba y salía de la oscuridad en un ritmo hipnótico: oscuridad-amarillo-oscuridad-amarillo-oscuridad.

—¡Redada!, ¡redada!, ¡redada! —repetía la voz automática de las bocinas; más fría que la de los altavoces conectados a los postes de luz en la calle.

—¡Se ha detectado uso ilícito del Galileo en este lugar!

—¿Qué hacen aquí? ¡Este es un lugar privado!

Era el hombre de la siguiente consola quien, mientras se quitaba los cables, gritaba incontrolable. Algunos usuarios se

desconectaron sin comprender exactamente qué pasaba. Aún soñaban con la cálida vida que se habían construido al otro lado de las pantallas. Otros muchos conectados no se movieron; no quisieron o no se interesaron en las alarmas ni en las redadas.

—¡Redada!, ¡redada!, ¡redada!

—¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias!

Esta era una de las cosas por la que el Chat #17 seguía siendo tan popular. Siempre estaba preparado para las redadas que eventualmente se realizaban en los lugares ilegales.

—¡Hackearon nuestras operaciones! ¿Entraron a nuestras sesiones, asquerosos?

Andrés se desató de la consola y se incorporó de un golpe. Sintió una oleada de mareo que se extendía desde su cerebro hasta el resto de su cuerpo.

—Todos los usuarios deben permanecer en sus lugares, se revisará cada una de sus actividades no autorizadas…

Trastabillando, se dirigió hacia la puerta de emergencia, la cual lanzaba parpadeos de luz. Ningún encargado a la vista; seguro fueron los primeros en salir corriendo.

—¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias!

Hombres cubiertos de pies a cabeza irrumpieron por la puerta delantera. Las botas pisotearon los cables interconectados y los gruesos guantes tocaban y destrozaban todo lo que se encontraba a su paso. Las consolas caían y los durmientes despertaban gritando.

—¡Atención, atención! Este lugar queda en cuarentena. Servicios de Paz y Bienestar revisará todas las máquinas de Galileo que no tienen autorización oficial…

—¡He pagado por una sesión de tiempo indefinido, asquerosos!

Andrés alcanzaba a escuchar los gritos entre los usuarios y el equipo de servicios, pero en el callejón, detrás del Chat #17, todo parecía tan tranquilo. Una nube de vapor blanco bajaba por los tubos rotos que colgaban entre los edificios, el constante ruido gris del cielo parecía tan sereno.

Parpadeo.

Un chico flacucho vagaba por la ciudad. Tenía demasiada energía como para volver a casa y ahora corría por el laberinto formado por estrechos pasadizos, parques abandonados, bodegas

repletas de bichos y edificios sin descontaminar. Sudaba copiosamente mientras trataba de recordar todos los detalles de lo ocurrido tras la puerta del conejo azul.

—¡El Show de Dany y Tany

Un grupo de muñecos de peluche bailaban al mismo tiempo en multitud de holopantallas. Los brazos largos se movían rítmicamente; los ojos púrpuras y las lenguas verdes aparecían y desaparecían en las pantallas.

—¡Gracias por la linda presentación, chicos!

—¿Será posible, Andrés? ¿Seguro que no estás soñando?

—No es nada, Tany, ¡te queremos!

Los muñecos siguieron bailando unos segundos; risas y aplausos grabados se mezclaban con música ensordecedora. Muchos programas parecidos habían sido estrenados últimamente en las holopantallas, pero este era el más popular de todos. Dany y Tany, las estrellas que eran vistas y aplaudidas en los subterráneos y en los pisos altos de los lugares más limpios de Diez Barrios.

—¡Yo también los quiero, amigos peluches!

Andrés se quedó quieto en la oscuridad, medio oculto en uno de los ángulos que le ofrecía la calle, un nicho protegido de los rayos holográficos. Pero al mirar al suelo pudo ver el mismo bicho que estaba en el Chat #17.

—¿Me seguiste? —se escuchó preguntando al bicho.

—¿Ya terminaron de mimarse? ¿Ahora sí podemos hablar con nuestro público?

El animal seguía deslizándose entre las losas de la banqueta, sus patas se atoraban en los recovecos pero esto no le impedía continuar con su escalada. Andrés cerró los ojos, en un intento de volver al control de la realidad.

“Estás soñando Andrés, estás soñando”.

El bicho seguía arrastrándose sin preocuparse por la contaminación nuclear, ni las deudas contraídas, ni le importaba sumergirse y ni siquiera soñaba con migrar al sur.

—¡Qué gruñón, Dany¡, qué gruñón!

Al abrir los ojos el bicho se había ido “¿Dónde estás?, déjame encontrarte para aplastarte. Ahora sí te importará algo. Así deben ser las cosas, lo siento, yo no inventé las reglas”.

—Es increíble que sólo falten unas cuantas semanas para la gran celebración.

Andrés no quería regresar a su departamento; vagó un rato,

sin rumbo fijo. No podía dejar de pensar en aquellas visiones del no espacio.

—¿Qué se tiene planeado?, ¿podemos hacer el recuento de lo que nos espera?

—Eran creyentes. Ese era un grupo de creyentes. Allá me llevaba el conejo...

—¡Será increíble, estoy muy emocionada!

Sin darse cuenta, después de vagar durante horas, de perderse entre los nichos escondidos en cada esquina, de brincar los cuerpos de los que murieron camino a casa y de imaginar hordas de bichos que lo perseguían, el chico se dejó llevar por la multitud en la Calle Roja. Cientos de hologramas publicitarios cubrían los edificios.

—Informe de toxicidad de la zona, informe de toxicidad de la zona...

—¿Buscas nuevos ojos reflejantes?, conozco el mejor lugar de instalación.

—Esperen próxima descontaminación.

—¿Cómo están tus pulmones?, ¿no te gustaría una revisión rápida y una limpieza interna? Aquí cerca tenemos los mejores aparatos.

—Es primordial que los habitantes de esta zona se trasladen a un lugar seguro, por razones de seguridad la zona iniciará procesos de descontaminación.

—¿Estás podrido por dentro? ¿Sientes que el veneno ya recorre tus venas?

Andrés hizo a un lado al último vendedor, se tocó el pecho y trató de respirar con normalidad. Sabía que dentro no estaba libre de veneno, sabía que dentro ya crecían úlceras.

—Los habitantes deben seguir las instrucciones del personal asignado para su reubicación.

—¿Quieres modificar tu vista? Tenemos disponible la tecnología necesaria para insertar microcanales en tus ojos. ¡Olvida perder un centímetro de este mundo!

—¿Quién quiere eso? —espondió entre susurros Andrés, tratando de contener un irrefrenable impulso de vomitar.

—Informe de toxicidad de la zona...

4

Andrés flotaba en medio del ensueño. Trataba de recordar si allá fuera, en esa otra realidad, había sentido algo parecido. Flotar en la cálida nada, reconfortado e ignorando los sucesos del exterior... No, no existía nada igual al placer experimentado en la profunda oscuridad eléctrica.

—Identificando usuario. Espere por favor...

Reconfortado, giró sobre sí y se dejó llevar por la ola invisible que lo mecía. "Este no es mi cuerpo, este no es mi cuerpo".

—¡Bienvenido a Galileo, el universo a su alcance!

Otro giro en el vacío, mientras escuchaba voces suaves y familiares.

—Inicio de protección de consciencia y ensoñaciones... .

—¡Ya llegué!, ¡ya llegué a casa! —gritaba en el vacío construido para él.

No muy lejos de ahí descubrió una puerta. Aunque no recordaba si era siempre la misma o si el Galileo diseñaba una distinta cada vez. Lento, sin ninguna preocupación por el tiempo eterno, Andrés alargó el brazo para abrir la primera puerta que le ofrecía el no-espacio. ¿Qué haría sin este mundo incluido?, ¿cómo sobrevivían sus antepasados sin este sistema de placer? Andrés se empequeñeció, ahora era un bebé doblado.

Adivinando que afuera, más allá de la luz, había vida esperando. Flotando le dio la espalda a la puerta de donde provenía ese misterio, quería ignorarla y quedarse ahí para siempre. Quería olvidar que aquel no era su cuerpo real y que fuera había dolor.

—¡Estoy aquí, estoy en casa!

Pasó una hora, tres días, un minuto, mil años. Y el despertador del dolor sonó lejos en algún punto detrás de la puerta:

—Es hora de regresar.

Algo junto al sonido y el dolor que ya sentía en la pierna, lo arrastraba. Y formaba un sendero en la nada eléctrica. "Ya voy, ya voy".

—Hora programada por el usuario —sonaba con intensidad en las fronteras del no-espacio.

Pero antes de dar el salto de regreso se detuvo a mirar lo que dejaba. Giró en la nada, mientras la voz lo seguía arrastrando lentamente: ahí descubrió algo distinto a lo usual del no espacio. Lo atacó el presentimiento de que algo o alguien lo miraba oculto en la oscuridad. Unos ojos que lo aterraron y lo hicieron retorcerse en su cama de sábanas sucias y grises de la otra realidad fuera de la oscuridad eléctrica.

—Hora programada por el usuario.

Del fondo de la oscuridad se escurría un bicho extrañamente parecido al que había visto en el callejón fuera del Chat #17. "Qué cosa tan rara construyó para mí el Galileo", pensó Andrés mientras la voz del despertador ya lo arrastraba fuera.

—¿Qué haces aquí, amigo?

Pero el animal no venía sólo, una línea negra de otros animales que se movían rítmicamente lo seguían. Eran diminutos conejos brincando en fila.

—¿Ustedes me siguieron hasta acá?

La columna de animales se acercó a él como una ola aterradora. Al avanzar cambiaban de colores. Andrés pensó en el neón de las calles de Diez Barrios: azul-negro-azul-negro. Los ojillos de los bichos lo miraron antes de lanzarse.

—Hora programada por el usuario.

Al salir del no-estado su cuerpo había convulsionado. Vomitó entre las sábanas, mientras el despertador seguía funcionando.

—Hora programada por el usuario.

Dejó de moverse mientras Lu trataba de detenerlo. Ya no sentía dolor ni miedo, sólo el acre sabor en el fondo de su garganta. Eso lo asustó aún más, se supone que no debía percibir ningún sabor.

—¡Andrés, Andrés! ¡Despierta!

—¿Qué pasa, asquerosos?, ¿qué es lo que está pasando? —gritaba la mujer del fondo del pasillo.

Las convulsiones habían continuado mientras Andrés luchaba en el charco de su propio vómito. No recordaba haber sentido tanto miedo en ningún otro momento de su vida. "¿Miedo de qué?, ¿miedo de qué?". Finalmente, Lu logró calmarlo y Andrés se quedó en la misma posición, sintiendo un charco bajo sus piernas y mirando los rayones del techo. Varios habitantes del departamento ya salían a sus turnos y lo miraban al pasar.

—¿Está bien? —le preguntaban a Lu, pero nadie se detuvo para ayudar: era más urgente instalar una nueva holopantalla, destapar una cloaca repleta de basura o cualquier actividad designada.

—Eso pasa cuando traen su veneno a casa. ¡Ya muéranse todos!

—Andrés, levántate. ¿A qué hora comienza tu turno?

—A las 12. A las 12 me citaron pero tengo otra cosa que hacer.

—¡Ya muéranse, asquerosos!

Lu le limpiaba la cara con un paño tratando de reprimir el asco. Desde la habitación escucharon que alguien cerraba la puerta del pasillo. Exceptuando a la mujer del fondo, se habían quedado completamente solos en el departamento 17, del edificio 17.

¿Qué le ocurre a Andrés? ¿Por qué tiene tanto miedo? Dice que no le pasa nada, pero nadie despierta así después de usar el Galileo. ¿Por qué se guardará tantas cosas? ¿Por qué le tengo que preguntar yo y él nunca me cuenta nada? Le pregunté sobre su pasado antes de que fuéramos hermanos. Pero dijo que no tenía mucho qué decirme y que ya casi ni se acordaba de lo que pasó hace años. Yo sí me acuerdo del pasado, como cuando los de Servicios de la Infancia me dejaron en la puerta del departamento y fue Andrés quien me abrió y el único que se portó amable

conmigo. Me sentí feliz de tener a alguien conmigo, pero la verdad sólo fue amable.

Hoy le volví a preguntar sobre su deuda y su trabajo. Quiero saberlo todo, quiero saber qué me pasará a mí si no pago mis deudas y él es el único que me puede contar. ¿Será así de verdad? ¿Serán verdad todos esos rumores? Tengo que salir de aquí, tengo que escapar. No me importa lo que me pidan hacer, de verdad que no me importa. Hay rumores sobre los que no pueden pagar. Cuentan cosas los otros que viven en la casa. Me volveré loca pensando en los números. Tengo miedo de que vengan por mí los cobradores, tengo mucho miedo. Ya soy grande, ya puedo trabajar como limpiadora o algo más complicado. Ya soy grande, ya casi cumplo trece. Ya soy grande y ya no quiero tener miedo.

Andrés se enfrentó a la ciudad conservando el ácido sabor en la boca. Todavía se sentía agitado por lo que vio en el no-espacio.

—Seguro fue una alucinación, he tenido demasiados turnos. Es fatiga, sólo eso.

Habría que ir al punto de encuentro con Otto y los demás. La cita sería en la entrada del Puente Sur, lugar por donde salían todos los que lograban pagar sus deudas.

Un muro era lo único que separaba la ciudad del resto del mundo. Algunos habían adoptado la costumbre de grabar sus nombres al pasar, así no se olvidarían de ellos en Diez Barrios, o al menos eso pensaban los que lograban escapar. “Amelia, Lan, Rúa, Karla, Esteban, Lola, Liz”. Los que pasaban nunca más eran vistos en la ciudad. “Moura, Bernardo, Alejandro, Charly, Ania”.

—¿Quién iba a querer regresar a ese basurero?

Todos somos esclavos, esclavos de alucinaciones colectivas. Esclavos de sueños compartidos. Yo, tú, él, nosotros y ellos sueñan, soñamos. Todos como tontos. Grupos, miles, millones soñando lo mismo con una sonrisa que no podemos borrar. Conciencias diluidas en la multitud. Malditos colores esclavistas. Deberían quitarnos los colores también. Deberíamos estar ciegos y soñar en la oscuridad. ¿Qué pasaba con la gente antes de la invención del Galileo? La verdad nunca pregunté en los módulos educativos. Tal vez el maestro del turno hubiera respondido que siempre ha existido el Galileo, y que ahí estaba afuera de las cuevas de donde salimos... Pero ya es tarde para buscar respuestas, eso ya no debe tener importancia. “Gracias por utilizar Galileo, el universo a su alcance”.

Gracias por entregar sus sueños y conciencia, gracias por diluir su cuerpo y su alma. Gracias. Gracias. Gracias. Es una trampa con foquitos de neón. Es una trampa y me niego a conectarme a su amado no espacio. Es una trampa de colores que chillan. Galileo: trampa, Galileo: repudio, Galileo: odio, Galileo: asesino, Galileo: asco.

Desde que lo dejé he soñado. Sí, por primera vez he soñado en toda mi vida. He soñado con seres extraños, seres que nunca he visto ni escuchado. ¿De dónde los sacó mi mente, de recuerdos tan viejos de vidas que ya pasaron? No lo sé. Aunque ahora que lo pienso, es tiempo de destruir todos los Galileos de la ciudad y dejar que el pánico ande por las calles. La gente saldría gritando, buscando nuevos Galileos, sería maravilloso, sería maravilloso.

Ahí estaba Otto, arropado por la iluminación intensa de los faros de cuarzo halógeno: verde-neón-oscuridad-verde-neón-oscuridad-verde-neón-oscuridad. Ahí estaban los seguidores de Otto, su pequeño clan seducido con palabras: Lina, el Gran Smith y López. Faltaba Frank, pero su cuerpo seguía perdido, aunque ya sospechaban dónde había terminado.

—La zona en la que se encuentra ahora está restringida...

"ASCO ASCO". Lina era quien escribía entre la multitud de nombres y Otto parecía supervisarla. Aunque todos opinaban y le hacían sus propias correcciones. "Sólo somos unos niñitos escribiendo", pensó Andrés al verlos.

—¡Atención, todos!, hoy nos visita su excelencia, el señor Andrés.

Los muchachos miraron sorprendidos a su compañero Andrés; no lo habían visto desde la reunión anterior a la muerte de Frank. Esa noche habían planeado los mensajes para pintar en las paredes, se habían burlado de los perros y habían reído durante horas, ahora ya nadie recordaba todo eso.

—Muy lindo te ha quedado, pero yo lo hubiera hecho más grande —agregó Andrés para no sentirse tan incómodo en el grupo que lo despreciaba abiertamente.

—Eso le decía yo a Lina. Precisamente esas son las palabras que usé, ¿verdad muchachos?

—Sí, así decía el señor Otto —respondió el gran Smith.

—Aunque, Andrés, tú sabes un poco más que yo sobre eso.

—¡Claro, claro!

PUENTE RESTRINGIDO
EXCLUSIVO PARA REFUGIADOS

Andrés miraba los dibujos mezclados sobre el muro, el mismo que marcaba el límite sur de la ciudad.

—Tengo algo que contarles.

—¿Qué te pasó, asqueroso?

—Tenga a la mano su número de ciudadanía...

—He encontrado otro grupo, o eso creo.

—¿Cómo nosotros?

—No, no como nosotros.

Más luces fluorescentes titilaron sobre el grupo reunido. Más informativos girando en las holopantallas describían las condiciones de migración:

—... recuerde que sólo pueden circular personas en vía de migración y con los créditos pagados en su totalidad.

—¿Qué habrá detrás de ese muro?

Nadie dijo nada. Todos sabían que detrás, mirando desde el edificio más alto, sólo se alcanzaba a ver tierra muerta. Decían que se llevaban en camiones a los que lograban pasar por la Puerta Sur, pero nadie había visto ni escuchado un sólo camión. Así que las teorías continuaban: como la que decía que mataban a todos los que lograban pasar o que sencillamente entraban a una ciudad idéntica a esta. Nadie lo sabía con seguridad.

—¿Cómo está eso de que diste con el otro grupo?

—Seguí al conejo azul eléctrico.

—El proceso de migración requiere que presente el conteo total...

—¿El conejo que no te dejaba dormir? ¡Yo pensaba que eran alucinaciones tuyas! —dijo López intentando reprimir una carcajada que al final no logró contener.

—No, no alucinaba. Yo también lo pensé pero luego encontré cosas...

—¿Cómo qué cosas?

—Este grupo tiene templos, y ahí creen en cosas como dioses y cuentan historias.

—¿Son creyentes?

—Deben ser unos psicópatas.

—No, no como dicen en los módulos informativos. No quieren iniciar guerras nucleares ni nada de eso.

—¡Eso lo guardan para después de comer cabras!

Todos se rieron, pero Andrés pudo ver sus caras multicolores con expresiones de miedo. Un miedo contenido y profundo. El trabajo de los módulos educativos había rendido frutos: "Está completamente prohibido creer o divulgar creencias sobre seres superiores a nosotros. El ser humano se construyó sólo", había escrito Andrés en algún momento de estudio.

—Si es detectado algún adeudo no será posible su paso...

—¿Estás jugando?, de eso ya no se ve por aquí. Todos esos locos se murieron en la guerra.

—Es verdad. Ellos son creyentes. Creen en dioses y en magia...

López se quedó boquiabierto a medio camino de ponerse su máscara filtradora. Los demás se tambalearon un poco.

—Comunicado de último momento: el estado de contaminación del barrio 6 está en nivel ámbar.

De nuevo se manifestaba el ruido gris. El ruido que entre comunicado y comunicado llenaba la cabeza de todos los habitantes de la ciudad. Fue lo único que pudieron escuchar durante un rato.

—Eso es peligroso, amigo. ¿Lo sabes?

—Tranquilos, tranquilos. Sólo los escuché, sólo un momento.

—El asqueroso se juega la vida. Si te atrapan, olvídate de todo lo que has trabajado.

—Te llevarían a un centro de reinicio... o algo así. Hay uno en la Puerta Norte —dijo Lina que en raras ocasiones participaba en las conversaciones.

—Ellos, los creyentes, dicen que hay seres en el cielo. Seres mágicos.

—¿Dioses?

—En el cielo no vive nadie, amigo —el Gran Smith reía a todo pulmón, señalando la nube gris y brincando—. ¡No vive nadie! Eso todo mundo lo sabe.

—Ya lo sé, Smith. Sólo hay polvo suspendido.

Las caras risueñas de los chicos lo hicieron callar: verde-neón-oscuridad-verde-neón-oscuridad-verde-neón-oscuridad.

—Señor Otto, este no sabe nada.

Y luego el Gran Smith soltó una risotada que puso los pelos

de punta a todo el grupo.

—¡Cállate, Smith! ¿Qué no ves que el pobre está enfermo?

Al principio todos se rieron un poco pero, cuando Otto siguió gritando, todos miraron la cara de Andrés: idéntica a la de todos los demás en la ciudad. Igual de enferma que todos los demás. Verde-neón-oscuridad.

—Perdón, es cierto. Está enfermo.

—Yo ya me tengo que ir, tengo turno y yo perdiendo mi tiempo con ustedes.

—Vete, vete, asqueroso. Con nosotros no ganas un sólo crédito más.

—¡Qué se largue el asqueroso!

—¡Te dije que te callaras!

Andrés retrocedió cuando Otto avanzó hacia el Gran Smith. Conocía esa cara, era la misma que ponía cuando le daba por destruir cosas por toda la ciudad o cuando veía a los refugiados y alguien tenía que contenerlo. Pero ahora nadie lo detuvo.

—¡Atención, atención!

Un paso, todos retrocedieron, dos pasos, el Gran Smtih levantó los brazos en espera del primer golpe, tres pasos, Otto soltó una patada y derribó a su compañero.

—¡Perdón, perdón! Ya me voy a callar —gritó desde el suelo y Andrés recordó a su desaparecido amigo Frank.

—¡Te digo que te calles de una vez!

—Tengo turno, ya me voy —trató de avisar Andrés, pero todos observaban al Gran Smith en el suelo, recibiendo uno a uno los golpes de Otto y sin tratar de detenerlo.

—¡Ya cállate de una buena vez!

—¡Aviso a los ciudadanos del bloque número 2!

Andrés se alejó del grupo. Los chillidos del Gran Smith le llegaban cada vez más ahogados hasta que, finalmente, se detuvieron. Su turno designado estaba por comenzar y eso era lo único que le importaba.

Me gusta eso de destrozar las máquinas. Así puedo ver qué hay dentro: esos secretos que siempre me quieren ocultar. Ahora veo toda clase de piezas, cables, ruedecillas, resortes, varillas. Eso es todo lo que queda de mi Galileo. Ahora, después de aplastarlo, está tirado en algún rincón. Da asco mirarlo. Puedo ver todos sus vergonzosos secretos, puedo ver lo que es

en realidad y lo que siempre oculta en las tapas de metal. Ahora, ahí está el desgraciado, destripado y mostrando sus cables inservibles. Es asqueroso, puedo ver absolutamente todo adentro. Puedo ver todas sus arrugas y lágrimas y ni sabía que las máquinas podían hacerse viejas o llorar. La verdad, ahora que lo pienso, es un poco triste. ¿Es todo lo que tienes para mí, señor Galileo?, ¿es todo lo que en realidad eres?, ¿ahora sigues sintiéndote tan poderoso como siempre?, ¿cómo entrarás a mi mente? ¡Quédate ahí!, ¡quédate quietecito y muy callado! Ahora yo soy tu amo. Otto es tu amo y debes obedecer.

Andrés se encargaba de derrumbar paneles de neón que alguna vez brillaron con intensidad. "Rojo, verde, azul", repetía como un mantra para tranquilizarse. El cosquilleo de todos los días volvió con intensidad y se detuvo un instante para quitarse el guante y mirar la palma de su mano.

—Rojo, rojo, rojo —cerró los ojos para ver el rojo que siempre se escondía detrás de sus párpados. Eso estaba bien. Mientras pudiera comprobar el color en su mente, las cosas no irían tan mal. Al menos eso se repetía continuamente.

La piel de su mano otra vez le picaba un poco, y el color era una mezcla de rojizos y azulosos.

—Un equipo de nuestros mejores limpiadores se encuentra trabajando en esta zona...

El descanso terminó, se puso otra vez el guante y continuó con la actividad designada.

—Tienes que seguir limpiando, Andrés.

Fragmentos viejos de electrodomésticos estaban dispersos por todo el pasillo y Andrés caminó con cuidado, iluminando cada rincón, tratando de intuir los movimientos de los bichos que definitivamente lo rodeaban.

—¡Fue una alucinación, Andrés, fue una alucinación!

—Es necesario que permanezca en casa...

Al llegar al final del pasillo tanteó la pared y prendió las luces. Aquello era una enorme bodega, una verdadera antigüedad donde antes se vendían valiosos productos que la gente contemplaba a través de los aparadores. Del techo colgaban esferas multicolores repletas de cables que parecían a punto de caer vencidas por el peso del polvo acumulado. Las esferas se mecían con el viento que se colaba desde el techo, el polvo y

trozos de pintura seca caían como en una lluvia de granizo gris.

— En el barrio en el que se encuentra ahora se vive un nivel de contaminación tres.

Los mostradores polvosos en el fondo de la habitación ya no exponían costosas prendas de moda; ahora sólo era ropa vieja que ya nadie deseaba. "Esta es mi piel, esta es mi mano", se repetía sin prestar atención a los anuncios de los altavoces.

—¿Ya ha realizado sus actividades designadas?

Un paso, dos pasos, tres pasos. Alto. Se topó con un par de escalofriantes ojos metálicos de color verde, era un maniquí tan viejo que no conservaba los brazos, pero que poseía una mirada que parecía viva.

—Esos ojos servirán para mi colección.

Sacó el cuchillo que llevaba en la bolsa de herramientas. Casi podía sentir la mirada del muñeco, casi como si estuviera consciente del despojo que estaba sufriendo.

—Casi terminamos, amigo. ¿Sabes?, no es tan malo este mundo. —Andrés se descubrió hablando con el maniquí en medio de la bodega abandonada.

—Con el afán de que todos los ciudadanos estén siempre atentos al mejoramiento de su salud...

—Te has perdido mucho encerrado en esta bodega, ahora que me acompañes podrás ver cosas que no te imaginabas. ¡No señor, no soñabas siquiera ver esto cuando te construyeron en alguna fábrica del norte! Ya verás, ya verás...

Los ojos no fueron tan fáciles de sacar de las cuencas plásticas. Por un momento, Andrés sopesó la idea de rendirse y buscar otro objeto de colección, pero no podía dejar que un muñeco inerte le ganara. PLOP, hicieron los ojos al saltar de las cuencas.

—¿Ves? No era ara para tanto.

Después de meter de nuevo la herramienta y esconder los ojos verdes en el abrigo, volvió al trabajo. "Este es mi brazo que se mueve para limpiar toda la basura". Alto. El dolor en el pecho llegó de golpe e interrumpió sus pensamientos.

—El personal de Servicios de la salud le recomienda...

El cuchillo cayó a sus pies, mientras imaginaba una ola negra que salía del fondo de su corazón. Era como fuego, fuego cenizo que lo quemaba por dentro. Y el dolor entró por todas sus ramificaciones nerviosas para arrástralo a un nivel de sentido

que nunca había padecido. Casi podía tocar la realidad. Y todo era tan nítido, o más que en el no-espacio. El dolor limpiaba su mente.

"Rojo, rojo, rojo", eso ya no era dolor, era la puerta a la realidad que ese día descubrió por accidente. "Rojo, rojo, rojo, rojo".

— Si sufre de jaquecas o dolores en el cuerpo, acuda a su centro de salud más cercano...

Parpadeo.

El frío era más intenso a esas horas de la noche. Ni siquiera el departamento cerrado herméticamente protegía a sus habitantes del viento que corría entre los tambaleantes edificios. Andrés entró a su habitación tratando de abrazarse a sí mismo, pero el calor no llegaba. La idea de entrar al Galileo era lo único que le ofrecía cierto alivio. "Es hora de sumergirme, es hora de sumergirme", se decía, aunque también quería hablar con Lu antes de dormir.

—¿Estás ahí Lu?, ¡Lu, contesta!

Se sentó en la orilla de la cama y, temblando todavía, daba golpecitos al túnel de ventilación esperando que Lu no se hubiera sumergido todavía.

—Sí, Andrés. Aquí estoy, tengo mucho frío para sumergirme. Llegas muy tarde hoy, ¿no?

—Un poco, tomé doble turno de limpieza. Oye...Hay cosas que quiero decirte Lu, hay cosas pintadas en la ciudad.

—¡En todas partes, Andrés! —la risa de Lu transmitida por el tubo de ventilación irritó a Andrés, pues no esperaba una respuesta así.

—Hay pintas que quiero ignorar, pero sigo viéndolas por todas partes.

—¿Qué ves?

—Conejos pintados de azul eléctrico. Puede que sean peligrosos, puede que lleven a cosas que no debería conocer.

—¿Por qué les tienes miedo a unos pobres conejitos?

Andrés no quiso contar más. No deseaba hablar del templo blanco ni de la mujer sin rostro.

—Que no te molesten esos conejos. Sólo mira para otro lado y ya.

—No es tan fácil Lu, los veo por todas partes. Creo que desatarán algo en mí.

—Duérmete ya, Andrés... Sumérgete y ¡listo! Todo arreglado.

El viento golpeaba las ventanas tapiadas con bloques de plástico y barría las calles tapando con basura las cloacas. Había susurros y llantos que eran escuchados e ignorados; la ciudad, casi toda, se sumergía en las cálidas aguas del Galileo.

—¿Cómo te sientes? Asustaste a todos en la mañana. Yo me espanté mucho.

—Ya me siento mejor. —Andrés recordó el sabor amargo que le dejó el vómito. "Eso no es sabor, sólo mi imaginación".

—¿Andrés?

—¿Lu?

—¿Esperarás por mí?, ¿me escuchas, Andrés?, ¿esperarás a que yo pague mis créditos?

—Lu, sabes que no puedo esperar. Si termino de pagar tengo que irme.

Del otro lado del tubo de ventilación, Lu suspiró decepcionada. Aun así, intentó prolongar la conversación.

—Ya me inscribí en una cuadrilla de limpiadores.

—¿Y te aceptaron?

—Sí, dijeron que les faltaba gente y que habían bajado la edad mínima. ¡Están aceptando personas desde los diez años de edad!

El aire frío había logrado colarse por alguna abertura de la puerta o de las ventanas tapiadas.

—¿Entonces me dejarás sola con la *señora*?

—Lu, es que no sé.

—Sí, ya sé que ni siquiera somos hermanos. Sólo quería soñar con eso. Ya es hora de sumergirse.

No me acuerdo hace cuánto tiempo llegamos a la ciudad. Eso fue hace muchísimo antes de que los niños del departamento comenzaran a llamarme "la Señora". Hace tantos años que yo misma era una niña llena de miedo y que llegaba de la mano de mi madre. Mi madre, ¡no puedo dejar de pensar en ella! Siempre tenía frío en esta ciudad. ¿Y cómo no iba a tener frío? Habíamos pasado tanto tiempo caminando en el desierto, comiendo lagartijas envenenadas, que este lugar con sus edificios vacíos, era un

congelador para nosotras. Veníamos del desierto frío, pero era nuestro hogar de alguna forma.

"¡Vayan a Diez Barrios, es el lugar a donde todos van!", nos dijeron. "¡Vayan y trabajen un tiempo y sigan hacia el sur!", volvieron a decirnos. Pero se equivocaron, y nosotras nos dimos cuenta muy tarde. Esta no es una ciudad de paso; es una ciudad para morir. Mamá murió y sé que pronto moriré yo también. Pronto nos volveremos a ver mamá, pronto regresaré contigo al desierto para seguir caminando tomadas de la mano.

5

Los créditos de bits habían corrido por el no-espacio y el ir y venir por la ciudad continuaba.

Andrés se había entregado a la rutina: actividad designada-explosión-actividad designada- Galileo. Pero algo había cambiado, algo le faltaba y estaba seguro que tenía que ver con los conejos que habían desaparecido del paisaje urbano. Otro día de trabajo, "¿de regreso o saliendo a mi turno?", pensó de pie frente a la puerta abierta.

—¡Cierra esa puerta, que ese asqueroso olor entra! —gritó la mujer del fondo del pasillo sin despegarse del teclado y de su trabajo de enfriar sistemas que nadie conocía.

Andrés no se movió. Mientras el aire frío se colaba por el pasillo, el chico buscaba en su mente el siguiente paso que debía dar y hacía dónde lo llevaría.

—Rojo, rojo, rojo.

—¡Ese es olor a muerte! ¿Acaso no lo notan?

El chico flaco no conocía la sensación del olor ni del sabor. Hacía generaciones que los niños nacían sin los sentidos del olfato y del gusto, aunque algunos decían que eso había sido causado a propósito para que no notaran el veneno en la comida y en el aire.

—¿Quién te preguntó, vieja loca? —Su propia voz lo asustó

y por un momento pensó que ella saldría de su habitación con un cuchillo en la mano.

—¡Eres un...!

El resto ya no lo escuchó. Andrés ahogó el grito al cerrar la puerta y el anuncio sobre el dintel parpadeó hasta que se pudo leer: "Cerrado herméticamente". Ahí se quedó un rato más, todavía sin poder recordar si regresaba o se iba del departamento. "¡Concéntrate, Andrés, concéntrate!". La voz de la *Señora* le seguía resonando en la cabeza y con eso tuvo para decidirse y regresar al edificio de limpiadores, un turno extra no le caería nada mal.

Hace años que no puedo abandonar el tablero. Hace años que no miro por la ventana. Estoy segura de que si dejo por un instante mi lugar, se vendrá abajo algún edificio o tal vez colapse un barrio completo. Podría ser incluso este mismo edificio el que cayera. Y es que los sistemas de enfriamiento tienen que ser supervisados constantemente, son tan delicados que nunca se pueden dejar trabajar de manera automática.

Hace años que vivo en esta habitación, muriendo dentro de mi propio cuerpo lleno de podredumbre. Dios, sé que estás ahí. Soy yo, la niña que te rezaba en el desierto de la mano de su madre. ¿Te acuerdas de mí?, ¿me reconoces? Estoy aquí, bajo todas estas capas de grasa y úlceras. ¿O es que hay tantas niñas que perdieron dedos de tanto caminar? Sé que me escuchas. Mi madre me enseñó que siempre escuchas. ¿Me imaginas?, ¿sabes cómo soy?, ¿sabes que ya hace mucho dejé atrás mi juventud? ¿Sabes que hace mucho mi vientre se secó? No te importa, ¿verdad? ¿Sabes que no dejé salir la carne de mi carne, que no te la ofrecí ni a ti ni a la trituradora? Nunca daría la carne de mi carne para la trituradora. Ellos tomarían a mi bebé y lo examinarían, como hacen con todos los bebés de la ciudad, y no lo aprobarían como "productivo". Ellos lo lanzarían a la trituradora y yo me moriría de dolor.

¿Sabes que hacen eso y no haces nada para detenerlos? Dios, ¿estás ahí?

Y de nuevo Andrés recorría las calles al azar. Perdiéndose en los pasillos del subterráneo, explorando cloacas llenas de basura, buscando entre los postes y las paredes carcomidas. En algún momento, mientras se dirigía al edificio de limpiadores se

había extraviado, y ahora buscaba esas orejas puntiagudas que no lo dejaban dormir tranquilo.

—¡Conejo, conejo!, ¿dónde estás?

—¡Atención, atención!

No encontró otra señal del conejo a su paso, ni mensajes que lo llevaran al templo virtual del Galileo. Derecha-izquierda-derecha. En un giro más, se enfrentó con una multitud de pantallas callejeras palpitantes de caracteres alfanuméricos; todos anunciando un proceso de descontaminación inminente en la misma calle por la que caminaba.

—¡Vamos, Andrés!, ¿o quieres que te atrape el proceso descontaminante?

—Informe de evaluación del barrio de descontaminación, todos los habitantes deben permanecer en un refugio designado.

No había visto ningún conejo en días y eso le inquietaba un poco. ¿Acaso todo lo que vio dentro del Galileo había sido pura imaginación? ¿Sería que el veneno había llegado hasta su cerebro y lo hacía desvariar? "No, claro que no. Yo lo vi, estoy seguro", se repetía mientras continuaba buscando en las esquinas y en los postes de los altavoces. Un paso, vuelta a la esquina rumbo al edificio de los limpiadores. Dos pasos, concentrarse nada más en la actividad designada. Tres pasos, olvidar a los conejos. Pero sin ninguna razón clara, seguía atento a cualquier pista que lo llevara de nuevo al conejo, quien tal vez era su salvación o el inicio del desbarrancadero.

—El nivel detectado de calcio en el aire respirable contiene un cierto porcentaje de toxicidad...

Llegó justo a tiempo al centro de limpiadores, apenas unos segundos antes del proceso descontaminante. Un poco antes de que los gases fueran expulsados desde las diminutas máquinas que ya recorrían la acera. Calle abajo, avanzaban las figuras de los empleados de descontaminación vistiendo sus trajes especiales y llevando mangueras que soltaban el veneno en cada rincón de la calle. "¡Cierra la puerta!", recordó la voz chillona de la mujer del departamento y esta vez obedeció con más premura.

— ... favor de permanecer con máscaras filtradoras todo el tiempo.

El edificio de limpiadores estaba repleto, las cuadrillas que salían y regresaban se habían quedado atrapadas en medio del proceso de descontaminación. Había una fila interminable frente a las regaderas y cambiadores. Un grupo de coordinadores se

había apoderado de la sala de reuniones principal. Grupos de limpiadores de primer nivel corrían por los almacenes, mientras que los limpiadores aspirantes se habían quedado en los pasillos.

“Rojo, rojo, rojo. ¿Y qué pasaría si nos quedáramos atrapados aquí? ¿Nos mataríamos los unos a los otros lentamente?”. Andrés buscó un lugar apartado para alejarse de las peleas que estallaban aquí y allá. Se ubicó junto a los sacos de herramientas sucias que las cuadrillas que regresaban lanzaban a un contenedor. Sabía que la radiación y el veneno se concentraban en esa esquina, pero prefería eso a entablar conversación en alguno de los grupos.

—Bonito día han elegido para descontaminar.

—¿Qué dices? —contestó una voz femenina, oculta no muy lejos de su propio escondite.

—Nada, nada. Hablaba solo.

Andrés cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas desaparecer para siempre y olvidarse de tanta porquería. “Rojo, rojo, rojo, rojo”.

Allá fuera están las mangueras llenas de veneno y yo aquí encerrada. ¡Cómo me gustaría tener el valor de salir y terminar con esto de una buena vez! No lo soporto, me da un asco terrible saber que estoy en el mismo lugar junto él. Estoy atrapada. Pero la verdad lo estoy desde que entré en esta cuadrilla, aquí caí en la trampa. Él, el gordo coordinador, las llama una a una y luego nadie las vuelve a ver. Primero fueron las más bonitas, pero luego se conformó con cualquiera. No ser nada bonita me ha salvado por un tiempo, pero hoy yo soy la última de la cuadrilla, la última que no está desaparecida y la única a la que no ha llamado. Hoy, la descontaminación me salvó de esa llamada. Pero sé que pronto él me llamará y sé que me encontraré con mis compañeras perdidas.

Parpadeo.

El Chat #17 ostentaba su nueva ubicación con letras infrarrojas. Y sólo los ciudadanos con invitación previa e indicaciones precisas podían dar con el establecimiento. El lugar parecía deshabitado, tal vez desde hacía mucho tiempo. Uno, dos, tres golpes. Las luces incandescentes seguían brillando a través de las gafas infrarrojas que Andrés llevaba puestas sobre la

máscara de filtro. Uno, dos, tres golpes. Alguien abrió la puerta y salió un hombre pequeño, casi diminuto.

—¿Sí?, ¿qué se le ofrece?

—Tiempo indefinido —respondió Andrés.

El hombre cambió la expresión bondadosa y sacó del bolsillo un interruptor donde hizo pasar la tarjeta del cliente. Hoy no tenía efectivo. “Rojo, rojo, rojo. ¿Qué estás haciendo Andrés? Deberías tomar un nuevo turno y no perder tu tiempo aquí”.

—Gracias por comprar 10 kilos de jabón desinfectante — respondió la máquina procesadora.

“¡Concéntrate, Andrés!, ¡deja de perseguir a esos creyentes!”.

—Pase, por favor.

De nuevo, la típica galería subterránea llena de desconocidos conectados al ciberespacio. Pornografía, sueños, colores y olores era lo usual allá dentro. Todo lo prohibido aquí era programado por los propios usuarios, nada prediseñado y controlado por el Galileo. El libre albedrío en caída libre.

—Esos del Galileo quieren controlar hasta nuestros sueños...

Andrés no reconoció su propia voz, parecía más a la de Otto y su grupo de seguidores. Sacudió sus manos para expulsar esas ideas. Aquél no era el momento para ponerse revolucionario.

Uno, dos pasos después ya se instalaba en la consola #17.

—17, mi número de la suerte.

Con tranquilidad, como tratando de alargar el tiempo, se conectó al aparato descontinuado. Y tras unos cuantos tecleos dio el salto a ciberespacio.

—Inicio de protección de consciencia y ensoñaciones...

Un leve traqueteo y luego la típica sensación de volar en la más absoluta libertad y obscuridad.

—Este no es mi cuerpo, estas no son mis manos.

Volar en completa libertad era lo que ofrecía la conexión. En esos momentos entendía muy bien por qué muchos habían muerto utilizando estos aparatos. Cualquier cosa fuera de la nube de contaminantes, fuera de esa porquería de vida, era mucho mejor.

—Sólo echaré un vistazo a la puerta. Con eso me olvidaré de esto. Con eso podré continuar.

Andrés sintió la calidez del no espacio. Ahí no había lugar para el frío, y el dolor quedaba fuera de sus puertas; era lo más cercano a la felicidad que había conocido. Flotó durante largas horas o minutos, saboreando el silencio y la falta de movimiento que él mismo programaba.

—No quiero volver. ¿Por qué no me quedo aquí para siempre?, ¿por qué no dejo el estado automático?

Varias puertas tentadoras se mostraron en su camino, pero sólo las miró de reojo. Buscaba la marcada con el conejo azul eléctrico. Recorrió los pasillos y se perdió en el laberinto de mundos virtuales. Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Una mujer probándose vestidos de seda en una habitación, un par de chicos comiendo manzanas en la siguiente, una niña acariciando un gato… No, no había nada para él ahí; sólo el vacío del Galileo disponible para que los usuarios construyeran sus propias fantasías. "¿Estaba soñando aquella vez que conocí el templo blanco?", se preguntó.

FIN DE LA SESION
¿DESEA OTRA HORA?

Apareció frente a Andrés en luminosas letras rojas que prendían y apagaban en medio de la nada.

—¿Por qué molestan? Pagué por tiempo indefinido.

POLÍTICAS DE LA EMPRESA
PREGUNTAMOS
CADA CINCO HORAS

—¿En qué momento pasaron cinco horas? —el eco de su propia voz rebotó en la caja infinita construida en su mente.

Luego vino el salto, el dolor acumulado por cinco horas de Galileo, el frío y la espeluznante sensación de entrar a ese mundo extraño llamado realidad. Mareado todavía caminó por el estrecho pasillo mal iluminado y salió a la calle oscura. De nuevo había olvidado usar la máscara filtradora.

—¿Lo soñé todo?, ¿lo inventé? Estoy seguro de que vi el

templo y a la gente contando cosas raras.

—¿Hay una actividad designada esperándolo?

—¿Por qué no sigo con lo mío?, ¿qué tal si me quedo sin buscar conejos eléctricos?

De pie, en medio de la calle solitaria y fría, Andrés esperaba una respuesta que nunca llegó.

No recuerdo exactamente cuándo pero sé que hace días destruí mi Galileo, ese mismo aparatejo que todos tienen en sus habitaciones y que muy pocos logran pagar por completo. Lo destruí porque quiero soñar de verdad, quiero conocer mis propios sueños y pesadillas, y no las ensoñaciones que ellos han diseñado para mí. "Hemos preparado algo especial para usted", siempre dice la voz del Galileo al sumergirse. Pero yo creo que nos ponen a soñar las mismas cosas a todos. ¡Toda la ciudad soñando al mismo tiempo la misma escena!

Lo que sí recuerdo claramente es que aplasté el aparato por horas y que fue maravilloso ver saltar los tornillos y los cables. Y también recuerdo que cuando todos los del departamento se fueron a sus actividades, seguí con la destrucción de sus Galileos. Ahí estaban, descuidados por sus dueños y como esperando a que yo los tomara; y uno por uno, los fui destrozando con mis manos desnudas. Los poderosos Galileos silenciados para siempre, y reunidos en una gran pila de cables en medio del pasillo. Tal vez todos en la ciudad deberían hacer lo mismo, tal vez yo debería enseñarles cómo destruir sus propios sueños preconstruidos.

—No ha pasado nada —repetía Otto mientras miraba el resplandor producido por la pequeña explosión, relamiéndose, soñando con la sensación de destrucción— no ha sido gran cosa, sólo una bodega de aparatos viejos.

Andrés no tenía intenciones de responder. Se concentraba en la destrucción y en los trozos de maniquíes dispersos por la calle.

—Eso era un basural que cargaron completo desde el otro lado. ¿Qué creen estos?, ¿que nos hacía falta más basura en esta ciudad de mugre?

Estaban en el barrio 3, en un solitario rincón de la ciudad pegado a la orilla. Desde ahí contemplaban la explosión. También podían ver el muro que los separaba del desierto. En donde, de

vez en cuando, se escuchaban ruidos extraños. Ruidos que parecían animales que hacía mucho habían desaparecido, o al menos eso era lo que contaba la gente.

—No ha sido nada. Sólo para demostrar a esos perros quiénes mandan aquí.

—¿Hay perros aquí?, ¿estás seguro?

—Sólo lo sospecho, asqueroso. De todas maneras necesitas practicar, algún día dejaré que seas tú quién haga explotar una de esas maravillas.

Andrés dejó de prestar atención a su compañero. Lo distrajo el recuerdo del viejo maniquí que había llamado su atención unos días antes y al que le había robado el par de ojos verdes. Sintió un poco de envidia del muñeco destrozado, pues ahora estaba liberado de esa porquería de realidad.

—Los perros se esconden por todas partes. Este barrio es el suyo, ¿te acuerdas?

—¡Fue fantástico, señor Otto! —gritó el Gran Smith desde el rincón que compartía con Lina y López, y en desde donde habían visto todo.

—¡Cállate, los mayores estamos hablando!

—Sí, sí señor...

—¡Asqueroso!, ¿no estás contento?, ¿no fue maravilloso?

—Sí, claro. Maravilloso.

—Creo que nunca te han interesado, ¿te dan miedo?

Lejos, los altavoces sonaron con intensidad, dando indicaciones a los cuerpos de rescate.

—Quiero que me pagues por los lugares que descubra, los lugares de los perros.

—Ya veo, ya veo. ¿Muchos créditos por pagar? ¿Ya te quieres largar de aquí, asqueroso?

Sentía escalofríos cuando Otto lo llamaba así. Pero no dijo nada, tenía miedo de que se le fuera a los golpes como con el Gran Smith.

—Está bien. Los muchachos se encargarán de tu pago. Ellos todavía tienen actividades. En especial Lina cumple con todos sus turnos y no se anda quejando como tú. Pero hay algo que tendrás que seguir haciendo.

—¿Qué?

—Tendrás que acompañarnos en todas las explosiones.

Las indicaciones de los altoparlantes y el caos cubrieron sus

voces. Esa noche, cuando los de Servicios de la Paz y Bienestar interrogaron a los vecinos sobre el hecho, sólo algunos recordaban haber visto a un grupo de chicos corriendo por un callejón.

¡Señores míos! Nuestro último trabajo fue maravilloso. Asquerosos: Fue hermoso de verdad. Fue una locura el barrio completo. Una locura, digan lo que digan los comunicados oficiales. Como siempre, sólo dijeron mentiras; su versión fue que un tubo se rompió y los gases produjeron el incendio. Esa es la versión oficial, pero nosotros sabemos lo que en realidad pasó, ¿no es así? Fuimos nosotros saliendo de cacería tras esos perros. Fuimos nosotros educando a esta ciudad y despertándola. ¡Esos perros lo saben!, ¡en su cara, señores, en su cara!

¡Señores, señores! Tengo tanto qué contarles. Anoche soñé. Ahora de verdad sin usar el Galileo. ¡PUM! Salí volando y pude ver toda la ciudad repleta de porquería. ¿Cómo sucedió, cómo dejé de soñar sin tener que utilizar ese aparato? No lo recuerdo, es como si todo aquello antes de abandonar el no-espacio estuviera fuera de la realidad, de esta realidad. Debo enseñarles a todos mi descubrimiento. Cuando lo entiendan ustedes, tendrán la obligación de enseñar a toda la ciudad. Pero son tan necios, que se aferrarán a su Galileo con uñas y dientes. Pero yo les enseñaré. Les mostraré el camino. Una que otra explosión les señalará el rumbo. Sí, esa será mi misión: hacer estallar la ciudad para que todos puedan contemplar los ríos de porquería.

Andrés se sentía intranquilo, pensando en las deudas que últimamente había adquirido. Rodó por la cama, chocó con la pared justo donde había colgado su calendario de créditos; faltaba tan poco para llegar a su meta.

—¡Asco, asco, asco! —gritaba la mujer en la otra habitación; el tecleo incesante cubrió su voz— Llenos de microbios hasta reventar.

Pocos puntos para terminar, algunas actividades más y tendría su certificado de créditos pagados. Luego, sólo la revisión de toxicidad y sería libre.

—¡Asquerosos!

Y aunque intentaba con todas sus fuerzas ignorar los gritos de la mujer, no podía concentrarse en los números. El sueño de

escapar de aquel departamento no era suficiente. Tomó los dermatrodos para colocarlos en su frente. ¿Cómo vivir sin ellos?, ¿cómo imaginar la vida sin algo así?, ¿acaso existieron generaciones que nunca los utilizaron?

—Sólo un rato. Sólo me sumerjo un momento —dejó de pensar en esas terroríficas ideas y se sumergió en el no-espacio.

Suavemente cayó como una pluma en la infinita negrura, espesa y húmeda, y que cubría la red de información.

—¡Bienvenido a Galileo, el universo a su alcance! —dijo una cálida voz que en realidad sólo sonó dentro de su cabeza— Hoy hemos diseñado algo que lo hará sentir reconfortado. Esperamos que lo disfrute.

Cerró los ojos, se dejó hundir más y se olvidó de la realidad que estaba fuera, un mundo que continuaba girando mientras él dormía en su estrecha habitación con los dermatrodos pegados a la cabeza. La oscuridad acogió al chico en sus brazos. Él se entregó como un bebé y se dejó arrullar. Lejanos cantos maternos llenaban el no espacio.

—Inicio de protección de consciencia y ensoñaciones...

La señora al fondo del pasillo me matará. Estoy segura. Aunque nadie me va a creer. ¿Quién me haría caso? ¿Quién le haría caso a una niña llena de créditos por pagar? La Señora siempre me espía, aun cuando duermo. "Lu, ven aquí", grita desde su habitación y se hace la tonta. ¡Sabemos que puedes caminar, maldita bruja! Ya no puedes engañar a nadie.

Ella sólo grita, y grita tanto que no me deja pensar en otra cosa: "Lu, ven y limpia esta habitación. ¡Lu!, ¡Lu!". Tengo que salir de aquí. No me importa cómo, pero lo haré. Andrés dice que soy muy joven para trabajar, pero eso no me importa. No sé cómo pero saldré de aquí. Yo creo que él no sabe nada de mí. Yo creo que ni siquiera sabe algo de sí mismo. No sabe lo que quiere, le he preguntado varias veces y siempre se queda pensando. ¿En qué tanto pensará Andrés? Yo sí sé qué quiero, yo quiero salir de aquí. Salir volando por la ventana y no volver la vista atrás. ¿A dónde? No sé, no tengo idea si en realidad hay algo más detrás de los edificios. Yo sí sé qué quiero, quiero volar y salir de esta prisión que algunos llaman casa. ¿Cómo haré para que me salgan alas? ¿De dónde saco plumas para abandonar este lugar?

—¡Despierta!

Aquella era una voz lejana en la oscuridad eléctrica del no espacio. La penumbra lo hizo girar, tratando de ocultarlo de la luz externa.

—¡Despierta, Andrés!

De nuevo la voz lo distraía. Los cantos aumentaron y las voces se multiplicaron tratando de no perderlo. En otra realidad, la que estaba llena de polvo tóxico, Lu intentaba despertarlo.

—¡Despierta!, ¡despierta!

La luz entró hasta el fondo de su sistema nervioso y el dolor recorrió la carretera de sentidos que lo formaba. Sus tímpanos, su boca, sus pies se dejaron llevar por la línea eléctrica del dolor y al descubrir ese mundo por un momento lo asombró: una taza rota, una postal de una torre inclinada, una niña asustada.

—¡Perdóname, Andrés!

—¿Qué pasa? —trataba de hablar con normalidad y refrenando los calambres en las piernas—. ¿No ves que estoy sumergido?

—Sí, perdón, perdón...

Se topó con una niña con el rostro lleno de pecas y con unos diminutos ojillos. "¿Esta es la cara de Lu?, ¿no será otra que me he imaginado por sus palabras? Esta no me suena a Lu, esta es otra persona... creo".

—¿Qué quieres?

—Dime, ¿cómo es que salgo de este lugar? ¡Quiero salir de aquí!

"Rojo, rojo, rojo. Estas son mis piernas, estas son mis manos".

—No puedes, eres muy pequeña.

—Pero ella me va a matar; dice que estoy llena de toxinas.

—Pero sí estás llena de toxinas, Lu. No hay nadie en la ciudad que no tenga.

—Quiero salir de aquí. He hecho todos mis módulos educativos ya. Creo poder ayudar con actividades distintas.

—No me hables así, suenas como los anuncios.

—Ya sé.

—Aquí estás bien, Lu. Ayudas en las habitaciones y te ganas unos pocos créditos.

—¡Eso es muy poco! Quiero salir de aquí, quiero irme al sur contigo. Además, ya me han aceptado, aunque no he tomado

ninguna actividad... ¿Tú estás por terminar?

—Sí, creo que sí.

—¿Ya ves? Sólo tendrás que esperarme un poco.

—Está bien, está bien. Pide la actividad más baja del escalafón. Una donde no te importe lo que te pueda pasar. Puede que avances más rápido con tus créditos.

—Pronto estaré cruzando el puente Sur. ¿Y si lo combino con mis actividades actuales?

—¿No es demasiado?

—¡Sólo será por poco tiempo! Luego seré libre.

—Sí, libre. Los dos seremos libres.

—¿Nos veremos al otro lado del puente?

—Sí, allá nos vemos.

Lu se alejó pensativa. Estaba convencida de que lo lograría. En ese momento, mandó su solicitud de nueva actividad para designar.

6

¿Quién anda ahí? —gritó una mujer a través de la estrecha ventana de su departamento. Desde allí sólo alcanzaba a ver la figura flacucha de un chico
levantando basura en su barrio.

—Proceso de limpieza en operación, favor de permanecer en casa...

—¡Niño!, ¿qué haces?

—¡Señora, no interrumpa nuestro trabajo!

Las casas derruidas dejaban entrar el aire frío por las múltiples aberturas en sus techos y paredes. Quedaban algunas puertas medio caídas, y algunas ventanas colgadas de una esquina se movían a impulsos del viento que entraba y salía a su antojo. En conjunto, el movimiento de las casas formaban en su interior un sonido extrañamente parecido a un canto lejano. “Canten casas, canten que ya entraremos y las limpiaremos”.

—Recomendaciones básicas anticontaminantes. 2. Nunca salir al aire libre sin el equipo básico: máscara filtradora y dosímetro.

—¡Al edificio todos los limpiadores!

Y ahí estaba otra vez el gordo coordinador ordenando a gritos, y todos los integrantes de la cuadrilla corrieron como sombras solitarias al edificio con la puerta destrozada a hachazos.

—¡Andrés, segundo piso!

Ahora caminaba por un estrecho pasillo repleto de monitores descompuestos de una marca desaparecida. Tal vez los

últimos habitantes de esa casa coleccionaban los aparatos por puro aburrimiento.

—¡Atención, atención ciudadanos del barrio 5...!

Era el tercer edificio montado esa semana en aquel barrio. ¿Quién quería construir nuevos lugares desde que las edificaciones se desmontaban y montaban a placer?

— Favor de esperar en sus casas, hasta que el nuevo edificio reconstruido sea limpiado por nuestro equipo.

Las estanterías oxidadas estaban repletas de cacharros que en otras épocas llenaban los felices hogares de miles de ciudadanos: teléfonos y pantallas de viejas terminales de comunicación. "Son enormes", pensó Andrés y consideró la posibilidad de llevarse una para su colección. "Puras porquerías. Jamás dejan de mandar las cargas de basura del otro lado del puente", de nuevo esa vocecilla tan parecida a la de Otto se metió en su cabeza.

—Habitantes del barrio 5, un equipo anticontaminante está trabajando en su zona.

Andrés se detuvo para no caer en un agujero en el suelo. A través de él podía ver a los limpiadores del nivel inferior intentando controlar una fuga de agua caliente. Abajo nadie notó que él los miraba.

—Pronto habrá nuevos departamentos disponibles.

La siguiente habitación estaba cubierta de plásticos del techo al suelo. Una montaña de ventiladores trataba de ocultar una puertecilla baja. Los aparatos tenían aspas quebradas que parecían sonreír y preguntar "¿A dónde vas, qué haces tan lejos, pequeño niño?"; Andrés los ignoró para arrastrarse por la abertura plástica. Se atoró con una maraña de cables que colgaban de cabeza. Luchó con ellos durante unos instantes y sacó su cuchillo para empezar a cortar.

—Favor de permanecer en sus casas.

Salió reptando de la trampa de cables y se encontró con una estrecha habitación sin ventanas y de cuyo cielo raso pendía un foco reventado. En las esquinas había lámparas descompuestas y una colección completa de cámaras fotográficas. Andrés se quitó la máscara y prendió la lámpara.

"¿Para qué servía esta habitación?", se preguntó mientras miraba con atención las lámparas, todas se dirigían a un sólo punto: una silla. "¿Todo esto sólo por una silla?".

La silla era de madera, y no parecía igual al resto del mobiliario. Estaba vieja y muy usada pero definitivamente no era tan elegante como las lámparas. Andrés la rodeó lentamente mientras escuchaba el sonido de sus pasos rebotar en las estrechas paredes. "Esto es hermético, nadie podía escuchar lo que pasaba aquí". Los descansabrazos de la silla estaban arañados y de ahí salían trozos de plástico manchados de puntitos rojos, aquello parecía sangre. Andrés imaginó a las personas que habían acabado atrapadas en esa silla y se preguntaba qué les había pasado al final de su estancia en ese lugar.

—Favor de permanecer en sus casas.

—Qué porquería.

Parpadeo.

La tarde en la que Andrés finalmente dejó de pensar en conejos azules se topó con la autora de esos dibujos. Al dar la vuelta en una esquina, a la salida del edificio de limpiadores, pudo ver las orejas azules a medio pintar en la pared de ladrillos. Una chica de cabello púrpura deslavado era quien estaba dibujando.

— ¡Espera, espera, ¿qué haces?!

—¡Bienvenidos al show de Dany y Tany!

La chica lo miró de reojo y salió corriendo calle abajo. Andrés no lo pensó mucho y se lanzó tras ella. Izquierda-derecha-izquierda.

—¡Queridos amigos! ¿Verdad que es un verdadero placer el que experimentan al vernos?

Escaleras estrechas, túnel en picada, dos puertas oxidadas a elegir: ¿izquierda-azul o derecha-verde?

—Amigos nuestros, les aseguramos que a nosotros también nos llena de alegría verlos a través de nuestras holopantallas.

Un puente colgante sobre las líneas del tren, una habitación donde dormía un anciano, el pasillo de departamentos abandonados, un patio lleno de basura y un grito en la oscuridad de un callejón.

—¡Feliz, feliz! Somos muy felices, Tany.

—No te voy a hacer nada, de verdad. ¡Espera!

El laberinto de pasillos continuaba: un puente que

conectaba con otro edificio y con otros pasillos se bifurcaban con más pasillos y puentes. Andrés se arrastró por pasadizos donde corrían manojos de tubos al paralelo, corrió por bodegas que parecían enormes y no recordaba haber visto desde la calle.

“Creo que me perdí, ¿dónde estoy?”.

El mundo era una larga cadena de construcciones y pasadizos, mientras el ruido gris del cielo seguía sonando.

“¿A dónde se metió esa chica?”.

—¡Oye! —el eco del túnel le respondió con otro largo “Oye”. Gotas de humedad recorrían las paredes que se caían a trocitos cada vez que el viento las golpeaba. “¿Di mal una vuelta?, ¿dónde terminará este túnel?”.

Sólo podía escuchar sus propios pasos.

—¡Hola!, ¿estás ahí? Ya no puedo correr, tengo el pulmón lastimado...

Era demasiado solitario, demasiado obscuro aún para Diez Barrios.

— Rojo, rojo, rojo...

La oscuridad se dispersó parcialmente. Andrés llegó a una puerta con la marca del conejo azul, y que al igual que en el no-espacio anunciaba el inicio de otro mundo. Un mundo que Andrés sólo podía imaginar. “¿Quiero seguir?, ¿de verdad quiero pasar por esa puerta?”.

—¡Atención ciudadanos...!

Miró un momento a su alrededor, tratando de encontrar respuestas.

—Informe de toxicidad de la zona...

—Rojo, rojo, rojo....

—Se les comunica que la zona en la que se encuentra presenta un nivel tres de contaminación.

Andrés se quitó la máscara. No podía respirar y ni el aire filtrado le ayudaba. Se dejó caer al suelo para descansar. Se convenció de que sería sólo un instante. Los minutos pasaron mientras seguía pensando. Las órdenes dictadas desde los altavoces continuaban.

—Es recomendable que siga estos útiles consejos de sobrevivencia o salga de inmediato de esta zona.

“¿Qué hay del otro lado?, ¿de verdad quiero mirar?”. Sacudió la cabeza. El mareo volvía en oleadas. “Rojo, rojo, rojo, rojo”. Lentamente, se puso de pie y miró a un lado y al otro del

pasillo. Trataba de recuperar el aire y de tomar rápidamente una decisión. Abrió la puerta y se encontró con un largo túnel de oscuridad.

—Es necesario que permanezca en casa y lleve puesta su máscara filtradora.

La voz fría y asexuada iba quedándose atrás a medida que caminaba rumbo al túnel señalado por el conejo azul.

Un paso, dos pasos, tres pasos. Respiró profundamente y finalmente entró en la oscuridad que el conejo azul resguardaba para él.

ZONA RESTRINGIDA, ZONA RESTRINGIDA
ENTRE BAJO SU PROPIO RIESGO
ENTRE BAJO SU PROPIO RIESGO

Creo que se llama Andrés, o al menos eso decía en su registro de limpiador. Pobre niño Andrés que se ha perdido y terminó aquí. Se ve tan débil ahí quieto después del golpe que le dimos. Si hasta pensé que estaba muerto y tuve que acercarme para escuchar su corazón. Estaba dormido, tal vez soñando. Pero todavía respira y el aire le alcanzó para seguirme por todas esas calles y atajos que conozco. Ese pobre niño Andrés me siguió sin descanso. ¿Quién lo hubiera imaginado con tanta energía? Se veía tan triste, tan delgado cuando dormía en el suelo y cuando despertó quería hacerle tantas preguntas. Quería saber si me recordaba de la vez del subterráneo, si me había visto por la ciudad o sólo a mis conejos azules. Quise preguntarle pero no me atreví. ¿Qué pensaría?, ¿se habría dado cuenta que lo había seguido y le había dejado mensajes?, ¿se enojaría conmigo? Tampoco pude decirle que antes le tenía un poco de miedo. Miedo de verlo frente a frente como un espejo que me refleja tan bien, casi hasta los huesos. Así que no le pregunté nada, no quería que me odiara tan pronto, mejor ser su amiga y tal vez después confesarle la verdad. Mejor le conté una historia, una de las mejores que he escuchado. Él puso cara de asombro, nunca había oído algo así. Pronto entenderá y pronto será parte de nosotros.

La oscuridad era total y perfecta y giraba sobre el cuerpo frío de un chico que parecía dormir en medio de una habitación

vacía.

Andrés sentía que flotaba en un tanque de agua profunda. No sabía dónde estaba y sólo recordaba que hacía mucho había entrado por una puerta a una habitación oscura. Cuando entró, había tanteado la pared con la palma de la mano y así se guiaba para no caer. Pero luego, cuando la pared se terminó, quedó suspendido en la nada, caminando a tientas y aterrado al pensar que se podía perder definitivamente. Sólo escuchaba sus pasos y el eco que producían en habitaciones lejanas y vacías. "Este es mi cuerpo, esas son mis manos en la oscuridad". Algo lo tocó, primero una mano tanteando su cara y luego un duro golpe en la cabeza. Cuando cayó al suelo, no podía dejar de preguntarse: "¿Qué haces aquí Andrés, qué buscabas tras ese conejo?".

Eso fue todo por un rato, no estaba conectado pero tuvo la misma sensación que experimentaba al sumergirse por el Galileo.

Parpadeo.

—Andrés, Andrés. ¿Estás bien?

Afuera, más allá del color rojo de sus párpados, resonaba una voz que le pareció reconfortante. Pero no quiso responder, tuvo miedo de descubrir que era un sueño.

—Andrés, Andrés...

—¿Lu?, ¿otra vez me sacaste de la conexión?

— No soy Lu... ¿Estás bien?

Andrés tocó el suelo y sintió una capa de metal frío, característica de las bodegas a la orilla de la ciudad. No era Lu, no era su voz y tampoco ese lugar era su departamento.

—¿Qué ocurrió?

—Perdona, ¡hay alguien que siempre cuida la puerta y es un bruto!

—¿Cómo te llamas?, ¿quién eres?

—Me llamo Alicia. ¿Bonito, nombre no? Así se llama mi abuela, y su abuela se llamaba así.

Andrés no entendía nada de lo que decía la voz desconocida. Concentraba todas tus fuerzas en ignorar el dolor de cabeza y el mareo que atacaba en oleadas.

—¿No quieres decirme tu nombre?

—Me llamo Andrés y tú eres la loca que me persigue con los

conejos.

El chico manoteó en la oscuridad, tratando de atrapar a la dueña de la voz. Pero no lo consiguió. Alicia dio unos pasos atrás.

—¿Has escuchado...? —los brazos de Andrés trataban de alcanzarla, pero ella cobró valor y continuó hablando.

—¿Has escuchado el canto de nuestra Madre, la dos veces nacida?

—¡Yo no he escuchado nada de nada! Yo lo que quiero saber es qué quieres de mí...

—Me imagino que no has escuchado ninguna historia. Parece que ya nadie quiere soñar.

Andrés se rindió. Era como hablar con la loca del fondo del pasillo. Cerró los puños, conteniendo todo lo que le quería decir y preguntar. Buscó en su mente una nueva estrategia para encontrar respuestas.

—¿Has escuchado el canto de nuestra Madre, la dos veces nacida?

Un instante de silencio, sin que ninguno de los dos pudiera continuar.

—Está bien, canta o cuenta lo que quieras...

—Escucha: "Madre dio un parpadeo y con eso creó la luz entre sus manos. Los rayos calientes explotaron y se multiplicaron en miles de reflejos; se convirtieron en olas de fuego que alcanzaron todos los escondrijos que la oscuridad se había construido. Madre sabía que pronto ya no estaría sola y que en poco tiempo la luz traería hacia ella a los primeros hijos. Y así, sólo ella se convirtió en la Madre del cielo. En la Madre de la tierra. Madre del aire. Madre de la muerte. Madre de la vida. Madre de la oscuridad. Madre de la luz. Madre del todo. Madre de la nada".

Alguien se acercaba y Alicia interrumpió su historia para alejarse de Andrés. Ocultos en la oscuridad el desconocido y la chica iniciaron una conversación.

—Pero, ¿cómo pasó eso?

—Él me siguió hasta aquí, le he dejado mensajes.

Andrés se sintió mareado nuevamente, cerró los ojos y se dejó llevar por los sueños. Conejos azules electrificados caminaron de lado a lado entre sus párpados, mientras cantaban una pegajosa canción. Trataba de despertar, de obligarse a estar alerta, a escuchar todo lo que pasaba pero el "tun-tun" de los

conejos lo atraía de nuevo.

¿CONOCES ALGÚN CREYENTE?
¡DENUNCIA! ¡DENUNCIA!
¡DENUNCIA! ¡DENUNCIA!

Abrió los ojos: los conejos se habían esfumado y se escurrieron en las coladeras dejando una mancha azul en la calle. Ya no estaba en el salón oscuro que parecía interminable, ahora estaba sentado junto a la puerta marcada con la imagen del conejo bonachón, quien no dejaba de mirarlo.

—Han decidido que eres digno —dijo la voz de una chica junto a él.

—¿Digno? ¿Digno de qué? ¿Y quién lo decidió? —la palabra le causó gracia; nadie usaba esas palabras tan viejas

—¿Escuchaste? Te han observado y determinaron que tienes la visión suficiente.

—¿De qué estás hablando?, ¿quiénes son ustedes?, ¿te has dado cuenta de que hablas muy extraño?

La chica no contestó, parecía ofendida. Los altavoces resonaban a la distancia.

—¡Hola amigos, este es su show favorito…!

—Te pediremos hacer algo…

—¿Quiénes son ustedes?

—¿No lo has entendido?, ¿no sabes quiénes somos?

—Creo que debería cambiar el nombre de nuestro programa, ¿no creen que sonaría mejor el show de Tany y Dany?, ¿qué creen ustedes?

—Sólo sé que dibujan esos conejos…

—¿No te parecen adorables?, ¿de verdad no crees que son hermosos?

—¡Dany!, ¿estás ahí?, ¿te has enojado?

—¿Tú los has hecho?

—Claro, para invitar… Para invitarte.

Alicia asomó la cara desde la oscuridad. Andrés la reconoció, era la misma joven que había visto hacía no mucho en el tren.

—¿A qué me invitas?, ¿qué quieren?

—Sólo queremos que veas —el cabello púrpura de Alicia se revolvía con el viento que bajaba como bólido desde el cielo gris.

“Es joven, más joven que yo. Pero se ve tan cansada, como si no hubiera dormido en años”, pensó Andrés.

—¿Qué quieren que vea?

—Ya lo sabrás. A cambio te pediremos algunas cosas.

—¡Dany, Dany! Responde Dany, ¿dónde estás?

Alicia se alejó del chico. Gritó las últimas palabras desde el fondo del pasillo.

—Mañana nos reuniremos. El lugar lo dibujé en tu brazo.

¿Estás segura de que él nos puede ayudar? No creo, Alicia. Creo que otra vez te has equivocado en tu selección. Debes saber elegir mejor, debes pensar bien antes de atraer a un nuevo chico a escribir las historias. Deberías consultarnos antes de seleccionar y no andar por la ciudad con esa estrategia tan extraña de los conejos. Sabes que este trabajo es de gran importancia, sabes que ya es tiempo de que todos se enteren de LA VERDAD. La única verdad oculta por esos miserables. Está bien, está bien. Vamos a confiar en ti por esta última vez. Tu abuela, la vieja Alicia, confía mucho en ti y siempre dice que tú serás la siguiente contadora.... Pero insisto que ese muchacho es demasiado insignificante, demasiado débil ¿no lo crees? Y este es un trabajo para valientes y es claro que él es un cobardillo. El pobre no puede ni sostenerse en pie y tú has puesto toda nuestra fe en él... ¡Claro, claro, tienes toda la razón! Si no funciona, buscaremos a alguien más. La ciudad está repleta de muchachitos reemplazables. De eso siempre sobra por aquí.

“Puerta Norte, sobre el puente”, fue lo que Alicia escribió en el brazo de Andrés.

El chico no conocía esa parte de la ciudad. Se escuchaban rumores de cómo era la puerta, pero estaba prohibido pasar de la última parada del tren. Aunque en ese momento ya era tarde para pensar en prohibiciones, ahora caminaba entre depósitos de chatarra que esperaban turno para ser ingresados a Diez Barrios. Aquello era parte de una vieja ciudad, una que sí tuvo bandera y sol, y en la que se habían construido bellos parques y escuelas. Una ciudad que, para muchos, sólo había existido en la imaginación de los viejos.

—Ten cuidado, Andrés —se decía al esquivar los camiones que jalaban diminutos departamentos, y al esperar que los trenes

que cargaban trozos de edificios pasaran.

Un montículo oxidado recibió a Andrés. Estaba rodeado de una horda de obreros que taladraban el suelo. Sus máquinas funcionaban al mismo tiempo creando música de hierros y metales; alguno de los trabajadores alcanzó a ver al chico a través de su gruesa máscara.

—¡Muchacho! No puedes estar aquí...—le gritó el trabajador, pero Andrés ya se había ocultado entre las carcasas oxidadas de las fábricas, las mismas que no hace mucho habían representado el progreso de ese mundo.

"Y pensar que nos tocará limpiar todo eso cuando sea reubicado en algún barrio", pensaba tratando de no tropezar con los esqueletos de autos fundidos. Frente a él estaba la famosa Puerta Norte, la cual no le pareció tan espectacular como le habían dicho. Para él solo era un portón a medio oxidar acompañado de tres solitarios soldados encargados del ingreso de personas. Ningún movimiento. Ningún sonido. Ni siquiera el grupo de refugiados que esperaba turno del otro lado de la barda, intentaba moverse.

—¡Bienvenidos a nuestra ciudad! Tengan a la mano su documentación...

Andrés los miró desde su escondite, y los refugiados repararon de inmediato en su presencia. También los soldados parecieron notar algo y uno de ellos se dirigió hacia donde se hallaba él. De pronto, del otro lado del muro, un bebé empezó a llorar y alguien más gritó en un idioma desconocido; la puerta se estremeció y el soldado volvió a su lugar.

—¡Hay espacio en Diez Barrios para todos!

Caminó por la escoria que la ciudad había acumulado durante tantos años. Las calles habían desaparecido con la caída de paredes húmedas y viejas. Más obreros pasaban corriendo, seguramente un nuevo "pedido urgente" había llegado a la Puerta Norte. "Es una secta", aseguró Otto unas horas antes cuando Andrés le contó todo el asunto del conejo.

"No se trata de una secta, más bien son unos simples locos".

Mientras recordaba su conversación con Otto, Andrés avanzaba con cuidado. Se detuvo a mirar las columnas de acero, lo único que sostenía la red de puentes y que de alguna forma persistía de pie, aunque quién sabe por cuánto tiempo.

"¡Peor todavía, están locos y son una secta!", la risa lo atragantó y no lo dejó terminar." ¿Y si te quieren para sacrificio

humano? ¡Imagínate!, tiene lógica. Atrapan a flacuchos como tú, y es que les gustan los huesos apetitosos”.

“¿Crees que eres muy chistoso, Otto?”.

“Asqueroso, en realidad lo que te interesa es la chica, ¿o no?”.

Otto tenía algo de razón. Era ella a quien había encontrado del otro lado del conejo azul, ninguna de las respuestas que esperaba.

“Eres un romántico. Sólo un enamorado. No lo había notado, pensé que no te gustaban las mujeres, ni tampoco los hombres… Realmente no me puse a pensar qué te gustaba”.

Más allá del horizonte de chatarra había letreros carcomidos que indicaban el fin del paso para la vida. “Pero Otto tiene algo de razón, ¿qué hago aquí?, ¿por qué estoy perdiendo un turno completo de actividad?”. Sabía la respuesta a sus preguntas, la historia más vieja de todas: quería ver otra vez a Alicia, quería escuchar su voz y temer estar junto a ella.

PARA INGRESAR A ESTA ZONA
SE REQUIERE RESPIRADOR

El paisaje industrial devorado por la humedad era un mundo más tranquilo que los barrios habitados. Tal vez porque la vida allí se había extinguido definitivamente y todo estaba invadido por el óxido. Todo resignadamente muerto. Y ahí un chico flacucho se presentó con su máscara filtradora al tope de anticontaminantes, ante un grupo reunido sobre un viejo puente de la ciudad. Desde ese sitio se podían ver las filas de refugiados que esperaban los exámenes para poder ingresar y, mucho después, se apreciaba el paisaje derruido casi infinito y que se extendía hasta más allá de las montañas envueltas en polvo radioactivo.

“Rojo, rojo, rojo…”. Si Andrés aguzaba la vista sólo alcanzaba a ver un horizonte lleno de nubes grises, idénticas a las que cubrían Diez Barrios. Decidió no mirar más. Tendría que concentrarse en el asunto de los creyentes, sin importar que se sintiera un poco mareado después de la caminata desde la última parada del subterráneo.

—Hola, bienvenido —Alicia fue la primera en hablar, mientras sus compañeros no podían dejar de mirar a su invitado.

Las caras le parecieron conocidas, como si fueran amigos del Galileo que se habían escapado para la ocasión.

— Pensamos que ya no vendrías.

Andrés entendió que todos los reunidos eran los mismos que había visto en el no-espacio, pero ahora sin caras pintadas y trajes vaporosos. Las mujeres no llevaban esos vestidos que parecían flotar y los hombres se veían más viejos en esta realidad. En lugar de eso todos vestían como cualquiera de la ciudad. Ahí, en esa realidad, lucían como cualquiera en la calle, con sus botas y el equipo de respiración designado. Tampoco los niños se veían igual. Allá en el templo construido en el no-espacio el grupito de niños jugaban y reían, pero aquí llevaban las máscaras filtradoras y respiraban con más dificultad que los adultos.

—¿Tuviste problemas para llegar? —le preguntaron a Andrés, y solo respondió con un movimiento de cabeza. No entabló conversación alguna y prefirió concentrarse en el dosímetro personal, el mismo que no debía dejar nunca en casa y que lo tendría que acompañar el resto de su vida en Diez Barrios.

—Es el chico que trajo Alicia —decían entre sí los creyentes sin quitarse las máscaras filtradoras.

—¿Estás segura?

—No sé si pueda con esto. ¡Oye, muchacho! ¿Podrás con esto?

El dosímetro se volvía loco, señalando una y otra vez el límite de radiación permitida. La reunión iniciaba, pero Andrés sólo podía pensar en las dosis de radioactividad que seguramente flotaban a su alrededor. De golpe, todos dejaron de cuchichear y se sentaron en el suelo frío. Andrés se asustó con los primeros golpes de tambor, aunque en realidad eran botes de plástico sacados de la basura.

“Rojo, rojo, rojo”, susurró para darse un poco de valor.

—Escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida.

Todos miraron hacia uno de los extremos del puente, ahí donde terminaba la construcción. Una mujer extremadamente parecida a Alicia, se abría paso entre los presentes. Y aunque usaba botas y dosímetro como todos los demás, se había puesto en la cabeza un viejo velo lleno de agujeros y con grandes

manchas de carbón. Al verla, Andrés sintió escalofríos. Como si una vieja pesadilla se hiciera realidad. Aunque buscó en su mente el viejo recuerdo de una mujer como ella y no lo encontró.

—Escucha, escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida.

—Es mi abuela, la vieja Alicia —susurró la chica de cabello púrpura.

—Entren al círculo a escuchar.

—Entramos jubilosos.

La mujer se ubicó en medio del grupo, y sentada en el suelo entre los cacharros y basura, inició a contar una historia.

— En el inicio del todo, el espíritu de nuestra Madre volaba por toda la tierra ancha. Sus alas negras tocaban la punta de las montañas y su aliento frío provocaba nevadas en latitudes enteras. Bajo su espesa sombra, se dispersaban las islas de arenas blancas, los continentes vacíos y los mares de aguas cristalinas. Entonces, sentada en la cumbre más alta del orbe, el corazón de nuestra Madre se maravilló ante la magnífica creación. Era tiempo, lo supo. Era tiempo de llamar a los primeros hijos, quienes llenarían con sus cantos, con sus risas y con sus gritos el mundo que había construido para ellos.

La radiación siguió cayendo sobre el grupo que escuchaba a una mujer con la cara cubierta por un velo sucio. La vieja historia que había sido contada de generación en generación en esa familia, era escuchada otra vez, mientras que la sangre de los hombres y mujeres reunidos se envenenaba un poco más.

Parpadeo.

Una nube espesa se deslizaba delicadamente en medio de la calle en ruinas; rosa y transparente. La ciudad estaba llena de manchas tóxicas y todo el tiempo surgían esas nubes que recorrían los pasillos de los edificios libremente. Nadie sabía de dónde venían, pero era un hecho que eran las más venenosas de todas; así que cuando los altavoces anunciaban su llegada todos se escondían en sus diminutos departamentos.

—Ciudadanos. El toque de queda será programado para las siguientes zonas…

Andrés suspiró aliviado al escuchar el altoparlante. Resultaba extraño sentirse cómodo con aquella voz fría y

asexuada, pero era como volver a casa después de un largo viaje.

—Necesitamos que toda la ciudad conozca las historias.

Después de que la reunión terminó y cuando finalmente se dispersaron todos los creyentes, Andrés y Alicia caminaban juntos de regreso a la ciudad. Los recuerdos de las palabras desconocidas y del sonido de los tambores seguían retumbando en el pecho del chico.

—No entiendo para qué, pero está bien.

A través de la máscara filtradora, Andrés miraba de reojo a Alicia: su cabello enredado y púrpura, sus manos delgadas.

—No tienes que entender nada, pasa y ya. Además, si no te gusta te puedes largar. Nadie te obliga a estar con nosotros.

—Nunca dije que me quería ir. Yo... yo no dije nada de eso.

—¡Es una broma! ¿Todo es tan serio siempre contigo?

Entraron a la estación del metro más cercana, la primera de esa zona.

—Anuncio de descontaminación de la zona...

Esperaban el tren en silencio y Andrés pudo recordar la voz limpia y cristalina de Alicia, la vieja, cuando al final de la historia se dirigió a él para decir: “Niño, ¿estás listo para cambiar el mundo?”.

7

Esa mañana Lu había sido designada a una actividad fuera del departamento. Por eso se había levantado mucho antes de lo normal para estar preparada, y ahora se hallaba sentada sobre la cama esperando a que Andrés estuviera listo para salir.

—Nunca me has dicho lo que quieres, Andrés.

—¿Qué quiero de qué?

—¿Qué quieres? ¿No me entiendes o qué?

Andrés no sabía si esa conversación de verdad le interesaba a Lu, o sólo era para pasar el rato mientras preparaba sus cosas. Como sea, le costaba concentrarse; una actividad lo esperaba detrás de la puerta y no podía pensar en nada más.

—¿De lo que sea?

—Sí, ¿qué quieres? Nunca me lo has contado —el chico no le contestó, se limitaba a seguir buscando su bota bajo la cama.

Los dos bajaron la voz cuando notaron los movimientos del hombre dormido en una esquina de la habitación, quien había empezado a removerse entre las cobijas.

—Pues yo quiero cosas. No sé de dónde se me ocurrió.

—¿Cómo qué cosas, Lu?

—Quiero saber a qué sabe una manzana.

—Pero si ya has comido manzanas. Además, no puedes reconocer los sabores, ninguno.

—Sí, claro, pero me los imagino. Y cuando pruebo ese polvo que supuestamente es *hecho de manzana* siempre me pregunto si en verdad tiene su sabor…

—Qué cosas tan raras dices…

—Tú eres el extraño, ¿eres de plástico o qué?

El miedo en la cara de Lu cobraba forma. Era el momento para salir del departamento y llegar a su turno.

—Pero ¿qué es lo que quieres? Aun no me has dicho.

—Bueno, no lo había pensado.

El compañero de Andrés, el hombre que siempre dormía sin Galileo, se removió en su cama. Los chicos guardaron silencio, esperando que se volviera a dormir; pero ya era tarde para eso, el sujeto se levantaba en medio de un ataque de tos.

—Ya dejen de parlotear, mocosos —gritó el hombre. Lucía despeinado y vestía la misma ropa que había usado el día anterior y el anterior y el anterior.

—¿Mocosos? —dijo la pequeña Lu, aunque al mismo tiempo se levantaba de la cama para iniciar el escape del departamento.

—Pero niños, niños míos, no teman más de mí. Hoy me voy de sus vidas, lo prometo. ¿Qué les parece? Hoy será un gran día, hoy me largo de este agujero. ¡Ayer pagué por fin el total de mis créditos!

El hombre, el último compañero de habitación de Andrés, se despegó de su cama. Su cara ceniza ya no podía mostrar una sonrisa y llevaba todavía las botas puestas que nunca se molestaba en quitarse. Mientras hablaba se tallaba las manos llenas de cicatrices. “¿Qué tuvo que pasar para poder pagar sus deudas?”, se repetía Andrés en voz baja.

—¿Ya no quieren hablar conmigo, niños?, ¿no vendrán a despedirse?

—Es hora de irnos, Lu —interrumpió Andrés mientras salía de la habitación.

—¡Niños, niños!, ¿a dónde van?

Esos chiquillos me tienen tanto miedo… juraría que puedo oler su miedo. Pero si son apenas unos críos. ¡Mírenlos! Se comportan como señores de importancia. Salen a las calles sin saber si volverán. Salen a trabajar como si entendieran de qué va esto. ¡Si yo mismo no lo entiendo!

Hoy es mi día y los dejaré atrás. De todas formas, nunca me quisieron, siempre me tuvieron miedo, tal vez un poco de terror. Pobres chiquillos. Nunca confiaron en mí. Este es mi día y no puedo dejar de pensar en esos niños que dejo atrás. ¿Quién los cuidará?, ¿qué será de ellos? Es mi día, es mi día de irme. Ya no pensaré más en ellos. Ya no los volveré a ver nunca más. Pero ¿a dónde me mandarán ahora? Voy a un lugar desconocido y ahora tendré que volver a empezar. No sé si podré hacerlo otra vez. No sé si tenga más fuerza. Este es mi día, es mi día...

Lu ya estaba en el pasillo fuera del departamento. Mientras Andrés pensaba en su primer trabajo para los creyentes y en su turno de limpieza, ella se adelantó unos pasos, pero luego se detuvo a esperar.

—No sé, no sé.

—¿Qué dices, Lu?

Ahora Lu no podía ocultar el miedo y con todas sus fuerzas tomó la mano de Andrés.

—¿Así es el mundo?, ¿es todo?

Él no le respondió. Seguía mirando los grafitis viejos: una ventana abierta de donde salían planetas de colores y soles de rayos granates que brillaban sobre paisajes perdidos. Frente a ellos, en varios tonos de verde decía: "odio, odio, odio". Andrés se quedó mirando la línea de palabras y dedujo que Otto había pasado por ahí recientemente.

—¿Así es el mundo? —volvió a preguntar Lu, aunque esperaba que Andrés hablara y poder así aguantarse las lágrimas.

—Sí Lu... así es el mundo. Una completa mugre.

La pequeña Lu, castañeando los dientes, y Andrés caminaron hasta el elevador. Los dos muy juntos, casi en un abrazo, para perderse en los pasillos del piso 17.

Me temblaban las piernas cuando salí del departamento. Tenía tanto tiempo sin salir a la calle. Siempre me decían: "Una niña no tiene nada que hacer afuera". La verdad, no tenía caso salir a llenarme de toxinas. ¡Esperen, esperen! Así es como habla ella, la del fondo del pasillo. ¿Me estaré convirtiendo en ella sin darme cuenta?, ¿seré yo así en muchos, muchísimos años? No, claro que no. Yo no seré como ella, yo trabajaré un rato en mis actividades designadas y luego me iré con Andrés al Sur. Allá

seremos felices, allá veremos el sol y comeremos manzanas de verdad y no ese polvo hecho con manzanas podridas.

Caminé por la calle, por muchas calles, de la mano de Andrés. Me sentí tan feliz porque parecíamos hermanos y todos en la calle nos veían. La gente de la calle ponía cara de susto al vernos tomados de las manos, aún usando los guantes protectores. Seguro tuvieron envida, una envidia horrible de no tener hermanos como yo. Hermanos que los sacarán de esta ciudad, hermanos que los cuiden de las mujeres que se arrastran en los pasillos, hermanos que los aman.

Andrés quería complacer a Alicia. Quería realizar la primera actividad para ella y el resto del grupo y así tener un pretexto para buscarla. "Esta esquina estará bien. Sí, creo que muchos lo leerán al pasar. Estos cuentitos son puros caprichos de Alicia. Ya se le olvidará". Mientras distribuía las líneas y círculos por toda la pared, seguía pensando en aquello que le gustaba tanto de ella, pero debía concentrarse en la actividad. Debía recordar los detalles de la historia que había escuchado durante la última reunión.

Cuentan que nuestros padres y nuestras madres, los más antiguos de todos los padres y madres, vivían en la oscuridad. Todos en una sola mente habían flotado sin rumbo durante una eternidad, hasta que la Madre metió sus manos hasta el fondo del océano y los sacó a la luz. Ahí despertaron del sueño de la muerte e iniciaron la vida. Ahí, entre los brazos y arrullos de la Madre, se dieron cuenta de que no eran una sola mente flotando en la oscuridad, sino muchas mentes distintas que ahora vivían bajo la luz. Desde entonces, nuestras mentes se han separado y dividido infinitamente. Pero un día, nuestra Madre volverá a meter las manos hasta el fondo del océano y ahí estaremos nuevamente juntos, en la oscuridad y unidos en una sola mente.

Escribía Andrés de memoria sobre la pared, esperando no olvidar las cosas importantes de esa primera historia que debía compartir. Pero sus pensamientos volvieron a Alicia, la joven. "No, no es el color de su cabello. Quisiera que lo cambiara por rubio, ¿se enojará si le digo? Tampoco me gusta mucho su

cuerpo; la pobre está más flaca que yo".

Al terminar con la escritura sobre esa pared en la esquina más concurrida del barrio, Andrés dio unos pasos atrás para contemplar su trabajo. Era increíble que esas líneas formaran una historia y que muchos fueran capaces de entender. "¡Ya lo descubrirás, Andrés! Estoy seguro de que lo descubrirás. Puede que sean sus ojos".

— "¡Ja! ¡Sus ojos!" se burlaría Otto de mi si me escuchara diciendo esas cursilerías.

— La zona en que se encuentra en este momento...

"¿Y si todo es un espejismo?, ¿y si yo me la inventé toda?, ¿y si ella es otra y lo que he visto es mentira?". Pero no había tiempo para seguir pensando. Era hora de iniciar con su turno de limpieza.

Parpadeo.

Había llegado el nuevo turno de limpieza y Andrés se encontró abriéndose paso entre docenas de tableros destrozados que llenaban un pasillo. "Rojo, rojo, rojo". No recordaba cómo había llegado ahí, no recordaba cómo había llegado hasta el edificio de limpiadores ni en qué momento inició ese turno de limpieza.

—¡Cuidado con las tablas del suelo, van a caer en cualquier momento! — alguien junto a él gritaba.

Más pantallas y monitores viejos llenaban habitaciones enteras de ese piso.

—¡Concéntrate, concéntrate, Andrés!

—¿Qué dices?

—Nada. No me hagas caso.

—¡Qué cosas tan raras hay en esta casa! Deberías llevarte algo de esto para tu colección.

Andrés trataba de no prestarle atención al muchacho pelirrojo que caminaba unos pasos delante de él.

—¿Para qué colección?

—Ya sabes, la que tienes. ¡Todo mundo lo sabe!

—Bueno, sólo tengo un par de cosas. ¿Tú no? —Andrés hablaba bajo. Necesitaba mucha energía para cargar la caja llena de cables hasta el basurero.

—¿Tú no coleccionas nada? —insistió Andrés.

—Eso es para niños, amigo.

La conversación se detuvo varios minutos. Fuera, los altavoces continuaban con sus recomendaciones.

—En este momento se encuentra en una zona de contaminación nivel...

—Claro, es para niños.

La caja no cedía, alguien se había empeñado en dejarla bien pegada al suelo.

—Además, no tengo tiempo. Tengo novia, eso me ocupa demasiado. Ya sabes, en cosas.

—¿Qué cosas?

Sobre la cabeza roja del chico que hablaba, Andrés percibió de reojo un destello; algo breve, algo casi imperceptible sobre la pared.

—Ya sabes, cosas de las novias. ¿Tienes a alguien, no?

—No tengo tiempo para esas cosas.

—Sí, claro. Pero sí tienes tiempo para juntar cromos deportivos. Eso sí que es importante —el pelirrojo actuaba como un señor de gran importancia mientras recorría la habitación— El resto de los muchachos se morirán de risa cuando les cuente.

—Debe pasar algo más interesante en la ciudad además de mi colección de objetos raros.

—Nada, todo igual. Lo de siempre.

Tras la figura cubierta por el traje protector del chico pelirrojo, Andrés pudo ver claramente esos breves destellos que parecían explosiones diminutas.

—Pero ¿qué dices o qué haces? —preguntó Andrés después de unos minutos.

—¿Cuándo?

—Si hay alguien… Una novia.

Los interruptores en el pasillo no funcionaban y los dos chicos prendieron sus lámparas para no tropezar con los cubos de plástico, la ropa amontonada, las láminas de metal, la basura.

—¿Te gusta alguien? —gritó el chico pelirrojo sin aguantarse una que otra carcajada.

—Ya sabes, alguien. Quién sabe.

Voces en la siguiente habitación, era el resto de la cuadrilla que entre risas y bromas subían un bloque de vidrio a los contenedores.

—¡Ustedes dos, los platicadores! Ayuden con esto.

Dejó la caja y junto con el pelirrojo se unió a la cuadrilla.

Pasaron junto a fotografías viejas de personas que nadie recordaba: una mujer cargando a su bebé en una tarde soleada, una niña de vestido rosa frente a un pastel, dos mujeres sonriendo a la cámara. “¡Qué rara vida llevaba la gente antes! Es como si todo eso de las fotos fuera una mentira. ¿Quién va a creer que vivían así?”.

—La basura no se terminará nunca.

—¡Cállate y sube esto! —le gritó el líder de cuadrilla al pelirrojo.

—En este momento se realiza la limpieza de una nueva zona habitacional...

Andrés no respondió, se concentraba en las centellas que prendían y apagaban por toda la pared. Algunas de ellas con formas del temido conejo azul. “Estas son mis manos, estos son mis brazos, esta es mi cara. Esos son sueños, son alucinaciones, esta es la realidad. Esos sueños que nadie debe conocer. Si se enteran que alucino, ya no tendré actividad...”, se repetía para escapar de las luces. Pero no podía dejar de mirarlas, no podía dejar de seguir los movimientos de los conejos que aquí y allá aparecían y desaparecían.

—¡A limpiar otra habitación! La siguiente cuadrilla viene pisándonos los talones.

Con mucho trabajo, llevaron el contenedor repleto a la sala que en algún momento tuvo papel tapiz de rosas, pero que ahora era totalmente gris.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¿No me digan que ya se cansaron?

Andrés continuó y con todas sus fuerzas quiso olvidar la habitación llena de constelaciones, de conejos en forma de galaxias girando y de enanas blancas explotando en medio del infinito. Fue el último en salir, cerró la puerta y deseó con todas sus fuerzas que las luces se quedaran atrapadas ahí dentro.

Alicia me contó algo sobre unas islas de arena blanca y agua transparente. O algo así. La verdad no podía prestarle tanta atención, sólo miraba sus labios moverse y a veces sus ojos. “¿No me escuchas?, ¿verdad?”, dijo cuando lo notó. Yo sólo quería que dejara de hablar, yo sólo deseaba abrazarla y que los dos nos quedáramos así para siempre. Eso hice, ella soltó una risa nerviosa y se dejó abrazar. Sentí su cuerpo bajo el traje protector, y seguro ella sintió mi cuerpo. ¡Hubiera querido que eso

durara para siempre!, pero luego ella se soltó y volvió a contar su historia de las islas. Tienes que aprender para escribir, dijo. Y cuando terminó dijo adiós y se fue. Alicia, Alicia, dime dónde estás para correr hacia ti y abrazarte para siempre.

Parpadeo.

Bajo la máscara filtradora que funcionaba al tope, Andrés esperaba en una esquina.

—Zona contaminada en nivel tres. Permanezca en casa.

Se sentía algo mareado. Había tomado un par de narcóticos antes de salir de casa. El dolor de cabeza constante había vuelto en los últimos días. Pero a esa vida Andrés estaba demasiado acostumbrado; ni siquiera el banco de niebla que ya lo rodeaba hizo que se moviera de su lugar. Puso toda su atención en la calle llena de nubes rosadas que, por un momento, cubría la porquería de la ciudad.

"Nos vemos en la esquina 9". Andrés había escrito en el subterráneo, sobre el mismo conejo azul eléctrico que ella había dibujado para él. Así que Alicia respondió con otra frase del mismo color que el conejo: "Cuando pase la niebla".

—Rojo, rojo, rojo, rojo...

El barrio completo parecía deshabitado. Y aunque los hologramas no habían detenido su baile constante, el vacío era casi perfecto.

—Estrictamente prohibido salir de casas y refugios.

Del fondo de la calle, envuelta en su traje protector, avanzaba una figura femenina. Y Andrés pudo distinguir el cabello púrpura de Alicia que se escapaba de la máscara filtradora de color amarillo.

—...será bajo su responsabilidad.

La sangre de Andrés palpitaba y sus manos temblaban. Su respiración era entrecortada y sentía la lengua reseca. "¿Es el efecto del medicamento o estoy nervioso?". Nunca se había sentido así con una mujer. Nunca había deseado estar tan cerca de alguien. Eso le inquietaba, de alguna forma deseaba liberarse del encanto pero continuaba buscándola, escuchando sus historias.

—Hola —alcanzó a escuchar desde el otro lado de la máscara, mientras el cabello púrpura era acariciado por la nube

rosa que arrastraba el viento.

—Hola —gritó él tras su máscara y de nuevo sintió el fuerte golpe de dolor en la cabeza. Los narcóticos habían dejado de hacer efecto.

Alicia y Andrés se quedaron quietos en la esquina. Sus ojos se buscaban detrás de las micas de las máscaras, y él sintió un vuelco en el estómago.

Otra vez me encontré con Andrés. Me esperaba en la esquina que quedamos.

Lo que no puedo explicarme es por qué yo estaba tan emocionada de verlo otra vez. ¿Yo, nerviosa a causa de un muchachillo flaco? Son tantos muchachos que han escrito nuestras historias por todas las calles de la ciudad, son tantos los que han andado en las esquinas escribiendo nuestro mensaje... No entiendo por qué me siento así sólo con él, por qué le pido que nos veamos fuera de las reuniones, por qué quiero estar con él tanto tiempo. Aun así, cuando lo vi entre las nubes tóxicas, me volvió a asustar. Casi como la primera vez que nos vimos en el subterráneo. Me di cuenta que verlo es como verme a mí misma. Como si girara un espejo y pudiera mirarme hasta el fondo de sus ojos. Hasta el fondo de mi propia sangre y de mis entrañas. Como nunca me he visto, como tal vez nunca más me vuelva a pasar.

Parpadeo.

—¿Has escuchado el canto de nuestra Madre, la dos veces nacida?

De nuevo, Andrés no sabía dónde estaba. Sólo sentía los brazos entumecidos y un frío que se colaba por el abrigo mal cerrado.

— ¿Has escuchado...? —era la voz de Alicia, eso lo sabía. Pero ahora la sentía junto a su oído, como si la máscara filtradora se hubiera derretido bajo la radiación.

—No estoy seguro de querer escuchar historias.

—¿Entonces para qué nos veríamos?

—No lo sé, sólo para vernos.

Alicia cerró los ojos tras la máscara filtradora. Aunque Andrés no entendió si era algo bueno o malo para él.

—Dime entonces ¿qué quieres?

—No lo sé, sólo quería verte —el miedo que sentía Andrés se dispersó al escuchar la risa de la muchacha al otro lado de la máscara.

—¡Me quitaré este estorbo! Así no te puedo ver bien —lentamente se despojó de la máscara y retiró el filtro de su boca.

—¿Estás segura de no querer usar la máscara? Puede que te enfermes...

—¡Por favor, Andrés! ¿Todos en la ciudad estamos muriendo y tú te preocupas por esto? Escucha, te contaré la historia.

En ese momento, un hombre con máscara y traje completo corría como si alguien lo persiguiera. Pasó precipitadamente por la calle, casi empujando a Alicia.

—Parece que tiene prisa de llegar a casa y estar lejos de estas calles sucias.

¿Me escuchas, puedes escucharme? No creerás lo que te voy a contar. De verdad es inaudito. Hoy vi un fantasma. Sí, así como lo oyes, un verdadero fantasma. Como decían hace tanto que existían por todas partes. Pensé que hasta los fantasmas nos habían abandonado. Pensé que ellos también fueron borrados de nuestra existencia con una bomba. ¿No lo crees?, ¿hace cuánto tiempo que no escuchas que alguien ve un fantasma? ¡Dime, dime si sabes algo! ¿Que si en realidad lo vi? Bueno, bueno. Verlo claro, claro, no fue así. Yo corría, estaba oscuro, la niebla. Sí, me tomó por sorpresa la hora de la niebla, tú sabes. Era un muchacho, el fantasma de un muchacho. Habrá muerto en esa esquina. Y puede que con alguien más. Una joven. Una joven de cabello morado. Ella no llevaba máscara, no, no llevaba te digo. Pero eso qué importa, de todas formas estaban muertos.

El barrio hervía de actividad. Andrés y Otto sorteaban la multitud de figuras envueltas en abrigos oscuros y máscaras filtradoras.

—¿Qué estará pasando?

—La gente que aterriza en otro barrio la mandan para acá. Ya no podían bajar del nivel cuatro.

—¡Bienvenidos a nuestra ciudad!

—¿Y durarán mucho limpiando?

—¡Aquí encontrarán un nuevo hogar, donde pueden vivir cómodamente por

el tiempo que permanezcan antes de su próxima migración!

—Otto, ¿me oíste?, ¿sabes si durarán mucho aquí?

— "Hasta su próxima migración", ¿no escuchaste? Eso quiere decir que es permanente —Otto soltó un escupitajo y luego trató de seguir con su frase—: ¡Qué mugre!

En la confusión de brazos y piernas, Otto chocó con una mujer de cara pálida que salió corriendo después de recibir un golpe del chico desconocido.

—¡Refugiados, regresen a su país! —gritó Otto con una voz llena de asco y levantando los brazos tratando de alcanzar a la mujer. Andrés pudo ver sus manos arañadas y ensangrentadas.

—Yo creo que ya no tienen país.

—Pues que vivan en las cloacas.

—¿Qué te pasó en las manos?, ¿te peleaste con un gato?

Otto lo miró desde el otro lado de la multitud, sonriendo extrañamente.

— Uno de estos me tocó, así que tuve que darle una pequeña lección.

Andrés no quiso saber más, aceleró el paso cuando la multitud se movió a un costado, mientras que Otto se perdía definitivamente en una calle alterna que llevaba a la oscuridad. "¡Concéntrate, Andrés! Tú sigue con lo tuyo: salir del departamento, limpiar, regresar a casa y sumergirte, luego salir de nuevo, y volver a la limpieza". El plan lo tranquilizó; en el fondo la rutina le reconfortaba. Mientras el dolor del costado volvía, trató de seguir caminando con normalidad. Faltaba poco para llegar a casa. "No, ahora tengo que agregar las escrituras en las paredes, me tomará poco tiempo. Sólo un poco en una esquina o dos. Después, puede que me encuentre con Alicia". Al recordar a la chica de cabello púrpura no pudo evitar aguantar la respiración.

Ese asqueroso ya no sabe para dónde va. ¿Hay un camino?, ¿ese futuro que ofrecen los limpiadores existe? Yo creo que nadie vive lo suficiente; sólo vivimos el día a día. Lunes, abril, año tal... Tratamos con desesperación de pagar los créditos y sólo escuchamos las mentiras, asquerosas mentiras. Las tragamos todo el tiempo, las escuchamos sonar en las bocinas que nos vigilan por todas partes. Las vemos en las pantallas. Y hemos dejado que nos llenen de mentiras, mientras la verdad

está al otro lado de la puerta, dormida. Esperando a que la dejemos entrar. Nos dicen tantas mentiras que no sé por dónde empezar. ¡El olor! Ese mito de que los objetos tienen una clase de olor. Eso se lo imaginaron los viejos. "¡Ya nos morimos, inventemos tonterías!". Malditos. ¿Olor de la comida, del aire? ¿Qué puede saber del mundo desde el fondo de sus tumbas?, ¿cómo pueden oler y escuchar si ya no pueden sentir? Malditos viejos, están muertos desde hace mucho y no se han dado cuenta. Pero no te preocupes asqueroso, tu amigo Otto abrirá la puerta para ti y para todos los demás en esta ciudad.

—¡Abran paso, abran paso!

La multitud se contrajo para dejar pasar la marcha de policías. Las sombras entre las luces neón callaron todo el bullicio que hacía un momento explotaba en la calle.

—¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias!

Pegado a la pared, atrapado en la multitud apretujada, Andrés sintió el dolor en todo su cuerpo. Subía por su costado y se extendía a través de los músculos.

— ¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias!

Cuando la policía se fue y la multitud se dispersó un poco, Andrés pudo llegar hasta su edificio. "¿Alguien descompuso el elevador?", quiso preguntar a los policías encapuchados que custodiaban el cubo de cables y tubos. "Está bien, está bien, caminar un poco más no me hará daño". Lento, inició el ascenso hacia su departamento usando las escaleras. Unos pasos delante de él, la marcha de botas de los hombres encapuchados agitaban el resto de los pisos.

—Rojo, rojo, rojo...

Andrés se detenía de vez en vez para recuperar el aliento. Piso 1, 2 y 3: una mujer le gritaba histérica a una niña que jugaba con una lata vacía en el suelo. Piso 4, 5: la oscuridad era tanta que tuvo que hacer un gran esfuerzo de concentración para tratar de adivinar qué eran las sombras que corrían de un lado a otro. Piso 6, 7, 8, 9 y 10: un hombre sentado en la escalera comía sin parar del contenido de una bolsa y pareció avergonzado cuando Andrés lo miró. Piso 11, 12, 13 y 14: una voz de mujer proveniente de algún departamento emitía una canción. Su voz era tan hermosa que Andrés se quedó un momento para escuchar. Piso 15, 16, 17: izquierda-derecha-izquierda, las luces

de los pasillos tintineaban y cambiaban de amarillos a rosas de un golpe.

Al llegar a su pasillo se encontró con todo el equipo de control. Los hombres armados le preguntaron al chico enclenque a dónde se dirigía, cuando lo dejaron pasar y quiso entrar en su departamento pudo ver a muchos encapuchados golpeando la siguiente puerta. Nunca había tardado tanto el procesador de datos pegado a la puerta en dejarlo entrar.

—¡Abran inmediatamente!, ¡abran, orden de la autoridad!

Más dolor. Se tuvo que recargar en la puerta para no caer al suelo, sintió una línea de sudor que bajaba por la espalda.

—¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias!

Los segundos pasaron. Sabía que muy lejos de ahí la computadora central verificaba sus datos, controlando los ingresos y salidas del departamento. Un crujido en el costado lo hizo perder el balance, se abrazó a sí mismo en un intento desesperado para no caer. La puerta del departamento de al lado se abrió de golpe, los hombres entraron gritando y lanzando cosas al aire. Un bebé lloraba y una mujer gritaba.

—¡Están equivocados! ¡Aquí no hay ningún creyente!

Las botas inundaron el departamento, el bebé dejó de llorar como si hubiera sido una grabación o parte de un programa de televisión, pero los gritos de la mujer continuaban. Por fin, los pestillos magnéticos del departamento zumbaron un instante y la compuerta chirrió. Ahora, Andrés podía entrar. Dentro todo lucía igual, el estrecho pasillo repleto de periódicos y cajas amontonadas, las demás puertas cerradas y el intenso tecleo proveniente del fondo de la casa.

8

Como casi siempre, Andrés sentía frío. Pero ignoró la sensación de las piernas entumecidas y se concentró en la frase escrita frente a él: “Asesino: Galileo: odio: gusanos: hambre: asesino”. Esas eran palabras que Otto había escrito en la fachada del edificio de azulejos quebrados, algunos cubiertos con imágenes de explosiones planetarias.

—Esos malditos perros han vuelto —susurró Otto, quien estaba sentado junto a él.

—¿Qué dices?

—¿Te estás volviendo sordo también?

—No, no. Es que no sé qué me pasa.

—Asqueroso, te ves mal. ¿Te están pagando mal en esa cuadrilla de limpiadores? A estas alturas deberías ser millonario.

—¿Qué vas a hacer con lo de los perros?

—He mandado a alguien tras ellos. Los están observando y ni se lo imaginan.

—¿Apretarás el botón o no?, tengo cosas que hacer.

Antes de decidirse a iniciar la reacción en cadena, Otto resopló en un intento por contener la emoción acumulaba.

—Es una lástima. Un poema que se perderá.

—¿Qué haces, Otto?

—Espera, espera, asqueroso. Me despido de mi creación.

—Claro, tu creación. A veces eres muy ridículo...

Del otro lado de la calle, el resto del grupo se había escondido en la oscuridad.

—¡Queremos ver volar el lugar! —gritó Lina detrás de un montón de basura.

—¡Está bien, está bien! No los haré esperar más.

Mirando desde sus escondites, todos guardaron silencio. Tal vez el momento anterior a la destrucción era el único que reconocían como sagrado. Tal vez imaginar la muerte era lo único que les causaba miedo. Andrés se recostó junto a Otto, ordenando las ideas que constantemente querían escapar de su cabeza y que ahora se parecían tanto a las palabras de Alicia.

—¿Están listos?— preguntó Otto en un susurro.

Nadie contestó, todos querían ver la llama que finalmente se abriría paso entre los corredores de aquel edificio abandonado, barrio 8, sección 2.

—¿Cómo diste con este lugar? —le preguntaron a Andrés cuando los llevó a conocer el edificio lleno de fotografías de familias perfectas.

—Nos mandaron a limpiar. Lo quieren habitar de nuevo.

Cuando finalmente se produjo la explosión, la onda expansiva entró por las cocinas llenas de cucarachas, por las habitaciones de paredes cubiertas con papel tapiz y arrasó con los sótanos donde se perderían los terribles secretos que habían logrado ocultar las familias perfectas.

—Andrés siempre propone buenos lugares.

—Es sólo un cobarde—susurró alguien.

—Un cobarde que tiembla con cada explosión —dijo otro, ahora en voz alta. Quizá había sido López.

La explosión se extendió hasta el cubo del elevador que hacía décadas había dejado de funcionar.

—Eso ya lo sabías, ¿no?

—No sirve para nada.

Todos los del grupo contemplaban la destrucción. Los ladrillos en trocitos y el resto de las cañerías, la torre de publicidad que se sostenía de la azotea colapsó haciendo un estruendo que rebotó en las esquinas, las ventanas de los edificios cercanos se iluminaron, pero nadie salió a mirar.

—Pronto se doblará, ya lo verás o correrá a su casa a llorar en su Galileo.

—Buuuuu, buuu “tengo miedo”.

Una mancha negra quedó impregnada en las paredes de los edificios cercanos. Los ventanales rotos, vidrios esparcidos por toda la calle.

—Habitantes del barrio 8... —explotó la bocina, madre poderosa de la ciudad que todo lo ve y sabe.

El Gran Smith, López, Andrés, Lina y Otto salieron de sus escondites a contemplar lo que quedaba del edificio. Fascinados, tanto como sus ancestros quedaban al mirar las estrellas.

—¿Qué haremos con él?

—Nada, a los cobardes se les deja andar como si nada. Hasta que mueren por ahí.

Otto dejó de respirar por un instante, pero luego saltó en un grito para señalar los restos de la explosión: pedazos de mármol de antiguas ventanas, muñecas viejas que milagrosamente habían sobrevivido, piezas de hierro que antes sostenían el edificio. El resto del grupo, todavía aturdido, daba tumbos entre los restos de concreto.

—Es maravillosa, es maravillosa —repetía Otto—. Es maravillosa la pureza de la destrucción.

Andrés no estaba muy seguro de lo que decía su amigo, aunque con la explosión había quedado un poco sordo. Los demás seguían gritando y corriendo sin sentido, pateando pedazos de latas quemadas y basura.

—Estamos completamente locos.

—Pero si somos los más cuerdos de la ciudad, asqueroso. Escucha bien, somos los únicos que no intentamos seguir con esta broma. Somos los únicos que ya aceptamos que este es el fin. Pero hay algo más... ¡PUM! Es maravilloso hacer explotar las cosas.

El festejo fue interrumpido por los altavoces y alarmas que se activaron muy tardíamente. Pronto llegarían las hordas de policías encapuchados, aplastando con sus botas lo que quedaba de aquél edificio. Pero para entonces el grupo de chicos estaría lejos, seguramente pensando en una siguiente explosión.

Parpadeo.

Andrés buscaba la nueva ubicación del Chat #17. Según Otto, el lugar se había mudado después que uno de sus usuarios

muriera de sed después de pasar varios días conectado. Los encargados se dieron cuenta cuando alguien resbaló con los líquidos que su cerebro empezó a soltar.

Izquierda-derecha-izquierda. No aparecía por ningún lado. Así que usó sus lentes infrarrojos por todo el barrio 8. Ni una pista. Un hombre en una esquina, que entre otros productos a la venta ofrecía córneas nuevas, le dijo que el lugar había desaparecido y que el muerto de la historia había sido el propietario en persona. Era necesario, pues, encontrar un nuevo lugar.

Apenas unos minutos después, Andrés ya recorría otro establecimiento: "Galería del ciberespacio", lucía el anuncio en neón violeta. Un nombre demasiado largo para su gusto.

"Violeta, violeta, ¿violeta? No, no es un color adecuado. Rojo, rojo, rojo".

—Inicio de protección de consciencia y ensoñaciones...

Conectarse, dar el salto abrupto un poco doloroso para sus sentidos... y ya flotaba en la oscuridad.

—Bienvenido a Galileo —de todos lados y ninguno saludó la voz de siempre— usuario no identificado. Identifíquese, por favor.

Flotó ignorando la petición de la voz. Frente a él se presentaron varias puertas. Eran las fantasías de los otros usuarios de "Galería del ciberespacio". Un hombre sentado frente a una larguísima mesa llena de pasteles y pollos. El hombre no comía, olía los platos y los devoraba con la vista.

—Deliciosos, olores deliciosos —gritaba sin parar, y no dejó de decirlo ni siquiera cuando vio a un chico husmeando en el umbral— deliciosos, olores deliciosos...

Más puertas, unas entreabiertas y otras de par en par. Pero buscaba una con el característico conejo azul. La cita sería en unos minutos en el templo virtual de siempre. Andrés ya se imaginaba el viento fresco y la tarde clara.

Cuando encontró la puerta del conejo dudó un instante, pensando y preguntándose qué hacía ahí, no le interesaban en absoluto las historias ni los que se reunían para contarlas. Abrió la puerta y saltó hacia la oscuridad. El templo, digno y orgulloso bajo un sol que brillaba en todo su esplendor, estaba en medio del desierto, detrás de las colinas de arena. Andrés lo admiró. Su Galileo nunca le mostraba estas cosas.

Dentro del templo una multitud cantaba. La secta estaba

reunida. Todos conectados en galerías subterráneas y alejadas entre sí, todos dormidos para el mundo de allá fuera, todos despiertos para el mundo virtual.

— Estas no son mis manos, estos no son mis brazos...

Andrés no entró de inmediato, rodeó el edificio estudiando cada detalle del lugar. Escuchando los cantos y mirando por las ventanas.

—Escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida —la voz de Alicia, la vieja, retumbaba entre las paredes del templo y los tambores sonaron junto con la respuesta.

—Escucha, escucha el canto de la Madre dos veces nacida —contestaron los demás.

— Entren al círculo a escuchar.

—Entramos jubilosos.

Afuera, la sombra de un muchacho delgaducho se colaba por las ventanas. "Rojo, rojo, rojo, estás no son mis manos". El cielo era completamente azul, el sol brillaba y Andrés lo contempló pensando si aquel era el verdadero color. "Rojo, rojo, rojo, ese no es el sol. El sol, el verdadero sigue allá fuera, tras las capas de polvo flotante". Y ahí estaba la joven Alicia, de pie, junto a la versión virtual de Andrés. Su vestido vaporoso y su cabello rubio sorprendieron al chico. Era tan diferente a como se veía allá afuera.

—¿No vienes? Ya van a contar la historia para ti.

—Sí, vamos, vamos.

Tomados de la mano rodearon otra vez el templo. Andrés casi podía sentir el sudor virtual que se escurría por sus manos.

FIN DE LA SESION

El dolor regresó de un golpe, las horas acumuladas lo esperaban en el frío de la "Galería del ciberespacio" y Andrés se tuvo que aferrar a la silla para no caer. "¿Aquello fue real?, ¿eso que sentí tomado de la mano de Alicia es normal?". El mareo regresó y tuvo que esperar otros minutos para recuperarse.

— Rojo, rojo, ese no es el sol, ese no es el cielo, ese no es el mundo.

Cuando recuperó la suficiente fuerza se incorporó y

recorrió el pasillo zigzagueando, chocando contra las paredes y contra los durmientes que se removían en sus lugares asignados. Ese dolor era el precio que debía pagar para ver a Alicia, y en ese momento ya no estaba tan seguro de querer pagarlo.

Los antiguos se dispersaron por toda la tierra. Subieron hasta lo más alto de las montañas, habitaron cada cueva y cada bosque. Recorrieron los desiertos y construyeron sus casas. Llenaron el mundo con sus llantos y sus risas y crearon palabras para nombrar todo lo que la Madre había creado. Entre los antiguos había guerreros, había reinas y brujos; pero también estaban los cantores, los encargados de replicar la voz de la Madre para que nadie nunca olvidara su viejo canto...

Y ahí estaba el más viejo cantor, quien bajaba de la montaña a tocar su tambor por el campo. Y con su voz atraía a los habitantes de la región, para que llevaran todas las ofrendas que serían quemadas en las noches de luna llena. Sabía que Madre, desde la cumbre de los cielos, esperaba la hoguera llena de plumas, de flores, de semillas y de llantos de recién nacidos...

Andrés trabajaba rápido. Escribir una o dos frases era fácil, pero lo que pedía Alicia era demasiado arriesgado. Los de control podrían verlo y quién sabe qué le harían si lo atrapaban...

—Si ella lo pidió debe ser importante... si ella lo pidió puedo hacerlo.

Las palabras azules, las del conejo de bigotes largos, aparecían y formaban las oraciones en la pared llena de otras palabras deslavadas. Alto. Un ruido de pasos al fondo del callejón lo detuvieron. No era nada, sólo su imaginación.

—Eres un estúpido, Andrés, ¿ahora resulta que harás todo lo que a ella se le antoje? ¿Te dejará trabajar alguna vez Alicia? ¿Alguna vez alcanzarás la meta de créditos que tanto quieres?

¡Escucha, escucha! No te vayas todavía, déjame platicarte una última cosa. ¿Has pasado por la esquina 23 del barrio?, ¿no lo has hecho? Pues deberías, deberías echar un vistazo. ¿Qué importancia tiene ese lugar? Bueno, nada de importancia sólo es que alguien escribió algo sobre un viejo cantor. ¡No, espera! ¡Espera! No bromeo. ¿Quién puede bromear

con cosas tan peligrosas? ¿Sí sabes que es peligroso? ¿Sí sabes que podemos perderlo todo sólo por hablar de esto? Deja te cuento, por favor. Deja te cuento qué fue lo que leí. Es sobre un tambor y una hoguera prendida en las noches de luna, o algo así... Sí, deberías ir a mirar un poco. Sólo un poco, pero ten cuidado, ten cuidado con todos y con todo.

La corriente de aire frío se colaba por el túnel que conectaba las habitaciones de Lu y Andrés, el departamento estaba completamente silencioso, los Galileos del resto de los habitantes funcionaban al unísono y un leve "tun- tun" de la corriente los delataba.

—No entiendo, Andrés.

La voz de Lu, casi en susurro, llegaba hasta la cama donde Andrés miraba sus cromos deportivos y las monedas con caras de personas muertas. Era la parte de su colección que más le gustaba, y estaba seguro que en algún momento esos objetos fueron valiosos para alguien más.

—¿Andrés?

—¿Qué cosa? —le respondió con voz distraída y profundamente cansada.

—¿Qué es lo que hacemos como limpiadores?

Fuera, detrás de la puerta cerrada herméticamente, las torres negras de las fábricas seguían funcionando y más cuadrillas de empleados nocturnos llenaban los vagones subterráneos.

—¿No entiendes qué cosa? Es la actividad más simple de todo el escalafón.

—Es eso, ¿por qué limpiamos? ¿Por qué limpiamos esos lugares abandonados?

—Lu, ¿no te explicaron en el módulo educativo?

—Sí, claro. "El trabajo que realizamos es de vital importancia para el funcionamiento de la ciudad, sin nosotros no caminaría nada en los barrios...".

—Ahí está. Es muy fácil.

—No entiendo. No entiendo por qué limpiamos esas casas. ¿Qué sentido tiene hacerlo?

—Son casas, Lu.

—Pero ahí la gente se murió.

—¿No lo has entendido todavía?

—¿Qué?

—Son casas que convertimos en tumbas, Lu. Esas casas son tumbas.

Ya estoy construyendo mis alas. Son tan grandes que cuando las uso en mi habitación tocan el techo hasta doblarse. Todavía las puedo guardar bajo la cama, pero pronto ya no cabrán ahí. ¿Qué dirá Andrés cuando me vea volar fuera del edificio? ¿Se asustará o se enojará conmigo? Será muy divertido ver su cara: "¡Bájate de ahí, Lu, bájate ahora mismo!", me gritará como un loco. Pero yo no le haré caso. Ahora seré yo quien no escuche y, por primera vez, él hablará. Tal vez primero dé una vueltas por aquí y conoceré nuestro barrio como nadie lo ha conocido. Pero cuando sea tiempo, cuando me despida de todos, en especial de Andrés; sólo entonces tomaré rumbo en la primera corriente de viento que me encuentre y me largaré muy lejos de aquí. Volaré con mis alas y todos verán. Todos moverán los brazos despidiéndose y dirán "Adiós, Lu. Adiós y buen viaje".

Dos chicos estaban parados frente a la puerta del estrecho departamento. Lu los había dejado entrar. Tomados de la mano recorrían el pasillo buscando la habitación que migración les había asignado. Se mostraban atentos a todo lo que pasaba a su alrededor. La niña de unos 9 años había sido designada para compartir habitación con Lu. El chico, de unos 11, tenía que buscar espacio en la habitación de Andrés. Los hermanos de miradas azules y caras asustadas no parecían entender mucho de lo que ocurría a su alrededor.

—¿Han mandado más mocosos llenos de toxinas? —gritó la mujer del pasillo desde su habitación— ¡Malditos!, contesten, malditos mocosos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Andrés mientras desempacaba los nuevos objetos para su colección— ¿Hablas español? Aquí sólo hablamos español.

El niño de ojos azules temblaba de vez en cuando y lo miraba atento. Logró sentarse sobre la cama vacía y cubrirse con la cobija que llevaba en los brazos, pero no respondió a ninguna de las preguntas.

—¿Sabes dónde estás?, ¿sabes que eres un refugiado?

—¡Mocosos, llenos de toxinas!

—¿No hablas?, ¿hablas ruso, inglés? Deberás aprender, los comunicados del Banco del Sur todos son en español.

—¡Bichos extranjeros!

—Yo no hablo ningún otro idioma, ¿para qué me serviría? No me interesa aprender. Sólo los refugiados lo hacen. Son lenguas de extranjeros que aquí ya no necesitarás. Del sur hacia abajo sólo se habla español, o al menos eso dicen.

Más miradas azules. El niño parecía desesperado, planeando la forma de escapar del hoyo donde había caído.

—¡Los sacaré, los sacaré con todas sus toxinas!

—Puede que un poco de japonés... sí, puede que algo de japonés. Pero no, sólo español y ya.

—¿Nos mandan más bichos refugiados?

—Aquí sólo se habla español. Ya te dije.

Andrés acomodaba los objetos de su preciada colección en el rincón de su habitación: Una caja de chicles vacía, un encendedor, unas canicas. Cada objeto recolectado en viejas casas llenas de basura que por alguna razón lo hacían experimentar algo cercano a la felicidad.

—¡Los sacaré!, ¡sacaré a esos mocosos llenos toxinas!

—Pues tendrás que aprender español, no podrás sobrevivir en esta ciudad si no lo haces.

—¡Malditos, mocosos!

El chico de ojos azules se levantó de un golpe y corrió al pasillo, ahí lo esperaba la otra niña. Los dos permanecieron callados, de pie. Lu miraba por la puerta y se topó con la cara de Andrés, los niños ahora lloraban diciendo palabras desconocidas.

—¡Mocosos, los ahogaré en la noche con su propia almohada!, ¡lo prometo, lo prometo!

Han mandado más niños a vivir a nuestro departamento. Así ha sido siempre. Unos vienen, otros se van, pero yo sigo aquí encerrada en mi habitación. Tecleando sin descanso, enfriando sistemas que realmente no sé si existen. Han mandado a otros a vivir al departamento. Eso sólo significa una cosa: calculan que dentro de poco habrá más espacio en este lugar. ¿Yo seré la que saquen muerta? Claro, claro que yo seré la muerta. Yo moriré como lo he temido desde que entré a esta ciudad. ¡Cómo soñaba en aquél entonces! ¡Cómo soñaba en escapar a otro lugar, en reunir los

créditos necesarios para escapar todavía de la mano de mamá! Pero mamá soltó mi mano y después los créditos se multiplicaron. Cada vez había que pagar un poco más, algo improvisto, una lista larguísima imposible de pagar. Hace tanto que ni miro mi calendario de créditos. Hace tanto que perdí toda esperanza.

Pobres niños, lloraban en el pasillo desde que entraron y yo sólo podía taparme los oídos. Grité para no escuchar su llanto. Grité cosas horribles para que se esfumaran y desaparecieran de aquí. Ahora resulta que tengo una guardería aquí, que cuidaré de todos los niños de la ciudad. Es como si me enviaran todos los niños que no traje al mundo, es como si me condenaran por eso. Ahora tendré que cuidarlos por las noches, como a la pequeña Lu y su hermanito. A ellos los he cuidado tantos años, en silencio, sin que lo noten. Antes podía salir al pasillo, caminar y vigilar que estuvieran dormidos. Que todavía respiraran, que no se habían ahogado entre las cobijas como dicen que los bebés hacen. Ahora ya no puedo caminar, ahora salgo arrastrándome, lentamente y vigilando que estuvieran bien. Pobres niños, pobres niños.

Parpadeo.

Sentado en medio de una habitación con paredes de acero, Andrés contemplaba sus guantes protectores. Había sido una jornada difícil. Él y su equipo despejaron el lugar de decenas de pilas de láminas de acero que nunca habían sido utilizadas.

Era un típico caso de un preparador para el apocalipsis: el dueño de la casa se había encerrado en su búnker esperando que hordas de zombis llegaran a su puerta. Pero el fin del mundo llegó en forma de radiación que atravesó su corazón y su carne capa por capa.

—El dolor de espalda no me dejará dormir hoy en la noche —dijo su compañero de grupo, un gordo que hacía vibrar las tablas del suelo cada que daba un paso.

—Creo que esa última lámina estuvo demasiado pesada.

Andrés se quitó los guantes que había estado mirando, sintió un ardor en los dedos y quería mirar qué pasaba.

—Mira: yo me lastimé las manos.

Una mancha morada se reflejaba en la palma, los dos miraron fascinados las líneas coloreadas con los matices típicos de carne en descomposición.

—Se te va a caer la mano.

—Es sólo una marca, algo que se quita con agua.

—Se supone que esta zona no tiene radiación, ¿eso dijeron no?

—Sí, solamente más basura.

—Pero la debieron de traer de otro lugar contaminado.

—Hoy todo en el mundo está contaminado.

El primer grupo de limpieza había encontrado el cadáver de un hombre en un rincón del búnker. Dijeron los limpiadores que estaba enrollado dentro de un nicho cilíndrico de hormigón y rodeado de anillos que nadie supo para qué servían.

—Aunque puede que ya tenía este color en las manos, casi nunca me quito los guantes. Ni siquiera cuando me sumerjo.

—¡No digas eso!, muero por entrar y sumergirme.

—Ya sé —Andrés se humedeció los labios al recordar la sensación de vacío.

Se supone que la radiación no tiene sabor, al menos eso decían los altavoces de comunicación, pero Andrés no podía dejar de sentir un gusto metálico en la boca. También eso era imposible, la sensación del sabor se había borrado de sus recuerdos varias generaciones atrás.

—Estoy soñando. Sí, es eso, sueño despierto —se dijo para tranquilizarse—. Pero el sabor permanecía. No lo dejaba concentrarse en la limpieza de aquella habitación.

—Rojo, rojo, rojo —repetía ahora para disolver la sensación de acidez.

—¿Qué dices? —gritó su compañero desde el fondo de un armario. La ropa vieja y mohosa salía volando. Un vestido de novia cubría el suelo.

—¡Nada!

El chico salió del armario obscuro, que en otros tiempos guardaba tesoros: había guantes y zapatos altos con zafiros que seguían brillando aunque ya nadie los mirara, había vestidos y sacos apolillados, la dama que los usó hacía mucho se pudría en algún agujero radioactivo. El chico abrió la puerta y dejó al descubierto un espejo escondido.

—Juraría que te escuché decir algo...

Andrés se miraba con intensidad desde el otro lado del espejo. Como si hubiera sido la primera vez que veía su propio reflejo.

—Es curioso, a veces imagino cosas que no están ahí

realmente.

Sí, era la primera vez que veía aquel chico moreno y delgaducho. “¿Estos son mis ojos? Le preguntaré a Alicia qué piensa, ella me dirá qué es la realidad y qué es el sueño. ¡Andrés!, ¿no te das cuenta de lo que pasa? Te has enamorado como un idiota. Sí, mis ojos y sólo míos. Ellos me miran al otro lado del espejo. Estos son mis ojos”.

—Sí, a veces me pasan esas cosas, cosas estúpidas nada más.

—¡Grupo uno!, ¿me escuchan allá arriba en el quinto piso? —gritaba con un altavoz el coordinador— ¡Fin de turno, ya se pueden largar!

Andrés y su compañero se reunieron con el resto de la flotilla de limpiadores. Chicos delgados y rubios que no hablaban mucho de español; y una niña, sólo un poco mayor que la propia Lu.

—Hora de pasar lista.

Uno a uno el coordinador los nombró, mientras los iluminaba con la luz de su lámpara. Cada muchacho fruncía el ceño cuando los señalaban.

—¡Falta alguien! ¿Alguien vio a Sara?

Nadie recordaba haberla visto en las últimas dos horas.

—Creo que estaba en el quinto piso.

Otra limpiadora desaparecida. Eso era cosa de todos los días. Tal vez estaba en el fondo de un agujero, atrapada en una habitación, emparedada entre dos edificios... Eso lo sabrían hasta que las cuadrillas de obreros tumbaran paredes y descubrieran su cuerpo en el rictus de dolor. Ninguno de sus compañeros se entristeció y a nadie se le ocurrió avisar en su departamento.

—Era su primer día.

Los limpiadores se dispersaron, ya sin pensar en la tal Sara que horas antes ayudaba a levantar bolsas de basura.

—Quién sabe, puede que con suerte mañana nos toque desaparecer a nosotros.

Andrés no se movió, sólo podía pensar en el ardor que ahora sentía en todo el cuerpo y del dolor a un costado. Ya era tiempo de visitar el centro de fluidos más cercano.

Parpadeo.

Ahora estaba frente a una casa de evaluación. Que no era

más que un cubo de plástico con un hombre atendiendo detrás de su traje protector color amarillo. Normalmente había una fila de gente esperando turno, normalmente el único empleado que atendía el lugar no se daba abasto, pero hoy no había ningún cliente. "¡Concéntrate, Andrés!". Aquél era el lugar indicado para revisar el estado de salud, y el único gratis en toda la ciudad. El resto debía correr por cuenta de los ciudadanos.

"Centro de evaluación de fluidos", anunciaban letras chuecas sobre la carpa de plástico, que a cada momento se doblaba con las ráfagas de viento que nunca se convertían en lluvia.

—Rojo, rojo, rojo.

—Recomendaciones prácticas de alimentación que asegurarán su bienestar.

—¿Diga?

—Quisiera saber mis niveles de fluido.

—Nombre, por favor.

—Es recomendable planear las actividades designadas. No olvide realizarlas de la mejor manera.

La evaluación de fluidos fue mucho más rápida de lo que Andrés se había imaginado: sólo un pinchazo en un dedo. Un instante nada más para saber el nivel de veneno que traía cargando en sus venas.

—Espere un momento, por favor.

La casita de plástico se tambaleó un instante mientras el hombre buscaba los resultados. Andrés no pudo más y entrecerró los ojos tratando de concentrarse. Pero la realidad se le escapaba por los dedos, y mientras el hombre detrás de la máscara filtradora decía cosas como *anemia y envenenamiento,* Andrés soñaba con palabras como *sumergirse y flotar.*

9

El conteo virtual de bits continuaba.

En la ciudad de Diez Barrios la rutina se desarrollaba sin interrupciones. Los Galileos iniciaban procesos de ensoñación y los usuarios eran expulsados del no espacio a la hora programada. Los pisos de edificios eran limpiados en tiempo récord para ser ocupados de inmediato por refugiados, los hologramas del Banco del Sur reportaban diariamente los estados de cuenta de miles de usuarios y las actividades designadas eran cumplidas al pie de la letra.

Pero también había novedades en la ciudad. Se reportaban aquí y allá la aparición de anuncios escritos sobre las paredes, en donde alguien hablaba sobre la historia de una Madre. Y en algún rincón de la ciudad los habitantes habían reportado aullidos apagados; y ya se rumoraba que un grupo de animales salvajes se había colado por uno de los muros y recorría la ciudad cazando a los vagabundos que se quedaban dormidos entre la basura. Tal vez, los cuerpos desgarrados que aparecían continuamente eran obra suya.

¿Escuchaste eso? ¿No viste pasar esas sombras? No, no sé qué eran. No eran los de Servicios de la Paz y Bienestar, esos siempre hacen tanto

ruido que es imposible confundirlos. Espera, espera. ¿Escuchas también aullidos? Sí, son aullidos. Pero, ¿hace cuánto que los lobos desaparecieron?, ¿hace cuánto que no ves un sólo perro en toda la ciudad? Está bien, está bien. Tal vez sólo fue mi imaginación, aunque creo que son esos animales de los que todo mundo está hablando. Son esos salvajes que se comen a los vagabundos, ¿o no habías escuchado de ellos?, ¿acaso vives en un agujero y no has sabido nada de esto? Está bien, está bien, ya no te distraigo de tu importante actividad designada. Anda, sigue haciendo tus cosas. Ya no te distraigo, pero cuando te atrapen en la calle te vas a acordar de mí. Espera, silencio. Definitivamente son los aullidos. No son animales, son criaturas aún peores. Ahí vienen, ahí vienen. ¡Escóndete, escóndete! Vienen las sombras. ¡Cállate!

El cielo aparecía y desaparecía intermitentemente entre los anuncios holográficos. Gris-producto de limpieza para la sangre gris-bebida refrescante- gris-anuncio institucional-gris. Andrés se obligó a bajar la vista para no perder la cordura.

—¿Qué pasa Tany?, ¿estás ahí, puedes escucharnos o vernos?

Era hora de vender un poco de sangre. Los créditos se acumulaban y el pago de la actividad designada no alcanzaba para lo más básico.

—¡Aquí estoy, aquí estoy! ¡No te librarás de mí tan fácilmente, querido Dany!

Mientras Andrés se abría paso entre la multitud de compradores y vendedores, seguía mirando de reojo la constelación de productos que era proyectada en el cielo.

—Puede que la cantidad de color púrpura en tu cabello no te permita escucharme bien, querida, querida Tany.

Andrés caminaba mecánicamente, lo más rápido que podía: un paso, una pierna, otro paso, mover la otra pierna. Avanzar. Avanzar. Avanzar. Avanzar.

—¡Concéntrate, Andrés!

—Pero si sabes perfecto que este color es completamente natural. Tan natural como tus ojos turquesa, querido, querido Dany.

Aquel era un mal día. Uno en que no debió salir de casa, uno en el que hubiera sido mejor quedarse en la cama para reponerse de las actividades designadas. Esos días en que sentía que cada una de las partes de su cuerpo no le respondían del todo. Casi como si fuera ajeno a sus propios brazos y piernas, casi

como si hubiera muerto y nadie le había avisado a su cerebro.

—Rojo, rojo, rojo...

—Chicos, chicos. Es hora del reporte de las festividades anuales...

No pensaba, no había tiempo para eso. Sólo le quedaba energía para mover un pie frente a otro, detenerse delante de algún escaparate; y definitivamente mirar el extraño chico reflejado al otro lado del vidrio. Un chico flaco, con ojeras profundas y una tristeza desbordante.

"¿Aquellos son mis ojos?, son los de un desconocido. ¿Esa es mi cara, no la habré perdido en el Galileo y esta es la de repuesto?".

Izquierda, derecha, izquierda, derecha. Quedó frente a un una pared llena de grafitis parecidos a los que Otto y él mismo escribían por toda la ciudad, parecía que aquella era la nueva forma de comunicación que muchos había adoptado. Calle abajo una mujer caminaba con rapidez. Temblaba tras cada anuncio del altavoz, golpeaba a la genta al pasar para que no la tocaran y miraba con miedo los mensajes escritos en las paredes. Se detuvo frente a un muro lleno de anuncios. Parecía buscar uno en particular, pero no se decidía.

—¡Dany y Tany! Dejen de pelear e iniciemos con el show...

—¿Qué miras, niño? — le dijo al chico flacucho que se topó en el camino.

—Yo no veo nada de nada, señora —respondió una voz muy parecida a la de Andrés, y que a él mismo lo sorprendió un poco.

—¡Lárgate de aquí! ¡Deja de mirarme!

—¡Que yo no estoy viendo nada, vieja loca!

La mujer dio un respingo y cambió de dirección. Andrés la miró correr calle abajo y suspiró aliviado.

Te sigo esperando como habíamos quedado. Sigo esperando tu respuesta. Te escribí hace tanto, no recuerdo cuándo. Escribí para ti un largo mensaje que todos podían leer, pues lo pinté en la esquina número 12. Todos pudieron leerme y aun así no me respondiste. ¿Pasaste por aquí alguna vez? Hoy pasé por ese lugar, y pude ver que las letras rojas fueron cubiertas por otras de muchos otros colores. Volveré después, cuando no haya nadie mirando, y te escribiré de nuevo. Estoy segura de que ahora sí verás mi mensaje. Estoy segura de que lo leerás y me buscarás. Estoy

segura de que sigues vivo, y que es cuestión de tiempo para volvernos a ver.

"Alto", una voz salió desde el fondo de su cabeza y una corriente de dolor se deslizó por los nervios de todo su cuerpo. Andrés sentía las piernas entumecidas, y enredadas en un lodazal que sólo él podía ver detrás de sus párpados.

—Haremos el conteo de todos los planes del festejo, después de entonar nuestro bello himno ciudadano.

—¡Concéntrate, concéntrate!

—¡El himno, el himno!

La gente alrededor de Andrés se detuvo, todos mirando en silencio las holopantallas. Esperando.

—¿Todos listos?

—¡Concéntrate, concéntrate!

—¡Listos, listos!

—El día en que empezamos a contar...

Andrés se deslizó entre la multitud que se había detenido en la calle, tratando de escapar.

—El día en que empezamos de cero...

Las pantallas iban de un presentador a otro, luego al coro de muñecos de peluche quienes cantaban con toda la dignidad que sus cuerpos afelpados permitían.

—Antes sólo había obscuridad, antes no existió nada...

La gente repetía las frases que se sabían de memoria, sin moverse, sin parpadear, casi sin respirar.

—Hoy llegó la luz, la luz multicolor del neón...

Parpadeo.

El mismo negocio de siempre para vender sangre. Andrés no estaba seguro del tiempo que perdió en la calle rumbo a ese lugar. Era casi como si el tiempo del Galileo se hubiera extendido a esa realidad. ¿Un día, un año, un mes? Subió las escaleras tambaleando, mirando de reojo los destellos de constelaciones que aparecían en las paredes y que prendían y apagaban a placer. Ahí estaba una mujer al final de la escalera, mirando en silencio la ventana llena de grasa.

—¡Atención, atención, nuevo cliente entrando!

—Rojo, rojo, rojo...

—¡Nuevo cliente entrando! Niño, ¿vendes o compras

sangre?

—Vendo. Vendo sangre.

La empleada le sonrió y Andrés se sorprendió. Nunca había visto a una mujer tan bella, ni siquiera en las viejas portadas de revista que de vez en cuando aparecían en los procesos de limpieza. Nunca había visto a alguien así, alguien que despidiera tanta belleza: tenía ojos grandes y brillantes, su piel era perfecta como de una muñeca. Parecía de una raza extinta, algo muy del pasado que por alguna razón se había colado hasta su tiempo. Tuvo que detenerse un instante, primero porque tenía la necesidad de mirarla y segundo porque el mareo lo atacó. Un paso, dos pasos, tres pasos. Quería tocarla, saber si esa cara era real; pero se detuvo en el mostrador y ahí se quedó mirando.

—Puerta izquierda, ¡cliente entrando a puerta izquierda!

Andrés seguía recargado sin poder moverse, mirando a la mujer una y otra vez. Sin comprender de dónde había salido, y sin cobrar suficiente valor para hacer alguna pregunta.

—Disculpa, ¿puedo preguntarte algo? —en cambio, fue ella la que preguntó.

—Sí, claro —tartamudeó el chico que se tomaba del estómago para no doblarse por completo y rodar por las escaleras.

—¿No lo notaste?

—¿Qué cosa?

—Esto que tengo en mi cara —la mujer se tocó la mejilla sonrojada y Andrés sintió un calorcito que subía por sus piernas.

—No, no lo noté.

—Qué amable eres, no importa ya mañana me cubriré toda. Pasa por favor.

—¡Gracias!

—¡Un cliente está entrando!, ¡un cliente en la puerta izquierda!

¿De verdad no lo notó? No lo creo, no lo creo. Es tan claro que la piel se ha derretido, todo el lado izquierdo del rostro ya es irreconocible. Y yo... yo. Pobre chico, debe estar igual de enfermo que yo, eso fue. Claro, por eso está aquí. Es obvio que está enfermo y necesita dinero para su tratamiento. Pobre, tal vez terminará como yo misma. Sólo respondió y seguía mirando sus zapatos. Mañana tendré que utilizar la máscara completa. No puedo

andar por la calle con media cara derretida. ¡La gente se asustaría y llamaría a Servicios de Paz y Bienestar o algo así! ¿Pero qué haré cuando siga cayendo más piel?, ¿qué haré cuando se extienda por mis brazos y por mis piernas?, ¿qué haré cuando entre a los huesos y a los músculos? Bueno, ahora que lo pienso, cuando llegue ese momento poco me preocupará el resto del mundo.

La diminuta habitación lo mareó por un instante. Andrés aguantó las ganas de gritar y se sentó en el lugar de siempre, lentamente tratando de no romper nada.

—Sangre mala, ¿has vuelto?

Andrés no entendió nada de lo que decía el hombre. Trataba de concentrarse en mantener los ojos abiertos y las rodillas sin que se doblaran por completo. "Este es mi cuerpo, estos son mis brazos...".

—¿Quieres un brillante futuro? —desde la ventana se colaba publicidad de los altavoces.

—¡Sangre mala!, ¡sangre mala, fuera de aquí! —le dijo el hombrecillo que actuaba como refugiado.

—¿Planeas pagar tus créditos y migrar?

—¡Sangre mala!

Seguía sin entender, de verdad trataba pero no podía. El hombrecillo cambió de actitud, se paró derecho y escudriñó al muchacho que estaba frente a él.

—¿Sabes cuáles son tus opciones?

—Chico, escucha —ahora dijo en perfecto español.

—¡No lo pienses más, ven a trabajar como limpiador!

—Chico, tu sangre ya no es buena para vender. Mis clientes se enfermaron. ¿Entiendes?

Andrés empezaba a entender, aunque no estaba tan seguro de las últimas palabras del hombre que hablaba frente a él. Sentía que el dolor había vuelto y que de alguna forma lo hacía despegarse del suelo. Otra vez, intuía la claridad que se escondía detrás del dolor.

—¡Únete al ejército de limpiadores!

—Sí, entiendo.

—Creo que ahora necesitas comprar. Necesitas cambio de fluido. Que te vacíen completamente.

Andrés miraba atento su rostro y las arrugas sobrepuestas.

“¿Será más joven de lo que quiere aparentar?”, se preguntó sin prestar mucha atención a sus palabras.

—Es una lástima, eres demasiado joven —el hombre se quedó completamente quieto, casi como si temiera distraerlo con algún movimiento— ¿Entiendes?

—El futuro que tú deseas está al alcance de tus manos.

—Sí, entiendo.

—También recomendaría un escaneo completo. ¿Sabes si tienes órganos afectados?

—Tengo problemas en el pulmón.

—Entiendo, entiendo...

—No es necesario completar los módulos educativos, ¡contratación inmediata!

La habitación giraba demasiado. El mareo lo hizo aferrarse a la silla, pero el vértigo fue tanto que se soltó y se dejó llevar.

CONTAMINADA ALTO ZONA CONTAMINADA
ALTO ZONA CONTAMINADA ALTO ZONA CONTAMINADA ALTO ZONA CONTAMINADA
ALTO ZONA CONTAMINADA

Abrió los ojos, ya no recordaba quién era o dónde estaba. Y sintió que un infinito paisaje en neón lo envolvía. Ese era su hogar, eso lo sabía.

—Los productos que han revolucionado nuestra sociedad.

No sabía dónde estaba. Las luces hacían parecer todos los edificios idénticos. No importaban las luces, ni el cielo. No importaba el caos acumulado y multicromático que se superponía capa por capa, puente por puente, y que sería un laberinto para los futuros arqueólogos.

—...y que han mejorado la vida de millones en nuestro planeta.

Danzantes lunares Danzantes lunares
Danzantes lunares Danzantes lunares
Danzantes lunares Danzantes lunares
Danzantes lunares Danzantes lunares
Danzantes lunares Danzantes lunares

Perdido en la multitud de habitantes contaminados que atestaban las avenidas, un chico erraba sin dirección y sólo soñaba con estar de nuevo conectado, suspendido en la única paz que se conocía: la obscuridad del no-espacio.

—Estas son mis manos, estos son mis brazos, este es mi cuerpo...

—¿Deseas sumergirte en las suaves aguas del Galileo? —parpadeaba las letras en un escaparate de esa calle.

Mientras muchos habitantes estaban sumergidos en el sueño virtual, él daba tumbos sin saber a dónde se dirigía exactamente. Ni siquiera podía recordar su nombre ni su dirección.

—Éstas son mis manos, estas son mis manos—intentaba decir mientras reprimía el ácido que subía por su garganta.

Quiso gritar, pero el ardor en su estómago ascendía, casi arrastrándose hasta su boca. Finalmente, en una esquina de neón-verde-neón el vómito aplacó su voz.

—Hola —alguien, en un lugar cercano intentaba regresarlo a su realidad.

—¿Andrés, Andrés? ¿Estás bien? —la misma voz decía un nombre que le parecía conocido.

—¿Qué dices? ¿Quién es ese Andrés? —el nombre le pareció familiar, como de alguien que se había muerto hacía mucho, pero no alcanzaba a recordar. Las luces neón seguían explotando, mientras el chico flaco seguía vomitando en esa esquina.

Ellos dicen cosas horribles de Andrés. Ellos dicen que no sirve para este trabajo, dicen que hace demasiadas preguntas. Dicen que los creyentes sólo tenemos nuestra fe y no debemos preguntar. Ellos dicen que tengo que volver a buscar, y que debo elegir mejor. ¿Me habré equivocado al elegirlo? ¿Será que mi reflejo es más bien un espejismo? Los espejos son trampas, los espejos son callejones sin salida. Alicia, mi abuela, dice las peores cosas. Cosas que ni quiero pensar... Si ella conociera a Andrés como yo lo conozco, si ella pudiera tocar sus manos frías, si ella pudiera mirarse en sus ojos secos. Quisiera explicarle, quisiera usar sus propias palabras, quisiera que ella viera lo que yo veo en él, quisiera que note que somos reflejos y que los reflejos deben cuidarse entre sí. Pero me he quedado sin voz de tanto explicar, me he quedado sin palabras para hacerlos entender.

Me quedaré junto a ti, Andrés. No sólo seré tu reflejo, también seré la sombra que te cuida.

Parpadeo.

Ahora estaba en una estación del tren. Lo supo por el ruido de la bocina, el frío que bajaba desde el cielo de metal, la gente mirando con asco, el dolor incesante en la frente.

—¡Atención, ciudadanos!

—Hola.

Otra vez esa voz que salía de la nada. Andrés aceleró el paso, sin saber exactamente hacía dónde se dirigía.

—¡Atención ciudadanos!

—Soy yo, tonto —estaba seguro de haber reconocido esa voz, se parecía mucho a la de Alicia. Aunque no podía estar seguro.

—¿Estás perdido?

—Sólo un poco confundido.

—¡Atención, ciudadanos, atención!

—Vámonos, Andrés. Dame la mano.

—¿Quién eres?, ¿qué quieres?, ¿quién es ese Andrés?

—¡Soy yo, soy Alicia!, ¿ya no sabes quién soy? Y Andrés eres tú, ¿también se te olvidó eso?

La gente no se detenía, ni siquiera para ver al chico que se había sentado en el suelo para cobrar un poco de fuerza y seguir. La gente que pasaba apenas lograba esquivarlo, pero nadie se detenía. Todos tenían actividades designadas urgentes, usando sus trajes protectores completos, con los dosímetros funcionando al tope y en la eterna lucha de no tocar a nadie.

—¿Has escuchado el canto de nuestra Madre, la dos veces nacida? —la voz extraña había vuelto, aunque Andrés miraba a un lado a otro sin encontrar al dueño.

—¿Qué dices?

—Nuestra Madre, tal vez ella te pueda consolar.

—Yo no conozco a esa señora yo no la conozco...

Los trenes seguían pasando, traqueteando, casi tocando a los que esperaban en la estación. Los vagones rozaban los brazos y algunas caras. Nadie se movía de su lugar.

—Bueno, te contaré algo sobre nuestra Madre. Sobre el canto que nadie debe olvidar otra vez. Así podrás escribirlo en

alguna esquina para que todos conozcan su historia.

—¿Ya te diste cuenta de que estoy enfermo?

Sólo en ese punto cayó en cuenta que era Alicia la que trataba de levantarlo del suelo, y que ahora se habían rendido para sentarse junto a él.

—¿Ni así me dejas de contar esas historias?

"Yo soy Andrés, soy Andrés. Rojo, rojo, rojo...".

—Tranquilo, sólo quiero reconfortarte... —Alicia lo miró desde el otro lado del mundo. Tan lejos que no se podían tocar—. Ella te puede reconfortar...

Detrás de Alicia, un tren que sí se detuvo abrió sus puertas llevándose a casi todas las personas que esperaban. El vagón se llenó de gente dispersa, peleando por un rincón para no tocar a nadie. Mientras que dos chicos sentados en el pasillo hablaban en voz baja.

Los observo. La secta se junta para contar esas locas historias. Los observo, los escucho mientras ellos cuentan sin parar. ¿Qué sentido tiene eso? Los observo, los escucho, pero no entiendo. Siempre que cuentan algo hay cosas que me molestan. Yo siempre hago preguntas y ellos responden con otra y otra historia. Entonces dejé de preguntar en las reuniones. Después le he preguntado a Alicia sobre el sentido de una de sus historias, esa donde habla sobre nuestros primeros padres. Me parece ridícula, le dije, y ella puso cara de ofendida. Realmente cree en esas cosas. Entonces seguí preguntando: "¿Cómo puedes saberlo si no había nadie más junto a ellos? Nadie puede contar algo así. Habría sido hace tanto tiempo que todos ellos estarán muertos". Ella no dijo nada, seguía con su cara de sorpresa, casi de enojo.

Yo quería gritarle, quería retorcerle la garganta hasta que me dijera todos los secretos. Pero su sonrisa me contuvo y no dije nada más. Es mejor dejar de preguntar, de todas maneras ella está completamente vacía.

Parpadeo.

La voz de Lu, chillona como la de un ratón, se colaba otra vez por el ducto de ventilación. Andrés no se había conectado, estaba demasiado cansado, demasiado adolorido; y esperaba que la rutina de la charla con Lu lo aliviara un poco. Tampoco recordaba cómo había llegado hasta su habitación, aunque era

normal que su cuerpo se moviera de manera automática y lo llevara a los lugares donde debía estar.

—Toda la mañana vomité —dijo Lu con voz quebrada.

—Es normal Lu, eso lo viste en tu módulo educativo de introducción a la actividad designada.

—Sí, lo explicaron también. También las náuseas. Pero hay algo raro.

—¿Qué de raro?

—El sabor.

—¿Cuál sabor? Tú no puedes sentir ningún sabor, ni sabes qué es eso.

El dolor en el costado volvió. Andrés se acomodó entre las cobijas y trató de olvidarse del frío y del miedo. “Ni siquiera puedo reconfortar a Lu”. El silencio entre frase y frase tuvo su efecto y lo serenó un poco.

—No sé qué es, pero lo siento detrás de los dientes. Dicen en el grupo de limpiadores que ese es el sabor del plomo. Dijeron que ese el sabor de la radiación que se cuela por los trajes herméticos, no tan herméticos, creo yo.

Dejaron de hablar y el sonido incesante del teclado llegó hasta sus habitaciones. Era la mujer del fondo del pasillo que también seguía sin dormir.

—Dile a tu grupo de limpiadores que son unos estúpidos, que no pueden saber nada de sabores.

—Pero sí era sabor a plomo.

—¿Y cómo sabes que es plomo?

—La verdad no sé. Pero puedo preguntarle a ella.

—¿A quién?, ¿a la *Señora* ?

—Sí, la *Señora* debe saber.

Los dos guardaron silencio un instante, tal vez pensando en la reacción de la mujer cuando Lu se presentara en su habitación para preguntar.

—Estás loca, no preguntes nada. Los limpiadores sólo hacemos nuestro trabajo y nos aguantamos todo, hasta las preguntas.

—Pero ella debe saber, es suficientemente vieja.

—Lu, no sólo es vieja; es malvada. ¿No dices siempre que te asusta mucho?

—Sí, es cierto. Mejor no le pregunto nada y sigo con lo mío.

Andrés no le contó a Lu nada de lo que había pasado en los

últimos días. Los huecos en los recuerdos, el dolor en el costado, el asco, las historias de Alicia. La pobre Lu ya sufría mucho con las náuseas que la perseguían. Así que cuando la charla se terminó y cada uno cerró el conducto de ventilación de su lado, sencillamente giró sobre la cama.

Esa noche decidió dormir sin Galileo.

Dejé de ser la niña del desierto cuando entramos a la ciudad. Con el tiempo nos mezclamos con los demás, con el tiempo dejamos de ser refugiadas y traer malas noticias de ciudades desaparecidas por explosiones. Con el tiempo perdimos nuestro nombre, y yo creo que perdimos absolutamente todo. Fue cuando mamá murió, ¿hace cuánto de eso? No lo recuerdo ya. Cuando murió no pude llorar. Tenía tanta rabia con ella. La odié tanto cuando me dejó sola. Sola en esta ciudad, sin que a nadie le importara. Yo me limité a seguir trabajando sobre el teclado, tal como mamá me había enseñado, tal como ella había aprendido allá en nuestro país (cuando existía). Mamá murió hace tanto, mamá murió en medio de gritos de dolor y con la piel quemándole el alma. A nadie le importó cuando murió, tal vez ni siquiera a mí.

¡Dios mío! Dios... Dios... ¿estás ahí?, ¿estás escondido detrás de la oscuridad? Dios, no te escondas. Sé que me puedes escuchar. Lo sé porque mi madre me lo dijo tantas veces. Todas esas noches que dormimos entre los artefactos oxidados del camino. Ella me lo dijo en esos largos días en que caminamos bajo la lluvia que quemaba la piel. Ella me lo contó todo en ese tiempo que pasamos formadas frente a una puerta enorme para poder entrar a la ciudad. Esa ciudad que nos salvaría, esta ciudad que nos mataría. Ella dijo que no te queda de otra más que escucharnos. Ella dijo que podía pedirte algo, o todo lo que se me ocurriera. Dios, quiero pedirte algo.

Quiero pedir un único deseo. Dios, concédeme la muerte.

10

Llovía en la ciudad de Diez Barrios.

Andrés miraba el cielo, pero la fina capa de ceniza que cubría su máscara hacía difícil distinguir los objetos claramente. Las calles estaban resbalosas, la lluvia y la ceniza no era una buena combinación. Algunos transeúntes caían de bruces y se revolcaban en charcos de lodo sin que nadie se detuviera a ayudarlos.

—¿Qué desea?, ¿qué sueño tiene? —decía la publicidad palpitante.

Las luces que soñaba Andrés habían regresado, ahora en forma de brazos casi infinitos de galaxias que giraban y cubrían todo el firmamento para mezclarse con la publicidad proyectada.

—La más extravagante de todas las fantasías, Galileo lo ha diseñado para usted.

De nuevo, las alucinaciones lo querían atrapar.

—Con los detalles más perfectos. Usted podría estar sumergido en estos momentos.

Nadie se detenía. La corriente de gente continuaba a su alrededor sin reparar en el cielo gris y cenizo que el chico aquél contemplaba con la boca abierta.

—¿Qué espera para experimentar esa cálida sensación?

“¿Cómo es que no lo ven?, ¿cómo es que lo ignoran?”, se preguntaba al notar que era el único mirando al cielo.

—Corra a casa en este momento y experimente la sensación diseñada para usted.

Las galaxias giraron sobre sí y se convirtieron en formas familiares. "Estoy soñando otra vez. Eso no existe. Esos no son conejos, esos no son conejos". Quiso correr a casa, deseaba sumergirse y olvidarse de las galaxias para siempre. Pero estaba seguro de que había salido por una razón, aunque no recordaba exactamente cuál. "¿Hoy voy a ver a Alicia o a Otto? ¡Concéntrate, Andrés! ¿Acaso no tienes actividad designada?". Sin saber exactamente a dónde se dirigía, avanzó entre el lodazal de la calle. Estaba seguro de que tenía una tarea que realizar, pero no podía recordar cuál era.

Ellos llegaron hasta mi puerta. ¿Quiénes? Ellos, los de siempre. Esos ejecutivos de Servicios Financieros, cargando sus listados llenos de nombres de todos los ciudadanos fuera de su control. Preguntaron por mi Galileo y por todos los créditos que me han mandado. "¡No eres útil para la sociedad! ¡Los refugiados trabajarán todo lo que tú no quieres!", dijeron. Pero yo les grité, les escupí en la cara las verdades que nadie se atreve a decir. Les dije que esas cosas no me interesaban. Que el Galileo era una porquería que no usaba, y que desde hace mucho no veía sus mensajes holográficos. Creo, aunque no estoy seguro, que pusieron cara de asco ¿o sintieron lástima por mí? Pero luego supe que me odiaron, me odiaron tanto como yo los odio a ellos; por eso sacaron más y más papeles de su maletín, y me los lanzaron a la cara. "¡Llamaremos a todos, ellos vendrán por ti, ellos te enseñarán!". Me fui de ahí, los dejé en el pasillo con sus gritos y sus amenazas de llamar a los policías encapuchados. He dejado todo y ahora sólo me acompaña la señora que guardo en mi mente: la Rabia que ha vuelto a mí. ¡Bienvenida, Rabia! Seamos amigos y nunca más nos separaremos.

Llovía y como siempre el agua sucia del cielo manchaba la ropa y las paredes. Las plazas y patios abandonados se encharcaban y sólo una cuadrilla de trabajadores designados salía a resolver los problemas. Andrés se deslizó por la oxidada trampilla de acceso. Tal vez Otto y los demás estaban ahí y tal vez era la tarea que tenía pendiente para ese día, aunque no estaba seguro.

"Era Otto, tenía que ver a Otto. Lo veré y luego me largaré a sumergirme".

Al caer al fondo de la habitación ya discutían sobre el plan de acción, y nadie lo saludó.

—¡Debemos quemar ese lugar!

—Smith, ¿estás completamente seguro que es ahí donde se reúnen los perros?

—Sí, los seguí. Es una vieja bodega.

—¡Ya verán esos perros!

—Será una bodega abandonada —dijo Lina desde su rincón.

—¡Los seguí!, ¡los seguí hasta ahí de verdad, señor Otto!

Otto detuvo la conversación para mirar un instante a Andrés. Estaba intrigado, a punto de hacer alguna pregunta que no alcanzaba a definir en su mente. Sólo así, Andrés supo que aquél no era el lugar que estaba buscando.

—¿Qué pasa, asqueroso? ¿Ya no quieres explotar la ciudad?

—Él nunca explota nada. Ya sabes.

—Eso es cosa nuestra. El asqueroso nos trae siempre buenos lugares para explotar.

—¿Traes nuevos lugares? —gritó López con todas su fuerzas.

—No, no traigo nada. Pero las explosiones son cosa suya nada más...

—¿También Frank fue asunto nuestro nada más?

Todos lo miraron, acusándolo desde el fondo de sus máscaras filtradoras. Mientras que la lluvia golpeaba los vidrios de las ventanas cenicientas, el agua se escurría por las columnas de metal que apenas sostenía el techo carcomido.

—Dinos, asqueroso, ¿irás con nosotros por los perros?

—No me necesitan.

—Eso es cierto, amigo.

—¡Cállate, Smith!

—¡Perdón, perdón!

—Es que he visto cosas raras. Muy raras.

—Claro, viste a tus amigos los locos.

Las risas cubrieron el sonido de la lluvia, fuera, los anuncios de los altavoces eran ahogados por el estruendo del cielo más gris de lo acostumbrado.

—¡No son locos!

—Es una secta amigo, y esa chica…

—¿Cómo se llama? —de nuevo la voz chillona de Lina intervino desde la oscuridad donde se escondía.

—Ah, la tal Alicia, la tal Alicia.

—Pero está tan flaca, ¿qué le ves, en serio? —ahora fue Otto quien hablaba.

—¡Cállate!

—¿Estás enamorado?

El eco de sus risas se dispersó en la enorme habitación, recorrió las columnas de metal que sostenían los techos, se coló en la sala de máquinas apagadas hacía mucho tiempo y cayó en picada en los sótanos donde se despertaron seres dormidos. Andrés se sintió mareado otra vez y dio unos pasos atrás, tratando de encontrar un lugar para sostenerse, pero tropezó con una colección de cables y aparatos destruidos.

—¿Qué son estas cosas?, ¿ya son chatarreros?

—Es nuestra colección de Galileos. Los hemos estado robando de algunos edificios.

—Cuando se quieran conectar, se llevarán una sorpresita.

—Entiendo, entiendo —el asco subió por la garganta de Andrés—Ahora vengo.

—¿Ya te vas, asqueroso?

—Voy a vomitar, no me tardo.

Mientras Andrés buscaba un lugar y un momento para recostarse y descansar, la discusión continuaba.

—Tienes razón, Lina —dijo López sin preocuparse en bajar la voz.

—¿En qué?

—Ese es un inútil. Nunca le ha interesado esto.

—Son esos de la secta. Ya lo envolvieron con sus cosas.

—No, ese ya estaba mal desde siempre. No necesita ninguna secta para reventar.

—Pero ¿qué tal que sólo sea por un tiempo, qué tal que se le pase?

—Otto, esas cosas no se pasan. Sabes de qué hablo.

—Sí, ya sé. Ya lo sé.

Le he pedido a Alicia que ya no cuente más historias, le he pedido que dejemos de ir con los creyentes y con su abuela, la otra Alicia. “Eso me

volverá loco", intenté explicarle. Pero ella se asustó mucho y no dijo nada durante un buen rato. Se limitó a mirarme con esa sonrisita de "no entiendes nada de nada". Tiene razón, no entiendo nada. Yo me asusté más con tanto silencio; ella siempre está hablando y es la primera vez que la veo así. Con los ojos brillantes y nada de palabras en su boca. Entonces le dije que me contara otra historia, una para memorizar y escribir en alguna esquina en donde todos pudieran leerla. Ya entendí que Alicia no me verá más si no hay historias por contar. Pero, ¿qué pasará si las historias se terminan?, ¿nos dejaremos de ver y cada uno con su actividad designada? Entonces ella empezó a contar algo que no entendí, y que con todas mis fuerzas traté de ignorar. Quise gritarle cosas como: "Tómame de la mano, Alicia, deja esas historias y ven conmigo". Pero no tuve valor, me quedé mirando sus labios y soñando con liberarnos de esas historias.

Andrés y Alicia caminaban de la mano, ella con un cabello púrpura deslavado y él arrastrando una pierna. Esta vez en pleno barrio central, uno de los más limpios de la ciudad repleto de departamentos habitables y cubierto de puentes que se conectan entre sí a modo de telaraña.

—¿Ya estás bien?

—Sí, un poco.

—Pensé que no vendrías. Me habías dicho que tenías algo importante... O algo así. Pero qué bueno que sí pudiste venir, me siento feliz.

Andrés sintió la mano de Alicia del otro lado del guante; aun así percibía su cálida piel.

—¿Hoy tienes actividad designada, Andrés?

—Sí, creo que sí. Algo a las 22 horas.

—¿Tan tarde?

—Los turnos de limpieza son infinitos...

Por un instante, Andrés pensó que la actividad designada era lo que lo había sacado del departamento desde temprano. Pero luego cayó en cuenta que eso nunca lo había olvidado, que se había escrito en el brazo el horario y que era otra cosa, otra tarea la que estaba buscando.

—Entiendo, mira es por aquí.

—¿Esto no es peligroso?

—¡Claro que no!

La reunión había sido programada en uno de los puntos

más elevados de la ciudad. Desde ahí los edificios, las casas, los altavoces se mezclaban para formar un mar estático.

—¿Yo te dije eso?

—¿Qué cosa?

—Eso, que tenía otra cosa...

—Sí, ¿ya no te acuerdas cuando hablamos? Dijiste que era algo muy importante.

Andrés se aferró con más fuerza a la mano de Alicia, se había dado cuenta que aquel lugar no era el que estaba buscando, y que tendría que asistir a otra reunión con los creyentes por error.

—No entiendo. ¿No es mejor reunirse junto a la Puerta Norte? Ahí nadie se acerca.

—Este es el lugar, es necesario. ¿O te dan miedo las alturas?

Llegaron a la plataforma que ya no funcionaba como puente; ahora era una colección de trozos de paredes carcomidas. Llegaban tarde, todos estaban ahí, incluso la abuela de Alicia, la otra Alicia que se parecía increíblemente a su nieta: con los brazos delgados y los ojos castaños, pero la mujer no llevaba el cabello púrpura. Todavía no se había puesto el velo lleno de carbón y eso tranquilizó a Andrés, la imagen de la cara cubierta lo aterraba por alguna razón. El silencio invadía esta vez la reunión. Los creyentes susurraban entre las sombras, y de vez en cuando se pasaban de mano en mano una delicada tacita muy parecida a la de la colección que Andrés tenía en su casa.

"Rojo, rojo, rojo", se repetía Andrés para mantenerse tranquilo. Pero de pronto los tambores sonaron y en un rincón pudo ver que Alicia, la vieja, se ponía el velo desgastado que siempre usaba en esas reuniones.

—Escucha el canto de la Madre. La dos veces nacida.

—Escucha, escucha el canto de la Madre dos veces nacida. — respondieron a coro los demás, sentados en círculo alrededor de una fogata ardiendo dentro de un bote de basura.

— Entren al círculo a escuchar.

— Entramos jubilosos.

Algunos en la oscuridad, tocaban tambores hechos de trozos de basura: latas, cables, botes de plástico. Un chico flacucho, los miraba desde una esquina. La tacita de porcelana seguía pasando de mano en mano, los susurros continuaban, pero sólo Alicia, la vieja, podía hablar en voz alta.

— Esto fue hace tanto tiempo que ya nadie puede saber de los años y siglos transcurridos.

— Escucha, escucha el canto de la Madre dos veces nacida.

— Aun así, se cuenta que los antiguos guerreros de las tribus empezaron a pelear por el canto de la Madre. Desde sus trincheras de palos y piedras, reclamaban el canto como propio y no querían dejar su voz en el olvido. Guerra tras guerra se sucedió, y en tal número que el conteo de muertos fue interminable y no hubo quién pudiera recordarlo. Se cuenta también que los mares se llenaron con los cuerpos de los guerreros y quien pudiera sostener la mirada, podía contemplar las olas que se formaban con sus cuerpos, junto con sus espadas y sus flechas. Pero eventualmente, los guerreros de manos ensangrentadas fueron desapareciendo uno a uno hasta que no quedó nadie que empuñara una espada en toda la tierra. Se sabe poco del esa época, pero es sabido que la paz y la felicidad reinaron por largo tiempo.

La tacita llegó a manos de Andrés cuando se pronunciaban las últimas frases. Él la miró cuidadosamente. Era blanca con flores azules pintadas en las orillas, hubiera querido robarla para su colección pero eso parecía imposible.

—Vamos, pruébala —dijo Alicia, la joven, en un susurro.

Andrés probó el contenido. Había sabor dentro. Un sabor que explotó en la comisura de los labios y se deslizó por sus dientes y garganta.

—Rojo, rojo, rojo, rojo… a esto sabes.

—Miremos todos.

—Es necesario mirar.

—Miremos todos. Allá arriba están las estrellas.

Andrés se asustó un poco cuando levantó la vista. Pensó que se encontraría con las galaxias alucinantes que lo perseguían y, por un momento, se sintió contento de que los demás también las hubieran visto. Pero la vieja Alicia sólo señalaba el techo del puente, las líneas de cemento y los trozos de pintura vieja ocupaban el lugar de las galaxias. Andrés no supo qué contestar o qué hacer, sólo se dejó llevar por el sonido de los tambores que retumbaban en su pecho.

—¡Debes mirar! —susurró la Alicia joven.

Así que Andrés se acercó al lugar señalado por la mujer. Un pequeño agujero en la gruesa capa de cemento del puente. El rojo

seguía explotando en su boca mientras el ruido gris sonaba con intensidad desde el cielo.

Ese tal Andrés no sirve para nada, Alicia, te lo hemos dicho una y otra vez. Ese muchachillo sólo nos traerá problemas. Ni siquiera sabe de qué trata esto y sólo viene a las reuniones porque está enamorado de ti. Sí, no puede ocultarlo ni tú tampoco. Está enamorado y te sigue como un perro bajo la lluvia. Entendemos lo que dices: él está perdido, necesita ayuda. Pero aquí no va a encontrar lo que necesita. Sí, sí hemos visto su cara. Sí, sabemos que se parece mucho a ti, pero eso no tiene nada que ver con esto. Escucha Alicia. Ten cuidado, pequeña Alicia, tú tienes un deber con nosotros. Tú serás como tu abuela y como debió ser tu madre, no puedes enredarte con esos muchachitos intoxicados que llenan la ciudad. Es hora de buscar a alguien más, es hora de que traigas a otro de esos muchachillos para que escriban en las esquinas. No te preocupes, sabemos que los encontrarás, sabemos que como siempre cumplirás con tu actividad.

De pie, en medio de un laberinto de muros y temblando entre los torbellinos de ceniza, Andrés no sabía dónde estaba exactamente. Había perdido la cuenta de las calles hacía horas, y dejó de reconocer los letreros y los colores de las puertas muchos pasos atrás. Por un momento se sintió en alguna vieja ciudad, mucho antes de explosiones nucleares y mucho antes de que dejaran de existir el día y la noche. Pero al mirar a las personas que caminaban cerca, con sus máscaras filtradoras y sus pasos esquivos, supo que estaba en el mismo lugar de siempre.

—¡Bienvenidos a su show favorito!

Una parálisis, un miedo que no lo dejaba seguir lo hizo dudar.

—¿Cómo sabes eso Dany, cómo sabes que es el show favorito?

Los dos rostros de plástico hablaban en multitud de holopantallas. Risas falsas acompañaban sus diálogos. Sólo ahora, después de vagar por toda la ciudad, podía recordar el comunicado que había recibido un día antes.

—Tany, eso es fácil. Sencillamente es el momento que me pueden ver.

El cubo verde del Banco del Sur había brillado en su habitación sin aviso previo, pero en lugar de dar la lista usual de deudas presentó una invitación para el usuario. “Se solicita su

presencia a las 21 horas...", decía el comunicado y señalaba una dirección desconocida en un piso subterráneo.

—¿Te das cuenta de lo estúpida que suenas?

—¡Concéntrate, Andrés!

Poco a poco el cubo verde desapareció, ajeno a las preguntas de Andrés, estaba lejos de lograr el número mínimo de créditos pagados, y nunca había escuchado de alguien citado en un sitio ajeno a las oficinas del Banco del Sur.

—Me parece que en esto, jejeje, y en otras cosas tú eres el equivocado. Querido, Dany, querido, querido.

Falsas risas salían de las holopantallas, la multitud de muñecos de colores se movieron al mismo compás mientras una nueva sensación, una de frescura, llenó los pulmones y la mente del chico que caminaba a su cita.

—¡Dany y Tany! Alarma-alarma-alarma-alarma. ¿Cuáles son los eventos para el festejo anual?

—Esta era la actividad que tenía este día, y nada con Otto ni con Alicia. ¡Concéntrate!

El lugar debía estar cerca. Entró a un callejón desconocido, repleto de aparatos viejos, máquinas de escribir sin teclas, antiguas consolas de computadora, revistas arrugadas, casetes, estéreos.

—¡El festejo del día en que se empieza a contar! ¡El día que iniciamos de cero!

—Aquí debe ser.

Oculta detrás de contenedores de basura llenos de gatos muertos estaba la puertecilla que buscaba. Tuvo que tocar tres veces para que la puerta se abriera con un chirrido automático. No había nadie para recibirlo. Ante él se abría un pasillo corto y el inicio de una escalera. Bajó en espiral, vuelta tras vuelta tras vuelta. Los pisos lucían vacíos y oscuros, pero en el séptimo nivel hacia abajo las luces parpadeaban anunciando la vida intensa en las entrañas del edificio abandonado.

El club nocturno estaba repleto. Meseras vestidas de damiselas llevando vasitos para los clientes: la especialidad del lugar era ofrecer cuasi-sensaciones. Decían que algunas se parecían al olor de otros tiempos, al amor, al odio, la ira. "No lo busque en el no-espacio, aquí lo tenemos en esta carne sin tener que dar el salto. Éste es el verdadero Galileo. Éste se toma y la vida entra por tus dientes", podría decir la publicidad del lugar.

Andrés se mezcló entre la gente que se agitaba rítmicamente, bailaban, cantaban y lloraban entre abrazos. De alguna forma llegó hasta la barra, y ya tenía una de las botellitas entre las manos. Era igual a la que tomaban en las sesiones de las dos Alicias, estaba seguro.

“Ahora entiendo qué había en la tacita de porcela, ellos toman Galileo”.

Algunos decían en las calles que lo que llevaban esas botellitas mágicas eran estimulantes del sistema nervioso central, tan peligrosos que tenían que trabajar de forma clandestina. Se rumoreaba también que los cuerpos, que de vez en vez aparecían en casas abandonadas, eran parte de su clientela.

—¡Señoras y señores! Con ustedes: Los payasos nihilistas.

Un grupo de delgados payasos salieron a escena y, sin aviso previo, empezaron a tocar sin control en medio de un caos absoluto. La canción, que a veces se perdía entre los gritos de la multitud, sonó en todo el lugar.

—Dicen que esta noche me sumergiré. Dicen que esta noche nos sumergiremos. ¿Sabes a dónde iremos?, ¿lo sabes, mi amor?

Andrés no se sentía cómodo. El dolor del costado le llegó de repente. Ni siquiera el sabor que sorbía de las botellas y que se escurría en su garganta, le proporcionaba algún alivio.

—Caeremos juntos tomados de la mano: allá nos esperan rostros conocidos.

Trataba de ubicarse entre la multitud. Hacía el esfuerzo de ver los rostros que lo rodeaban o de imaginar estar entre seres humanos.

—La gente esta noche baja al pozo...

Líneas de luz violetas y rosas y amarillas con naranjas subían y bajaban en frenesí entre la multitud y detrás del escenario. Los payasos del grupo reían y cantaban, la gente lloraba y bailaba. El ton-ton de la canción impactaba en el pecho de Andrés, quien no dejaba de mover el pie con nerviosismo.

— ¡Qué bien tocan!, ¿no te parece?

Tratando de no parecer tan obvio, Andrés miró a la mujer que se había sentado a su lado. Lucía como todos los demás: cara pintada y el cabello color púrpura, muy parecido a como lo llevaba Alicia. “Alicia, ¿dónde estás ahora?”, pensó Andrés.

—Déjame presentarme. Soy Di, ¿tú eres Andrés del piso 17,

en el edificio 17?

—Sí, el número de la suerte.

La multitud empujaba a los que estaban sentados en la barra, una mesera resbaló y ya no se levantó del suelo, Andrés se la imaginó pisoteada por los bailantes.

—Soy la representante local de Banco del Sur. Estamos por cambiarlo. Es el viejo nombre de nuestra compañía, lo conservamos por motivos de tradición, es algo que caracteriza a la compañía: la tradición. ¿Entiendes?

El chico no le respondió; la seguía mirando sin creer del todo lo que escuchaba.

—¡Toquen "Mercenarios muertos"!, ¡toquen "Mercenarios muertos"! —gritó Di, interrumpiendo la conversación y haciendo bocina con las manos.

Andrés esperaba algo distinto: un grupo de altos ejecutivos de corbatas grises y sacos largos. ¿Una mujer de cabello púrpura cantando?, ¿aquello sería un error?

—Ahora cantaremos para ustedes nuestro nuevo éxito: Subculturas tecno-delictivas.

Di parecía decepcionada. Se echó para atrás y giró para gritarle su orden al barman. Tomó de un golpe la botellita que le dieron al instante; mientras el lugar se llenó con un intenso clamor que duró varios segundos, luego guardaron silencio esperando los primeros acordes de la guitarra. Como una ola, los brazos se movieron todos al mismo tiempo

Parpadeo.

Una selva de viejos grabadores de los que se usaban en otros tiempos para transmitir imágenes en pantallas, se hallaban amontonados en el sótano del edifico. Eran las 22 horas y era tiempo de atender la actividad.

—¡Cállate! Me estás volviendo loco con tus tonterías.

—Únicamente quería hacerte algunas preguntas, yo soy nuevo en la ciudad y pensé…

Era la voz de su compañero de turno, ahora un chico de cabello rubio y dientes grandes.

—Esta es mi primera campaña —le había dicho al presentarse—. ¿No quieres que hable?, ¿no quieres que hablemos mientras trabajamos?

—No puedo concentrarme, ¿podemos trabajar en silencio?

El chico rubio aguantó la respiración, y sólo soltó una amplia sonrisa. “Típico de los refugiados”, pensó Andrés, “Todos son tan amistosos al principio, pero luego se dan cuenta del lugar al que se metieron”.

—Espero reunir los créditos para ir a una mejor ciudad. Dicen que en poco tiempo se logra.

Andrés seguía poniéndose el complicado traje que debían usar para esa actividad.

—¿Es cierto eso?

Ya no lo escuchó más, se puso la máscara filtradora especial, de la que no salían ni entraban sonidos. El chico rubio no lo notó, siguió hablando de su vida antes de esa ciudad y de lo que pasaba del otro lado del muro norte. Luego, cuando él mismo se puso la máscara, se dio cuenta que hacía rato que hablaba sólo; finalmente, cuando los dos estuvieron listos, empezaron su peregrinar por el sótano lleno de aparatos viejos. Al fin un instante de silencio, un momento para recordar los últimos acontecimientos.

“Hemos revisado tus créditos”, le había dicho la ejecutiva del banco en el bar, “Lamentablemente el interés acaba de incrementarse y ahora debes más de 200,000. Cosas de números, tú entiendes”.

“¿Esa conversación fue hace una hora, un mes o el día de ayer?”, se preguntaba Andrés mientras levantaba basura que arrastraba hasta los contenedores a la puerta de la casa.

“Quizá te estarás preguntando por qué te lo estoy notificando personalmente, y en estas extrañas condiciones. Bueno, lo que sucede es que algunos ejecutivos de la empresa quieren hacer un trato contigo”.

Los pasillos se hacían cada vez más estrechos, la luz ya no entraba por la ventana bloqueada por una pared u otro montón de basura. Siguió caminando, tanteando con la punta de los guantes y adivinando el siguiente paso en la oscuridad. Al final del camino se topó con una puerta cubierta, protegida por plástico grueso que no dejaba ver lo que había en la siguiente habitación. Tomó un cuchillo de su bolso de herramientas y se abrió paso a través de las láminas de plástico.

“Es lamentable. Según nuestros registros, has trabajado mucho para llegar a tus números. Sabemos que eres parte del

ejército de limpiadores de la ciudad. Escuadrón de basura, ¿no es verdad?”.

Volvió atrás la mirada cuando la puerta de plástico se cerró, en un intento de regresar a su forma original. Aunque ahora lucía una abertura de arriba abajo.

“¿Qué tipo de trato te estamos ofreciendo? Bueno, también sabemos que desde hace tiempo andas con cierto grupo que recorre la ciudad. Ellos nos han causado muchos problemas. ¡Créeme, sus ideas radicales son brutales! Hasta me dan un poco de asco”. La chica se detuvo al escucharse decir esas palabras. Andrés miró sus manos delgadas y se dio cuenta de que nunca había trabajado realmente. “Las acciones de ese grupo perjudican a nuestra ciudad. Sólo dejan destrucción a su paso, y varias corporaciones calculan perder una buena cantidad de dinero por su culpa”.

Detrás de la puerta hermética, Andrés se topó con anticuados tanques de una clínica clandestina. Aquello era un típico grupo de soñadores encapsulados y apilados unos sobre otros.

“Es sencillo, los queremos. Y si te interesa, los entregarás a cambio de varios miles de créditos que te ayudarán con tu deuda”.

Los cofres de acero rodeaban una camarilla subterránea y oculta bajo una escalera vertical. Hacía décadas que nadie entraba ahí y una línea capa de polvo lo cubría todo.

“Incluso, puedes obtener un pase automático de salida”.

Subió por la escalera con dificultad y poco a poco llegó hasta el siguiente piso donde se encontró más contenedores ocupados por soñadores. Aquellos millonarios del pasado que prefirieron dormir congelados que vivir en un mundo quebrado.

“Piénsalo, querido. Si tienes alguna idea sólo dila y nosotros lo arreglamos. Por lo pronto, todo lo que pidas hoy va por cuenta de la casa. ¡Disfruta!”.

11

El departamento estaba repleto de latas de comida vacías, cajas de plástico y toda clase de cosas que los fugaces ocupantes del lugar habían abandonado. Ahora, el lugar parecía listo para que una cuadrilla de limpiadores pasara por ahí y lo dejara habitable otra vez. Pero a nadie se le ocurría llamarlos; los limpiadores sólo trabajaban en lugares abandonados y ese departamento estaba lleno de durmientes conectados al Galileo.

—Estás loco, Andrés. ¿Galaxias? —La voz de Lu se escondía del otro lado de la oscuridad.

—Te digo que arden galaxias. Te lo juro. Y nadie las puede ver, sólo yo puedo.

Andrés, seguía sentado en el suelo del pasillo, sus manos tocaban la fría superficie, mientras que Lu se había sentado en el otro extremo, envuelta por la oscuridad.

—Maldito frío, odio el frío, odio el frío.

—Ya sé, Lu. Ya me habías dicho que odias el frío.

—Cuéntame más de esas galaxias, ¿hay alguna por aquí en este momento?

—Te estás burlando y así no se puede hablar.

—¡Andrés! No te enojes. ¡Cuéntame, por favor!

—Eso nada más, arden galaxias. Te lo juro. Y nadie las puede ver.

Andrés hablaba de sus alucinaciones sobre estrellas y conejos. Pero, en realidad, quería contar otra cosa, quería hablar de Di y su propuesta, y de la frase que ya corría por su mente todos los días y todos los minutos que pasaba fuera del Galileo: “¿Y qué tal si acepto?”.

—Sabes que eso no se puede ver. La ceniza no lo deja. No podemos ver ni el sol. Menos una galaxia con forma de conejo.

—Ya sé, ya sé que tú eres la más lista, Lu. Tú siempre tienes la razón.

—¿Crees que existirán lugares donde no sea tan frío?

—Pero a mí sí me ha dejado, ver las estrellas digo.

—¿Ah?, ¿el frío, Andrés?

—No creo, no he escuchado a ningún refugiado hablar sobre lugares sin frío. Todos dicen que la radiación enfrió todo el planeta.

—¿Ni siquiera en el desierto? ¿No dice la *Señora* que ella viene del desierto?

—Sí, ella dice eso. Pero era un desierto frío, en donde la gente se congelaba si no seguía caminando... O algo así.

Los dos se callaron un rato. Siempre que conversaban en el pasillo hacían este pequeño ejercicio de silencio; tal vez era reconfortante sentirse tan cerca sin necesidad de hablar, o tal vez saber que había alguien del otro lado del pasillo, esperando para seguir la conversación secreta.

—Ya entiendo qué pasa.

—¿Qué, qué pasa, Lu?

—Es ese grupito. Esa secta horrible con la que te juntas.

—No, no es eso... No tiene nada que ver con ellos. Pero, espérate, espérate. ¿Cómo sabes de eso? ¡No le he contado a nadie!

—¿A nadie? Es de lo único que hablas, Andrés. Ya estoy cansada del mismo cuento de la tal Alicia.

Andrés se asustó, pues no recordaba haber platicado sobre eso con Lu. ¿Qué otras cosas había olvidado?

—Mira, lo he visto, te lo juro. Y no tiene nada que ver con “mi grupito”. Y, además, estoy seguro de que nunca te había contado de ella, de Alicia.

—Primer error: Esas estrellas han de ser cosa que ella te ha contado y te da por “alucinar de puro amor”.

—¡Cállate! Yo no estoy enamorado.

—¿Tú crees?

—Además, las historias no son peligrosas, o al menos eso dice ella.

—¿De verdad crees eso?

—¿Y segundo error?

—Te la pasas hablando de ella, ¿no te acuerdas? “Alicia y su cabello, Alicia que se parece a mí, Alicia y sus besos”. Bla, bla, bla...

El frío se coló por debajo de la puerta y los envolvió como un saludo.

—Se supone que el aire no puede pasar. Se supone que está cerrada herméticamente. ¿No lo dicen siempre en los módulos educativos?

—No es frío común —dijo Lu, aguantando la tos.

Andrés sintió un intenso dolor en el costado que lo hizo reprimir el último bocado de aire que se había colado en sus pulmones.

—Dice ella, la *Señora*, que es otra cosa.

—Lu, ya te he dicho que no le hagas caso a esa mujer. Ella cree en cosas que ya nadie sigue.

—Sí, ya sé. Es una creyente. Pero no le digas a nadie o vendrán por ella.

—Deberíamos delatarla. Todo el tiempo están anunciando eso: “Si conoce un creyente, denúncielo, es su obligación como ciudadano”.

—Andrés, Andrés. ¿Escuchas eso?

—¿Está rezando?

—Cree que no la escuchamos. Eso hace todas las noches.

El aire frío se fue, y el dolor se detuvo.

—¿Qué dice que es entonces?

—La Señora dice que no es un frío común, dice que es la muerte que pasa haciendo su recorrido.

—Ah, ya. Qué raro suena eso.

—Oye, Andrés, ¿de verdad delatarías a la *Señora*?

La oscuridad seguía envolviéndolos, el dulce sueño del Galileo los esperaba en su habitación. Andrés se incorporó con mucho cuidado y dejó sentada a Lu en el frío del pasillo.

—¿Andrés, Andrés?, ¿de verdad lo harías?

Hace mucho que no me sentía tan feliz. Hoy platiqué con Andrés mucho tiempo, así como antes de que se olvidara de mí. Nos contamos todas nuestras cosas y nos reímos por tonterías. Por unos momentos fue como si viviéramos separados del mundo, en una burbuja en la que nadie puede entrar. No me animé a contarle sobre mis alas. Seguro no entenderá nada de mi plan, seguro se va a burlar de mis alas chuecas y de todos los colores. Mejor le cuento cuando las haya terminado. Mejor le avisaré poquito antes de salir a mi primer vuelo. ¡Sí, mejor que sea un secreto! Así será una gran sorpresa y seguramente me pedirá hacer unas alas para él. Esta vez, todos querrán ser como la pequeña Lu. Esta vez yo seré quien ayude a Andrés y no al revés. Esta vez yo seré quien tome de la mano a Andrés, el hermano que no es hermano, y lo saque de la ciudad para encontrar nuestra propia burbuja.

Conectado. Todavía no daba el salto para sumergirse, y ya imaginaba el placer de entrar al Galileo. “Adiós manos, adiós ojos, adiós brazos...”. Andrés esperaba recostado en un rincón de su cuarto. Prolongando el momento del placer. Esperando un poco más.

Ahora ya no estaba solo. Compartía el diminuto lugar con un chico de once años quien, en ese momento, lo miraba desde el otro extremo de la habitación y con ojos de miedo.

—Maldito barrio repleto —dijo Andrés intentando controlar el castañeo de los dientes. El frío recorría todas las habitaciones y ninguno de los aparatos que tenían a la mano podía detenerlo. Unos instantes después dio clic y se dejó llevar por los nuevos puntos cardinales, la sensación de existir, respirar y hasta de oler.

—Bienvenido—dijo la cálida voz diseñada para él—. Inicio de protección de consciencia y ensoñaciones... Bienvenido a su hogar, el verdadero...

El no espacio abrió paso a su visitante. El programa diseñado a miles de kilómetros de ahí ejecutó las sensaciones más increíbles. Los colores se colaron por sus entrañas y una onda de color infinita de magentas, verdes y lilas se mezcló con otra onda de sonidos suaves. Fue feliz por un instante. Era mejor que la realidad que se habían construido generación tras generación. Era un laberinto multicolor de sensaciones. Los colores existían, se podían tocar y probar.

Dentro estaba la vida. Afuera sólo esperaba la muerte.

Caigo.

Primero muy lentamente, como si fuera un pozo de agua negra, pero cuando cierro los ojos la velocidad me traga. Adiós manos, adiós color rojo, adiós conejos ocultos, adiós Alicia, adiós Andrés. Pero aquí dentro, en la oscuridad, encuentro otras manos y otro color rojo. Y cuando he flotado demasiado tiempo aquí dentro, pienso que es lo único real. Y que tal vez, en algún lugar, no sé dónde ni cómo, hay cuerpos. Pero sé que en algún lugar está mi cuerpo dormido sobre la cama de sábanas grises. Ese es mi verdadero cuerpo, aunque no se mueva y parezca muerto. En cambio, este de aquí, este cuerpo que miro, este cuerpo que cae sobre la no oscuridad no es el mío. La carne, mi propia carne, está muy lejos, durmiendo, temblando, respirando. Allá está mi carne oculta en el cálido abrazo del Galileo. Este no es mi cuerpo. Todo lo que está aquí dentro es falso. Eso que flota abajo no es negro. Esta no es la realidad. Este no soy yo.

Parpadeo.

Otto encendió la llama. Y la mecha conectada con la bomba casera, inició su camino hasta la bodega a una cuadra de distancia. Los ojos de Otto brillaron con el calor del fuego. Mientras que los demás lo miraban en un acto de respeto, casi de reverencia.

Todos. El Gran Smith, López, Lina, Otto y Andrés fueron cegados por la explosión un instante. Luego vino el silencio prolongado que en realidad era la sordera producida por el ruido. Entre el humo y el polvo que los rodeaba, Andrés trataba de entender lo que le decía su amigo, pero era imposible descifrar sus labios. Los otros seguían en el suelo cubriéndose, mientras que del cielo caían trozos de madera como en una nevada.

—Eso… mira… ahí… — señalaba algo con el dedo mientras se incorporaba y caminaba hacia la explosión.

La velocidad cambió, los pasos eran lentos y los sonidos se podían tocar. Era como si el tiempo detuviera un poco su marcha habitual para mirar la explosión, o al menos eso sentía Andrés.

—Mira, mira… Mira mi obra.

El tiempo volvió a su ritmo normal, y Otto corría como loco, señalando lo que quedaba de la fachada, de los pasillos, de las habitaciones.

—¡Vengan todos! —el Gran Smith fue el que gritó.

Andrés se detuvo a mirar, había sangre desparramada por

toda la calle, brillosa, espesa.

—Era una rata.

—Entonces eran muchas ratas. ¡Mira cuánta sangre!

La columna roja se extendía por muchos metros. Lentos, el grupo de muchachos se acercó imaginando el dolor que causaron y en lo decepcionante que sería encontrar simples ratas destripadas por la explosión.

—No atrapamos a ningún perro.

—Era un refugiado escondido. Era sólo un viejo, mira.

Andrés no quiso mirar, pero se imaginó los trozos del hombre que se había colado a la ciudad quién sabe cuánto tiempo atrás. Brazos, piernas, piel de un refugiado que tal vez comía ratas para sobrevivir.

—Eso les debe pasar a todos los refugiados. Nos deberían pagar por cada uno que explotemos.

—¡Qué buena idea, Otto! Deberíamos proponerlo al Banco como nueva profesión. "Tiene tres actividades designadas: explotar tres refugiados asquerosos".

—Explotadores de refugiados, se llamará.

—¡Seríamos millonarios!

Los chicos chillaban de felicidad, imaginando los departamentos limpios que comprarían al otro lado del Puente Sur. Imaginando su sangre completamente libre de veneno, imaginando las noches cálidas que pasarían lejos de Diez Barrios.

—Tendríamos que cruzar el puente todos los días para explotar refugiados…

—¡PUM, PUM, PUM! Otro más a la lista.

Ahí estaba un brazo, lo que antes eran dedos, trocitos de cerebro.

—Pero no es un perro, eso es lo que queríamos atrapar, ¿no?

—Tómalo como una práctica Lina, así estaremos preparados.

Los gritos siguieron un rato y los altavoces calle abajo iniciaron con la larga hora de instrucciones. Era tiempo de escapar pero nadie iniciaba el movimiento.

—¡Esto merece una festejo, el festejo más grande!

—¡López tiene razón!, ¿qué dices, asqueroso?

—No puedo, creo que tengo actividad.

—¿Crees?

—¡Atención, atención...!

Era hora de escapar, era hora de perderse entre el caos que ya había iniciado por todo ese barrio. El grupo de chicos no lo pensó mucho, y cada uno corrió abriéndose camino entre los escombros.

—¡Nos encontraremos dentro de quince horas!

—En callejón de los danzantes....

Andrés corrió por su lado, convencido de que en un instante ya no recordaría nada.

Parpadeo.

Era tiempo de cumplir con una nueva actividad designada y Andrés estaba de pie, frente al edificio que esperaba una cuadrilla de limpiadores. Aquello era un viejo cascarón de ventanales rotos que había sido construido para albergar a grandes ejecutivos, amos y señores de un mundo desaparecido y que ahora se pudrirían en algún agujero.

—¡No tenemos todo el día, a limpiar!— gritó el gordo coordinador de siempre y que Andrés conocía de otros turnos. Ahora, de pie en el vestíbulo del cascarón, gritaba las órdenes.

Andrés trataba de concentrarse, de recordar y se preguntaba por el tiempo que perdió en sólo un parpadeo "¿Cómo llegué aquí?". Estaba de pie junto al edificio sin moverse, mientras que el lote de basura recibía más camiones jalando contenedores con el logo del Banco del Sur.

— ¡Última recomendación!

— Rojo, rojo, rojo...

— Hay rumores de que un grupo de refugiados invade edificios. Tengan cuidado con esos, dicen que traen palos y cuchillos.

— ¡Sí, señor!

Todos empezaron a moverse. Estaban rodeados de sillones desvencijados repletos de cucarachas y otros bichos reptantes. La cuadrilla entera caminaba, tratando de seguir el ritmo necesario para realizar su trabajo, tratando de sobrevivir un día más y de abonar a su eterna deuda de créditos.

— ¿Y eso qué es?

Andrés miraba fascinado los contenedores: dos hombres con trajes completos cerrados herméticamente, hacían la entrega.

— ¡Qué va a ser! Más basura que nos mandan —era el rubio de dientes grandes de nuevo, la palidez de su cara lo asustó un poco. Seguro ya no estaba tan entusiasmado con pagar fácilmente los créditos. Seguramente ya empezaba a comprender de qué trataba todo aquello.

— ¡Concéntrate, Andrés! Ignora los conejos y concéntrate.

— ¡Despierta, amigo! ¿Estás soñando? ¡Despierta! No quiero ser el último en terminar.

¡No tenemos todo el día! Perezosos. ¿No pueden limpiar más rápido? Creo que lloverá en cualquier momento y estos caminan tan lentamente. Pero he mirado por la ventana y no hay lluvia, sólo polvo y cenizas. ¡Dios, desearía que lloviera un poco! ¡Dios, quisiera que la lluvia llegara y se llevara todo! ¡Cállate idiota! Ni se te ocurra decir esas estupideces en voz alta. ¿Dios?, ¿tienes idea de lo que te harían en la compañía de limpiadores si te escucharan hablar así? ¡Olvídate desde ya de un aumento de sueldo! ¡Olvídate de un ascenso o de cambiar de asignación! Creo que ahora sí lloverá. Sólo debo esperar pacientemente.

Andrés caminaba por un pasillo oscuro de una casa recién montada en la ciudad. Unos pasos delante de él, otro limpiador avanzaba con lentitud. Andrés intentaba concentrarse en la tarea. Trataba de entender su papel en esa fila, pero lo único que podía hacer era contar los pasos que daba el limpiador que estaba frente a él. Alguien gritó en una de las habitaciones lejanas del edificio, pero sus palabras no llegaban claras hasta él.

—Un paso, dos pasos, tres pasos.

El chico frente a él giró, y sin dejar de caminar tomó con furia el brazo de Andrés.

—¡Cállate!, ¿qué no ves que nos persiguen y tu contando?

Andrés no entendió lo que el chico rubio le decía. Cerró los puños, tratando de zafarse de los brazos del compañero. “¡Concéntrate, concéntrate!”. Pero el chico no lo soltó, y cuando los gritos llegaron hasta ellos entraron forcejeando a una de las habitaciones.

—¡Cállate!, ¡cállate por, favor! —ahora suplicaba en un susurro, y Andrés dejó de defenderse para dejarse llevar al escondite que el chico rubio había seleccionado.

Los dos se quedaron ahí, agazapados entre los montones de ropa sucia que había por toda la habitación, tratando de guardar silencio y de no moverse. Lejos, los pasos y gritos continuaban.

—¡Nosotros sólo somos limpiadores! —alguien gritaba desde el pasillo, y el otro limpiador se aferró al brazo de Andrés enredado entre la ropa.

—¡Ahora esta es nuestra casa, es nuestra casa!

Los gritos siguieron por un rato, y Andrés se concentró en contar el número de estrellas que ya desde hace rato brillaban en las paredes de esa habitación. "Rojo, rojo, rojo...".

—¡Yo soy el coordinador, yo les puedo ayudar...!

—¡Déjenos en paz, sólo queremos un lugar para vivir!

"Rojo, rojo, rojo..." y el chico rubio se aferraba con más fuerza al brazo de Andrés, hasta por un momento soltó un par de frases que se parecían mucho a los rezos que la *Señora* del pasillo decía por las noches.

—¡Yo los puedo ayudar, yo soy importante!

Esa fue la última frase coherente, después sólo pudieron escuchar sonidos sordos de los cuchillos cortando carne y los gritos del coordinador y de todos los otros limpiadores que quedaron atrapados en el pasillo. Muchas horas después, llegarían los de Servicios de Paz y Bienestar, quienes ya no encontrarían ningún refugiado en el edificio, sólo a dos chicos vivos y dormidos entre un montón de ropa.

Parpadeo.

Justo al fondo del callejón donde el grupo de muchachos se habían encontrado, un club se anunciaba con grandes letras:

Danzantes lunares Danzantes lunares
Danzantes lunares Danzantes lunares

Rosa-oscuridad-azul-oscuridad-rosa. El neón en todo su esplendor iluminaba y dejaba en la oscuridad la calle. Mientras que Andrés no comprendía del todo cómo había llegado exactamente a ese lugar, y no podía dejar de sentir que debía estar en otro punto de la ciudad.

—No había visto una de éstas, señor Otto —como siempre el Gran Smith hablaba con un respeto enfermizo.

—Cuando las vi pensé que era basura de museo, pero el vendedor juró por su madre que sirven para hacer volar algunos refugiados.

—¿Dónde la conseguiste, Otto?

—No podrán saber lo que se puede encontrar con nuestro vendedor de explosivos, acaba de adquirir una reserva completa de estas bellezas. Él mismo fue a comprarlas al norte. Es para explotar el cerebro.

Era extraño ver a Otto tan entusiasmado. Pero nadie lo decía, sólo reían a carcajadas como en una fiesta llena de regalos.

—¿Dónde la usaremos?

—Tranquilos, tranquilos. Tuvimos un gran éxito, debemos esperar un tiempo.

Todos permanecieron en silencio, observando con avaricia las curvas de la superficie de la granada que Otto llevaba en sus manos. "¡Concéntrate, concéntrate, Andrés!", el dolor a un costado volvió con toda intensidad, y Andrés se recargó en el montón de basura en el callejón.

—Es una antigüedad.

—Te vieron la cara— intervino Lina con su voz chillona.

—No es más que un juguete.

Al fondo del callejón, el ruido de los cerrojos de la puerta del club los distrajo. Un par de mujeres abrazadas, trastabillando, caminaban dando tropezones a cada instante. "¿Qué haces aquí, Andrés?, ¿qué haces en este lugar?", se repetía mientras el grupo había iniciado el movimiento hacia el fondo del callejón.

—¡Escóndela!, ¡escóndela!

—*Cortante como una hoja de afeitar* —canturreaban las mujeres en la oscuridad— *y lastimaba sus ojos con el brillo de piedra.*

—¡Concéntrate, concéntrate!

—¿Qué dices, asqueroso?

—¡Buen lugar! —gritaron las mujeres cuando se toparon con el grupo de Otto— ¡Es fabuloso!

Todos rieron, estaban nerviosos y sólo buscaban un pretexto para hacer bromas.

—Digo que me tengo que ir. Digo que no debería estar aquí.

—Como siempre, el cobarde nos abandona.

—¡Cállate, López! El tendrá sus cosas.

—Entremos. ¡Qué todos vean esta belleza!

Mientras Andrés se daba media vuelta y corría a una cita desconocida, el viejo refugio subterráneo abrió sus puertas para el resto del grupo. Los salones que no hacía mucho estaban llenos de refugiados sin hogar, hoy estaban repletos de fragmentos angulares de sonido y luces.

Parpadeo.

“Lo sentimos, por el momento no hay servicio”, anunciaba una cadena de palabras que rodeaba la caja del Centro de evaluación de fluidos. Andrés tocaba el mostrador de la casita de plástico con la punta de los dedos; esperando que algún milagro llevara al encargado ante él. Algo en el suelo lo hizo olvidarse de la espera: manchas negruzcas. Se agachó a investigar, la línea bajaba por su pantalón, por su abrigo, tocó su cara y algo pegajoso se escurría por la boca. “¿Es sangre?”.

Cansado, se escurrió junto a la casita de evaluación, puso su peso completo sobre la endeble construcción y ésta se inclinó a un lado. La voz del altoparlante seguía sonando. Miró el cielo completamente gris; ya no flotaban galaxias imaginarias de conejos eléctricos y eso lo reconfortó.

—Alicia, ¿dónde estás?, ¿puedes venir a buscarme?

Rodó sobre el suelo, retorciéndose entre los restos de ceniza y sangre: “Rojo-rojo-rojo-rojo”.

Parpadeo.

—¡Vamos, Andrés!, falta muy poco. Vamos.

El suelo estaba mojado y tropezaban en cada esquina.

—¿Llovió?

—¡Claro!, ¿no ves que estamos empapados?

—¿Quién eres?

—¿Cómo?

El frío, profundo y puro penetró en su piel; era tan fuerte como caminar desnudo por la calle.

—¿Quién eres?

—Andrés, estás alucinando. Tú me llamaste para que te llevara a casa.

Chocaron con algo, una pared o una puerta.

—¡Bienvenido a sistemas de salud! ¿En qué podemos ayudarlo?

Mientras caminaban, un pequeño grupo de personas se había reunido en la esquina. Leían con la boca abierta el nuevo letrero de palabras azules que alguien había escrito ese día. Andrés lo miró, y recordó en fugaces imágenes de él mismo escribiendo, pero no estaba del todo seguro.

Aquél es un tiempo que ya se fue y pasó en un lugar que ya no existe más. Aun así se cuenta que los antiguos levantaron grandes naciones entre los bosques y en medio del desierto. Y dividieron la Tierra en siete reinos distintos. Siete castillos, siete monarcas, siete cantores que guardaban la voz de la Madre en siete recipientes. Y cada reino custodiaba su tesoro, y cada reino construyó templos inaccesibles y levantó muros infranqueables para luego rodearlos de guerreros. Se decretó pena de muerte para cualquiera que se acercara a la voz, y todos los súbditos temían aproximarse a los templos, y todos los súbditos llenaron sus corazones de temor cuando alguien nombraba a la voz.

Parpadeo.

En cama, sin conexión a Galileo, Andrés despertó con el deseo de tomar agua.

—¡Alguien!, ¿me da agua?

Era su habitación, reconocía los rayones grises que cubrían el techo.

—¡Necesito agua, por favor!

Silencio. Parecía que todos habían salido a sus actividades.

—¡Oyeeeeeeeeeee! —ahora gritó.

—¿Qué quieres, mocoso? ¿No te bastó con molestar a todos a medianoche? ¡Muérete ya y déjanos en paz! —gritó la mujer del otro lado del pasillo.

¡Dios mío!, ¡dios mío! ¿Puedo pedirte por ese chico? Es el chico que vive en mi casa, el pobre está enfermo desde hace tanto tiempo… ¡Dios mío!, ¿puedo pedir por alguien más? ¿Dios?, ¿estás ahí? Mi madre decía que siempre estabas allá arriba para escuchar a los humanos. Ya lo sé, ya lo sé. Tú nunca me escuchaste. Tengo mucho miedo de morir. ¿Dios?, ¿me escuchas? Mi madre decía que si pedía algo con mucha fe, se concedería.

Ella murió en medio de dolores espantosos, sus brazos y piernas estaban cubiertos de llagas. Quería enterrarla, pero no me dejaron. Dijeron que ya no había carne que enterrar, que ya no quedaba nada de ella, que todo se había convertido en agua. Dijeron que ya no quedaba nada de ella, de esa mujer que había sido mi madre. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿estás ahí?

12

Los aullidos llenaron la ciudad. Algunos transeúntes quedaron atrapados en las calles y la ola de dientes y gruñidos cayeron sobre ellos. No hubo testigos y los vecinos que miraron por las ventanas, prefirieron sumergirse en el Galileo que ayudar. Después de eso, la ciudad quedó tranquila un rato. Todos sabían que los perros, ahora así los llamaban todos, habían comido carne y se esconderían otra vez. Pero al día siguiente, la gente murmuraría que tal vez andaban en busca de alguien en particular. ¿Andarían tras una presa calle por calle?, ¿pararían cuando dieran con ella?, se preguntaban entre sí al encontrarse en las calles o de camino a sus respetivas actividades designadas.

En las calles seguían explotando los neones y los altavoces nunca se detenían; el azul en todo su esplendor iluminaba intermitentemente las esquinas.

Este es mi pecho. Estas son mis manos. Este es mi corazón. Este es Andrés y ningún otro lo es. No estoy soñando, no estoy sumergido en el Galileo. No es momento para soñar, es un momento de realidad. Este soy yo, esta es mi realidad. Esa voz que a lo lejos suena en mi cabeza no es mi voz, alguien la ha metido ahí, alguien contando historias se ha metido ahí. Pero quisiera regresar al Galileo, quisiera escuchar la dulce voz de

"Bienvenido...". Sólo cuando escucho esa voz logro sentirme un poco feliz. Me hace sentir seguro y no sé por qué. Me recuerda algo, algo lejano en donde estuve sumergido alguna vez. Me recuerda una voz que he perdido y no logro encontrar en mis recuerdos. Ahí, en ese lugar sólo había vacío a mi alrededor y yo flotaba. Me sentía feliz, y eso me asusta porque deseo sentirme así otra vez. Claro, claro, debe ser el Galileo, ¿qué otro lugar de felicidad podría estar recordando?

Los movimientos en el barrio continuaban, y desde una diminuta ventanilla de su habitación, Andrés y Lu contemplaban la calle llena del frenesí de personas que iban y venían.

—¿Acaso nunca terminarán las mudanzas?

—Pues yo no sé, ¿cuántos departamentos podrán estar de verdad deshabitados?

Del otro lado de la calle miraban a una mujer con su máscara filtradora y un bebé en brazos, quien esperaba paciente en la fila de un edificio. Desde hace rato tenía los ojos cerrados y no se movía. Andrés apostó unos créditos a que desde hacía mucho estaba muerta.

—¿Dónde meterán a tantos en ese edificio?

Los dos seguían mirando, mientras que la mujer permanecía inmóvil.

—Soñé.

—¿Qué dices, Lu?

—Soñé la otra noche. La verdad es que he soñado cosas, pero sin estar sumergida.

—¿Qué dices? ¿Qué sueñas?

—Cosas que no existen. Colores que no existen.

—Son cosas que el Galileo diseña para ti. Creerá que necesitas algo así.

—¿Quién dejó la puerta abierta, asquerosos? —gritó la mujer del fondo del pasillo sin recibir ninguna respuesta.

—No, no. No es nada del Galileo. A veces sueño mientras camino, mientras espero el tren.

—Estabas sumergida.

—¡Te digo que no! ¿No me crees? No le puedo contar a nadie y por eso te cuento a ti.

—Ya, ya, te creo Lu.

—Son como tus galaxias y conejos, esas que ves por culpa

de tus amigos.

—Eso es otra cosa. Esas son cosas distintas.

—Es lo mismo, Andrés.

—Lo que pasa es que te quieres burlar de mí.

—¡No es cierto! Mira, veo cosas extrañas, pero cuando las veo no me parecen raras. Y cuando me doy cuenta estoy en mi habitación.

—¡Cierren la puerta!, ¡cierren la puerta que la muerte se coló!

Desde el resto de las habitaciones, los inquilinos del departamento escucharon los gritos, pero se quedaron quietos, sin entender. En realidad poco les importaba entender, lo único que en sus mentes había era seguir enredados en las cobijas grises y dar el salto lo más pronto posible.

—¿Ya ves? Estabas sumergida.

—No, no es así, más bien no recuerdo el camino de regreso. ¿Qué es eso?, ¿qué me pasa?

—Son cosas de los limpiadores. Pero se te pasará.

—¿Crees eso?

—Claro, claro que lo creo.

—No lo sé. Tengo miedo que me pase algo.

—No pasa nada.

—¿No lo huelen, asquerosos?, ¡huele a muerte!

Regresaron a mirar por la ventana. Ahí estaba la mujer recargada contra la pared. Alguien al pasar la empujó un poco, y se desplomó como una estatua de sal. El bebé nunca lloró. Lu cerró la ventanita, y pagó la apuesta perdida con Andrés.

—Malditos todos, malditos asquerosos. Pídanle a Dios por sus almas, yo no pediré por ustedes.

Siguió después, pero ahora en algo parecido a un susurro. En el resto de la ciudad, muy pocos se dieron cuenta de aquel olor.

Ya casi están mis alas para escapar de la ciudad. Pero ya no encuentro más plumas blancas, se agotaron definitivamente. Las he buscado por todas partes, pero las pocas aves que quedaban por la ciudad se han ido. Ellas sí pudieron huir. ¿Por qué no lo harían antes?, ¿por qué se quedaron a vivir con nosotros todo este tiempo? No lo sé, pero lo que sí sé es que se cansaron de nosotros, nos abandonaron para no volver nunca y han

iniciado el vuelo sin esperarme. Pero el plan de las alas debe continuar. Ahora uso toda clase de papelitos y de plumas abandonadas en viejos nidos en la azotea del edificio. Mis alas se verán un poco raras, se verán de todos los colores: plumas grises y negras mezcladas con las cafés. No me importa que las alas lleven varios colores. ¿Quién lo notará cuando despegue? Todos estarán tan asustados y tendrán tanta envidia que nadie notará ese pequeño detalle. Pronto, falta tan poco para escapar.

Andrés llegó hasta la puerta del subterráneo. "Otro buen lugar para morir aplastado con un montón de desconocidos", pensaba al bajar por las escalaras ennegrecidas y obstruidas por bolsas de basura.

—En esta zona, las descontaminaciones son constantes. Esté atento a las indicaciones.

Una o dos personas a lo lejos de la plataforma fue lo único que se encontró; todos mirando el reloj, esperando su tren con desesperación, todos con asco de tocar al único transeúnte que andaba por ahí. Una mujer que no dejaba de mirarlo le preguntó al pasar:

—¿Saben que andas suelto, asqueroso?

Andrés ni la miró, siguió caminando, tratando de ocultar el dolor que ya subía por sus piernas y brazos y explotaba en su cara. No sabía si sentía vergüenza o tal vez odio, sólo sabía que quería alejarse de aquella mujer. Aunque entendía perfectamente lo que decía, él también tenía asco de tocar alguna persona por error y no entendía cómo es que hubo tiempos en que la gente se abrazaba: eso era de ancianos, eso era cosa de los muertos. "¡Vieja estúpida!, ya no puedes contaminarte más. ¿Qué no ves que te estás muriendo?", pensó Andrés y contuvo las ganas de gritarle eso en la cara. Uno paso, dos pasos, aceleró el ritmo y se alejó.

No debí hacer eso. No debí hablarle así a ese pobre niño. Yo que soy toda una dama, una señora de su propio castillo. O por lo menos eso era hace tantísimos años, o eso fui en otra vida que ya nadie recuerda. Pero, ¿ahora quién se supone que soy? Una pobre vieja con miles de tareas designadas. Una pobre vieja que recibe cada día una actividad distinta, porque esta pobre vieja no sirve para nada. ¡Eso es lo que soy! Una vieja inútil y sola. ¿Qué sigue?, ¿qué sigue en mi lista? Claro, claro, reparación

de los rieles del metro. ¿Cómo pudieron designarme algo así?, ¿no se han dado cuenta que no sé hacer gran cosa? Yo soy sólo una dama, una señora de su castillo. Sólo sirvo para eso, para ser dama y nada más. ¿Y en quién me he convertido? Sólo un peón en un grupo que entra por los túneles oscuros, sólo una vieja dama que levanta palas y tiene miedo. Sólo eso soy.

Andrés caminaba al azar entre callejuelas que conducían a casas tapiadas y abandonas. Estaba perdido, escuchando gritos de los sótanos clausurados. Topándose con hombres inexpresivos, con ancianas lloriqueando bajo sus rebozos y con niños solitarios y flacuchos. Pero no se detenía; no sabía exactamente dónde estaba pero *sólo* quería seguir caminando.

—Últimos reportes de toxicidad…

Izquierda-derecha-izquierda. La propuesta de Di no salía de su cabeza; al principio no la tomó muy en serio, pero mientras más pasaba el tiempo aquello era más tentador. "Sólo tengo que guiarlos a ellos y mi trabajo estará completo", se decía mientras miraba el cielo.

—¡Concéntrate, Andrés! Lo más importante es la actividad designada y nada más…

De nuevo al azar. Oscuridad y calles vacías se combinaban con zonas atestadas. Derecha-izquierda-derecha-izquierda.

—¿Te estás volviendo loco, asqueroso? —gritó Otto desde el hueco de un edificio a medio derruir.

Andrés sacudió la cabeza, sería imposible que lo hubiera encontrado en una ciudad tan grande. Seguramente era otra alucinación. "Querido Andrés, esperamos tu respuesta…", ahora era de nuevo la voz de la ejecutiva de cabello púrpura; "Esta es una oportunidad entre millones, no la dejes pasar. Hazlo por ti, no por mí".

—Pero yo no podría, sería horrible. Sería horrible intentarlo, ¿verdad que sería horrible intentarlo?

—Este fue un comunicado patrocinado por el Banco del Sur, su mejor opción para la compra de alimentación.

—¿Te estás volviendo loco, asqueroso? —de nuevo la voz de Otto, ahora clara y precisa.

—¿Qué haces ahí? Me asustaste.

—¿Te estás volviendo loco o qué?

Andrés pudo ver la sombra de Otto dibujada en la ventana

del edificio. Avanzó y vio su rostro claramente, parecía tan feliz su amigo, y le asustó un poco esa sonrisa tan franca. ¿Esa mueca sería parte de su imaginación también?

—¡Asqueroso, asqueroso! ¿Qué haces aquí?

Andrés no quiso contestar, se acomodó el abrigo para cubrirse del frío. Quiso seguir caminando pero la respiración de Otto y sus risas intermitentes lo sacaban de su concentración.

—¿Has salido a caminar para acomodar tus pensamientos, asqueroso?

—¿Sigues con lo de asqueroso? Los locos son ustedes, ¿no ven lo que pasa?

—¡PUM! El asqueroso se libera. ¡Felicidades! ¿Y qué pasa, puedes decirme?, *¿sólo* porque encontraste un grupo de maniáticos como tú?

—¡Esos locos por lo menos lo intentan!

—¿Y nosotros no?

—Sólo es destrucción, Otto...

Nubes ondulantes bajaban desde el cielo, atravesaban las puertas abiertas e inundaban las habitaciones. Otto miraba la niebla y reía entre dientes.

—No destruimos los edificios por diversión.

—No entiendo entonces qué hemos estado haciendo.

—Esto ya está jo dido desde hace mucho, sólo ayudamos a acelerar las cosas.

Andrés vio la hora en las holopantallas. Tenía que dejar de vagar y dirigirse al centro de limpiadores. Estaba casi seguro de que faltaba poco para su turno designado. Giró para despedirse de Otto, pero no había nadie de quién despedirse, ni la sombra ni la voz con la que había conversado. También la sonrisa se había esfumado.

No hay luz dentro de esta habitación. Desde hace mucho la oscuridad se apoderó de toda la casa. Pero yo recuerdo que había más gente, aquí conmigo, viviendo en la misma casa. Una casa llena de desconocidos odiándose en silencio. Una casa de desconocidos temiéndose en silencio. Seguro la oscuridad los espantó, siempre fueron tan cobardes. Aunque la verdad es que yo mismo la he dejado entrar, a la oscuridad. Creo que alguien quiere entrar, sí, estoy seguro de que alguien toca a la puerta sin detenerse, pero nadie sale a abrir. ¡Por favor, que alguien abra esa

puerta! Yo no sé por qué, pero no puedo levantarme. Yo sólo estoy esperando desde la oscuridad. Planeo desde la oscuridad. "¡Otto, Otto!", alguien grita a mi puerta. Nadie abre, nadie contesta.

Parpadeo.

Se apretaba la cabeza con las manos, pero no podía recordar cómo llegó hasta ese lugar. No recordaba nada particular de ese día. Pero Andrés estaba seguro de que empezó como el resto de sus días. Despertador, botas protectoras, salir del departamento, actividad designada.

Sí, estaba seguro de haber seguido la rutina. Aunque no lo recordaba, estaba seguro de que ese día ya había cumplido con su turno y que para entonces los créditos asignados a su nombre, habían bajado por lo menos un poco más.

— ¡Concéntrate, concéntrate! —se decía en voz alta, mientras escribía sobre la pared de manera automática.

Esta vez se había escrito la historia en la palma de la mano, ya no tenía fuerzas para memorizar las incoherencias que seguía dictando Alicia, la vieja, mientras hablaba con voz profunda rodeada de tambores.

...Pero los años y los siglos pasaron, y el canto fue olvidado. Los reyes y los súbditos abandonaron los templos, y los guerreros escaparon para morir en las montañas. Este fue el tiempo oscuro. Este fue el tiempo en que los antiguos olvidaron los cantos de la Madre, cuando los cantores desaparecieron y las fogatas dejaran de prenderse en honor a ella.

Nuevas eras iniciaron y terminaron, una tras otra hasta que los siglos acumulados fueron tantos que el conteo del tiempo volvió a iniciar. Los reinos y naciones se habían fundado y destruido por doquier, las ciudades se habían construido y luego abandonado. Y nuevos dioses habían llenado los templos y altares. Ahora adoraban dioses salamandra o con cola de pescado. Los pueblos, las lenguas y los años fueron tantos, que la voz de la Madre se había perdido de la memoria de sus hijos. Ella, desde la cumbre de los cielos y rechinando los dientes, todo lo contemplaba.

Ya no recordaba la última vez que había visto a Alicia, la joven, aunque tal vez habría sido ese mismo día y lo había

olvidado. Ahora sabía que no podía confiar en su propia memoria, y sospechaba que pronto debería iniciar un diario para llevar un orden de los acontecimientos. Como sea, también estaba seguro de que le había prometido escribir en esa esquina. Ella había dicho que era pura "estrategia" para que muchos leyeran la historia al pasar, aunque en todo el tiempo que estuvo escribiendo ni un *sólo* ciudadano había pasado.

—¡Concéntrate, concéntrate!

El ruido de una puerta al abrirse y cerrarse, lo alertó. Alguien se acercaba desde el último edificio de esa calle. Terminó la última frase descuidadamente, luego lanzó el aerosol azul a un rincón y salió corriendo lo más rápido que pudo. Sabía que había muchas cosas por hacer, aunque no estaba del todo seguro qué cosas eran.

¿Lo has visto también? Sí, lo vi el día hoy, justo cuando salía rumbo a mi actividad. Estaba ahí, casi con las letras frescas todavía, casi como si alguien lo hubiera dejado nada más para que yo lo mirara. Pero ahora todos en el barrio lo han visto. ¿Y qué pasó con los que no saben leer?, ¿alguien les contó lo que pasaba? Varios de los que caminaron por ahí se detuvieron a leer. "¡Ahora es algo sobre el olvido de la Madre!", escuché que alguien susurraba. Ahí estaban, algunos envueltos en sus gabardinas verdes y opacas y otros usando sus máscaras descompuestas. Sí, yo tampoco había visto eso. Nunca en toda mi vida me había topado con algo así. Es un suceso, o algo así. No sé cómo se llaman, nadie las menciona en los módulos educativos. Es como una historia imposible que no tiene nada que ver con la guerra ni con nosotros. ¿Cómo se llamará eso?, ¿alguien te lo ha explicado? Sí, creo que buscaré más de estas cosas por la ciudad. Las buscaré y te avisaré cuando las vea.

Parpadeo.

El vaciado de sangre había sido más rápido de lo que Andrés se había imaginado. Aunque el dolor fue intenso, de nuevo sintió que flotaba en la diminuta habitación. "¿Dónde estás Alicia? Hoy te necesito", pero Alicia no se apareció en el centro de salud.

—Bienvenido a servicios Biosalud. Su tarjeta, por favor.

"Supongo que aquello que estás haciendo es más

importante, ¿verdad Alicia?", el chico alargó el brazo sobre el escáner. En algún remoto archivo virtual, los créditos a su nombre aumentaron drásticamente. "Un poco más que se debe pagar".

—Cambio de sangre y revisión de pulmón. ¿Es correcto? —Decía la fría voz del pequeño departamento de salud que se había topado en la Calle Roja. Las paredes algo mugrientas no le daban mucha confianza, pero sólo deseaba dejar de soñar con las galaxias explotando y con los conejos de azul eléctrico.

—Entre a la escotilla, señor. —dijo la voz, y una ranura sobre la pared iluminó toda la habitación. Andrés se acomodó como pudo en el estrecho canal y esperó. Bajo sus capas y capas de carne y entre los lustrosos huesos, el veneno se movía con tranquilidad. "Alicia, ¿qué haces, por qué no estás conmigo?".

Me esfuerzo, de verdad que lo intento, pero no puedo entender el sentido de las historias que tanto cuenta Alicia. Sí, claro, son muy bonitas. Y usa palabras que yo no conocía como "vasija" y "castillos". Pero no entiendo el sentido de contarlas. No tienen ninguna función en realidad, no me da información para ser mejor limpiador, más productivo, quiero decir. No tienen sentido perder el tiempo en algo que no te ayude a pagar créditos. Al principio pensé que Alicia se olvidaría de todo eso, pensé que con el tiempo la convencería de hablar o hacer otra cosa, pero no puede dejar de contar sus historias. Aunque sé que ella no tiene la culpa, soy yo nada más. Yo la busqué, yo la seguí, yo quise escucharla. No, no, no es mi culpa tampoco. Es culpa de esos conejos azules. ¡Nunca debí seguirlos! Debí quedarme en la ignorancia. Debí quedarme tranquilo y olvidar esos conejos eléctricos.

La oscuridad era completa. Un apagón total había sido anunciado por los altavoces unas horas antes.

—Toque de queda programado para las 22 horas, permanezca en casa.

Andrés caminaba casi adivinando el siguiente paso. La oscuridad había iniciado, los neones multicolores se apagaron, las lámparas y holopantallas ya no funcionaban. Todo permanecía en completo silencio, parecía que recorría una ciudad abandonada. Usaba su lámpara de las limpiezas, la misma con la que espantaba a las enormes ratas que correteaban por ahí.

—¡Toque de queda, toque de queda! Esta fue la última comunicación.

Las últimas holopantallas se apagaron repentinamente y los altavoces callaron. “¡Qué mal momento se le ha ocurrido a Alicia para vernos! En pleno toque de queda y con apagón”.

“Quiero verte”, había escrito Alicia justo en el pasillo de su edificio. Andrés reconoció su mensaje por las orejas puntiagudas de un azul metálico con el que siempre coronaba las palabras. No lo dudó, quería verla, quería tocarla, quería besarla.

Ahora, el sonido de sus botas era lo único en el mundo, parecía que la muerte había llegado esa noche y finalmente se llevó a todos. Andrés se deslizaba por los pasillos del edificio y bajó lentamente las escaleras que daban a la calle, se encontró con una ciudad fantasma. Todos dormían la dulce muerte artificial del Galileo.

“INVASION”, escribía Otto, quien nunca descansaba de su labor educativa de escribir mensajes por toda la ciudad.

—¿Otto, que no sabes que es hora de queda?

—¿Tú tampoco lo sabes?

Gritos a lo lejos y sonido de botas los interrumpieron sólo un instante, los chicos se miraron y soltaron una sonrisa nerviosa.

—¿Cómo logras ver en la oscuridad y escribir?

—¡Asqueroso, escribes bien, pero todavía tienes que aprender!

—¿Qué no existen otras esquinas?

—Este lugar es estratégico, justo en el camino al subterráneo.

Andrés iluminó sus botas manchadas de diminutas gotas rojas. Habría que cambiarlas pronto, acrecentar las deudas, esperar más para llegar al puente del sur.

—¿Sigues con tus sueños sin Galileo?

Otto pasó saliva y continuó retocando la última letra en la pared.

—Son horribles —ahora su voz se quebró. Recordó monstruos y voces en la noche, recordó la sensación de estar enterrado en sótanos repletos de ruidos viejos, recordó verse en los espejos de los sueños y encontrarse con un ser amorfo.

—¿Qué has soñado?

—No lo puedo describir. No lo entenderías.

Una corriente de frío entró hasta el fondo de sus trajes

protectores, Andrés se pasó el brazo por el estómago tratando de reconfortarse. Empezó a caer otra fina capa de ceniza.

—Para eso es el Galileo, Otto. ¿No entiendes?

—El que no entiende eres tú. Sueño eso porque quiero, yo lo decido.

—Yo también decido cosas.

—Sí, claro. ¿Cómo qué cosas?, ¿los cuentos de tu noviecita? Ni siquiera de eso te puedes liberar.

—¿Qué dices?

—¿De verdad crees que no lo vemos todos?, ¿de verdad crees que no vemos que te molesta?

Andrés trató de concentrarse en sus botas, pero el frío lo sacaba de sus pensamientos y lo regresaba a esa calle, bajo el cielo completamente oscuro.

—Rojo, rojo, rojo.

—¿Qué dices?

—Nada, sólo pensaba en mis botas. ¿Eres real, Otto?

—¿Qué dices?

—Que si eres real o te estoy soñando... puede pasar. Le pasa a muchos.

Los gritos en la calle volvieron, ahora un poco más cerca. Era una mujer la que gritaba y sus palabras se distinguían bien. "¡Ayúdenme!", decía; pero ninguno de los dos se movió. Sólo aguantaron la respiración y esperaron a que se desvanecieran los gritos.

—Asqueroso, ¿sabes que no eres el primero el fijarse en los conejos azules? —susurró Otto—No eres el primero en seguir las pistas de esa mocosa.

—No te entiendo nada.

—¡Espera, espera! ¿Pensaste que eres el primero que utiliza para escribir sus cuentos?

Otto volvió a la escritura, aunque perecía que ya había terminado seguía detallando las líneas y borrando con pintura palabras anteriores. La figura de su cuerpo apenas era iluminada por la lámpara que Andrés proyectaba hacia el suelo.

—Otto, dime la verdad, dime la verdad. ¿Tú te has reunido con ellos, tú has escrito sus historias?

—¡Pero claro, asqueroso! Los mandé a volar después de la primera vez que los escuché contar historias. ¡Se veían tan estúpidos que no podía aguantarme la risa!¿No me digas que te

creías tan especial?, ¿creías que eras el "elegido" o algo así?

Más gritos que se acercaban. Andrés apagó su lámpara, y los dos, aguantando la respiración, se quedaron pegados a la pared para pasar desapercibidos. Junto a ellos pasó corriendo alguien que lloraba, y detrás de ella dos hombres corrían y reían. Mientras que ella gemía y gritaba sin control, chocando con los botes de basura, ahora ya no pedía ayuda. Finalmente, los pasos y los gritos se perdieron entre los estrechos patios interconectados.

—¿Por qué no me dijiste antes? Todo ese tiempo siguiendo esos estúpidos conejos.

—¡Cálmate, cálmate, asqueroso!

—¡Me dijiste que estaba alucinando esos conejos!

—Todo el mundo ha visto esos conejos, y todo mundo sabe que es cosa de creyentes y que se deben ignorar.

—Y Alicia, ella nunca me dijo de ti... Y tú, tampoco me dijiste.

—Sólo te dejé jugar un poco, siempre pareces tan aburrido.

—¿Y Alicia y tú?

—Bueno, la verdad es que ella no es de mi gusto. Aunque ella hubiera querido...

—¡Tengo que irme!

—Ya veo, corres cuando ella te llama ¿verdad?

Andrés no se despidió, prendió otra vez su lámpara y se alejó de edificio. Del otro lado de la ciudad lo esperaba Alicia con muchas historias pendientes.

13

No estaba seguro del tiempo transcurrido desde la última vez que visitó un edificio para limpiar. Sólo intuía que tenía poco de haber pasado por ahí como limpiador y que se había topado un lugar lleno de contenedores. ¿Una hora, una semana, un mes? Para Andrés, un día se convertía en momentos incontables y casi eternos, y una semana trascurría sin dejar un sólo recuerdo.

—Aquí es.

—¿Estás seguro, asqueroso?

—Te digo que está lleno de contenedores. Me he fijado, muchos todavía están cerrados.

—¿Alguien adentro?

—Sí, todavía hay de esos soñadores ricachones.

—Los famosos soñadores. Había escuchado de ellos, pero nunca los había visto. ¿Creen que se salvarán de compartir mundo con nosotros?

Otto avanzaba lentamente, iluminando el pasillo con la poca luz que emitía la lámpara. Detrás de él caminaban los demás; todos formados casi tan ordenados como soldados.

—Señor, vamos detrás de usted —susurraba el Gran Smith con la voz quebrada.

—Asqueroso, has encontrado un lugar fabuloso.

Andrés, giraba con tranquilidad en el laberinto de paredes

todavía cubiertas con paneles plásticos. Sabía que lo necesitaban para esta exploración, sería fácil perderse en ese lugar donde todas las habitaciones eran idénticas y los pasillos se enredaban en cada esquina.

—¡Qué lugar, amigo! —gritó alguien al final de la fila.

—Son los privilegios del limpiador.

—Andrés, hablas como los holo-anuncios. Los traes metidos hasta el tuétano.

—Sí, creo que sí.

—¿Dejarán aquí a los soñadores?

—Mañana se los llevan. La compañía a la que pagaron para estar en este lugar desapareció. Fue comprada y los nuevos dueños quieren mandar a estos clientes a sus bodegas. Aunque primero tendrán que revisar sus créditos.

—Créditos, créditos, créditos... Siempre los créditos. Olviden sus nombres, pero no los créditos.

En algún lugar en los archivos virtuales del banco, los créditos acumulados por Otto se incrementaron, los números cambiaron de color nuevamente y un anuncio apareció: "Manutención, departamento, Galileo, transporte de subterráneo, varios. Atención. Estado crítico de deudas".

—¿Y si deben créditos, qué pasa?

—Los despertarán, luego tendrán que trabajar. Los demás se quedan dormidos.

—Hasta que se acabe su dinero.

—Sí, creo que sí.

Capas de acero frío y lustroso recubrían los pasillos solitarios y los contenedores vacíos. Otto se acercaba a uno y otro para mirar dentro.

—Me estás convenciendo, asqueroso. Creo que retomaré mis actividades designadas —decía con una sonrisa. Aunque todos sabían que en el fondo prefería abrazar a un refugiado que entrar a los ejércitos de limpiadores— Mañana mismo me uno, mañana mismo tomo algunos turnos.

—Claro Otto, te creemos. Pide tu turno —todos reían y hacían bromas, aunque el silencio de las cámaras vacías que los rodeaban fue cobrando fuerza.

Llegaron a la última habitación señalada por Andrés. Estaba repleta de contenedores ocupados, y en ese lugar hacía más frío que en los pasillos. Por un momento, nadie dijo nada ni

se movió.

—Hola, ¿qué tal señoras y señores? —sólo Otto tuvo valor para hablar.

Los demás lo miraban en silencio, sin saber cómo moverse en un lugar así. Otto en cambio, parecía muy cómodo, tanto que a Andrés le causaba escalofríos.

—Pero, señora, ¿le da repulsión estar aquí con nosotros? No se preocupe, ahora la invitaremos a nuestra gran fiesta de muerte.

Mientras Lina, Smith y López se quedaban quietos escuchando las frases inconexas de Otto, Andrés pensaba en la ejecutiva Di y su oferta. Al principio le había parecido descabellada, pero la idea se había metido lentamente en sus pensamientos y no lo dejaba tranquilo un instante "¿Qué pasaría si acepto, sería tan malo si lo hago?".

—Señor, pero señor le encantará estar despierto. Mire que su sangre se pudrirá lentamente —gritó Otto y luego corrió a otra cápsula donde dormía una chica apenas de su edad, subió al aparato para anunciar con todas sus fuerzas—. ¡Señorita!, ¡señorita! No puedo creer que se esté perdiendo este festín de toxinas. ¡No lo puedo creer! Mire que la radiación dejará su cutis como el de una muñeca.

Otto trabajaba con diligencia, gritando cada que descubría un objeto interesante, subiendo a las sillas, mirando dentro de los vidrios de los contenedores, bailando y girando como un niño en una feria. Mientras que Andrés seguía pensando en la propuesta de la mujer del banco. "¿Quién podría decir que haría algo malo? Sólo estoy sobreviviendo".

—Vamos muchachos, ¿para qué creen que vinieron?, ¿o sólo quieren mirar?

—Bueno, pues yo creo que venimos a explotar cosas...

—¡Cállate, Smith! —le dijo Lina dándole un codazo.

—Tienes razón, Gran Smith —Otto se acercó al muchacho que medía casi dos metros, éste se agachó un poco y se dejó mimar—. Vamos a demoler el lugar.

—¿Alguien vio dónde dejé los explosivos?

Sin dejar de considerar la propuesta de la ejecutiva, Andrés se movió imitando a los demás "Una explosión sería perfecta, no sería tan difícil, eso creo".

—¡Andrés!, ¡despierta! Ya deja tus tonterías para luego —

gritó Otto desde el otro lado de un panel. Casi adivinando los pensamientos de su compañero.

—¡Ayuden, idiotas!

—¡Sí, señor! —gritó el Gran Smith y sus pasos hicieron eco en la habitación.

La granada que había comprado Otto era algo vieja, pero en sus entrañas conservaba la ponzoña de la destrucción. No decepcionaría a los muchachos que la hicieron explotar muchos años después de que alguien la construyera. Uno de esos chicos colocó la pequeña bomba con delicadeza en un contendor vacío, aunque todavía con algunos restos de fluidos humanos.

Ahí durmió unos instantes la bomba, pero luego despertó con todas sus fuerzas.

Desperté. Quién sabe cuánto tiempo estuve dormida, pero el lugar donde estaba me pareció tan raro. No era lo último que había visto. Esa habitación blanca, inmaculada y llena de doctores tan amables. Ahora había despertado en una habitación fría y oscura, rodeada de otras cápsulas como la mía. ¿Será mi madre aquella que duerme a mi lado?, ¿será mi padre que al fin entendió que esta era nuestra única oportunidad? Esperé unos instantes, tenía mucho frío pero me entretuve más en la expectativa de saber qué seguiría. Seguro vendría todo el grupo de doctores, otros doctores, claro. Avisando, explicando y siendo amables como siempre son conmigo. Seguro me explicarían qué había pasado todo este tiempo, seguro me explicarían por qué decidieron despertarnos ahora, seguro explicarían qué fue ese temblor que me despertó. No hubo tiempo para reflexionar mucho más, apenas alcancé a ver la bola de fuego que avanzaba por el pasillo. Cerré los ojos y volví a dormir.

Agazapados tras unos botes de basura. Un grupo de muchachos miraba el cielo. En otros tiempos todos pensarían que contemplaban las estrellas o esperaban la llegada de amigos de otros mundos. Pero hoy no era nada de eso. En realidad contemplaban los fuegos artificiales que salían de un centro de soñadores encapsulados. La explosión había alcanzado todos los niveles, y se había mezclado con los químicos rancios que llevaban tantos años olvidados.

—Es hermosa. Es hermosa.

—¿Qué dice el señor Otto? No entiendo —el Gran Smith fue el único que preguntó, los demás seguían mirando en silencio.

—La destrucción es hermosa. Hermosa —Otto hablaba sin parar, sin que le importara que lo escucharan o no.

El primer golpe de la explosión había parecido muy débil, como un leve temblor que sólo habría ocurrido dentro de los laboratorios y que tal vez despertó a uno que otro de los soñadores. Por un instante pensaron que habían fracasado. Pero el poder de la detonación que se guardó en el contenedor produjo otro estallido. Esta vez más potente. Un chispazo de calor sacudió la cara de los observadores; algunos cayeron al suelo, pero ninguno dejó de gritar y festejar. Luego el estallido hizo retumbar los contenedores todavía cerrados, ocupados por los inquilinos adinerados que esperaban despertar en paraísos del futuro.

—¡Cierren los ojos! —gritaba alguien, pero ninguno obedeció; todos estaban como hipnotizados ante la destrucción que habían causado.

Pudieron imaginar la demolición del laberinto que habían recorrido hacía unos minutos: panel por panel, habitación por habitación, escalera por escalera.

—¡Hermoso, hermoso!

Se miraron unos a otros. Sus rostros pálidos tenían ahora una capa más de ceniza y sudor.

—¿Cómo no se nos había ocurrido antes, Señor Otto?

—Hermoso, hermoso, asquerosos.

—¡Debemos repetirlo!

La voz se perdió entre los gritos de triunfo. Después ya nadie pudo decir una palabra coherente. Pensaban en los soñadores que ya no pudieron regresar a la realidad. Pensaban en los mundos de sueños imposibles que habitarán eternamente.

—Ahora, asquerosos, viene la fiesta.

PRECAUCIÓN PRECAUCIÓN
RADIOACTIVIDAD RADIOACTIVIDAD

Todavía con el sonido de la explosión resonando en sus mentes, Andrés y el grupo de muchachos caminaban por

pasadizos y patios abandonados del barrio.

— ¿Por dónde, señor Otto?

— ¡Cállate! Que en cualquier momento vienen los de control.

—¡Atención ciudadanos...! — explotó por fin el altavoz. —Se ha registrado una explosión en los laboratorios...

El grupo se detuvo de golpe y todos buscaron lugares para ocultarse. Las botas y las máscaras negras anunciaron la llegada de Paz y Bienestar.

—Ahí vienen los de control, escóndanse.

Las sombras alargadas inundaron la calle. Desde sus escondrijos, el grupo de Otto vio pasar sus botas. Nadie volvió a hablar en un rato, y tuvieron mucho cuidado de esconderse tras el escombro regado en una esquina. "¿No se supone que son muy valientes?", se dijo Andrés pegado contra el muro.

— ¡Aviso, ciudadanos!, ¡aviso!

Las botas idénticas resonaban en los callejones, y pisoteaban todo lo que se encontraban a su paso. Las máscaras filtradoras, repetidas indefinidamente, los guantes, los pasos al unísono. Andrés pensó en el mismo ser humano clonado en miles de copias idénticas.

— La hora de la nube rosa se calcula será en...

Ninguno de los clones reparó en el chico flaco con manchas en la cara y agazapado junto a los escombros. ¿Qué podría saber él sobre explosiones en la ciudad?, ¿no moriría de susto al escuchar las preguntas de los policías?

—¿A dónde van?, ¿siguen el sonido de la explosión? Sólo encontrarán muertos. ¿A quién asesinarán? —por fin dijo Otto, quien no dejaba de mirarlos desde su rincón. Pero sabiendo que su voz era apagada por los altavoces.

Smith y los demás callaron aterrados. "Rojo, rojo, rojo. ¡Eres muy valiente, un niño muy valiente!", pensaba Andrés, "¡Sal de tu escondite y diles eso en su cara! Rojo, rojo, rojo".

—¡Atención, atención!

Los sonidos, las figuras negras, las botas se alejaron para perderse en la neblina que ya inundaba la ciudad. Toc-toc-toc. Todos, excepto Andrés, salieron de sus escondites. Algo había cambiado dentro de él, o había florecido una nueva idea. "Otto no es el valiente que se cree, es igual de cobarde que todos los demás".

—¡Vamos!

Andrés se incorporó de su lugar y una nube de ceniza lo rodeó. Sus compañeros corrían en dirección opuesta a los seres clonados que ahora rodeaban el edificio colapsado.

—¡Atención, atención! Este anuncio es de relevancia para todos los ciudadanos...

—Vamos muchachos, es hora de festejar.

Parpadeo.

—¡Payasos nihilistas!

La multitud reventó en gritos. Todos juntos, se movieron en la misma dirección cuando el grupo inició. Gritos, patadas, escupitajos. La multitud terminó empujando a Andrés hasta un rincón.

—Perdí la cuenta de los días...

Con los ojos entornados pudo ver el contorno de algunas personas brincando, besándose, tocando la piel de los demás. “¿Y las toxinas?”.

—Mirando detrás de los ojos, los ojos de...

—¡Concéntrate, concéntrate!, ¿dónde has caído, Andrés?

Sintió frío a pesar de la multitud y de sus gritos. Preguntándose si aquello era lo que llamaban pesadilla; pues no se parecía a ningún sueño que el Galileo hubiera construido para él.

—Sus voces parecían cuchillos, parecían la muerte...

Una mesera de curvas pronunciadas pasó a su lado y le sonrió, o eso pensó Andrés.

—Besa a alguien y acelera tu muerte... Besa a alguien y acelera su muerte.

Dentro de la oscuridad pudo observar a la gente que llenaba el lugar.

“Es el subterráneo, Andrés, no es nada, no es nada. No te asustes, vinieron a festejar la explosión. No tengas miedo, Andrés. Claro, claro, conozco el lugar. Aquí mismo me citó Di”.

Por un momento lo tranquilizó reconocer el lugar, pero luego buscó entre sus recuerdos y no encontró ninguno que le dijera cómo había llegado hasta ahí. Una chica tropezó con él, llevaba varios paquetes de líquido espeso en una charola.

—¡Perdón!—gritó y luego regresó a la multitud que coreaba a la banda.

—¡Asqueroso!, ¿qué haces?, ¿no festejas? —alguien gritaba detrás de él.

Andrés se tambaleó al querer mirar hacia el grito. El suelo o él mismo de pronto se había convertido en plástico fundido.

—Anda, besa y abraza y termina con esto… —de nuevo la mesera que pasaba de regreso y que seguía canturreando la canción de la banda.

¿Toqué al tipo de la esquina? Sí, creo que sí lo toqué. Pobre, se veía tan enfermo, seguro tiene tumores por todas partes. Tenía cara tan triste, pero tampoco parecía dudar, sólo tenía dolor y enfermedad. ¡Lo toqué! Aunque ahora ya no sé. Ya no me importa si está enfermo, puede que yo también lo esté. Puede que todos los que trabajamos en la fábrica lo estamos. Dicen que son los trozos de plomo que usamos o que son las toxinas del aire. Se lo hemos preguntado al supervisor, pero nadie da una respuesta y todos se esconden tras sus escritorios. Alguien me dijo que dejara ese trabajo o el de mesera, ¿cómo podría dejar mis trabajos si tengo tanto por pagar?

¿Lo toqué? Sí, lo sé, lo sé. ¡Lo toqué!

Parpadeo.

De pie, esperaba en la recepción de un hospital.

—¿Qué haces aquí Andrés?, ¿cómo llegaste aquí?

Había sido difícil el camino. Sólo recordaba una serie de chispazos, de vagos recuerdos eléctricos, de piras de basura quemándose en las esquinas, de galaxias en forma de conejos girando en el cielo al compás de una canción, de pasadizos sin salida y de gritos en la oscuridad. Alucinación-realidad-alucinación-realidad. También recordaba haber leído uno de eso letreros extraños que habían aparecido en la ciudad, y en donde dedicó un rato para detenerse y leer.

Un rugido ensordecedor recorrió la tierra entera. No hubo niño, mujer u hombre que no lo escuchara, no hubo ninguno que no tratara de escapar de la gran sombra con alas que cubrió el sol y su luz. Los guerreros de todas las naciones y tribus lanzaron un grito de guerra, empuñaron sus espadas y soplaron las caracolas anunciando el inicio de la batalla. Pero

no encontraron a ningún ejército para enfrentar...

Se dice que esa noche la tierra tembló. Se dice que las montañas se partieron en dos y soltaron el fuego que habían guardado en sus entrañas por eones. Se dice que el viento sopló y arrasó con todo lo que quedaba, se dice que los palacios cayeron y las estatuas de los dioses salamandra se desmoronaron. Luego llegó la lluvia y no dejó de caer en toda la tierra durante largos años.

Parpadeo.

—¡Bienvenido a Biosalud, su centro de recuperación física!

Una voz interrumpió el recuerdo de lo que había leído en la calle, parecía fría como generada por una máquina y llenaba la habitación donde ahora se encontraba. Tampoco recordaba haber entrado a ese lugar de paredes completamente blancas, tan blancas que casi lastimaban los ojos. Andrés trató de sostenerse, pero no había muebles en ninguna parte, tampoco ventanas ni cuadros, sólo una puerta y un mostrador. “¿Salí de casa hoy?, ¿hoy dormí algo?, ¿regresé al departamento?”, trataba de responderse mientras se miraba las manos.

—Estas son mis manos, estas son mis manos.

—¿Estás bien, Andrés? — una voz desconocida interrumpió su conteo habitual.

La espera continuaba, parecía que siempre había estado ahí. Parecía que todo lo demás había sido un sueño y que esta era su continua e interminable realidad.

—Andrés...

—Estas son mis manos, estas son mis manos. ¿Quién eres, qué quieres de mí?, ¿dónde está Alicia, de nuevo quiero que escriba esas historias locas?

—¡Cállate, Andrés! ¡No sabes lo que dices!

Alguien lo tomó de la mano, alguien lo llevó hasta el mostrador. El reloj en la pared marcaba lentamente los minutos.

—¿Estaba ahí cuando entré?

—Dile tu nombre, Andrés. Dile a la señorita lo que sientes exactamente.

Frente a él había una mujer de dientes blancos. Sentada al otro lado del mostrador incandescente; miraba al nuevo cliente con curiosidad, parecía muy amable y tenía un aire extraño, aunque Andrés no pudo determinar qué era.

—¡Bienvenido a Biosalud, su centro de recuperación física!

—Señor, ¿en qué podemos ayudarlo?

—Te pregunta algo la señorita... Andrés.

—¿De dónde salió ella?

—Aquí estuve siempre, señor.

—¡Andrés, Andrés!

—Ah claro, ya lo había notado.

—Buenas tardes, ¿en qué le puedo ayudar?

—¡Bienvenido a Biosalud, su centro de recuperación física!

La mujer parecía acurrucada en su silla, como si desmoronara algo debajo de la mesa y se concentrara con ahínco en aquella tarea, sin embargo no dejó en ningún momento de mostrar una blanca y perfecta sonrisa. Andrés seguía pensando que había algo extraño en ella, algo a lo que no estaba acostumbrado y que no podía identificar del todo.

—Tiene una cita para limpieza de sangre, señorita —respondió Alicia desde el otro lado de la habitación.

—¿De dónde saliste? —le dijo Andrés cuando al fin notó su presencia.

—Tú me llamaste, ¿te acuerdas?

—¡Bienvenido a Biosalud, su centro de recuperación física!

—Señor, señor. Es por aquella puerta, por favor.

—Te espero aquí, Andrés.

Los dientes blancos de la mujer del mostrador lo asustaron, también esa amplia sonrisa le causaba escalofríos. De pronto, al caminar hacia la puerta trastabillando, se dio cuenta de lo extraño que tenía aquella mujer. “Parece muy feliz. ¿Puede alguien ser tan feliz? ¿Con qué se ha encontrado ella que la hace tan feliz? ¿Se ofenderá si le pregunto?”.

Hoy *es mi último día de trabajo. “Biosalud, su centro de recuperación física”, juro que si vuelvo a escuchar esa frase mataré a todos. Pero hoy seré libre de este hospital. ¡Adiós ridículos clientes, adiós, que esta nena se va muy lejos! ¡Qué alegría, qué alegría! Nunca me había sentido así... ¿Esto es lo que llaman felicidad? De haberlo sabido antes, lo hubiera intentado hace mucho tiempo. Espera Felicia, espera, disimula, debes poner cara de congoja ante los clientes. Debes preguntar cortésmente pero con un toque de preocupación: “¿De verdad tiene cáncer terminal? Pero casi ni se le nota”. Tienes que disimular, querida “¿Cuántos días de vida le han*

dicho que le quedan...? En verdad que no lo creo, parece completamente sana". La perfecta combinación entre preocupación y buena actitud, de eso se trata el negocio de la salud. Así es querida Felicia, así es. Disimula sólo unas horas, unas horas nos quedan antes de llegar a casa y jalar el gatillo.

Andrés miraba los rayones de las paredes de su habitación. El departamento estaba en completo silencio, aunque en realidad todos dormían el sueño profundo del Galileo. Él no podía o no quería dar el salto, quería platicar con Lu, pero no la había escuchado llegar todavía.

Había sido un día extraño, con explosiones y alucinaciones incluidas. Quería contarle eso a Lu, pero también había otras cosas que le quería platicar. Escuchó con atención. Del otro lado de la pared oyó un movimiento, se acercó al tubo de ventilación y se preparó para su conversación nocturna.

—Lu, Lu, ¿estás ahí? Lu, ¿estás enojada conmigo?

Lu no contestó, el viento frío que corría por el ducto golpeó de lleno el rostro de Andrés.

—Tienes razón Lu, tienes razón. Yo también he estado soñando. Bueno, soñando despierto. Me pasa en la calle y no me doy cuenta de que estoy despierto... ¿Lu? ¡No juegues Lu! Está bien, lo entiendo. Es normal que te enojes. Sólo quería decirte que tienes razón, hace mucho que lo sabía, pero no quería decirte. Me daba terror decírtelo. Debí advertirte, debí avisarte que no aceptaras esa actividad. ¿Debí hacerlo, verdad?

El chico en la cama vecina giró entre las cobijas grises, parecía tener pesadillas, todavía no sabía usar el Galileo. Andrés sonrió comprensivo y, de pronto, sintió algo de compasión por el niño. "Al menos él tiene a su hermana, no está tan sólo".

—Ahora ya lo sabes, Lu. Sabes que así nos pasa a los limpiadores. ¡Corre Lu! ¡Corre lo más lejos que puedas! No sé cómo, pero corre Lu, por favor. Yo lo pensé hace mucho, pensé en correr pero no tengo el valor. Otto tiene razón, soy un cobarde.

—...

—¿Lu?, ¿Lu, me escuchas?

—...

¡Están listas mis alas! No creí que podría terminar esto. Pensé que sería algo eterno, casi como las deudas de créditos. Creí que me moriría de sueño antes de insertar la última pluma, pero aquí están listas: tan bellas, tan suaves. Al tocarlas casi me puedo sentir en los aires, casi puedo ver las nubes y la ciudad muy debajo de mí. Me las pondré esta misma noche, me escaparé por el cubo del elevador y me lanzaré al vacío. Sólo tengo una última cosa por hacer, tengo que despedirme de Andrés. Debemos hablar sobre un lugar para vernos, cuando él termine de pagar sus créditos. Él se liberará pronto y podremos vernos al otro lado del puente. Aunque puede ser que yo decida volar un poco más lejos... Espero que no se enoje conmigo por no llevarlo, pero estas alas no pueden cargar a dos personas. Estas alas sólo me llevarán a mí. Lo siento, Andrés, lo siento.

14

Los gruñidos inundaron las calles vacías. Entre saltos y aullidos, todos juntos corrían hacia un punto desconocido de la ciudad. Sabían que ahí estaba ese chico molesto. Sabían que ahí estaba el enemigo a vencer. Mientras avanzaban, soñaban con la sangre de su enemigo, soñaban con la carne en sus bocas. Así lo habían hecho desde hacía tanto, desde que las palabras dejaron de tener sentido y sólo la vida lo tenía. Así había sido desde mucho antes de que se colaran a la ciudad por un hueco, mucho antes de atravesar el desierto frío, mucho antes de lo que cualquiera de ellos pudiera recordar.

Ellos fueron por mí, esos asquerosos perros fueron de cacería tras de mí. ¿Cómo me encontraron en el mar de gente que tiene esta ciudad? ¿Cómo supieron que yo soy su enemigo y no los otros millones metidos en los departamentos diminutos? Yo tengo la culpa: pensé que sólo aullaban y corrían despavoridos por ahí. Pensé que esos refugiados eran incapaces de rastrear más allá de las huellas y olores. Fue sorprendente y en el primer momento casi me atrapan. Pero cuando me di cuenta que iban por mí, corrí como loco. Casi atravesé la ciudad completa, casi les mostré el lugar a manera de bienvenida. Me alcanzaron un par de veces, esos perros muerden fuerte y no piensan dejar enemigos vivos. Claro, claro, yo haría

exactamente lo mismo. Ahora tendré que ir por ellos, ahora es mi turno de atacar. Reuniré a los demás, les diré a todos que es momento de atacar. Le diré a Lina, al Gran Smith, a López, le diré a Andrés. Ellos me ayudarán, ellos aplastarán a los perros para que dejen de seguirme.

La hora programada en el no espacio llegaba a su fin. Y aunque por un tiempo sintió que se quedaría allí indefinidamente, deslizándose en caída libre en la nube del no-espacio, el despertador del dolor le anunciaba que su tiempo se había agotado.

— Gracias por utilizar Galileo, el universo a su alcance...

Mientras el despertador del dolor continuaba soltando descargas, él seguía soñando con las aguas negras, quietas y límpidas, que habían sido creadas virtualmente para él.

FIN DE LA SESION

"¿Dónde están mis manos?, ¿dónde está el rojo de allá fuera?". Ya había olvidado su nombre y cuando las palabras en rojo se proyectaron en el vacío había olvidado que en algún momento existió de verdad y no sólo virtualmente. El dolor que se había esfumado regresó de un golpe y lo hizo retorcerse entre las sábanas grises de su cama. Otra vez sentía el regreso de la tristeza que día a día le agobiaba, y casi pudo señalar su paso a través de las venas de sus brazos hasta llegar al corazón.

—Gracias por utilizar Galileo, el universo a su alcance —el golpe, la salida de la oscuridad punzante— ¡Hora programada por el usuario!

La rutina iniciaba: apagar el despertador y la voz del Galileo, liberarse de los dermatrodos, incorporarse y tratar de llevar toda su colección de objetos raros al baúl de candado oxidado. Y como todos los días, tendría que ser perseguido por la posibilidad de no volver más al departamento. Uno a uno guardó todos los objetos de su colección, y pensaba que tal vez sería ese el último día que los vería: los trozos de revistas viejas donde aparecían días soleados, el teclado inservible, el ojo verde de un maniquí.

—¡Concéntrate, concéntrate!

Al otro lado de la pared Lu ya no estaba y Andrés pensó que tal vez había tenido un turno de madrugada en la cuadrilla de limpiadores. "A este paso pagará sus créditos antes que yo", pensó.

El suelo del departamento vibraba y las paredes herméticas dejaban pasar un rumor de pasos y voces provenientes de la calle. El chico rubio que ocupaba la otra cama salió del sueño y miró a su alrededor tratando de recordar dónde estaba.

—¡Niño, niño! —le gritó Andrés al refugiado— ¡Vamos a mirar por la ventana!

El chico rubio pareció no entender ni una palabra: se limitaba a observar a su compañero cuando movía los muebles de una pared.

—¡Niño, ven!

Cuando movió todo y quitó la tapa de metal que cubría el estrecho agujero que hacía de ventana, lo señaló con el dedo y luego a sus propios ojos.

—Este será nuestro pequeño secreto, la *Señora* se pondría loca si descubre que abrí este agujero hacia la calle.

El chico se acercó a mirar, mientras el ruido de pasos y gritos se hacía más claro. A través de la diminuta hendidura, pudieron ver una multitud que caminaba fuera de su edificio, todos hablaban y gritaban, algunos en idiomas incomprensibles. Cargaban objetos, o sencillamente se sentaban en la banqueta para mirar a los transeúntes.

—Instrucciones de Migración para nueva ubicación.

—Son los vendedores de la Calle Roja... ¿Sabes qué es eso? Ya conocerás el lugar, todos acabamos en él de alguna forma. Pero es extraño, ¿qué hacen en este barrio y cargando todas sus cosas?

La multitud se apiñaba entre las casas abandonadas, y todo indicaba que en el edificio de enfrente ya se construían las instalaciones de los cientos de laboratorios. Por la calle ardía neón azul-rojizo, los anuncios brillaban enloquecidos desde sus nuevas ubicaciones. Era claro que la Calle Roja se estaba mudando a esa calle.

—¿Con qué sueñas todas las noches? —latían un grupo de retorcidas mayúsculas de color púrpura.

Los deteriorados edificios de apartamentos de la calle de enfrente, que habían sido construidos hacía muchos años para

colmar los sueños de felices familias. Ahora cobraban una segunda vida. Esperando o alargando un tiempo más su inevitable destrucción.

—¿Cumple tus sueños el Galileo? —palpitaban las letras angulosas y brillantes que alguien ya había montado en la esquina— ¡Libérate de esta máquina del pseudo placer!

La multitud se contraía y expandía a capricho como una bandada de aves, la colección de personas se dispersaba con un movimiento brusco y luego se contraían en otro punto. Cargaban toda clase de objetos incomprensibles: nichos blancos, trozos de escalinatas de metal y pedazos de pared donde otros habían dibujado intrincados ideogramas, enormes esferas con una iluminación integrada AZUL-AZUL-AZUL-uso desconocido.

—¡Encuentra tus sueños en un vaso!

—¿Entonces prometes no contarle a nadie sobre esta ventana? La *Señora* siempre está inventando cosas de vientos de la muerte cuando siente frío en el departamento...

Andrés se apartó del hueco e intentó cubrirlo con el trozo de metal que Lu había sacado de algún basurero, pero el chico rubio no lo dejó. Con una seña y una palabra incomprensible le hizo saber que quería seguir mirando el espectáculo.

El chico flacucho se apartó de la pared tratando de cubrirse del frío que se colaba por la hendidura; su aliento congelado formó una nube que flotó por un instante. Parecía despertar de un sueño, de una historia que Alicia le había contado. No, no era un sueño. El suelo retumbaba, las voces en el pasillo y los altavoces multiplicados no paraban, ahí afuera la vida se aferraba a la continuidad.

Madre es el principio y fin. Ella fue, es y será. Ella estaba mucho antes del principio. Y estará aquí mucho después del final. Ella fue, es y será. La bondad de la dos veces nacida es infinita, y sólo ella pudo expulsar las olas de lluvia y fuego y viento que azotaban nuestro mundo. Batió sus alas tres veces, y las plumas desprendidas fueron suficientes para despejar el cielo y anunciar el inicio de una nueva era. Y de entre las cenizas y los palacios hechos polvo, salieron a la luz los hijos que no habían perecido. Madre, la dos veces nacida, sabía que eran pocos los que quedaban, pero suficientes para reiniciar el tiempo de su especie.

Parpadeo.

Gritos y golpes se combinaban con luces incandescentes, Andrés se preguntó dónde estaba si hacía un instante se encontraba en su habitación muriendo de frío. Luz-oscuridad-luz-oscuridad. Cerró los ojos tratando de esconderse del ruido dentro de su mente.

— Rojo, rojo, rojo.

—¡Grupo 3 de limpieza! —una voz repetía sin cesar y Andrés no comprendía el significado.

—Bienvenido a Galileo, el universo a su alcance…

—¡Muchacho, despierta, despierta!, ¿dónde estás?

La cara de un muchacho se dibujaba frente a él. Era el rubio de dientes grandes, y Andrés se sorprendió de verlo vivo. Pensaba que no había sobrevivido al último ataque de los refugiados. “¿De dónde salió éste, por qué el Galileo lo trae a mí?”.

—Usuario no identificado…

—¡Despierta, muchacho!

—¿No estoy en el Galileo?

—¡Ja! Miren a éste. Cree que está en el Galileo.

Risas lejanas a coro le respondieron al muchacho.

—¡Despierta, estás trabajando!

El chico flacucho recostado en un montón de escombros se sacudió un poco, tratando de abrir los ojos y concentrarse en los colores y figuras. Miró a su alrededor. Estaba en una calle desierta seguramente en alguna zona de limpieza. Se descubrió usando el traje protector, guantes y máscara. “Estas son mis manos, estos son mis pies”, se decía una y otra vez y se sacudía para ratificarlo.

—Grupo 3: hoy les toca limpiar el norte de la Calle Roja. El grupo de desintoxicación ya ha pasado varias veces.

A su alrededor, los edificios abandonados parecían asistir a la misma conversación. Una mujer desconocida gritaba las indicaciones. Seguramente era la nueva coordinadora de su cuadrilla, aunque no estaba del todo seguro.

—¿Qué pasó? —preguntó alguien escondido tras la máscara filtradora.

—Todo fue culpa de un vendedor de armas. Ya saben, lo de siempre: algo explotó y el resto es historia. Dicen que la primera explosión lo hizo pedazos —dijo la mujer sin poder aguantarse la

risa. Nadie más le encontró lo gracioso.

—Pero quiten esas caras de miedo, ¡cobardes! Los de control de armas ya pasaron y se llevaron todo.

Silencio. Las entrañas de los edificios seguían atentos a la conversación.

—¿Hay cuerpos?

—Algunos, pero no muerden. Como sea, tenemos cinco horas para limpiar lo que podamos, detrás, de nosotros vendrán otros siete grupos. ¡Y cuidado con los que andan por ahí robando en los escombros! Esos sí que son más peligrosos que los muertos.

Todos los integrantes del grupo 3 de limpiadores se removieron en sus estrechos trajes e iniciaron un lento peregrinar por los callejones y trozos de edificios. Andrés, siguió a un grupo sin saber con exactitud qué estaba haciendo.

—Rojo, rojo, rojo, rojo.

Mientras avanzaban creyó ver un hombre escondido en una de las casas que había explotado, miró otra vez y no había nadie. Estaba seguro de que su imaginación le estaba jugando más bromas.

He regresado a la vieja casa de la Calle Roja. No es tan fácil dejar el lugar donde se ha vivido tantos años. ¿Cuántos años mirando desde mi ventana y esperando a que los clientes llegaran solos y así no salir a la calle? Pero desde esa ventana fue donde la vi por primera vez. Eso me sacó de mi encierro, eso fue lo único que me obligó a salir de mi casa. ¡Estúpido! Ella vivía en esa casa, la que está sobre la tienda de cápsulas de rejuvenecimiento. La luz de su ventana siempre estaba prendida, y yo siempre la miraba desde la puerta de mi tienda. Estúpido, estúpido. En esa esquina la besé por primera vez y ahí sentí que mi corazón reventaba. "Estos no son tiempos para enamorarse", me dijo al despedirse y migrar al sur. Estúpido, estúpido. La seguí aquel día que se fue, la vi caminar por el estrecho puente hacia el Sur. Llevaba una mochila nada más y no volteó cuando grité su nombre. Estúpido.

Cuando Andrés regresó al departamento después de la limpieza, se encontró con los dos chicos rubios en el pasillo. Hablaban a susurros en su idioma incomprensible y la niña tenía

cara de haber llorado un poco.

—¿Qué pasa?

—¡Hora programada por el usuario! —un despertador del dolor funcionaba en alguna habitación del departamento.

—¡Asquerosos, dejen de llorar! —gritó la mujer del fondo del pasillo.

—¡Cállate! Tú sigue con tus cosas y déjanos hacer lo nuestro— respondió Andrés un poco sorprendido al escuchar su propia voz.

—¡Niños! ¿Qué pasa?

Los dos chicos rubios respondieron con las mismas palabras que Andrés no pudo descifrar pero que de alguna forma sonaron aterradoras, mientras gritaban y señalaban hacia la habitación de Lu. Un miedo inexplicable llenó el pecho de Andrés, con las piernas temblando caminó algunos pasos hacia el lugar que señalaba la niña, ya sospechaba qué encontraría pero se negaba a aceptarlo.

—¡Hora programada por el usuario! —repetía el despertador del dolor que sonaba en esa habitación hundida en la oscuridad.

—¿Puedo entrar? —preguntó con un hilo de voz de pie junto a la puerta, pero nadie le respondió. Solo un viento frío corrió por sus piernas, aunque aquello era imposible en un departamento herméticamente cerrado.

— ¿Qué traman asquerosos?

Aquél gritó impulsó a Andrés, quien entró a la habitación sumergida en el silencio y la oscuridad. La puerta quedó entreabierta y dejaba entrar un hilo de luz que iluminaba parte de la cama donde dormía la pequeña Lu.

— ¡Lu, Lu, despierta!

Dio unos pasos, y se acercó a la cama donde dormía la niña que había sido su hermana desde que Servicios de la Infancia la había dejado en la puerta del departamento. Ahí estaba ella, quien parecía dormida en su cama de cobijas grises. Era eso, “parecía dormida”. Llevaba todavía los dermatrodos puestos sobre la frente, y el despertador del dolor parecía que tenía rato funcionando.

—¡Hora programada por el usuario!

—Lu, Lu. Despierta.

Andrés la sacudió con ternura, como tratando de no lastimarla para que diera el salto sin tanto sufrimiento. Él sabía

lo doloroso que era salir de un golpe del sueño. Alargó el brazo, apagando el despertador del dolor que seguía descargando su señal eléctrica sobre la pierna de la chica.

—¡Gracias por utilizar Galileo, el universo a su alcance!

Andrés no lo sabía pero desde hacía rato la habitación olía a carne quemada.

—¡Despierta, Lu! ¿Por qué pusiste el despertador a estas horas? ¿No me digas que agarraste turno doble?

Trató de ordenar su mente. Él mismo había pasado por desmayos en el trabajo de limpiador. Ni siquiera el Galileo ayudaba en las primeras campañas. Pero con los años había sido más fácil. “Esto parece distinto. Esto no suena a esos primeros desmayos”, pensó.

—Se habrán vuelto locos buscando un remplazo, Lu. Esa cuadrilla de limpiadores salió incompleta porque te quedaste dormida.

Andrés trataba de decir algo que lo tranquilizara, el silencio lo ponía más nervioso.

—¿Qué pasa, asqueroso?, ¿qué está pasando?

—¿Lu?, ¿no piensas despertar o qué? Todavía puedes llegar a tiempo, mira que eso depende de tu supervisor...

Los niños en el pasillo iniciaron un llanto apagado y Andrés temblaba de pies a cabeza. “Rojo, rojo, rojo... Esto es alguna cosa del Galileo, un error que se construyó en el no espacio y que debe reportarse. Este no es mi cuerpo, estos no son mis ojos, estas no son mis manos que tiemblan y tocan la mano helada de Lu. Ese cuerpo que ya no respira tampoco es el suyo, esa no es su cara llena de dolor y esa mueca de un grito es solo un fantasma del no espacio”.

— ¡Silencio, asquerosos! —los gritos de la mujer del fondo del pasillo hicieron regresar a Andrés de su ensoñación. La realidad le golpeaba en la cara.

“Rojo, rojo, rojo. Despierta Andrés. Sal de este error del no espacio”, se repetía mientras seguía sacudiendo a su hermanita Lu. Pero ella ya no despertó. Nunca más lo haría. Los labios morados señalaban una posible causa, aunque era difícil saberlo. Andrés se sentó a la orilla de la cama, junto al cuerpecito frío que alguna vez llevó el nombre de Lu y que soñaba en secreto escapar de la ciudad volando. Lo único que escuchaba eran los ruidos del teclado al fondo del departamento, su mano se enredó con

plumas dispersas en toda la cama, no le dio importancia aunque no podía pensar con claridad en aquel momento.

—¿Qué pasó? —le gritó desde la oscuridad a la chica de ojos azules, pero ella no respondió— ¿Me entiendes?, ¿qué pasó?

La niña empezó a llorar y se refugió en los brazos de su hermano.

—¡Malditos llenos de toxinas!, ¿pueden callarse alguna vez? —gritó la mujer del fondo del pasillo desde su habitación con la puerta entornada— ¿Qué traman, asquerosos?

Andrés y los dos chicos rubios se quedaron en la habitación de Lu durante mucho tiempo. No supieron hacer algo más por ella. Parecía que el cuerpecito frío de la niña les exigía compañía, casi como una larga despedida en silencio. Mientras que la gente del resto del departamento entraba y salía rumbo a sus actividades designadas, y sin que ninguno se detuviera a averiguar qué pasaba.

—¡Apesta a muerte y nadie hace algo! —gritaba sin control la *Señora*.

La punzada en el costado volvió a atacar, ahora con más intensidad. Pero Andrés no se movió de su lugar, ni siquiera el dolor en las entrañas lo podía distraer. "Rojo, rojo, rojo... Estas son mis manos capaces de matar. Estas son mis manos que no pudieron salvar a una niña. Rojo, rojo, rojo".

Las horas pasaron y nadie se movió. Andrés y los dos niños de ojos azules lloraron en silencio por la pequeña Lu. La niña que ese día había emprendido el vuelo con sus alas de plumas multicolores, que ahora mismo recorría el cielo sobre las nubes grises y que finalmente había escapado de esa ciudad llena de muerte y de conejos eléctricos.

La Tierra volvió a girar, la Luna reinició su danza, las nubes corrieron bajo el cálido viento, las fieras se multiplicaron y las estrellas volvieron a brillar. Los hijos de la dos veces nacida extendieron su estirpe por todo el orbe; construyeron otros castillos, más grandes que los de la primera era, edificaron naciones más fuertes y entrenaron guerreros más feroces. Se sabían observados por la Madre, y construyeron para ella los palacios más grandes y las efigies más fastuosas... Ella, las dos veces nacida, todo lo contemplaba satisfecha; ahora las cosas marchaban como debían.

Parpadeo.

—¿Ha realizado sus actividades satisfactoriamente?

La voz de una máquina muerta era el único sonido en la calle. El eco de esa voz subía por las columnas escarpadas de los edificios abandonados, y se mezclaba hasta perderse en las aterciopeladas nubes grises que siempre flotaban sobre ellos. Andrés se perdió en las curvas púrpuras que caían en forma de cabello sobre el rostro de Alicia.

—Andrés, ¿me estás escuchando?

—¡Claro que te estoy escuchando!

—¿De qué trataba el canto?

—¡Bienvenidos al show de Tany y Dany!

—Algo así de que la madre era vengativa.

—¡No entendiste nada!

—No te enojes, estoy algo distraído.

Las luces neón inundaban el callejón donde se había citado con Alicia. El lugar estaba desierto pero aun así las holopantallas lanzaban su espectáculo a la nada. Los dos chicos permanecían agazapados junto a un contenedor de basura, esperando pasar inadvertidos.

—No entiendo por qué la urgencia de que nos encontráramos...

—Perdón, Alicia, sólo te quería ver.

Calle abajo, una nube rosa se acercaba con lentitud.

—Pero eres tú la que no me escucha nunca. Te pregunté otra cosa... No te pedí que me contaras una historia.

—Ah, sí. Eso de tu amigo Otto.

—¿Es cierto, entonces?

—¡Tany, querida! No puedo creer lo que me dices. ¿Ustedes qué opinan amigos? Pueden opinar a través de sus holopantallas. Si opinan que Tany es una mentirosa no olviden mandar su voto...

—Pero Dany, ¿qué dices?, ¿mentirosa yo?

Las voces multiplicadas en decenas de holopantallas con una distorsión de menos de un segundo, sonaban en cada rincón de la calle desierta.

—Bueno. Sí, un trozo es cierto de lo que te contó. Pero eso no importa, ¿o sí?

La nube rosa de toxinas los envolvía y de nuevo el cabello de Alicia revoloteaba al compás del viento envenenado. Sus cuerpos estaban abrazados, en un intento de parecer románticos,

pero más bien para reconfortarse con algo de calor. Los neones brillaban: azul-verde-oscuridad- azul-verde-oscuridad.

—¡Estoy harta, harta de tus asquerosidades, Dany!

—Pero Tany, ¿qué estás diciendo, querida? Estamos en televisión holográfica.

—¡Televisión-televisión!

—Tengo una nueva historia para ti.

—¡Estoy hartaaaaa!

—¡Deténgase, deténgase!

Por un instante, los distrajo la holo-imagen en la línea de televisores, sólo alcanzaron a ver el momento en el que la conductora atacaba a su compañero. La sangre saltó sobre el coro de animales de peluche que parecían muy contentos, como si aquello fuera una escena planeada e incluyera música y abrazos.

—Nos gustaría que escribieras esta historia en la esquina central.

—¿Y cuántos chicos han tenido ese trabajo antes?

—¿Ah, vuelves a ese tema? Es aburrido. Ya te dije que sí, no te he mentido.

—Pero no me habías contado que Otto ya escribía sus historias...

—¿Eso te dijo? La verdad sólo escribió una o dos... No era muy puntual. Siempre olvidaba nuestras reuniones y...

—¡Ya sé! Eso ya me lo contaste.

—¡Deténgase, deténgase!

En las pantallas reaccionaban los muñecos. La mujer seguía sobre el hombre que había dejado de moverse. Los gritos desde la holopantalla entretuvieron a miles de espectadores que siguieron los sucesos desde estrechos departamentos, desde las esquinas, desde los subterráneos y desde todos los rincones de la ciudad. Mientras el cuerpo del conductor era cercenado en vivo, la audiencia se multiplicó.

—¡El show de Dany y Tany regresa en un momento! —para desencanto de muchos espectadores, los comerciales interrumpieron la transmisión y los usuales anuncios fueron emitidos.

Alicia acercó su rostro al de Andrés. Él sentía su respiración sobre el cabello.

—Ya veo qué es lo que pasa en realidad —la chica soltó una risotada y Andrés sintió escalofríos cuando la confundió con la de la ejecutiva Di—. Ya veo qué es lo que pasa. ¡Estás celoso!,

¿verdad?

—Es una pregunta solamente.

—No es cierto, no es cierto. ¿Otto te dijo que yo lo quería?

—No te pregunté eso.

—Él no me interesa.

—De nuevo, Alicia. No te pregunté nada de eso.

—Tú no hablabas así, ¿qué pasó?, ¿qué te pasó? ¡Ya sé, ya sé! Tu hermanita, ¿algo le pasó a tu hermanita?

—Ella no era mi hermana.

—Sí, claro. ¿Qué le pasó?

—¿Ha realizado su actividad designada?

—Nada, nada ha pasado.

—Pero si tú me contaste algo...

Andrés se levantó de un saltó del rincón donde se habían escondido. Alicia lo miraba desde el suelo y era como ver a una desconocida. Y tal como le pasó desde el principio, no recordaba qué era lo que le había gustado tanto de ella. Pero ese "algo" se había esfumado.

— ¿Nos veremos luego?

— Sí, nos veremos luego —respondió Andrés, pero ya caminaba calle abajo.

En la esquina, tropezó con un tipo que leía uno de sus propios mensajes escritor a tinta azul.

Ya volví, ya volví. Sólo fue un pequeño paseo. Sí, tú lo sabes, fui a mirar a la esquina. ¿Por qué dices esas cosas? Te he visto mirar también. ¡Claro que sí!, ¿también has notado esos escritos por toda la ciudad? Son todos esos nuevos mensajes que han aparecido últimamente. ¿Quién puede dedicarse a algo tan peligroso?, ¿qué crees que le hagan cuando lo atrapen? Lo sé, lo sé. También lo he notado. Cada vez son menos pintadas las que aparecen. Antes eran muchas, y estaban en cada esquina. Ahora hay que caminar por barrios enteros para encontrar novedades. ¿Lo habrán atrapado?, ¿estará en otros asuntos? Sí, también he notado que no somos los únicos que leen al pasar. También he notado que muchos dan varias vueltas por las mismas calles para poder mirar de reojo y conocer toda la historia. Yo mismo lo hago sin darme cuenta. Sí, debemos prestar atención. Estaremos atentos.

Parpadeo.

Contener las náuseas y no chocar con la gente era el único objetivo que Andrés tenía de regreso a casa. “No me importan los microbios y no me importa enfermar más…”. Cada cinco minutos tenía que detenerse y doblarse sobre sí para liberarse del asco. “No me importa Otto, no lo quiero ayudar en sus pequeñas guerras”, el esfuerzo había sido mucho para aquel día. En un mal paso casi chocó con un montón de botes de basura y eso fue suficiente para caer con todo su peso, aunque el dolor ya no se distinguía del resto. Desde el suelo contempló las holopantallas que iluminaban la calle entera.

—No me importa Alicia, ni sus asquerosas historias.

Todo era tan extraño mirado desde ese ángulo, todo singularmente parecido a un mundo que había conocido o soñado. Quería levantarse y destruir ese mundo con sus manos, quería cerrar los ojos y no despertar nunca más. Y por un momento consiguió salir de esa realidad sin ayuda del Galileo, por un momento se liberó gracias al dolor. Pero al abrir los ojos el frío y el viento seguían ahí.

—Rojo-rojo-rojo…

Sentía que alguien lo miraba desde los huecos entre los edificios, tal vez alguien escondido desde el cielo, ese cielo que eternamente emitía un ruido gris.

—¿Quién anda ahí?

Estaba seguro de que alguien le contestaba. Y era una voz que viajaba por el viento, muy parecida a la de los conductos de aire dentro del departamento.

—¡Lu, Lu!, ¿eres tú?

El cielo seguía gris, sólo de vez en cuando los neones lo modificaban a púrpura o amarillo, pero luego volvía a su color característico.

—Sé que estás ahí, Lu. Escucha, escucha…

—Su actividad designada es la más importante…

—¿Sigues enojada conmigo? Sé que debí avisarte antes. Perdóname, perdóname. Tengo algo que contarte, algo nuevo. ¿No te lo he dicho, verdad?

—…

—Me preguntabas el otro día qué es lo que quiero. ¿Verdad que me lo preguntaste? Ya lo pensé y tengo una respuesta. ¿No quieres escuchar? Sólo déjame decírtelo, sólo quiero que sepas

qué es lo que quiero. Ya no quiero tener miedo. Ya no quiero tener miedo de Otto, ni de Alicia ni de la *Señora* del fondo del pasillo. ¡Eso! ¡Eso es lo que quiero!

—...

—Bueno, ya te lo dije. Ya lo logré. ¿Lu, me escuchaste?, ¿Lu, estás bien?

—...

—Hay otra cosa. Tampoco te he contado de esto. Perdón, perdón. Tenemos una oportunidad de salir. Una pequeña oportunidad de migrar al sur.

—...

—Sí, no lo podrás creer. Alguien del banco se acercó y quieren que haga algo. Algo insignificante para ellos. A cambio me darán créditos. ¿Lo puedes creer? Me darán créditos.

—...

—¡Ya sé, ya sé! Suena increíble. Les diré que acepto, pero con una pequeña condición. Les diré que quiero llevar a alguien conmigo. Sí, les diré que quiero llevarte conmigo. ¿Qué dices Lu?

—...

—¿Lu, quieres acompañarme al otro lado del puente?

15

En una esquina de la habitación, Andrés permanecía quieto bajo las cobijas que lo cubrían muy poco del frío que se colaba por debajo de la puerta. El despertador del dolor continuaba con su trabajo y él no parecía reaccionar. “Este es mi cuerpo”, se repetía al sentir el dolor que se transportaba por sus nervios y músculos.

—Hora programada por el usuario —dictaba sin parar el despertador y el dolor era suministrado directamente sobre su piel— Hora programada por el usuario.

—Este es mi cuerpo, estas son mis piernas y mis dedos, este mi estómago y mi pecho, estos son mis brazos y este mi rostro.

Sentía el dolor intenso, pero se obligaba a permanecer quieto. La electricidad recorriendo sus músculos aclaraba su mente, lo sacaba del Galileo, le quitaba las alucinaciones y le decía que ese era el *ahora*.

—Este es mi cuerpo. Este es mi cuerpo que padece dolor.

De nuevo nadie en el estrecho departamento lo notó, pero nuevamente un olor a carne quemada ya inundaba el pasillo y las habitaciones repletas de refugiados. La mayoría dormía conectados al Galileo, otros curaban sus heridas y muchos más habían salido rumbo a su actividad designada.

—Este es mi cuerpo. Es tan débil, está tan cansado.

Sólo cuando el dolor ya era insoportable, detuvo el despertador.

—Este es mi cuerpo, mi cuerpo tomado por el Galileo. Este es mi cuerpo tomado por las toxinas. Este es mi cuerpo y no lo conozco realmente. Ahora resulta que Otto y la *Señora* tienen la razón.

No se movió, no salió corriendo de la habitación, como debían hacerlo millones de ciudadanos que iniciarían su actividad designada del día. Más bien se volvió a acurrucar, tratando de concentrarse en el dolor que le punzaba desde la pierna y se dispersaba en ondas por todo el cuerpo.

—Este es dolor. El dolor que define mi cuerpo en mi mente.

Un extraño e inexplicable sabor a acidez llenaba su boca y le recordaba un poco el sabor a rojo que probó aquella noche de cuentos largos y tambores. La imagen de Alicia llegó a su mente, y la borró dando un manotazo al aire.

—Este es mi cuerpo, este es mi cuerpo.

Pasó saliva sin dejar de repetir las palabras que le daban algo de paz.

—¡Gracias por utilizar los servicios de Banco del Sur!

En la otra habitación, alguien iniciaba una sesión con el Banco del Sur, y el color verde del holograma se escapaba hasta el pasillo del departamento.

—Los créditos acumulados son a continuación enumerados...

Andrés quiso mirar, alargó el cuello y el resto de su cuerpo sin dejar del todo la posición incómoda sobre la cama.

—Traslado y manutención de viaje.

Ahí estaban los dos niños rubios mirando la brillantez del holograma, sin entender absolutamente nada de lo que la voz gélida comunicaba con delicadeza.

—Ubicación de departamento y manutención diversa.

Los dermatrodos se soltaron de la frente sudorosa de Andrés y los cables se reventaron al extender más su cuerpo.

—Asignación de módulos de estudio de español...

Sus dientes vibraron como hielos contra su cavidad craneal y una línea de sudor le recorrió la espalda.

—Trámites de pasaportes, Galileos personalizados, máscaras filtradoras, equipos de detección de radiación...

El dolor era como una locomotora que golpeando un muro. Un aluvión de vidrios rotos. Hierro deslizándose y produciendo

chispas. Un agudo dolor en el costado.

—Estancia en la ciudad, implantes de conexiones de carbono en el oído izquierdo...

Su cuerpo se contrajo en un movimiento, tal vez repitiendo una vieja postura mientras flotaba en los fluidos maternales. Quiso gritar, pero el sonido se quedó atorado en su garganta que también se contrajo como el resto de su cuerpo.

—Luz, alimentación, equipo de traje protector, revisión de toxinas diversas, determinación de envenenamiento de mercurio...

Alcanzó el límite del dolor, y Andrés se dejó llevar hasta la profundidad del inconsciente.

—Retroalimentación neuronal...

Los conejos aparecieron por todas partes otra vez. Los he visto en nuevos lugares, distintos a los que yo había descubierto antes de conocer a Alicia. Bajo los puentes, en los callejones, detrás de las puertas, en todos los edificios. ¿Qué significa eso?, ¿será que los conejos se escaparon de la bolsa donde los tenía atrapados Alicia?, ¿será que se han rebelado de su esclavitud? Seguro los muy cretinos han cobrado vida y están por invadir la ciudad. De un momento a otro llegarán, saldrán por las cloacas y tomarán todo. Caerán desde el cielo gris e invadirán los edificios, marcharán por la Calle Roja y devorarán a todos y todo a su paso. "¡Atención, ciudadanos!, ¡los conejos están por llegar!", deberían estar anunciando en los altavoces y no esas mentiras de niveles tóxicos. En cambio, todos siguen con su vida como si nada, todos siguen con sus actividades designadas... ¿Dónde está Otto cuando se le necesita?, ¿dónde están sus conocimientos de explosivos? La ciudad necesita de una gran explosión para liberarse de la peste de los conejos.

—Pesa demasiado para ser un simple zapato.

Un flacucho muchacho intentaba vestirse sentado en su cama, metido en el estrecho departamento compartido con otras veinte personas, tal vez muchas más. Intentaba meter el pie en una bota y sus manos temblaban constantemente.

—Programa para nuevos habitantes: ¡bienvenidos!

Desde la otra habitación, la voz virtual seguía dando instrucciones al par de chicos que no entendían nada.

—Se encuentra en este momento en la zona norte de nuestra ciudad.

El espacio de Lu ya había sido ocupado. Su cuerpo fue

retirado por los recolectores de primer nivel y sus cosas también desaparecieron. Ahora su cama había sido ocupada por una refugiada. "¡Qué rápido la sustituyeron!, seguro hay una fila de personas esperando mi lugar", pensaba Andrés.

—Recomendaciones básicas anticontaminantes:

La rutina continuaba sin obstáculos, no podía parar. Sólo un evento catastrófico la haría modificar su curso y Andrés esperaba hacer algo aquella tarde que lo hiciera saltar al otro lado del Puente Sur como un trampolín.

—Guarda todo, Andrés, es hora.

—3. Es recomendable utilizar un Galileo de última generación…

Cerró los ojos con fuerza, tratando de no escuchar ni pensar. En el fondo de sus párpados se encontró con miles de puntitos luminosos que luego cobraron formas geométricas y que inundaron su mente.

—Sólo estoy cansado, no estoy enfermo. No lo estoy.

—Si no tiene uno de esta calidad…

—Primero la taza de té, luego las postales.

En una bolsa fue metiendo cada uno de los objetos de su colección: los focos inservibles, el teclado roto, el ojo verde de maniquí.

—…se ponga en contacto con los distribuidores autorizados.

—No me muero hasta que pase el puente.

Cerrar los ojos no era suficiente, la voz dentro de su cabeza continuaba.

—Si tiene problemas para orientarse en nuestra ciudad…

—La voz. No mi voz, esa maldita voz chillona.

Esa voz de Alicia que se había colado hasta el fondo de sus pensamientos. Sí, esa voz contando una y otra vez esa historia que no parecía tener fin.

—Recomendaciones básicas anticontaminantes: 4. Le recomendamos utilizar el programa de localización que está disponible en todas las representaciones holográficas.

Con la bolsa repleta de los objetos más preciados estaba listo para salir.

—Existen otros servicios disponibles que lo ayudarán en sus actividades designadas.

Había logrado ponerse de pie, tocando cada esquina de la cama y chocando con las paredes huecas, caminó fuera de su habitación.

—Esperamos que el tiempo que permanezca en nuestra ciudad sea de

completo placer.

—Estás olvidando algo, Andrés —sonó una voz desde la ventilación que le sonó muy parecida a la de Lu.

—¿Qué olvido?, ¿qué se me olvida?

—¡La *Señora*!, te estás olvidando de ella.

Andrés salió al pasillo, dejó la bolsa llena de su colección junto a una de las columnas de periódicos. Estaba olvidando algo que tenía que ver con la mujer del fondo del pasillo, pero no estaba tan seguro de qué era.

Parpadeo.

Andrés llegó hasta la habitación del fondo del pasillo. Lo recibió una selva de tubos conectados entre sí, el constaste ruido gris saliendo de multitud de pantallas y sistemas de enfriamiento controlados desde lejos. De espaldas, estaba la *Señora* sentada en una silla que apenas podía sostenerla.

—¿Qué quieres, asqueroso?

Ella movió sus brazos, y sin querer inició una reacción en cadena de las bolsas de grasa que componían todo su cuerpo. En una de las pantallas parpadeaban números en rojos, y un par de alarmas habían iniciado en alguno de los aparatos tirados en el suelo de manera descuida.

—Veo que traes tus bichos, ¿no te puedes quedar lejos de mí?

El chico en la puerta se quedó muy quieto, incapaz de dar otro paso. Hacía mucho que sólo los gritos habían formado la imagen que tenía de la *Señora* y era tan extraño volverla a ver. Era más grande y vieja que la última vez que se encontraron en el pasillo, cuando ella todavía caminaba con un bastón.

—Sistemas de enfriamiento pendientes... —la misma voz gélida de los altavoces salió de las pantallas dispersas en toda la pared.

—¡Lárgate! —gritó la mujer sin dejar de teclear: moviendo un interruptor, mientras leves alarmas parpadeaban.

Un par de pantallas se apagaron y reflejaron la imagen de un chico flacucho, su cara no podía ocultar el miedo. Al verse, Andrés se repuso y trató de prestar atención en una cuenta regresiva en la orilla de uno de los múltiples monitores que llenaban las paredes de la habitación.

—Contesta niño inútil, ¿o ya perdiste también el oído?

Un frío proveniente desde el centro nervioso de Andrés recorrió su columna y como un pedacito de hielo se deslizó hasta erizarle los primeros cabellos del cuello. Cerró el puño, como única defensa para no gritar.

—Quiero hacerte una pregunta.

—¿Qué clase de pregunta?, ¡ya te he dicho que no sé nada de lo anterior a la guerra!, todos los archivos no indispensables han sido borrados.

—No es de la guerra. Es sobre Lu.

Ella lo miró, y sus ojillos apenas se podían notar entre las carnes de su rostro. Una risa que parecía salir del fondo de un pozo le contestó primero, luego llegaron las palabra que también parecían escurrirse por un tubo.

—¡Habla, niño!

— Lu ya no despertó.

Algo parecido a una risa gorjeante emergió desde el enorme bulto que habitaba en el fondo del departamento.

—¿Y?, ¿eso me importa?

—¿Sabes qué pasó?

—¿Y yo por qué debería saberlo?

—Eras la única ese día...

—¿Y tendría que cuidar a la mocosa?

—Sólo pregunto si sabes algo sobre ella.

—¿Y yo tengo que saberlo todo?

—Estabas aquí...

—Pobre niño, pobre niño. Estás tan lleno de miedo siempre.No te preocupes por ella. Donde esté se encuentra mejor que nosotros en esta asquerosidad llena de bichos.

—¡Qué extraño!

—¿Qué?

—Es extraño que ya sabía lo que me dirías. Casi lo adiviné.

La conversación se detuvo. Fuera del departamento, del otro lado de la puerta herméticamente cerrada alguien tocaba con fuerza.

—¿Otra vez olvidaron su clave de entrada, asquerosos?

Los golpes aumentaron, y ahora alguien gritaba desde el pasillo fuera del departamento.

—¿Qué nadie piensa abrir esa puerta?

—Ellos abrirán sólos. No te preocupes.

—¡Lárgate! ¿O es qué quieres llorar un poco más?

Andrés se sintió aliviado, ahora no se sentía tan culpable por lo que había hecho.

—¡Qué extraño, de verdad!

Suspiró y salió de la diminuta habitación, brincó por las columnas de periódicos que bloqueaban el pasillo, tomó la bolsa en donde había guardado su valiosa colección y abrió la puerta. Se topó con las caras cubiertas de los policías de Servicios de la Paz y Bienestar.

—¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias! —gritaron al entrar golpeando las paredes.

—Está al fondo del pasillo. Ella cree en Dios y le reza en las noches.

—¡Se ha excedido los límites a la libertad de creencias!

—¡Asqueroso!, ¿qué hiciste, niño?

Andrés apretó la bolsa sobre el pecho con las pocas fuerzas que pudo reunir. Al salir trató de grabarse la imagen del pasillo: cajas llenas de basura, pilas de periódicos, maletas olvidadas. Cuando salió del departamento dejó la puerta abierta. En su camino rumbo a la calle, se encontró más y más policías de rostros cubiertos que subían por las escaleras, eran suficientes como para sacar un ejército completo del departamento. Lo primero que pudo ver al salir fue la figura dibujada de un conejo azul que lucía sobre la viga del pasillo.

—Pero si es tan fácil, sólo tengo que callar la voz.

Al girar en el primer pasillo dejó caer la bolsa, la taza hizo un sonido de crac que le provocó escalofríos. Andrés se alejó unos pasos y volvió a mirar el bulto quieto entre la basura, estaba seguro de que aun dentro el ojo verde del maniquí lo seguía mirando. Cerró el último botón del abrigo y caminó sin mirar atrás.

Dios, ¿me estás escuchando? Dios, ¿estás ahí? Ya no puedes esconderte más de mí, ahora sé que estás ahí. En el fondo de la oscuridad; agazapado, esperando y siempre, siempre escuchando. Hoy lo entendí por fin, cuando los hombres de rostros negros llegaron y me sacaron arrastrando. Me sentí tan feliz cuando me arrebataron el teclado y alguien se dedicaba a reventar todas las pantallas de mi habitación.

Ya entiendo que siempre me escuchaste, y gracias a tu amor infinito enviaste el milagro que te pedí por tanto tiempo. ¡Perdóname, Dios! Perdón

por dudar de ti. Perdón por no saber esperar, perdón por no reconocer las señales que me enviabas todo el tiempo, como la muerte de la pequeña Lu. ¡Perdón si no reconocí a tu ángel exterminador! Él llegó a mi puerta, tan frágil y delgado; él con su rostro manchado. Pobre ángel, me siento tan triste por el ángel. Él se queda para seguir cumpliendo tu voluntad y yo seré liberada. Él se queda para arrasar con la ciudad entera. Pobre ángel, él tendrá que ver toda la muerte que has enviado. Dios, ¿sigues escuchando los pensamientos de todos?

Los ejecutivos del banco se presentaron en la zona de trabajo de los limpiadores.

—Recibimos tu mensaje, querido.

Di, la representante de cabello púrpura, ahora sí estaba acompañada por una multitud de hombres de corbatas grises y sacos largos. Andrés no vio sus ojos ni su cara, llevaban máscaras filtradoras más sofisticadas que las que se veían normalmente en las calles.

—Ignóralos querido, no te harán ningún daño.

—¡Querida Paty! ¿Estás ahí? Todos esperamos tus comentarios sobre los festejos del Día 0.

Las holopantallas brillaban en las paredes y los altavoces continuaban dando órdenes de manera paralela.

—¡El día que se empieza a contar!

—¡El día que iniciamos de cero! —respondió el coro de animales de peluche.

—Son Paty y Lany, ¡me encanta su programa!

Los rostros sintéticos reían en la multitud de holopantallas. Azul-risa-dientes-azul-risa-dientes-azul- risa-dientes.

—¡Aquí estoy, Lany! Así es, también les platicaré sobre la música que sonará en los altavoces en la hora cero....

—¿Lo has pensado mejor?, ¿no es así?

—Sí, cambié de idea.

—¡Fabuloso, fabuloso! —la figura de Di se recortaba contra los colores intensos de las pantallas.

—Tengo una idea para esto.

—¡Detengan sus actividades! Hora de himno de Diez Barrios.

El himno ciudadano resonó en todos los altavoces, mientras que en los televisores no paraba la marcha de colores. Di y los hombres que la acompañaban giraron hacía la televisión,

cantaron lo más alto que pudieron todas las frases. Al terminar, regresaron a sus posiciones originales, como si nunca se hubieran interrumpido.

—¿Qué se te ha ocurrido, querido Andrés?

—¿Podremos hacerlo con una explosión?

—¿Una explosión? ¡Qué buena idea! Estupendo, estupendo, me parece estupendo. ¿Pero es que tú mismo la pondrás?, ¿estás seguro? Sólo tienes que reunirlos y nosotros lo haremos. Bien. ¿Es cosa sentimental también?, ¿quieres despedirte de tus amigos?

La voz sonaba como una maestra dirigiéndose al más pequeño de sus alumnos. Andrés miraba de reojo a los hombres con trajes, adivinando su sonrisa tras las máscaras, pasó saliva y no respondió.

—Entiendo. En nuestra empresa también tenemos el defecto de la nostalgia. Lo sabemos —La ejecutiva Di se reía a carcajadas en medio de la calle, y los limpiadores la miraban con curiosidad. ¿Hace cuánto que no sonaba una risa por ahí?

—Dame una hora… Te traeré la monada indicada para este trabajito.

—Hoy tendremos el mejor de los programas, no podrán creer lo que hemos preparado para ustedes…

¿Escuchaste lo de la esta mañana? Atraparon a la loca del departamento de arriba. ¡Sí, hizo tanto ruido que despertó a todo el edificio! ¿De verdad no la escuchaste?, ¿no te sacaron sus gritos del Galileo? Hizo un alboroto tremendo; toda la gente de los departamentos salió a mirar. Cuando la llevaban arrastrando cantó y grito tantas obscenidades que muchos niños empezaron a llorar. ¿De verdad no la escuchaste? No te creo, no te creo. Después la tuvieron que callar los de Servicios de la Paz y Bienestar, dicen que entre todos la patearon y después de un rato ya no cantó, ni habló, ni gritó. Todos los vecinos pudimos entrar hasta su habitación. Ahí vimos lo que tenía oculto: había un altar lleno de figuritas de plastilina y velas y postales de desiertos y quién sabe cuántas cosas raras de los creyentes. ¡Asquerosa, loca! Yo siempre lo sospeché, siempre. Te lo decía siempre, ¿no es así? Tan cerca de una psicópata durante tantos años, y nunca nos dimos cuenta. ¡Asquerosa, loca!

Parpadeo.

Los limpiadores pasaron una y otra vez junto al chico flacucho sentado a la puerta del edificio. Los turnos pasaron uno tras otro, y nadie se detuvo a mirar al muchacho que desde hacía horas no se movía. Andrés sentía que flotaba en el dolor, ya no sólo era el costado, eran las manos hinchadas, la cabeza palpitante, los ojos que parecían reventar a cada momento...

—Rojo, rojo, rojo...

—¡Querido, querido! ¡Despierta! Soy tu amiga Di. Tu amiga más querida y recordada.

—Este es mi cuerpo, estas son mis manos...

—¡Andrés, despierta, Andrés!

El chico flacucho despertó del encanto del dolor, tratando de distinguir a la mujer que le hablaba en medio de la calle.

—¡Andrés, soy yo!, ¡soy Di!

—¿Di?, claro, claro...

—Querido, querido. Aquí tienes lo que pediste.

La mujer de cabello púrpura de nombre extraño y carcajada fácil, le entregó una caja de terciopelo rojo. Andrés tomó la caja automáticamente, sin saber, sin recordar, sin entender nada de lo que estaba pasando. “Rojo, rojo, rojo... ¿Qué estás haciendo, Andrés?”.

—Vamos, ve si te gusta lo que seleccioné para ti.

Abrió la caja y descubrió su secreto. Eran los explosivos envueltos de manera delicada entre celofanes, casi como si fuera un perfume costoso.

—Mira, querido Andrés, este es el explosivo ideal para tu plan.

—Sólo pedí algo sencillo. Esto luce muy sofisticado.

—No entiendes querido, no entiendes. Ese otro aparato que pediste no causará mucho daño, no el que necesitamos para este proyectito. Este es muy parecido, pero tiene un efecto que te encantará.

—Estás bien, Di. Tú mandas.

—¡Oh, querido, querido! Ya lo verás. Será fabuloso. Pero dime querido, ¿cuándo será el gran momento?

—Mañana, mañana se reunirán y será el momento.

—Entiendo, entiendo. Nos vemos pronto, queridito.

Di se despidió, su risa y los ejecutivos con la cara cubierta, desaparecieron en el extremo de la calle. Andrés no se movió en

un rato del edificio central de los limpiadores, imaginando o soñando con lo que haría: por primera vez tomaría el control como tanto le había dicho Otto.

Parpadeo.

Los neones explotaban como nunca, junto con las constelaciones que reventaban en el cielo. Era hora de emprender el camino, la reunión se haría al otro lado de la ciudad.

—Su actividad designada es la más importante —se repetía Andrés una y otra vez.

Derecha-izquierda-derecha-izquierda.

A primera vista, Andrés reconoció su propia letra azul en la pared con la que se topó. Le sorprendió, no recordaba haber visitado ese lugar antes y tampoco el momento en el que escribió aquello. Se tomó unos minutos para mirar con más atención.

Las ruedas del tiempo volvieron a girar. Y fue tan precipitado su andar que otra vez se acumularon siglos y milenios uno tras otro sin que nadie se tomara el trabajo de contarlos. Los hijos de La dos veces nacida extendieron su poder por todos los rincones, y los palacios fueron sustituidos por los edificios y las espadas fueron sustituidas por las bombas de rayos gamma. Y las naciones y sus monarcas volvieron a pelear por conservar la voz de la Madre, guardada ahora en recipientes de metal brillante. Y las naciones se dividieron y mandaron a sus hijos a explotar bombas en las puertas de sus enemigos. Los guerreros ahora eran soldados, pero igual que los padres de sus padres salieron de sus casas a tirar su sangre por el campo de batalla. La guerra había terminado, y los últimos cantores se escondieron en las cuevas más profundas de las tundras. Aun así sabían que sus hermanos, los otros hijos de la dos veces nacida, darían con ellos. Ya no usarían sus antorchas y palos para encontrarlos, ahora utilizaban toda clase de artefactos de metal para mirar a través de las piedras. Un día dejaron de huir, y se reunieron alrededor de la fogata para iniciar el último canto de esta vida. Sabían que la Madre los podía escuchar y sabían que sus hermanos estaban muy cerca. También sabían que habría nuevos cantores, nuevos hijos de la Madre que serían su voz y la divulgarían por todas partes.

Fue de un recuerdo a otro. Evocó la mañana que llegó Lu al departamento y los tres días que durmió cuando le asignaron una cama, la noche en que conoció a Otto en la esquina de su casa, su primer día como limpiador... No, no había ningún recuerdo que explicara esa pared llena de palabras azules.

—¿Qué otras cosas has olvidado, Andrés?

Dos hombres miraban interesados, como si en verdad les importara el final de la historia. Uno de ellos miró a Andrés, y parecía preparar una pregunta.

—¿Qué dices de esto, niño?

—Nada, nada. Yo no sé nada.

El hombre no siguió con la conversación. De golpe se alejó de la pared y se fue a paso rápido para perderse en un pasaje a ninguna parte. Andrés también trató de avanzar pero justo al dar un mal paso chocó con otro hombre que miraba encorvado. Se miraron a los ojos directamente, como si hubieran olvidado su lugar en el mundo y huyeran despavoridos de la vieja cueva repleta de sombras. Se separaron al instante, y Andrés siguió su camino. En la esquina había un par de mujeres esperando, susurrando.

¿Creen que pudo verme bien?, ¿me reconocería en otra parte? Sí, tienes razón: había muy poca luz y ese chico se veía muy enfermo. Acabará tirado por ahí esta misma tarde, tal vez en un par de horas. Lo siento, lo siento. Seré más cuidadoso la próxima vez. Es peligroso mirar esas historias. Todo mundo las mira pero deben pasar varias veces para terminar de leer... Es el miedo, ¿saben? Es el miedo de pensar que alguien me puede denunciar, y que esos de Servicios de la Paz vendrían por mí. Sí, tienes razón, debo olvidar la cara de ese chico y seguir con lo nuestro.

¿Están seguras de que quieren seguir con este plan?, ¿no creen que es demasiado peligroso? Está bien, seguiremos, seguiremos. ¿Trajeron lo que les dije?, ¿están listas para escribir?, ¿ya saben qué pondrán? Yo lo he pensado mucho, no me he conectado al Galileo para no dejar de pensar en mis palabras. ¡Vamos, escribamos antes de que termine la hora de queda!

16

La ciudad dormía atrapada en el sueño virtual prediseñado.

No muy lejos del departamento de Andrés, un grupo de muchachos se habían reunido. Los altavoces continuaban con las indicaciones y las holopantallas estaban apagadas. Las palabras que escribía Otto se mezclaron con los entramados de alambre pegados a la pared, y que de pronto produjeron un tenue zumbido eléctrico; alguien en ese edifico había prendido su Galileo.

—Esos perros se metieron de nuevo a nuestro territorio, y no sé ustedes pero yo ya estoy harto de esta pequeña guerra.

—¡Otto, es hora de darles duro!

—Así es, Lina. Me has adivinado la mente. Yo ya me cansé de estos perros. Me quita tiempo para resolver problemas más importantes.

Durante largos minutos la escena se mantuvo igual. Otto hablando ante su auditorio. La oscuridad cubriéndolos, y los comunicados interrumpiendo.

—Es recomendable que permanezca durante este tiempo...

—¿Qué haremos entonces?

—¿Estoy pidiendo que voten? ¡Ya lo decidí!

—Sí, sí, señor Otto —el Gran Smith gritó su respuesta.

—Durante este tiempo se realizarán actividades de purificación.

—Nos veremos en una hora. No olviden traer sus armas.

—¿Los cuchillos oxidados que encontramos en la bodega?

—Lo que quieran traer, sólo importa que corten carne.

Parpadeo.

Al abrir la puerta del ascensor, Andrés fue recibido por la oscuridad.

—¡Bienvenidos al show de Paty y Lany!

El pasillo era el que recorría todos los días. Se sabía de memoria dónde estaba la basura tirada en todos los rincones y las columnas de periódicos viejos que la gente había sacado de sus departamentos hacia décadas.

—¡Qué emoción, qué emoción de estar frente a ustedes!

Luz-oscuridad-luz-oscuridad.

—¡Preséntenme a mí también!

—¿Qué buscas, qué quieres comprar? ¡Tenemos ofertas especiales para los vecinos!

El hombrecillo encorvado, vendedor de la nueva Calle Roja, lo recibió al salir del edificio.

—El día de hoy se iniciarán los festejos. Hoy hace exactamente 50 años, en el año de 1987 inició la última de las tres guerras de creencias.

—¡Qué horror!

—¡Tenemos la última maravilla de la tecnología!

—¡El día en que se empieza a contar!

—¡El día que iniciamos de cero!

Andrés siguió caminando, tratando de silenciar la voz en su cabeza y de contener el odio que lo llenaba. El odio que no cedía al caminar más rápido.

—¿Y qué pasó?, ¿lo saben ustedes?

—No te vayas, no has visto ningún producto. No te puedes ir sin comprar algo.

Todo parecía igual a todos los días. Casi podía imaginar que iba rumbo al edificio de los limpiadores y no a entregar a sus amigos. Caminar por los pasillos y conexiones con otros edificios. Mirar las aberturas que ahora funcionaban de ventanales al vacío en las construcciones que se perdían en los dos sentidos de la calle.

—Muchos países participaron, cada uno defendiendo su creencia. Todas equivocadas, claro.

—¡Qué horror!

Toparse con gente que avanzaba con igual desesperación, encontrarse con sus ojos indiferentes y tratar de escapar era lo único que podía hacer Andrés. Avanzaba mecánicamente y no dejaba de abrazar la caja de regalo que Di había llevado a las instalaciones de limpiadores.

—¡Amigos, amigos nuestros! Claro que todos saben la historia.

—Pero ¿qué festejamos, qué festejamos?

Ahí estaba el siguiente puente, el conector con el conglomerado de edificios que buscaba.

—Hoy festejamos la salvación de la ciencia. Que finalmente nos sacó de las guerras de creencias. Que duraron tantos años que borraron todo lo anterior.

—¡Qué horror!

Siguió su camino, abrazando la caja llena de celofán y explosivos que llevaba junto a su pecho, cargándolo con más cuidado que a un bebé.

—¡Regresaremos en un momento al show de Paty y Lany!

Se detuvo: la nube de oscuridad seguía allá arriba, y parecía que nunca se movería.

—Reporte de toxicidad, seleccione el lugar donde se encuentra.

Entró al subterráneo: las puertas se abrieron y lo dejaron pasar al vagón 17.

—Mi número de la suerte.

Parpadeo.

Al salir del subterráneo se detuvieron un instante para decidir qué camino tomar. Se sentían plenos, llenos de energía y adrenalina. Otto no dejaba de pensar en la escena que les esperaba, en la gloria de sus aventuras que serían contadas en las calles. Ese día empezaría a ser el héroe que la ciudad tanto necesitaba. La idea lo mantenía expectante, y estaba impaciente por encontrarse con los perros y demostrar su valentía. Pero a su lado el Gran Smith no dejaba de rascarse, algún veneno querría salir por su piel y no le permitía dar un paso sin tratar de quitarse la comezón.

—¿Puedes dejar de rascarte?

El Gran Smith no podía contener la picazón en las manos.

—¡No puedo, juro que no puedo!

Otto lo miraba con odio, con verdadero odio. La boca entreabierta, la respiración jadeante.

—¡Eres un idiota!, ¿no escuchaste?

—Lo siento, lo siento.

Todos veían las manos enormes y torpes de Smith. Temblaban, ya no sabía si por miedo o por la comezón. Mientras que Otto sostenía el cuchillo con fuerza, casi retorciendo el mango con el odio que lo controlaba.

—¡Atención, ciudadanos!

—Perdón, perdón. Ya no me rasco. Ya no me rasco.

—Anuncio de importancia para todos los ciudadanos:

Siguieron caminando, lentos casi husmeando todo a su alrededor.

—Espero que se despidieran de sus compañeros de departamento.

—Espera, espera, nunca dijimos que sería una misión suicida.

—Pero López, ¿si no es así dónde quedará la diversión?

—Creo que será demasiado peligroso.

—¡Entonces regresa a casa a lloriquear al Galileo!

—¡Espera hombre! Yo sólo comentaba lo de despedirse.

—Toque de queda programada en los próximos 30 minutos… —La voz fría del altavoz era apagada por el viento frío que esa tarde rodeaba a la ciudad.

—No tengan tanto miedo, les prometo que en unas horas estaremos festejando.

—¿Estás seguro?

—¡Sólo iremos de cacería!

—Vamos por esos perros.

—¿Qué haremos con ellos?

—Toda infracción a la ley de toque de queda será severamente castigada.

—Sólo jugaremos, no se preocupen.

El cuarteto de sombras se perdió en las calles desiertas del barrio. Todos los ciudadanos seguían las instrucciones del altavoz, y la mayoría ya se había refugiado del veneno que caía del cielo gris.

—¿Y Andrés no vendrá?

—¡Es un cobarde asqueroso! Se largó tras el cuerpecito flaco de la tal Alicia.

—Es un imbécil.

—Prefirió ver estrellas ficticias que ayudarnos a matar perros rabiosos.

—No se preocupen, ya volverá cuando lo manden a volar.

—¡Sí, señor! ¿Y lo pondremos a lavar los pisos donde ataquemos a los perros?

—¡Sí, Smith!, así lo haremos.

Parpadeo.

Sólo había un hombre en el vagón: indiferente a los demás y mirando la línea de televisores con suma atención.

—En los últimos momentos se ha reportado un aumento de contaminación en la superficie. Autoridades sanitarias recomiendan el mínimo de contacto con el aire libre. Se invita a los ciudadanos a realizar todos sus quehaceres dentro de sus hogares...

Cuando el único hombre que esperaba el tren escuchó la última frase, empezó a retorcer las manos y a mirar al chico al fondo del vagón. Con algo de asco en sus ojos salió por la puerta del tren a la primera oportunidad.

—¡Hola amigos, el show de Paty y Lany continúa!

Las caras de colores inundaron los televisores, redonda y púrpura una marioneta miró a los espectadores para hablar:

—¡Tenemos una mala noticia, amigos!

—¡Qué horror!

—¡Cállate Paty, estoy hablando!

—Perdón, perdón.

—Tenemos un comunicado de último momento. Parece que se suspenden los festejos debido a una irregularidad en la toxicidad de la ciudad.

—¡Qué horror!

—¿De nuevo, Paty? Según nuestras autoridades, mañana iniciarán los festejos anunciados.

Salió del subterráneo desierto. Sólo con las holopantallas funcionando para los fantasmas que seguían esperando el tren.

Afuera. Puertas abolladas, un hombre borracho durmiendo en las escaleras, un perro muerto y a media descomposición, el aire frío de la calle; luego un viejo parque; los juegos caían trocito a trocito lentamente al ritmo de la oxidación.

—Estoy cerca.

Parpadeo.

La lluvia sucia y negra se escurría por sus cuerpos fríos. El cielo brillaba, pero el color gris no se escurría de manera

definitiva. Un grupo de muchachos caminaba empujándose en las esquinas. Descendieron con lentitud por la rampa húmeda, bromeando y riendo al señalar una vieja con cara de hambre que los miraba con tristeza desde una ventana.

—¿Ha cumplido con sus actividades designadas?

Avanzaban a ratos dando gritos, y al recordar lo que buscaban se callaban un momento. Tratando de que sólo sus pasos y las gotas que golpeaban con fuerza los ladrillos hicieran eco por las calles. Se detuvieron en la esquina. En silencio. Esperando.

—Atención, hora de queda programada...

—¿No creen que este es un buen lugar para escribir? —dijo Otto señalando un espacio entre dos columnas de ladrillos.

—Yo no creo.

—¡Cállate Smith! ¿Qué vas a saber tú de esto?

—¡Sí señor, Otto!

"Destrucción. Destrucción. Destrucción". Otto se tomó su tiempo. Cada trazo lo dibujó con tal precisión que parecía su última voluntad. Se detuvo un instante, como si hubiera recordado algo. Luego volvió a escribir.

—¡Atención, atención!

Los demás lo miraban aguantando la respiración, como si al tomar aire la obra de Otto se viniera abajo. Tras ellos, pasos lejanos acortaban distancia. Los aullidos se acercaban y ellos no se daban cuenta. Para entonces, ya estaban atrapados.

—Toque de queda, programado para las 0:00 horas. Permanezca en casa.

Los ojos de los chicos no se separaban de las líneas pintarrajeadas de verde. La pared carcomida no parecía más alegre con el nuevo color incorporado.

—Toda infracción a la ley de toque de queda será severamente castigada.

Sorprendido, Smith giró sobre sí mismo. En ese último instante apenas pudo distinguir unos afilados dientes. Pero a lo mejor sólo estaba soñando, como a veces le pasaba fuera del no-espacio.

—¿Qué ocurre, Gran Smith?

—Pensé, pensé que alguien...

No siguió, pero la sensación fugaz de que algo lo atacaba por la espalda no lo dejó en paz toda la noche.

Parpadeo.

Las estrellas caían por millares más allá del horizonte. Andrés las miraba expectante, respirando con dificultad detrás de la máscara filtradora. Al tocar el techo de las torres y edificios las luces explotaban.

—Atención.

El cielo se prendía y apagaba frente a Andrés: granates y turquesas se mezclaban como en alguna pintura que se desvanecía bajo la lluvia. Era difícil salir del encanto, bajar la mirada y concentrarse en la forma de sus botas negras y sucias.

—Desde fuera, si alguien nos mira desde la Luna, vería algo maravilloso —se atrapó diciendo palabras similares a las de Alicia— Es hora, debo darme prisa.

—¡Atención, atención! Toque de queda programado para las 0:00 horas.

—Rojo, rojo, rojo.

—Permanezca en casa.

—Estas son mis manos, estas son mis manos reales.

—Toda infracción a la ley de toque de queda será severamente castigada.

—Esas luces no existen, esas luces no existen, esas luces no existen…

Derecha-izquierda-derecha-izquierda. Andrés caminaba en zigzag en algún punto desconocido del barrio 3. No sabía del todo dónde estaba, aunque sospechaba que ya se encontraba cerca de su objetivo.

“¿Qué es eso?”, de pronto su propia voz hablándole a Alicia lo atacó en un recuerdo.

“¿Qué cosa?”.

“Eso que dijiste”.

“¿Estrellas?”

Una tarde antes Alicia lo miraba con asombro. Como tratando de encontrar al Andrés que ella conocía o que se había construido en su mente.

—¡Concéntrate, Andrés! Lo más importante es el pago de los créditos.

Vuelta a la izquierda, varios anuncios señalaban la entrada al subterráneo. Luz-oscuridad-luz-oscuridad. “¿Ya pasé por aquí?”. Un dolor en el costado izquierdo al girar l-e-n-t-a-m-e-n-t-e: era su hombro que había chocado con un poste de cables.

“Destrucción, Destrucción. Destrucción”. El muchacho delgado se encontró con las letras verdosas que anunciaban el

paso de Otto por aquel lugar: “¿No puedes dejar de alardear un momento?”.

“Sí, iré a la reunión, Alicia”.

“¿Estás seguro? Últimamente, no sé…”.

“¿Dónde será?”.

“¿Sabes qué pensé cuando te vi por primera vez?”.

“¿Qué pensaste, Alicia?”.

“Pensé que algún día te besaría”.

“¿Eso te imaginas con todos los muchachos que usas para que escriban tus historias?”.

“¿Sigues con eso? Mira, mejor nos vemos en el barrio 3. Debajo del puente. A media noche”.

Y*a no lo esperaré. Tengo que entender que él ya no vendrá. Lo entiendo ahora. Él, Andrés, es otro estúpido que levanté de la calle, así se quedará en mi mente para siempre. Pensé que él sería diferente, pensé por un momento que él y yo lo cambiaríamos todo. Me equivoqué completamente. Pensé que era distinto, con esa cara de miedo que lleva a todas partes. Debí de seguir mi primer instinto, debí entender que él es mi reflejo y está igual de podrido que yo. ¿Qué podía esperar?*

Estoy tan cansada, tan ridículamente cansada que me quiero echar al suelo a vomitar hasta morir. Ahí me quedaría para siempre para que todos me pisoteen. Eso me merezco. Miren esa pobre tonta que se enamoró de un estúpido que no era otra cosa que su propio reflejo, dirán siempre. Miren esa pobre tonta que nunca tuvo valor para decirle que lo amaba, y que era la primera vez que sentía algo así. No sé si pueda seguir. Ya me puse a dibujar conejos otra vez, espiando a todos los que los notan, siguiendo a los posibles candidatos. Ahora tendré que convencer a otro para que escriba para mí. Pobre tonta, pobre tonta Alicia.

“Son cosas extraordinarias. Cosas que flotan mucho, mucho más arriba de nuestras cabezas”.

“Alicia, son una alucinación. En realidad no se alcanzan a ver las estrellas. ¡Por eso los obligan a tomar Galileo! Son una bola de locos”.

Vuelta a la derecha, el lugar indicado estaba muy cerca, pero Andrés se sentía completamente perdido y los pasos que daba eran al azar:

—Estas son mis manos reales, esta es mi boca seca, estos son mis pies”.

“¡No estamos locos! No quieres ver lo que es tan claro”.

“Son enfermos contando ridículas historias”.

“¿Eso pensaste siempre?”.

“ Desde el primer momento”.

“Nos reconfortan esas historias, nos reconfortan contarlas…”.

“Son unos desocupados sin actividades designadas. ¡Bola de locos!”.

Faltaba poco, unos pasos y ya estaría en el lugar.

—Rojo, rojo, rojo, rojo.

“¡Eres un idiota!”.

“¡Tú eres la más loca!”.

Parpadeo.

Un grupo de muchachos estaba acorralado en un callejón, la lluvia de ceniza caía y se mezclaba con la nube rosa que recorría las calles. Destellantes ojos en la oscuridad los rodearon. Primero fueron sombras bajo los faroles parpadeantes, pero luego crecieron y crecieron.

—Los perros, señor, ¿esos son los perros?

Los aullidos caían desde las ventanas y los envolvían lentamente.

—Hora del toque de queda en proceso…

—Sus armas, saquen sus armas.

La nube rosa descendió sobre sus cabezas, cubrió las paredes repletas de grafías desesperadas y se comió la luz proveniente de las holopantallas.

—¿Qué haremos, señor Otto? —el Gran Smith preguntaba sin poder dejar de castañear los dientes; Otto ni lo miraba, estaba igual de aterrado que él.

—¿Es la nube? No traje mi filtro.

—¿Eso te importa en este momento?

—Perdón, yo creo que es la costumbre.

Aullidos provenientes de todos los callejones se acercaban. No había palabras con las que se pudieran discutir.

—¡Aquí estamos, malditos perros!

—¿No dicen nada?, ¿no quieren defenderse?

—Tienen miedo, esos cabrones tienen miedo. Esto será pan comido.

Los aullidos provenían de todas partes, el eco entraba y salía de las esquinas. La nube tóxica no los dejaba ver más allá de sus narices.

—Maldita sea, pensé que la hora de queda era otra de sus tonterías.

—Permanezca en casa hasta escuchar nuevas indicaciones. La toxicidad en las calles será la más alta registrada en los últimos cinco años.

—Los mataremos. Los mataremos.

Nadie se movió, esperaban ver llegar a los enemigos. Esperaban sacar los cuchillos que afilaron por horas.

—¡Estamos listos, señor Otto!

La nube los cubrió por completo, y de alguna forma los separó para siempre.

—¿Dónde están? No los veo —en alguna parte dentro de la nube dijo la vocecilla de Lina.

Lentamente los acorralaron. Nadie gritó.

—Reporte de toxicidad. En este momento se encuentra en el barrio 3...

No hubo muchos ruidos. Sólo los cuchillos oxidados que cayeron de sus manos y se perdieron entre la basura de la calle.

No pensé que fuera tan fácil morirse. Tampoco me imaginé que así me moriría. Así devorado como un pedazo de carne. Sólo giré y ¡PUM! ya estaba atrapado, ya había iniciado el fin. No me asusté, sólo me sorprendí. Mientras yo seguía pensando en la muerte, él ya estaba sobre mí: mordiendo y desgarrando. Sólo me puse a pensar en tonterías: "Ahí va mi valiosa sangre, no te vayas, te puedo vender a buen precio en la Calle Roja. No escapes por favor, no te escurras por la coladera, todavía puedo envenenarte un poco más". Había alguien muy cerca de mí, chillaba y me distaría de mis pensamientos. Ah, claro, era el Gran Smith, también lo estaban devorando, pobre estúpido de Smith. Aguantó un buen rato, tal vez fue el único que pataleó y se defendió un poco. Pero luego todos los perros se concentraron en él, mordiendo, arañando; y sólo así dejó de chillar. Pobre Smith, pobres de todos nosotros.

Sobre el puente más alto de toda la ciudad, el que subía más arriba de las nubes de ceniza y mugre, Andrés contempló el cielo.

Una fina holopantalla cubría el firmamento entero, pero no transmitía nada, se había quedado atrapada en la estática eterna. Era un eterno ruido gris sonando sobre la ciudad.

—¿De nuevo reunión aquí? Maldita sea, odio las alturas.

Abrazó la caja de los explosivos, la había llevado con mucho cuidado pensando que al menor movimiento podía saltar hecho pedazos. "Estas son mis manos que se mueven a mi antojo. Estos son mis brazos". Sólo debía sacar el artefacto, activarlo y alejarse. Desde lejos miraría la destrucción.

—A Otto le encantaría esto.

Prestó atención y aguantó la respiración, tratando de escuchar a través de las paredes. El ritmo de su corazón golpeaba con fuerza sus oídos, y por un momento pensó que toda la ciudad podía escucharlo. Del otro lado de la pared, el grupo de creyentes estaba en plena reunión. La vieja Alicia iniciaba con una historia, la última historia.

—El canto de la Madre ha llegado hasta nosotros. Los hijos de los hijos de la dos veces nacida. Ella sabe que sus hijos eventualmente la olvidaron otra vez. Ella sabe que sus hijos dejaron de ver las estrellas, y de repetir el canto de su Madre. Ella sabe que soñaron con dejar la tierra que ella creó para ellos, y edificaron máquinas de todo tipo para liberarse de ella. Sus hijos construyeron aparatos descomunales; naves y catapultas...

Era la voz de Alicia, la vieja, que se escapaba por el filtro de ventilación. Andrés los imaginó en círculo frente al fuego de basura y pasando la bebida de alucinaciones. "Asquerosos, son unos asquerosos que viven en un tiempo que jamás existió. Sabemos que todo lo que cuentan son invenciones". El viento iba y venía por la ventilación, los tambores y la voz de Alicia llegaban en trozos. Andrés cerró los ojos e imaginó a la mujer con el rostro cubierto, un escalofrío recorrió su espalda.

—Pronto los hijos olvidaron su cometido. Y cayeron en el hechizo de las propias máquinas que se construyeron para liberarse. Pronto edificaron todo tipo de aparatos sin ninguna función, y todos cayeron en un sueño profundo y sin final...

El regalo de Di era precioso, los celofanes lo cubrían con ternura y así fue como Andrés lo dejó a un costado de los puntos señalados. Le sorprendió la fuerza y determinación con que lo hizo. Pensó que en el último momento podría arrepentirse, o que las manos le temblarían y que sería una tarea muy difícil. En

cambio se sintió extrañamente complacido al preparar con delicadeza los explosivos, completamente aliviado de librarse de esa voz de Alicia de una buena vez por todas.

—Rojo, rojo, rojo. Este soy yo, este soy yo. Malditos asquerosos. Sólo me han hecho perder mi precioso tiempo. Tiempo que debí invertir en mis créditos y no en sus tonterías.

Alicia y los tambores sonaban al otro lado de las paredes, y su historia estaba por terminar.

—Pero una noche, tal vez hoy o mañana o en un siglo. El ser humano despertará del sueño que se ha construido, finalmente el ruido de sus propias máquinas lo despertará.

La seguridad se fue, su mano cubierta del grueso guante protector tembló un instante. “Pude haber ganado más créditos y no desperdiciar mi tiempo en sus cursis reuniones”, se decía para no caer en pánico. “Pude ahorrarme el mal trago de conocer a Alicia y sus conejos de azul eléctrico”.

—Su actividad designada es la más importante de todas…

Se alejó del lugar, pronto explotaría todo y la onda de fuerza podría alcanzarlo.

—Sólo así, podrá volver a los brazos de la Madre en donde habitará hasta el fin de la eternidad.

Clic, la granada no hizo mucho ruido al activarse, pero fue el momento que todos sus sentidos y músculos reaccionaron para seguir escapando del lugar. Tembló en toda la ciudad

—Asquerosos.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis alarmas de contingencias tóxicas se dispararon al mismo tiempo. El ruido, el caos absoluto inició su reinado.

—¡Barrio 3 contaminado!, ¡barrio 3 contaminado!

Por un instante, todos los habitantes de ese barrio quedaron atrapados en la burbuja del silencio que dejó la explosión. Un hombre admiró los colores que entraban por debajo de su puerta: naranja-azul-rosa-naranja-azul-rosa; un niño escuchó sus propios pensamientos por primera vez. Muchos en varios kilómetros a la redonda, pudieron tener la sensación de ellos mismos: sus brazos, sus piernas.

La burbuja se rompió, y el caos de los altavoces y los gritos iniciaron.

17

Los cuentos se terminaron y Andrés se sintió profundamente feliz.

Por un momento él, y nadie más, había cambiado el mundo. La explosión había removido la nube gris sobre la ciudad, y la oscuridad se dispersó para dar paso a un rayo de luz: “Estoy soñando, estoy soñando”. Pero pronto volvió todo a su curso normal. Los trozos de columnas cayeron del cielo, otra vez gris, y se distribuyeron por la calle asfaltada. El mundo seguía igual. Las alarmas de todas las calles despertaron, y la gente salió de sus casas entre gritos y terror.

—Por razones de seguridad...

La voz gélida, alejada de miedos y pasiones, tomaba el control de la ciudad otra vez.

—Es necesario evacuar la zona. Por favor ingrese lo más rápido posible a un refugio.

Lejos, cerca, por todas partes, el caos rodeaba a Andrés. La gente salía de sus casas, mientras los hologramas proyectados en el cielo seguían indicando la dirección de los refugios más cercanos.

—¡Atención, atención!

Las holopantallas que habían sobrevivido a la explosión, transmitían al mismo tiempo el reporte de daños.

—¡Atención, ciudadanos! Un nuevo ataque realizado por creyentes ha sido reportado en la zona, todos los habitantes del barrio 3 deben ser evacuados inmediatamente. Los creyentes han amenazado en atacar nuevamente...

Andrés se abría paso entre la multitud, en sentido contrario a la ola humana que avanzaba lentamente. El dolor en el costado había vuelto, y todavía podía escuchar el sonido de la explosión en su cabeza.

—¡Atención, atención! El equipo de Servicios de la Paz y Bienestar está entrando a la zona. Favor de evacuar de manera inmediata.

No se dio cuenta, pero empezó a babear un líquido gris. Mientras que el dolor en el costado se dispersaba por todo su cuerpo. Tuvo que detenerse, esperar a recuperarse, esperar a que la nube de polvo y los gritos de la gente huyendo se detuvieran un momento.

—Zona actualmente en cuarentena.

—No me importa, pronto estaré lejos del otro lado del puente.

Con todas sus fuerzas gritó, y sus palabras parecían dispersarse entre las paredes. Ya no le importaba que la gente lo empujara al pasar, ni las indicaciones de los altavoces anunciando una guerra contra los creyentes. Ni tampoco le importó que el cuerpo de Alicia, la joven, estuviera desperdigado por todo el barrio.

Todavía me tiemblan las manos. Lo hice como lo prometí y la explosión fue buena, la explosión cambió las cosas para siempre. Cambió las cosas para mí, cambió las cosas para todos los demás. La voz de Alicia se fue. Las manos de Alicia, los ojos de Alicia, el cuerpo de Alicia se fue y me ha dejado en paz. Toda Alicia completa se ha ido para siempre y se llevó con ella todos esos conejos azules. ¡Adiós Alicia, hola silencio!, te esperaba hace tiempo. ¡Adiós Alicia, hola libertad!, la estaba esperando a usted también.

¿Y ahora qué pasará?, ¿cuál es el siguiente paso? Claro, claro. Los del banco tendrán que comunicarse conmigo para el traslado. Vendrá Di, ella llegará a mi puerta y se va a reír muy fuerte y todos al pasar, la verán y se preguntarán: "¿Y esta de qué se estará riendo?". Pero ni se imaginarán lo que está pasando. Y para entonces eso no me importará, yo estaré despidiéndome de todos y ni siquiera haré maletas, me iré sin nada de esta ciudad y caminaré por fin por el puente hacia el sur.

Parpadeo.

El cubo verde del Banco del Sur brilló en la habitación oscura. Andrés despertó, sin recordar cómo había llegado a casa, ni siquiera estaba del todo seguro de estar en el lugar correcto. “Rojo, rojo, rojo”, se repitió y de pronto se sintió más tranquilo. Sabía que en breve sería libre, y que de alguna forma se liberaría de esas ausencias de memoria.

—El estado de salud reportado del ciudadano es insuficiente para un traslado. Deberá cumplir más créditos antes de ser trasladado.

—Lo que sea, lo que sea.

—Actividad designada para el ciudadano será controlar los sistemas de enfriamiento del barrio 7. Actividad a larga distancia pero con el sistema tradicional de teclado.

—Lo que sea.

—¡Felicidades ciudadano! Este es un gran paso para el pago total de sus créditos.

—¡Lo que sea!

Parpadeo.

Despertó de golpe. El dolor programado lo sacó del letargo. El cableado conectado a su pierna seguía soltando las descargas eléctricas; y lo alejaba cada vez más de las profundidades del no espacio.

—Hora programada por el usuario —dictó el despertador del dolor adherido al cableado del Galileo.

Todos en la ciudad debían tener un despertador. Hacía años que era obligatorio. Sobre todo desde que un porcentaje alarmante de ciudadanos se habían quedado flotando en el Galileo, sin importarles que sus cuerpos reales empezaran a pudrirse.

—Hora programada por el usuario... —el despertador volvió a soltar una nueva descarga eléctrica sobre la pierna de su usuario designado. El chico alcanzó el apagador de todo el sistema— ¡Gracias por utilizar los servicios de su compañía favorita: Galileo, el universo a su alcance!

Los ojos del muchacho, desconectados de la luz de este mundo, apenas pudieron distinguir los nichos blancos de fibra de plástico que como siempre colgaban desde el techo de su habitación. Tocó la pared con la palma de la mano, fuerte para que escucharan al otro lado.

—¿Estás despierta?

—Hace horas… —dijo la chica desde la puerta.

—Espera, deja que despierte bien.

—¡Vámonos, vístete ya!

—No puedo, siempre me siento mareado cuando me desconecto.

—Vamos, hermanito, vamos.

El muchacho, todavía un poco mareado después de dar el salto, ya estaba de pie tratando de vestirse. Mientras que ella, un poco más pequeña que su hermano, vigilaba desde la puerta, asomándose de vez en vez por el pasillo.

—No me digas "hermanito". Ya hemos hablado mucho de eso.

—Vamos, que él está por despertar.

Ya era tarde para escabullirse del departamento, alguien ya había despertado en otra de las habitaciones. Lo supieron al escuchar las computadoras y los sistemas de enfriamiento a larga distancia que hacían un ruido como de cafetera vieja al arrancar. Los hermanos, los dos con los mismos ojos azules heredados de su madre, miraron hacia el fondo del pasillo temiendo encontrarse con el hombre que habitaba en el último cuarto.

—¡Vámonos, vámonos!

— No entiendo por qué le tienes tanto miedo —dijo él, todavía sin abrigo y arrastrando un zapato para caminar así por el pasillo.

—Tú también le tienes miedo, ¿o no?

—Pues sí, un poco. Pero tú…

—Es raro, es todo, está loco. Eso creo.

—Pobre señor Andrés. A mí me da un poco de lástima. Todo el tiempo está con su tecleado, dice que debe enfriar barrios. ¿Te acuerdas cuando llegamos y no le entendíamos una palabra?

—¡Vámonos, vámonos antes de que empiece a gritar!

Caminaron por el pasillo. Sorteando las columnas de basura que nadie se molestaba en levantar y tratando de no hacer ruido. Mientras que en las otras habitaciones el resto de las personas despertaban.

— ¡Gracias por utilizar los servicios de su compañía favorita: Galileo, el universo a su alcance!

"Cerrado herméticamente", decía el anuncio que dejó de

brillar sobre el dintel.

Y muy lentamente lograron abrir la puerta de metal que soltó unos chirridos ahogados.

— Más despacio, hermanito, más despacio. ¡No hagas tanto ruido!

Sólo unos pasos más y estarían en el pasillo lleno de frío. Pero justo en ese instante, el teclado dejó de sonar al fondo del pasillo.

—¡Asquerosos niños refugiados!, ¿a qué salen a la calle?

—¡Vámonos, vámonos, hermanito!

—¡Somos nosotros, señor Andrés! —dijo el muchacho con cara de susto.

—¿Qué no saben que nunca terminarán? ¡Sólo traerán suciedad, asquerosos! ¡Sólo traerán la enfermedad!

—¡Cierra la puerta, cierra la puerta!

—¡Ya voy, ya voy!

Otra vez el letrero de “Cerrado herméticamente” se prendió sobre la puerta.

— ¡Te dije que ya estaba despierto!

— Ya sé, ya sé.

Dentro, en la última habitación del departamento 17 del edificio 17, un hombre llamado Andrés de espalda doblada por el dolor nocturno en el costado, iniciaba sus actividades designadas. Sabía que faltaban pocos sistemas para enfriar y que muy pronto cruzaría por el punto hacia el sur. “Rojo, rojo, rojo. ¿Hacia dónde se migra?”, pensó en un momento de duda. Pero eso ya no importaba mucho.

En las calles seguían explotando los neones y los altavoces nunca se detenían; el azul en todo su esplendor iluminaba intermitentemente las esquinas.

LA AUTORA

Erika Zepeda

Nació en la Ciudad de Guadalajara en 1982. Estudió Letras Hispánicas y Educación en la Universidad de Guadalajara. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil Juan de la Cabada en 2004 con el libro Historias gallíniles; el Premio Barco de Vapor en 2016, con el libro Instrucciones para convertirse en pirata, y el Premio de Cuento corto Julio Torri con el libro 63 señoritas condenadas a la desolación. En 2013 obtuvo la beca de Jóvenes Creadores otorgado por FONCA en la categoría de novela, apoyo con el que inició el proyecto Sendero de los conejos azules. Otros de sus libros son: La prohibición de las lombrices (INE), Ánimas que ya amanezca (Panamericana) y Habitación blanca (Paraíso Perdido). En esta colección ha publicado Corre y se va corriendo... ¡Lotería!

Diseño de portada: Liz Batta
Fotografía de portada: hombre con máscara / Steve Halama on Unsplash; Ciudad de Nueva York / pxfuel.

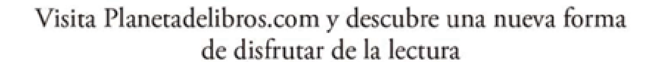
Bajo el sello editorial PLANETALECTOR M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo,
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: junio de 2021
ISBN: 978-607-07-7769-1

Primera edición en formato epub: diciembre de 2021
ISBN: 978-607-07-8397-5

Este libro se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa Jóvenes Creadores 2013/2014 segundo período.

Hecho en México




Planeta






You
Tube